COLECCION LINEA DE SOMBRA

LA LUNA DE LOS ASESINOS

DONALD E. WESTLAKE



Annotation

Parker, el personaje más emblemático creado por Donald E. Westlake (Brooklyn, Nueva York, 1933), es un ladrón profesional y, eventualmente, un asesino. Un hombre frío y calculador, reservado hasta la exasperación y dueño de una inteligencia más que destacable. Dos años atrás, Parker se vio obligado a abandonar en la pequeña y apacible ciudad de Tyler, en el estado de Mississippi, los setenta y tres mil dólares de botín de un robo a un coche blindado. Ahora ha llegado el momento de recuperar lo que es suyo, y para ello se va a ver involucrado en una guerra entre las mafias que controlan la ciudad. Parker, acompañado por Grofield, su cómplice, tendrá que demostrar su profesionalidad y agudizar el ingenio para lograr su objetivo, tarea nada fácil dado el poder de sus adversarios…

Escrita en 1974, La luna de los asesinos es, sin lugar a dudas, una de las mejores novelas de este gran escritor norteamericano que revolucionó el género policíaco al ofrecer una nueva concepción que se aleja de los lugares comunes y los viejos clichés que siempre lo habían acompañado. El estilo ágil y directo, sin florituras ni descripciones innecesarias, acompañado de un elegante sentido del humor, acentúa la tensión de la novela, que no deja de crecer desde la primera página, hasta resolverse en un final brutal e inolvidable que revela la precisión narrativa de uno de los principales escritores norteamericanos de novela policíaca del siglo XX.

- Donald E. Westlake
  -
  - Nota del editor
  - I
  - II
  - III
  - IV
  - V
  - VI
  - VII
  - VIII
  - IX
  - X
  - XI

- XII
- XIII
- XIV
- XV
- XVI
- XVII
- XVIII
- XIX
- XX
- XXI
- XXII
- XXIII
- XXIV
- XXV
- XXVI
- XXVII
- XXVIII
- XXIX
- XXX
- XXXI
- XXXII
- XXXIII
- XXXIV
- XXXV
- XXXVI
- XXXVII
- XXXVIII
- XXXIX
- XL
- XLI
- XLII
- XLIII
- XLIV
- XLV
- XLVI
- XLVII
- XLVIII
- XLIX
- L

- LI
- LII
- LIII
- LIV
- LV
- Donald E. Westlake



Donald E. Westlake

La Luna De Los Asesinos

Butcher’s Moon, 1974

Nota del editor

Donald E. Westlake nació el 12 de junio de 1933 en Brooklyn, Nueva York. Tras servir en las Fuerzas Aéreas estadounidenses (1953-1956), comenzó una prolífica carrera literaria que le llevaría a escribir casi un centenar de novelas, relatos cortos y guiones cinematográficos. A partir de 1958, Westlake se dedica de lleno a la literatura, y en 1960 aparece su primera novela, *The Mercenaries,* a la que seguirían *Killing Time* (1960) y *361* (1961). En ellas se aprecia la poderosa influencia de algunos de sus maestros, si bien pronto se despojará de ella para desarrollar en total libertad su propio e inconfundible estilo. En 1963, bajo el pseudónimo de Richard Stark, Westlake publica *The Hunter* (conocida en España por el título de la película, *A quemarropa),* novela con la que se inicia la serie protagonizada por Parker, un personaje fuera de la ley, frío y sin escrúpulos, que se convierte en el héroe -delincuente, pero héroe-de algunas de sus mejores novelas. La aparición de *The Hunter* marca un hito en la novela policíaca estadounidense, que por aquel entonces se encontraba bastante falta de ideas. Westlake tiene en su haber otras obras pertenecientes a otros géneros literarios (*western,* ciencia-ficción o guiones cinematográficos), pero es en la novela policíaca donde se encontró más libre para demostrar sus grandes dotes de escritor. A este género pertenecen *El palomo fugitivo* (1965), *Save the Mark* (1967), *Un diamante al rojo vivo* (1970) o *La luna de los asesinos* (1974), entre otras. La indudable calidad de todas sus obras le han convertido en uno de los grandes maestros contemporáneos de la literatura policíaca: ha conseguido algunos de los premios literarios más prestigiosos de su país, como el premio Edgar en tres ocasiones, y ha sido nombrado Mystery Writers of America Grand Master en 1993. Actualmente vive en el estado de Nueva York.

Perteneciente a la serie de Parker, *La luna de los asesinos,* escrita también bajo el pseudónimo de Richard Stark, narra la aventura en la que se ve embarcado el protagonista al intentar recuperar el botín de un robo cometido dos años atrás en Tyler, una próspera ciudad del estado de Misisipi. Parker es un ladrón, un hombre frío y solitario que vive al margen de la ley y que no acepta órdenes de nadie. Dos años atrás, amenazado por las mafias locales, se vio obligado a abandonar la ciudad; pero ahora ha llegado el momento de recuperar lo que es suyo: setenta y tres mil dólares que dejó en Tyler y que supondrán el inicio de una guerra entre dichas mafias, en la que Parker y Grofield, su cómplice, representarán un papel decisivo.

Además de la variada galería de personajes que Westlake presenta en la

novela y del inmenso atractivo psicológico de los protagonistas, *La luna de los asesinos* posee multitud de elementos de interés que la convierten en una gran novela policíaca. El ritmo vertiginoso va en aumento desde la primera página, y el lector se ve arrastrado por la trama, el suspense y la acción sin permitirle apenas un respiro. Westlake crea una tensión sin concesiones, con un estilo directo y ágil, sin florituras ni descripciones innecesarias. En definitiva: creemos que *La luna de los asesinos* revela en toda su magnitud la pericia literaria de uno de los grandes maestros de la literatura policíaca estadounidense, un escritor que ha sabido renovar un género excesivamente lleno de clichés y lugares comunes para convertirlo en literatura de enorme calidad, entretenida, con un deslumbrante sentido del humor y revolucionaria en tanto que muestra una visión del mundo que se aleja de los fáciles maniqueísmos entre los tradicionales «buenos» y «malos».

I

Parker, mientras corría hacia la luz, disparó dos veces por encima del hombro izquierdo, sin intención de apuntar. Sólo pretendía ganar tiempo, mantener a los policías frente a la joyería mientras él y los demás huían.

La puerta que conducía al sótano era una especie de rectángulo alto de luz mortecina. Cuando entraron, al abrir esa puerta, debieron de haber activado un dispositivo de seguridad interno, probablemente una alarma conectada en una compañía privada de seguridad que no figuraba en el plano que habían comprado.

Hurley fue el primero en atravesar la puerta. Se oían disparos desde fuera y voces que gritaban «¡Alto o disparo!», aunque ya estaban haciendo fuego.

Parker cruzó la puerta y empezó a subir los escalones; oyó un gruñido de Michaelson detrás de él, y un ruido seco, como si una bolsa de harina hubiera sido arrojada contra una pared. Los pies de Parker tocaron el cuarto escalón, el noveno, y el suelo sucio. Hurley ya estaba a mitad de camino de la entrada del túnel que atravesaba la pared de piedra trasera; corría inclinado bajo el techo entrecruzado de tuberías negras. Dos focos macilentos producían sombras negras y una pálida luz. Briggs se detuvo a la entrada del túnel parpadeando tras sus gafas, con la caja de herramientas en la mano. Era un profesional, no estaba habituado a la excitación.

Hurley se zambulló de cabeza en el túnel, desapareciendo hasta las rodillas, y siguió retorciéndose, empujándose con los pies ansiosamente. Parker se detuvo detrás de Briggs, lo agarró por el brazo para llamar su atención y le indicó la escalera situada detrás de él.

– Destrúyela -le ordenó.

Briggs lo miró y dijo:

– Michaelson -y volvió la cabeza hacia la escalera.

Parker miró. Michaelson estaba tendido en el umbral, con la cabeza y los brazos colgando sobre el primer escalón. No se movía.

– Está acabado -comentó Parker-. Nosotros no. Corta el paso.

– Oh, maldita sea -exclamó Briggs. Era petulante y quejumbroso, lleno de amaneramientos ridículos, pero puso una rodilla en el suelo, abrió su caja, sacó un tubo de metal envuelto en cinta negra, retorció el extremo, se puso de pie y lo arrojó con gesto delicado hacia la escalera. Antes de que hubiera caído, Briggs ya estaba de rodillas de nuevo, cerrando la caja.

El tubo pasó por encima de Michaelson y cayó al suelo más allá de su

pecho. La puerta desapareció tras un relámpago de luz, ruido, humo y esquirlas. Parker retrocedió un paso y Briggs, que se levantaba, volvió a caer de rodillas.

El humo lo llenó todo. La explosión seguía reverberando, encerrada en los muros de piedra. Parker le gritó a Briggs:

– ¡Vamos! -y no pudo oírse por el silbido en sus oídos.

Pero, de todos modos, Briggs se movía. Sacudiendo penosamente la cabeza, se había levantado y se dirigía hacia el túnel. Empujó con cuidado la caja de herramientas, y detrás fue él.

Parker volvió a mirar hacia el lugar donde habían estado la escalera y la puerta, pero el humo lo oscurecía todo. No podía oír nada exterior a su propio cuerpo, ningún sonido salvo el golpeteo de su corazón y el torbellino de la sangre en las venas. Se volvió, en medio del ensordecedor silencio, envuelto en humo, y se deslizó por el túnel, cuya longitud era dos veces la de su cuerpo, tres metros y medio excavados en la roca y la dura piedra, y salió al otro sótano, donde Briggs revisaba su caja de herramientas y Hurley corría hacia la escalera.

– Los monos -le dijo Parker a Briggs comenzando a bajar la cremallera del suyo.

Hurley les voceaba:

– ¡Vamos, vamos, no hay tiempo!

– Quítate el mono -le ordenó Parker-. Tenemos que darnos prisa para parecer ciudadanos corrientes.

Hurley frunció el ceño y miró a la puerta en lo alto de las escaleras, pero bajó la cremallera de su mono con un movimiento rápido y se lo apartó de los hombros.

Parker, una vez se hubo quitado el suyo, lo tiró a un rincón con gesto irritado. Briggs, sorprendido, preguntó:

– ¿No los guardamos?

– ¿Para qué? No vamos a volver aquí, y no tienen huellas nuestras.

– Tienes razón, supongo. -Dubitativo, sacudiendo la cabeza, Briggs dejó caer el mono que había estado doblando cuidadosamente y siguió a Parker, que cruzaba el sótano en dirección a la escalera.

Se trataba de un sótano más nuevo, en un edificio también más nuevo con el suelo de hormigón y paredes de yeso, y un gran generador verde zumbando a la derecha. Habían venido aquí todas las noches durante una semana, cuando el viejo sereno se dormía arriba en su silla, como lo hacía siempre, y habían excavado el túnel hasta el sótano de la joyería del edificio contiguo. De día unas tablas ocultaban el agujero, y la tierra la habían almacenado en seis cajas de cartón.

Hurley fue el primero en subir, con Parker a sus espaldas y Briggs detrás.

Una vez arriba, Hurley esperó a que Parker y Briggs dejaran de meter ruido en los escalones metálicos, y después abrió la puerta lo suficiente para poder mirar hacia afuera.

– Mierda -dijo.

– ¿Qué pasa?

– El viejo se despertó.

Parker subió el último escalón para mirar por encima del hombro de Hurley. Detrás, Briggs susurraba:

– La explosión lo habrá despertado.

El sereno de uniforme gris se había dirigido hacia las puertas de cristal y miraba a través de ellas hacia la calle. Parker vio que estaba bien despierto y dijo:

– Cubrios las caras.

Salieron; esta vez Parker iba delante, y los tres llevaban una mano levantada tapándose la cara. Parker sacó del bolsillo el revólver Smith & Wesson y lo llevó pegado a sí.

Sólo cuando estaban casi a su lado, notó el viejo sereno su presencia; se dio entonces la vuelta con expresión atónita y parpadeó.

– ¿Quién… quién…? -preguntó.

– No se mueva -le ordenó Parker. Le enseñó el arma-. Usted no tiene nada que ver en esto -le dijo-. No hay razón para que le mate.

– ¡Dios mío! -exclamó el viejo-. ¡Dios santo!

Hurley tenía la llave. Se arrodilló, pues las puertas de cristal tenían las cerraduras cerca del suelo, y abrió deprisa la más cercana. La empujó y se levantó a la vez, y se dirigió al Chrysler aparcado donde los esperaba Dalesia.

Lo siguió Briggs, con la caja de herramientas apretada contra el pecho. Parker le dijo al sereno:

– Vuelva su asiento. Tómese su tiempo, y no mire atrás.

– No tema -respondió el sereno. Llevaba un arma, pero sabía que no lo habían contratado para usarla-. ¿Ahora? -preguntó.

– Ahora. Le estaré vigilando por el cristal.

El sereno caminó hacia la pared que tenía enfrente. Parker guardó el revólver en el bolsillo, cruzó la acera, se sentó detrás, junto a Briggs. Hurley iba delante, al lado de Dalesia. El motor estaba en marcha.

– Vamos -dijo Parker.

Arrancaron y Dalesia preguntó:

– ¿Michaelson?

– No viene -respondió Hurley.

– Le dispararon -dijo Briggs.

Dalesia asintió. Había frenado un poco, esperando a que el semáforo de la esquina se pusiese verde, y aceleró. Condujo deprisa hasta la manzana siguiente, aunque no tanto como para llamar la atención, y preguntó:

– ¿Herido? ¿Hablará?

– Está muerto -contestó Parker.

– Lo que querría saber -dijo Hurley-es qué fue lo que no funcionó. ¿De dónde salieron todos esos policías?

– Seguro que había otra alarma -contestó Parker-. Una alarma oculta en esa puerta.

– Se supone que compramos un buen plano -dijo Hurley. Estaba enojado, aunque a la vez aliviado-. Morse nos garantizó que era un buen plano.

– Son cosas que pasan -afirmó Parker-. Quizá la instalaron hace poco y él no lo sabía.

– Esas cosas no me pasan a mí -respondió Hurley-. Le pagamos a Morse una buena cantidad por ese plano y nos metimos en una ratonera.

Parker se encogió de hombros. Habían logrado escapar, ya había pasado todo, siempre se cometen errores. Habían comprado un plano, un mapa, un croquis del sistema de alarma y una llave del edificio vecino. En cuanto a garantías, nadie puede asegurar algo así; Hurley estaba desahogando su nerviosismo, nada más.

En realidad, Parker nunca se habría embarcado en el asunto si no hubiera tenido mucha necesidad de dinero. Era un trabajo sin importancia, preparado por alguien a quien él no conocía, y no estaba al cargo de la operación. Era asunto de Hurley. De Hurley y de su amigo Morse.

Siguieron en silencio durante un par de manzanas.

– Voy a ir a ver a Morse. ¿Quieres venir, Da? -dijo Hurley.

– Claro -asintió Dalesia-. No tengo nada que hacer. -Hablaba con calma, sin ira, como si todo le diera igual.

Hurley se giró y miró a los dos que iban atrás:

– ¿Y tú, Parker?

– No, creo que no -contestó Parker.

– ¿Briggs?

– Me parece que no -respondió Briggs-. Me parece que voy a volver a Florida.

– Bueno, yo sí voy a ir a ver a Morse.

Hurley volvió a mirar al frente y asintió con la cabeza.

Briggs le preguntó en voz baja a Parker:

– ¿Tienes idea de lo que harás?

– No estoy seguro.

– Estoy en una mala racha -dijo Briggs-. Una muy mala racha. Creo que me voy a retirar a tiempo y esperar a que pase.

– Es mi cuarto fracaso seguido -contestó Parker-. Yo también estoy pasando una mala racha.

– ¿Has pensado en algo?

– No. -Parker frunció el ceño y miró las casas sombrías a través de la ventanilla.

– Una cosa -añadió.

– ¿Qué?

– Hace un par de años, tras realizar un trabajo, escondí algo de dinero. Creo que voy a volver a recogerlo.

– ¿Necesitas compañía?

– Hice el trabajo con un tipo -dijo Parker-. Creo que voy a ponerme en contacto con él de nuevo.

II

Grofield preguntaba:

– ¿No debería esperar a tener beneficios antes de pagar impuestos por ellos?

El empleado de Hacienda apoyó el antebrazo en el portafolios que había puesto sobre el escritorio de Grofield. Con palabras lentas, como quien le explica algo complicado a un niño, decía:

– Usted tiene que tener beneficios, señor Grofield. Es *imposible* que su teatro le produzca pérdidas durante cinco años seguidos, es totalmente imposible.

Grofield le preguntó:

– ¿Ha venido alguna vez a ver el espectáculo?

– No.

– La gran mayoría de la gente podría decir lo mismo.

La conversación tenía lugar en la oficina de Grofield en el teatro. En otro tiempo, la oficina había formado parte de una especie de vestíbulo en la parte trasera del edificio, pero cambiando de lugar las máquinas expendedoras de Coca Cola y de caramelos, y levantando un tabique con una puerta, había resultado un espacio más o menos independiente en el que Grofield tenía su escritorio y su archivo más dos sillas plegables. A veces necesitaban la puerta para una escenografía, pero, por lo general, Grofield podía tener la ilusión de que era un productor teatral de verdad con una oficina de verdad. La máquina de los caramelos, cada vez que alguien hacía uso de ella, producía en sus oídos un ruido infernal, era un precio excesivo por tener una oficina privada.

Desde el otro lado del escritorio, el inspector de Hacienda miraba hoscamente a Grofield, como si tratara de resolver algún enigma. Al fin, le preguntó:

– Si pierde tanto dinero al año, ¿de qué vive?

– Dios lo sabe -contestó Grofield.

El inspector hizo un gesto de impaciencia.

– Eso no es una respuesta -repuso.

– Por supuesto que lo es -contestó Grofield-. Casi siempre.

– Usted *tiene* que tener una fuente de ingresos -insistió el inspector de Hacienda.

– Totalmente de acuerdo -convino Grofield-. En realidad, creo que es algo imprescindible.

En ese momento la oficina tenía puerta; Mary, la esposa de Grofield, la

abrió y dijo:

– Al teléfono, Alan.

Grofield miró al teléfono de su escritorio. Era un supletorio ilegal que él mismo había instalado con una conexión desde el teléfono de la taquilla para evitar los recargos mensuales.

– Está bien -contestó.

– En casa -dijo ella.

– ¡Oh!

El teléfono de la casa también era una extensión ilegal del de la taquilla y, por tanto, aunque Mary hubiera recibido la llamada en la casa, él habría podido descolgar el auricular y hablar desde donde estaba. Pero la frase de su mujer sugería que quien llamaba merecía una conversación privada. Él se puso en pie y dirigió a su visitante una amplia sonrisa mientras le decía:

– ¿Me disculpa, no es cierto?

– Querríamos volver a ver sus libros -le respondió de mal humor.

– Yo no volvería a abrirlos nunca -dijo Grofield y salió de la oficina. Mary caminaba a su lado, y cuando pasaron por el pasillo él miró al escenario donde dos actores en trajes de baño golpeaban con martillos un decorado. Se detuvo asombrado y preguntó:

– ¿Por qué lo están tirando?

– Lo están arreglando -contestó Mary.

– ¡Oh!

Salieron y Grofield se detuvo un momento en la plataforma de madera en la que desembocaba la escalera, y miró a las colinas arboladas de Mead Grove, Indiana. La única señal humana en esa dirección era la zona de estacionamiento. Es decir, el estacionamiento que antes era de grava y ahora de barro.

– Necesitamos más grava -dijo Grofield.

– Necesitamos más de todo -contestó Mary-. Es Parker el que llama.

– Oh, oh -murmuró Grofield-. Quizá él tenga más grava.

– Sería una bendición -respondió Mary. Había interpretado, consecutivamente y en comedias distintas, tres papeles de protagonista campesina y no se había librado de los hábitos lingüísticos.

Grofield bajó la escalera y se dirigió hacia la casa. Las palabras «teatro mead grove» se prolongaban en gigantescas letras blancas en el lateral del edificio, que daba a la carretera. En ese instante no pasaba nadie que pudiera leerlas.

En algún momento, a finales de la década de los cuarenta, algún genio cuyo nombre no registraba la historia había decidido convertir esta vieja barraca en un teatro de verano, escondido aquí en un remoto rincón de Indiana. Había

levantado un escenario en un extremo y había dispuesto asientos para el público sobre una serie de plataformas: las cuatro primeras filas de butacas sobre la base original del granero, las otras cuatro sobre una plataforma dos escalones más arriba, las cuatro siguientes otros dos escalones más arriba, y así sucesivamente hasta completar veinticuatro filas de diez butacas cada una, con un pasillo en medio. Doscientos cuarenta asientos que casi nunca se habían visto ocupados todos a la vez.

El problema estaba en que no era precisamente el mejor lugar de América para un teatro de verano. Mead Grove no era una gran ciudad; en realidad, no hay grandes ciudades en Indiana, salvo la dudosa excepción de Indianápolis, y Mead Grove estaba muy por debajo de Indianápolis. No había colegios en Mead Grove, ni cerca de ella, no había ninguna atracción turística en las proximidades, ninguna razón en absoluto para que un extraño viniera a esta región y descubriese la existencia de un teatro de verano local.

Esto significaba que el público potencial se restringía a los ciudadanos de Mead Grove y a la media docena de pueblos de la vecindad, más la gente de las granjas. Pero nadie se sentía impresionado por la presencia de un teatro en vivo en un mundo en el que ya existía la televisión, y no creían que en él pudieran ver nada que quisieran ver. Si no fuera por los maestros de escuela y las esposas de los médicos, no habría ningún espectador.

El tipo que tuvo la idea original de transformar el granero en teatro había durado apenas una temporada o dos antes de quebrar y dejar la región, y sus deudas en ella. En los veinte años que siguieron, el teatro-granero había tenido una carrera accidentada y no muy feliz; había vuelto a ser granero por un tiempo, había sido cine por un tiempo más breve aún, había sido un almacén lleno de repuestos de bicicletas, y varias veces había sido un muy poco productivo teatro de verano.

Cinco años antes, cuando Alan Grofield había llegado al lugar, no había sido nada. Se había sentido ligeramente tentado en aquel momento, tras el robo a un casino que había llevado a cabo con Parker, y había comprado el lugar, en efectivo, incluyendo el granero, doce acres y dos pequeñas casas al otro lado de la carretera. Su teatro estaba ya en su quinta temporada, empezaba a gozar de una pequeña reputación en el mundo teatral y nunca había aportado ni un centavo.

Todo esto estaba muy bien. Los teatros de verano siempre pierden dinero, especialmente cuando es un actor quien lo abre y actúa como productor, pero Grofield nunca había esperado vivir del Teatro Mead Grove. Por el contrario, el teatro vivía de él y desde el principio sabía que sería así.

Ya que actuar no era su modo de ganarse la vida: era su vida misma. Su

negocio estaba en otra parte, con gente como Parker. Y hacía tiempo que no trabajaba por los beneficios que pudiera obtener, desde el robo al supermercado del año anterior, en San Luis, de modo que se apresuró en cruzar la carretera solitaria, esperando que la llamada significara algún trabajo fácil que produjera un máximo de ganancias con un mínimo de esfuerzo. Fred Allworth podía encargarse de su papel mientras él estaba ausente, y Jack… Con la cabeza llena de cambios de actores y de personajes, Grofield entró en casa, que, como de costumbre, estaba llena de actores. Se dirigió a lo que en otro tiempo había sido el comedor y ahora era su dormitorio y el de Mary, y se sentó en la cama para hablar.

– ¿Hola?

– Soy yo. -La voz de Parker, como siempre, tenía la variedad tonal de un lápiz negro.

– Perdona si tardé mucho -dijo Grofield-. Estaba en el teatro con un inspector de Hacienda.

– Mary me lo dijo.

– Un inspector de Hacienda -repitió Grofield-. Espero que me llames con buenas noticias.

– ¿Recuerdas la vez que estuvimos juntos en Tyler?

– Lo recuerdo -contestó Grofield con voz torva. Lo recordaba; había sido un asunto con un coche blindado y todo había salido mal. Dinero perdido, tiempo perdido; había quedado en bancarrota por un buen tiempo. De hecho, como resultado directo de ese trabajo en la ciudad del medio oeste de Tyler, tuvo que ir a esconderse entre unos locos en el norte de Canadá-. Sí, me acuerdo -reiteró Grofield.

– Dejamos algo esperándonos allí -dijo Parker.

Durante un instante Grofield no supo de qué hablaba Parker. Luego pensó: *¡El dinero!* Parker lo había escondido en algún sitio. Pero, por Dios, eso sucedió hace dos años.

– ¿Crees que estará allí todavía? -preguntó.

– Debería estar -respondió Parker-. Y si no está, buscaremos al que lo tenga.

– Es una idea muy interesante -dijo Grofield.

– Un amigo mío -continuó Parker-va a estar allí, en la Ohio House, el miércoles. Podrías hablar con él del asunto.

– Ohio House. ¿En Tyler?

– Se llama Ed Latham.

Era el nombre que Parker había usado antes. Grofield no pudo resistir la tentación de decirle:

– Me parece que lo conozco.

Pero el humor era una pérdida de tiempo con Parker.
– Te convendría hablar con él del asunto -dijo.
– Es probable que lo haga -contestó Grofield-. Es muy probable.

III

En la calle River, justo frente al edificio del Gobierno, se había erigido un monumento de piedra con una placa de cobre en memoria de John Tyler, décimo presidente de los Estados Unidos, quien en 1840 pronunció un discurso, durante su campaña electoral, en honor al cual se sustituyó el nombre de la ciudad, que pasó de ser Collinsport a llamarse Tyler. La placa no explica que Tyler aspiraba al cargo de vicepresidente en una lista encabezada por William Henry Harrison, ni que Tyler nunca hizo campaña presidencial alguna, sino que simplemente heredó el empleo cuando Harrison murió un mes después de haber tomado posesión del cargo; pero la omisión había sido recordada casi de una manera fiel por un gamberro historiador que había escrito en la piedra, debajo de la placa, con pintura anaranjada: «Recuerden Tippecanoe».

En la época en que Collinsport se transformó en Tyler, ya era una próspera ciudad ribereña surcada por uno de los principales afluentes del Mississippi que desemboca en los Grandes Lagos. Empezó siendo la cuna de una pequeña industria maderera y transformadora de productos agrarios procedentes de las granjas de la zona. Esta actividad industrial se realizaba en dos únicos centros de producción; una fábrica de muebles y una pequeña compañía que construía carreteras para el campo. A principios de siglo se abrió una fábrica de máquinas de escribir, y poco después la fábrica de carreteras se convirtió en una fábrica de coches. Con la Primera Guerra Mundial se construyó una fábrica de papel. Con la Segunda, industrias electrónicas, y en los prósperos años sesenta se empezaron a fabricar computadoras.

Tyler, con una población de poco menos de ciento cincuenta mil habitantes y una renta per cápita bastante superior a la media nacional, era una ciudad rica, tranquila y abierta. No había muros que la protegieran.

Parker llegó al Aeropuerto Nacional de Tyler a las dos de la tarde. El sol estival abrasaba y la llanura que rodeaba al aeropuerto se calcinaba con el calor seco. El taxi que cogió Parker tenía una pegatina en la que se podía leer que estaba equipado con aire acondicionado, pero el taxista le explicó que el acondicionador se había estropeado a comienzos del verano y que el patrón no había querido repararlo.

– Porque, de todos modos, en septiembre este coche queda fuera de circulación.

Parker no respondió. Miró las vallas publicitarias ante las que pasaban, con anuncios de hoteles, líneas aéreas y cigarrillos, y, tras echarle una mirada rápida

por el espejo retrovisor, el taxista lo dejó en paz.

Entraron en la ciudad por la zona de los establecimientos de venta de coches usados. Había elecciones en la ciudad, lo que se traducía en un sinfín de carteles propagandísticos pegados en los postes de teléfonos, en las vallas y en los escaparates de las peluquerías; cuando llegaron al centro, Parker ya sabía que los dos candidatos a la alcaldía se llamaban Farrell y Wain. Los carteles de Farrell se multiplicaban con respecto a los de Wain, y eso significaba que Farrell tenía más dinero, o, lo que es lo mismo, que a Farrell lo apoyaban los poderosos de la ciudad. Por lo tanto, probablemente ganaría Farrell.

El Ohio House era un hotel para ejecutivos cerca de la estación ferroviaria; treinta años antes había sido el hotel más ostentoso. Los Sheraton, Howard Johnson y Holiday Inn se encontraban a unas seis manzanas de allí, en la zona más moderna de la ciudad, junto al río. Parker se había decidido por el Ohio House porque seguía siendo un hotel de corredores de bolsa; un lugar decadente pero respetable, y, para sus propósitos, el sitio más anónimo de la ciudad. En ningún otro lugar sería más normal que dos clientes solitarios se encontraran casualmente y quisieran compartir unos tragos antes de despedirse.

La habitación de Parker estaba en el tercer piso, en la fachada principal, y tenía una buena vista de la London Avenue, la calle principal. A la derecha, Farrell había hecho colocar una pancarta que atravesaba la calle anunciando su candidatura. Sin duda, sería el ganador.

Había una televisión en blanco y negro en la habitación, llena de avisos escritos a mano de la dirección. Parker se entretuvo con antiguas películas y concursos hasta la hora de la cena. Cenó en el restaurante del hotel con media docena de hombres, todos solos y en mesas separadas: la mayoría leía el periódico y uno examinaba un folleto desplegable. Parker era el que menos aspecto de ejecutivo tenía, pero no era una pretensión imposible el que lo fuera. Podría ser un vendedor de material del ejército, o de alarmas, o de equipos especiales para clubes nocturnos.

Después de la cena, Parker volvió a su habitación, pero no conectó la televisión. Se sentó en el único sillón, en la oscuridad, mirando a la ventana, en la que se reflejaba la luz del tráfico de la calle. Era la noche de una jornada laborable, así que el ruido no llegaba a niveles muy altos.

A las ocho y media oyó que llamaban a la puerta. Parker encendió la luz y abrió la puerta. Entró Grofield, sonriente, diciendo:

– Un hotel encantador. El orinal de mi habitación tiene un autógrafo de A. Lincoln. ¿Crees que será auténtico?

– Hola, Grofield -contestó Parker-. Vamos al parque.

IV

Grofield disparó tres veces y tres presidiarios fugados vestidos con pantalones y camisas a rayas blancas y negras cayeron de espaldas. Cambió de posición, observó el cañón del rifle y detuvo de un disparo a cinco coches que huían a toda velocidad. Acabó dándole a un anarquista con una bomba y a un barril lleno de whisky de contrabando que iba rodando por una ladera; dejó el arma sobre el mostrador y miró con satisfacción los blancos en el extremo de la barraca de tiro. A su alrededor sonaban los estampidos secos de otros rifles, mezclados con los *bings* y *dings* de los blancos acertados, el susurro constante de pies detrás de él, los ruidos superpuestos de varias clases de música que procedían de otras zonas del parque, y centenares de personas hablando a la vez.

El empleado de la barraca de tiro, un hombre bajo que vestía una chaqueta de lana negra y un cigarrillo suspendido en el ángulo de la boca, apareció ante Grofield y le echó una mirada fría y desinteresada, como entre hombres de mundo.

– Tiene buena puntería -le dijo.

El cigarrillo se balanceaba cuando hablaba y le daba un momentáneo parecido a Humphrey Bogart.

Grofield le respondió en el mismo tono con toda naturalidad.

– El resultado de mantenerse en forma -contestó.

– Le corresponden otros diez tiros gratis por haber logrado la máxima puntuación.

Grofield miró a su alrededor y vio a un par de chicos de unos doce años que miraban con asombro a los tiradores.

– ¡Eh, chicos! -les dijo.

– ¿Sí?

– Tenéis cinco tiros gratis cada uno. Cortesía del enmascarado.

Los chicos se acercaron. Uno de ellos preguntó:

– ¿Qué enmascarado?

– Yo -contestó Grofield.

– Usted no tiene máscara.

En realidad sí la tenía: gafas con montura de carey, un poblado bigote, algo de maquillaje para hacer más ancha la nariz y crear bolsas bajo los ojos. Pero les dijo:

– De todos modos tenéis cinco tiros cada uno. -Y al empleado situado detrás del mostrador-: Trate bien a estos chicos. Son unos amigos míos muy

especiales.

Luego, transformando las películas de Humphrey Bogart en un *western*, se marchó sin prisa, viendo cómo lo observaban irse, viéndose a sí mismo mientras se perdía entre la multitud.

Y se perdió muy bien. El parque de atracciones Isla Feliz era bastante grande y de noche parecía mayor aún. Trataba de simular una isla apartada de la civilización, alejada de las preocupaciones del mundo del trabajo. Construido en forma cuadrangular, estaba rodeado una valla muy alta, en cuya parte interior habían pintado un mural continuo de escenas marinas, con barcos y pájaros y algunas islas exóticas. Junto a la valla, un foso inundado de tres metros de ancho hacía del parque, técnicamente, una isla de verdad, completamente rodeada de agua.

El espacio circundado por el foso había sido dividido en ocho partes redondas, cada una de ellas con atracciones relacionadas con un tema isleño. Grofield había encontrado una fascinación morbosa en la sección Isla de Alcatraz, pero ya eran las diez y cuarto, hora de encontrase con Parker de nuevo en la sección llamada Isla Desierta. De modo que le convenía decidir en qué dirección navegar, y comenzó a hacerlo.

A su izquierda, en el centro del parque, había una fuente con altos arcos de agua iluminados de azul, rojo y verde. Grofield caminó en esa dirección, sin prisa, dejándose llevar por la muchedumbre y, una vez que llegó a la fuente, se volvió a la derecha y siguió un amplio semicírculo que pasaba frente a las taquillas, la Isla del Tesoro, la Isla de Nueva York, la Isla del Vudú, hasta llegar a la que buscaba.

«¡Náufragos!», indicaban unas letras de neón rojas; dentro de ese edificio se podía recorrer, iluminada por una luz negra, la supuesta isla desierta. Media hora antes, Grofield había hecho el paseo sin Parker, para familiarizarse de algún modo con el terreno. Parker también había estado allí antes, por supuesto, pero ésta era la introducción de Grofield a la Isla Feliz.

El paseo de los «¡Náufragos!» se realizaba en falsos botes de goma hechos de plástico gris en los que había ocho pasajeros. El bote avanzaba movido por cadenas ocultas a lo largo de un canal de agua que serpenteaba hacia el interior oscuro de la construcción. Había una serie de bromas, las más viejas y conocidas bromas sobre islas desiertas; un mecanismo automático en los botes accionaba a su paso las luces que iluminaban, a uno y otro lado, muñecos que hacían pequeños movimientos acordes con los chistes grabados en las cintas. Entre uno y otro, en la oscuridad, fantasmas fluorescentes de distintos tipos de barcos bajaban del techo como si fueran a chocar contra el bote, pero siempre se apartaban en el último momento, por lo general con un gran ruido de cadenas y

engranajes.

Durante todo el recorrido, Grofield estuvo pensando en el contraste entre el negocio que debía de significar este ridículo juego de luces y el casi inexistente de su serio teatro allá en Indiana. La civilización estaba en decadencia, de eso no había ninguna duda.

Parker le había recomendado que prestara especial atención al último de los cuadros. Era más grande que cualquiera de los anteriores; casi en tamaño natural, mostraba una isla desierta con una colina en el centro. Cuando el bote salía de la curva se veía otro muñeco mecánico, un hombre vestido con andrajos que se mesaba los cabellos de alegría sobre un cofre lleno de oro que había desenterrado casualmente. Pero yendo al otro lado de la isla, y oculta del náufrago por la colina, podía verse una lancha que acababa de tocar tierra, fletada por piratas armados que intentaban recuperar el oro.

Lo mismo sucedía con Grofield y Parker. Grofield, después de haber estudiado la Isla Desierta y haber analizado las figuras que se le aparecían a medida que su bote se deslizaba, había ido a divertirse a otras zonas del parque, y ahora volvía de nuevo a «¡Náufragos!», sin prisa, tomándose su tiempo. A su alrededor, los ruidos y las luces comenzaban a disminuir, pues se acercaba la hora de cierre del parque. La multitud, que hasta ese momento había estado deambulando de un lado para otro, ahora se dividía en dos corrientes definidas: una hacia la fuente en el centro del parque, y la otra hacia la salida, que se encontraba entre la Isla Desierta y la Isla de la Tierra.

La pared trasera del edificio de «¡Náufragos!» estaba apartada del camino habitual; resultaba un hueco de sombra en medio de los fulgores. Grofield se dirigió hacia allí, caminando cerca de la pared verde y gris del edificio, y pudo apreciar una especie de día artificial. Pero en este rincón aparecían las sombras, cerradas e intensas. Grofield miró al cielo sin nubes lleno de diminutas estrellas heladas y una delgada luna menguante, demasiado delgada para dar luz. El aire estaba caliente, pero el cielo parecía frío, transparente y muy oscuro.

Parker lo estaba esperando en la puerta trasera. Su silueta era una sombra más oscura dentro de la oscuridad general. Grofield confió en que fuera él y susurró:

– ¿Cómo lo hacemos?

– La he abierto. Vamos.

Dieron un paso hacia dentro, en la oscuridad más total, y Grofield cerró la puerta tras ellos, sin dejar echado el pestillo. Se encontraban en un estrecho corredor formado, a un lado, por la estructura exterior del edificio, y del otro, por una tela negra continua. Del otro lado de la tela venían los ruidos de las escenas de la Isla Desierta, las bromas grabadas y la música y los efectos sonoros.

– Detesto este sitio -susurró Grofield.

Parker no respondió. Grofield tampoco esperaba que lo hiciera. Se apartaron a la vez de la puerta, hacia la derecha, entre el telón y la pared, Grofield iba detrás, guiado por el tenue roce de las mangas de Parker contra la tela.

Parker se detuvo y Grofield tropezó con él. Se quedaron en silencio, escuchando los sonidos metálicos de las grabaciones. Luego Grofield advirtió que Parker reemprendía la marcha y a la derecha apareció una franja vertical de luz rojiza; Parker había retirado un poco el telón y podían mirar desde allí el espectáculo de «¡Náufragos!».

Se encontraban justo detrás del último cuadro, con el náufrago solitario a un lado y la lancha llena de piratas en el otro. Mirando por la estrecha ranura, que le recordaba a las habitúales miradas a través del telón antes de una representación en Mead Grove, Grofield pudo ver pasar ante la isla un bote lleno de gente. Con sus ojos brillantes y las bocas abiertas, los pasajeros del bote parecían inhumanos, enfermos mentales; bajo las luces rojas y amarillas, parecían surgir de las sombras, como si ellos también fueran parte del cuadro vivo. No parecían menos irreales que los piratas de la lancha.

La lancha. Ahí era donde Parker había dejado el dinero, en una maleta oculta en el fondo sobre la que se sentaba uno de los maniquíes piratas. Dentro de ella se encontraban los setenta y tres mil dólares del coche blindado.

Venía otro bote con sus humanoides de caras rojas. Resultaba difícil creer que fuera gente de verdad, hasta tal punto se parecían a los blancos móviles de las barracas de tiro. *Poc poc poc*, se decía, y se imaginaba las cabezas reventando como burbujas mientras los troncos quedaban erguidos e inmóviles. Al momento, el mismo bote volvería a pasar con las mismas figuras y las cabezas otra vez en su lugar.

Durante unos instantes no apareció ningún bote. Las luces de la isla se apagaron y quedaron en una oscuridad casi total. La música, las voces, los efectos sonoros resonaban en los grandes telones oscuros. Aquí y allá, en el interior negro del edificio, se veían fragmentos aislados de luz, como fuegos de un campamento indio en unas lejanas colinas.

De nuevo se encendieron las luces de la isla, se acercaba otro bote. Pasó y las luces se apagaron. La música y los efectos de sonido parecían más débiles esta vez; había menos fuegos.

La isla apareció dos veces más bajo la luz roja y amarilla, y después de la segunda vez ya no hubo más luces lejanas y apenas se escuchaba un sutil hilo de música que, finalmente, también se apagó; ya sólo podía oírse un sonido más general, más anónimo: la multitud, afuera, dispersándose.

– Ahora -dijo Parker.

Grofield ya tenía su bolígrafo-linterna en la mano y lo encendió. Se iluminó la palma para graduar la luz que dejaría pasar entre los dedos índice y corazón. Dirigió una macilenta estela de luz blanca hacia la lancha y Parker caminó siguiéndola; sus pasos retumbaban sobre la madera cubierta de arena.

Grofield lo siguió de cerca, manteniendo la luz en la misma dirección. Sus oídos permanecían alertas a cualquier otro posible visitante del edificio, pero no oían nada. Se detuvo un paso antes de llegar a la lancha, dirigiendo la linterna hacia el interior a la vez que miraba a su alrededor por si aparecía otra luz.

Parker movió uno de los maniquíes y se metió en el bote. Movió otro maniquí, tanteó el suelo y dijo:

– Acerca más la luz.

Grofield se aproximó más al bote, dirigiendo la luz directamente al interior, y abrió los dedos de modo que la claridad fuera mayor. No había ninguna maleta en el fondo del bote.

– Está bien -dijo Parker. Dio media vuelta y caminó hacia la salida. Grofield lo siguió. «Sabía que no sería tan fácil», pensó Grofield, pero no dijo nada.

Una vez en el exterior, caminaron junto a los últimos rezagados hacia la salida del parque. Grofield preguntó:

– ¿Y ahora qué?

– Cuando estuve aquí -contestó Parker-, algunos tipos poco fiables del pueblo lo sabían. Trataron de pescarme, de apropiarse el dinero.

– De modo que ellos lo habrán estado buscando cuando te fuiste.

– Exacto.

– ¿Sabes cómo localizar a alguno?

– Conozco el nombre del jefe -respondió Parker-. Lozini.

V

Lozini, ante el hornillo eléctrico, dijo:

– El problema de mucha gente es que no poseen ningún conocimiento sobre la comida china.

Los tres hombres que lo acompañaban en el jardín asintieron respetuosamente. Sus esposas estaban sentadas cerca de la piscina con la esposa del señor Lozini y conversaban sobre colegios racialmente integrados. Las luces bajo el agua estaban encendidas y producían haces de luz ondulantes que iluminaban toda esa zona del jardín y conferían a las mujeres, con sus vestidos rosados y azules, un aspecto de sirenas envejecidas y un poco brujas.

– Los chinos -proseguía Lozini- *respetan* su comida, ahí está todo el secreto. Como si se tratara de una persona. -Echó al agua castañas y trocitos de apio y los tres hombres volvieron a asentir.

Los tres tenían aspecto de ejecutivos. El de traje celeste y corbata verde oscuro era Frankie Faran, ex empleado de una constructora y actualmente administrador del New York Room, un club nocturno de variedades: dos bailarinas de *strip-tease* durante la semana y un grupo de *jazz* los sábados y domingos. El que sudaba en su jersey de cuello cisne blanco era Jack Walters, abogado y empleado de varias compañías inmobiliarias. Y el de pajarita negra y ligero traje de madrás era un ex contable, Natham Simms, que actualmente se ocupaba del negocio del juego y de algunos asuntos financieros del señor Lozini.

Aunque la casa era muy del estilo noroeste, con el tejado muy inclinado y pequeñas ventanas con dobles postigos y piedras oscuras, el jardín era típico del sur de California, sin duda resultado de varios viajes de negocios que Lozini había hecho a Los Ángeles pocos años atrás. Reflectores amarillos y verdes se insinuaban entre los plátanos y arces y la pared trasera de la casa. Las lajas eran rosadas; la piscina, azul y en forma de riñón, la cancha de tenis estaba orientada en dirección norte-sur. Una valla acotaba el recinto, pero la hiedra que se suponía que debía de cubrirla se había secado y sólo quedaban aquí y allá algunos restos que trepaban al azar, como hendiduras en una pared.

Esa noche era muy calurosa y el jardín californiano resultaba más adecuado que la casa estilo Nueva Inglaterra. El olor a vegetales cocidos flotaba en el aire y se mezclaba con la conversación de las mujeres junto a la piscina. Lozini se congratuló de su habilidad, luego sonrió a su alrededor en dirección a sus invitados y ellos le devolvieron una sonrisa sumisa.

Lozini se consideraba un gourmet y nadie en su círculo le contradecía:

nadie tenía mayores conocimientos, ni mayor poder. Satisfecho de sus aptitudes como cocinero y complacido asimismo por el poder que había alcanzado tras muchos años de lucha, Lozini invitaba tres o cuatro veces por semana a algunos de sus subordinados y los agasajaba con platos italianos, españoles, franceses o chinos; era un gourmet con gustos amplios. Era considerado un honor ser invitado a una cena de Lozini, y un desastre que pasara mucho tiempo sin ser invitado. Nadie rechazaba sus invitaciones.

Los vegetales seguían cociéndose; demasiado lentamente, pero Lozini no lo sabía. Les sonrió paternalmente, los volvió a revolver y miró hacia Harold, que venía de la casa. La librea blanca de Harold era de un corte tan perfecto que el arma que llevaba pasaba inadvertida para la esposa de Lozini, a quien no le gustaban las armas de fuego, y menos en la casa.

Lozini esperó con la cuchara de madera en la mano y sus tres huéspedes retrocedieron discretamente unos pasos. En su mundo era preferible no escuchar las conversaciones ajenas.

Harold llegó. Inclinado sobre el hornillo, con el rostro en medio del vapor que se levantaba, dijo en voz baja:

– Alguien pregunta por usted al teléfono, señor Lozini.

– ¿Quién?

– No sé, señor Lozini, no quiso dar su nombre.

Lozini frunció el ceño.

– ¿Por qué habría de contestarle? ¿Qué quiere?

– Dijo que se trataba del asunto del parque de atracciones, señor Lozini.

Lozini parpadeó como si fuera su cara la que estaba en medio del vapor, no la de Harold.

– ¿Qué asunto en…? -Pero entonces se acordó.

– No sé, señor Lozini -dijo Harold-. No sé nada al respecto, por supuesto. Me limito a repetir lo que él me dijo…

– Está bien, está bien -respondió Lozini. Hizo un gesto brusco para que Harold se callara y miró hacia la casa. El ladrón solitario del parque de atracciones, que se había escondido allí con el botín de un atraco a un coche blindado. Lozini había mandado algunos hombres a atraparlo, pero no perdieron. Eso fue hace un par de años… ¿y quién querría hablar de ese asunto ahora, por teléfono?

Harold, con su cara expuesta al vapor, seguía esperando pacientemente. Los tres invitados, a un lado, habían iniciado una conversación sobre un tema trivial. Lozini tomó una decisión.

– Está bien -dijo, y se volvió hacia los tres hombres-. ¿Nate?

Simms, el ex contable, se dio la vuelta con las cejas cortésmente levantadas.

– ¿Hay algo que pueda hacer?

Lozini le tendió la cuchara de madera.

– Revolver esto -le contestó-. No dejes que se queme. -Y dirigiéndose a Harold-: Contestaré desde la cabaña.

– Sí, señor.

Harold regresó a la casa y Lozini se dirigió a la cabaña; tenía tres estancias adosadas, cada una con su propia cama y su cuarto de baño. La última tenía, además, teléfono; Lozini entró en ésta, encendió la luz, cerró la puerta, se sentó en la cama y levantó el auricular.

– ¿Hola?

– ¿Lozini? -La voz era algo ronca, pero neutra.

– Sí, soy yo -respondió Lozini, que oyó el click de Harold que colgaba el supletorio de la cocina.

– La última vez que usted me vio -dijo la voz-creyó que yo era un policía llamado O'Hara. Usted pensó que yo me había herido en la cabeza.

Lozini comprendió inmediatamente; era el ladrón al que él mismo había intentado capturar en el parque de atracciones. El muy bastardo había salido vestido de policía, fingiendo estar herido, con la ropa de uno de los polis que servía a Lozini.

– ¡Hijo de puta! -dijo Lozini apretando el auricular e inclinándose sobre las rodillas. Quería decirle que tres respetables hombres habían muerto en aquella ocasión y que tendría que pagar por ello, pero se mantuvo a la expectativa; esas cosas no se deben decir por teléfono:

– Quiero volver a verlo -dijo Lozini. Jadeaba ruidosamente, como si acabara de subir una escalera.

– Usted me debe dinero -contestó la voz.

Esto dejó sin palabras a Lozini. Miró hacia el lavabo en la pared de enfrente, sin habla. Ni siquiera podía pensar en lo que le decía aquel hijo de puta.

– ¿Lozini?

– ¿Dónde…? -Lozini se aclaró la garganta-. ¿Dónde está?

– Es una llamada local. Usted tiene mi dinero; he venido a por él.

– ¿De qué dinero me habla, hijo de puta? No tengo ni un centavo de su dinero, no es *ése* el asunto que tenemos que arreglar.

– El dinero que dejé escondido. Usted lo tiene y yo lo quiero. ¿Me lo va a dar por las buenas o tendré que causarle problemas?

– No le daré nada -gritó Lozini-; ¡le daré un viaje sin regreso!

La voz se mantenía tranquila. Dijo:

– ¿Conoce a un tipo llamado Karns?

– ¿Qué?

– Anda en asuntos -respondió la voz-. El tipo de asuntos que usted maneja.

– No, no anda en… Ya sabe a qué me refiero. -Pero Lozini recordó que debía estar furioso y dijo-: No me importa a quién conozca. Quiero su cabeza, y la voy a tener.

– Llame a Karns -contestó la voz.

– No tengo que llamar a nadie…

– Llámele y pregúntele -insistió la voz-qué debería hacer si le debe dinero a un tipo llamado Parker.

– Venga aquí -respondió Lozini-. Le pagaré todo lo que me pida.

– Pregúntele a Karns -repitió la voz-. Le volveré a llamar mañana por la noche para decirle dónde debe dejar el…

– ¡No pienso preguntar nada a nadie!

– Sería un error -aseguró la voz.

Lozini colgó el teléfono de un golpe. Un instante después se arrepentía y levantó el auricular, pero la comunicación ya se había cortado. Tendría que ocurrírsele algún modo de traer a ese tipo a su terreno. ¿Había dicho que se llamaba Parker? Perfecto.

Lozini hizo una llamada. Su mejor hombre de confianza, Joe Caliato, había muerto en el parque de atracciones, asesinado por ese mismo hijo de puta que ahora intentaba recuperar su dinero. Su sucesor, Ted Shevelly, algún día llegaría a ser un buen brazo derecho, pero ese día aún no había llegado. Sin embargo, aun así, podría encomendarle este asunto.

– Hola.

– ¿Ted?

– Sí, señor Lozini.

– Ted, ¿recuerdas el incidente del parque de atracciones hace un par de años?

– Sí, señor.

– El individuo que provocó todo el lío dice que se llama Parker y que está en la ciudad. Me acaba de llamar por teléfono.

– ¿Seguro que es él?

– Creo que sí. Me gustaría encontrarlo, ¿entiendes lo que quiero decir?

– Sí, señor, por supuesto.

– ¿Podrás encontrarlo?

– Si está en la ciudad -contestó Shevelly-, puedo encontrarlo.

– Buen muchacho.

Lozini colgó y se quedó mirando al teléfono durante un largo minuto. Un cosquilleo en el brazo le impulsaba a efectuar una llamada interurbana, concretamente a Karns, un hombre al que él apenas si conocía, pero poderoso en

toda la nación. ¿Pero qué importancia tendría lo que dijera Karns? Si ese bastardo de Parker estaba de verdad bajo la protección de Karns, habría venido abiertamente, con hombres que le respaldaran. Era sólo un farsante, un ladrón solitario con un arma en el bolsillo.

Además, aunque Karns, o quien sea, dijera que lo mejor sería devolverle el dinero a Parker, nada se arreglaría con ello. Porque Lozini no tenía ese dinero. Había hecho registrar el parque de atracciones de un extremo a otro hacía dos años, después de la huida de Parker, y no había encontrado ni rastro de él. Y no se puede devolver lo que no se tiene.

Lozini se puso de pie, salió de la cabaña y volvió a donde sus huéspedes lo esperaban, alrededor del hornillo eléctrico, revolviendo por turno los vegetales. Se sintieron aliviados cuando el anfitrión regresó.

– Gracias, muchachos -dijo Lozini. Cogió la cuchara de madera que tenía Nate Simms y miró la olla. Los vegetales se habían fundido en una especie de barro verdoso que desprendía un olor a moho.

VI

– Cuentan con una biblioteca excelente -dijo Grofield.

La muchacha que caminaba delante de él entre las estanterías giró su cabeza y lo miró por encima del hombro.

– Gracias -le respondió, como si él le hubiera alabado sus piernas, que, por cierto, estaban muy bien formadas.

Fueron a la sala de lectura, donde todas las mesas estaban vacías.

– No parece que resulte lucrativo el negocio -comentó él.

Ella soltó un suspiro dramático e hizo una mueca estudiada.

– Supongo que no puede esperarse otra cosa de una ciudad como ésta -contestó.

Oh, oh, pensó Grofield, conque es una de ésas. Su autoimagen: una rosa que crece en un estercolero. ¿Una rosa digna de cortar?

– ¿Qué otras ofertas hay en una ciudad como ésta? -preguntó.

– Nada. Aquí estamos.

En un pequeño despacho había un ajado aparato de lectura de microfilms sobre una mesa, con una silla de madera enfrente. Sonriendo, Grofield dijo:

– Muy bonito.

Ella sonrió, halagada, y él supo que tenían criterios artísticos muy similares.

– Tendría que ver la sección de discos -dijo ella.

– ¿Sí?

– Es espantosa.

La observó dudando por un sólo segundo, pero su expresión le indicó que en realidad no le había insinuado que buscaran un rincón tranquilo donde poder abrazarse. La idea, en realidad, ni siquiera se le había ocurrido; era una chica decente y muy simple, propia de la ciudad y la biblioteca.

Perplejo y con la intención de no ofender los sentimientos de la muchacha, siguió interpretando su papel, sin dobles intenciones.

– Pero debe de haber algo que hacer cuando llega la noche.

Ella arrugó los labios para manifestar su disgusto; todos sus movimientos y expresiones estaban demasiado estudiados, como si todavía no hubiera logrado dar con su verdadera personalidad.

– Todo el mundo ve la televisión -contestó.

– Le diré lo que haremos. No sé si esta noche estaré ocupado debido a unos negocios, pero déme su teléfono y si estoy libre la llamaré. Y veremos qué tiene para ofrecernos esta vieja Tyler.

– Oh, esta noche no puedo -respondió ella exagerando el sentimiento de desdicha.

«Es lo mismo», pensó él.

– Quizá otro día de la semana -le dijo.

– Está bien, perfecto. -Muy despierta-. ¿Quiere anotarlo?

No se dio cuenta de qué era lo que quería que anotara:

– ¿Eh?

– Mi número.

– ¡Ah! Por supuesto. -Sacó el bolígrafo y la agenda y se quedó en una posición que recordaba a la del reportero de *Primera Plana*-. Dispare.

Le dictó siete números y él los escribió. Ella agregó:

– Lamento de verdad que no pueda ser esta noche.

– Bueno, es usted demasiado bonita -dijo él-. No podía esperar que estuviera libre, especialmente la noche del viernes.

Se volvió a iluminar:

– Qué amable es usted.

– No puedo mentir en una biblioteca -repuso él, echando una mirada a su alrededor-: Ahora, los periódicos…

– ¡Ah, sí! -De pronto se volvió eficiente, pero otra vez la actitud era demasiado artificial. Señalando con amplios movimientos del brazo, le dijo:

– Están allí, en esos estantes. Los más recientes están arriba, los más antiguos abajo. Y los índices son esos libros de las estanterías pequeñas.

– Perfecto. Muchas gracias.

– Bueno -dijo la chica, y le dirigió una sonrisa sin sentido acompañada de un par de extraños movimientos con las manos-. Será mejor que le deje trabajar.

– Nos veremos después. -La saludó con una sonrisa amistosa y esperó a que se fuera.

Salió con más énfasis del necesario y Grofield dirigió su atención a las cajas de microfilms del *Times-Chronicle* de Tyler, el único matutino superviviente de la ciudad. El tomo más reciente del índice le daba tres referencias sobre Lozini y media docena de prometedoras referencias sobre el crimen organizado. Tomó las cajas mencionadas del estante más alto, las acomodó junto a la máquina, colocó una cinta y se sentó a leer.

Alan Grofield era un consumado actor ante cualquier circunstancia, no sólo representando una obra sobre el escenario. Una música de fondo sonaba siempre en su cabeza, acentuando y realzando todo lo que hacía, transformándolo todo en un melodrama. A veces era un piloto de un bombardero durante la Segunda Guerra Mundial, conduciendo un avión maltrecho a través del Canal con toda la tripulación muerta o agonizante en sus puestos. A veces era el mismo piloto, que

había saltado en paracaídas sobre Francia y era ocultado por una hermosa muchacha campesina en un sótano sucio y de bajo techo con arcos de piedra. Otras veces era un espía extranjero que se dirigía a una reunión clandestina donde entregaría los planos del nuevo submarino. Y siempre la música adecuada sonaba en su cabeza; le daba el ritmo que necesitaba, de tal modo que daba una impresión de gracia inconsciente y de sinuosidad felina, misterioso, ágil y extremadamente artificial.

La banda sonora que escuchaba mentalmente en este momento no era exactamente música. Había fantaseado un film de Dennis O'Keefe, situado cronológicamente hacia 1950. Esta vez interpretaba el papel de un agente federal que se había prestado como voluntario para hacerse pasar por delincuente y llegar de ese modo hasta el centro mismo de la organización criminal. De modo que aquí estaba, en la central del FBI en Washington D. C. -la cúpula del Capitolio se habría visto al fondo cuando la cámara lo seguía subiendo la escalinata de piedra-, estudiando los archivos de los miembros de la banda, preparándose para la infiltración. Y en lugar de música de fondo, la banda sonora registraba la voz engolada del narrador: «El agente Kilroy estudiaba a los hombres con los que pronto…». El resto no era nítido; la voz seguía sonando con autoridad, aunque sin palabras.

Durante dos horas el agente Kilroy estudió a los hombres. Adolf Lozini. Frank Faran. Louis «Dutch» Buenadella. Nathan Simms. John W. Walters. Ernest Delure. Joseph «Cal» Caliato, de quien se esperaba mucho hasta su misteriosa desaparición dos años atrás. Y los nombres de hombres de negocios asociados a los anteriores. Tres Hermanos Trucking. Entertainment Enterprises, una compañía fabricante de máquinas expendedoras. El New York Room, un club nocturno local. Ace Beverage Distribuidores. Un nombre llevaba a otro, a lo largo de cinco años de periódicos locales, hasta que finalmente tuvo ante sí un panorama aceptable de la intrincada red. Su cuaderno se llenó, sus ojos se cansaron y le dolía la espalda de tanto estar inclinado sobre el visor de la máquina.

Se puso de pie, devolvió las cintas a sus cajas, las puso en las estanterías, se restregó los ojos, flexionó la espalda, se guardó en el bolsillo el cuaderno y el bolígrafo y se dirigió hacia la salida.

La chica lo esperaba y salió de detrás del escritorio mientras él se acercaba. Realizaba ostentosas señas con las manos para llamarle la atención, y cuando él se detuvo le susurró:

– Voy a estar libre esta noche.

Había pospuesto su cita; dolor de cabeza, seguramente. Vagamente compadecido por el joven y a la vez irritado y culpable ante la chica, Grofield

contestó:

– Es maravilloso.

– De modo que si usted está libre…

– Espero estarlo -dijo él, y de repente se dio cuenta de que aunque tenía su número de teléfono, no tenía su nombre-. La llamaré en cuanto lo sepa -dijo-. Mi nombre es Alan. Alan Green.

– Hola, Alan. Yo soy Dori Neevin.

– Te llamaré, Dori.

– Estaré esperando.

Le devolvió la sonrisa infantil de la chica, salió de la biblioteca y se dirigió al hotel, donde Parker estaba en la ventana de su habitación mirando cómo se ondeaba sobre la calle la pancarta del candidato a alcalde. Cuando Grofield entró se dio la vuelta.

– Lozini dice que no -dijo.

Grofield arrojó sobre la cama el cuaderno.

– Elige un número -contestó.

VII

Frankie Faran padecía una ligera indigestión que achacaba a la comida china que la noche anterior había degustado en casa del señor Lozini. Con ello no quería decir que la comida que le habían servido estuviese en malas condiciones, sino, simplemente, que la comida china nunca había sido digerida bien por su estómago. Pero, por supuesto, cuando uno era invitado a cenar a la casa del señor Lozini no se podía acudir y no comer, cualquiera que fuese la comida que el señor Lozini hubiera decidido preparar esa noche.

Pero lo había pagado al día siguiente. No se alimentó más que con pan y Alka-Seltzer hasta que fue al club, a eso de las ocho y media de la noche, y tomó dos platos de sopa del día, que resultó ser sopa de cebolla. Se supone que la sopa de cebolla es buena para la digestión.

Angie, la chica con la que últimamente se había estado divirtiendo, vino a su oficina a eso de las diez, pero él no se encontraba con ánimos.

– No estoy de humor esta noche, querida -le dijo.

– Vaya, lo lamento. -Angie no era elegante, pero sí una buena chica. Aunque tenía treinta y siete años, estaba tan delgada que era como acostarse con una quinceañera. Tenía hijos mellizos, de unos doce años de edad, ambos a cargo del padre, un militar que se había vuelto a casar y ahora estaba de servicio en Alemania con toda su familia. A veces, cuando no tenía bebida a mano, Angie se ponía melancólica y pensaba en aquellos dos niños, tan lejos, al otro lado del océano. Faran hubiera pretendo prescindir de esta clase de sentimentalismos, pero, por otro lado, ella era una chica muy complaciente y sus tristezas eran un precio que podía pagarse sin dificultad.

– Algo que comí me sentó mal -le dijo.

– ¿Quieres algo del bar?

– No, por Dios. ¿Cómo van las cosas?

Ella se encogió de hombros.

– Es viernes por la noche -contestó.

En otras palabras, todo iba bien. El New York Room estaba cerrado los lunes; de martes a jueves tenía una afluencia de gente no estelar pero sí aceptable, con un espectáculo de dos gordas bailarinas de *strip-tease,* y hacían su gran negocio los viernes y sábados con un grupo de *jazz* que también interpretaba música *rock.* El domingo no había espectáculo, sólo cenas para parejas y música de discos a cuyo compás bailaba una clientela ya colgada del Geritol. Pero con los viernes y los sábados se pagaba el alquiler y se sacaban las

ganancias.

Angie le preguntó:

– ¿Quieres algo más?

– Creo que no -respondió Faran-. Te veré después.

– Espero que te mejores.

La vio irse y se sintió peor.

La hora de cerrar en Tyler, legalmente, era a medianoche entre semana; y a la una, los viernes y sábados. A la una y veinte, cuando los pocos clientes que quedaban en las mesas ya se despedían, Faran se sentó en su despacho con las facturas de la noche y una máquina calculadora, dispuesto a trabajar un poco. Estaba llegando a la suma total cuando se abrió la puerta y volvió a entrar Angie, asustada.

– Estos hombres… -dijo e hizo un gesto nervioso con la mano hacia dos tipos que venían tras ella.

Faran los miró y supo exactamente por qué habían venido. No podía creerlo. ¿Pero se atreverían a interferir en un asunto de Lozini? Nadie podía ser tan irresponsable.

Y, sin embargo, por Dios, tenían ese aspecto. Los dos altos, con caras hoscas, ropa oscura, ojos fríos que examinaban la habitación mientras entraban. Y ambos tenían la mano izquierda en el bolsillo lateral de sus correspondientes chaquetas.

Sólo Angie estaba asustada. Por la ranura de la puerta abierta, antes de que uno de los tipos la cerrara, Faran pudo ver a su gente trabajando allí fuera como si nada ocurriera: daban la vuelta a las sillas y las colocaban sobre las mesas; cerraban el bar. De modo que estos dos habían actuado como perros pastores, apartando un cordero del rebaño, amenazando a Angie y obligándola a llevarlos a donde estaba el dinero, sin molestar a nadie más. Serenos, tranquilos, rápidos y profesionales.

¿Pero no se daban cuenta del lugar que habían elegido?

Angie dio un paso hacia un lado y dejó un espacio libre entre Faran y los dos visitantes; mostraba su miedo de manera cada vez más evidente, ahora que estaban en privado.

– Estos hombres -volvió a decir, y su timbre de voz subía y bajaba como una especie de extraño ejercicio operístico-, estos hombres querían que yo… me hicieron… no pude…

– Está bien, querida -repuso él. Sabía que no era oportuno ponerse de pie ni salir de detrás del escritorio, pero hizo un gesto hacia ellos con ambas manos, tratando de calmarla-. No te preocupes -le dijo-. No van a hacer daño a nadie.

– Así es -convino uno de ellos-. Usted sabe lo que queremos.

El otro se dirigió a Angie:

– Querida, no le pasará nada. Piense en todo esto como en una gran anécdota que podrá contarle a sus amigas.

– Muchachos -dijo Faran-, creo que cometen un error al venir aquí.

– Apoye las manos sobre el escritorio -ordenó el primero.

– No soy estúpido -contestó Faran y apretó las manos contra la superficie del escritorio para probarlo-. Pero quizá ustedes desconocen de quién es este dinero. Quizá no saben la situación del local.

El primero se había acercado al escritorio, se inclinó y cogió un fajo de billetes de veinte dólares que Faran ya había contado y atado con una goma.

– Conocemos la situación del local, Frank -le contestó.

Faran frunció el ceño. ¿Este tipo lo conocía? Los dos hombres llevaban sombrero y gafas con cristales transparentes y tenían bigote. El que estaba más cerca cogía todos los billetes de diez, de cinco y de uno, y los guardaba en el bolsillo de su chaqueta; tenía un rostro ancho y asimétrico, con ojos rasgados y oscuros y boca de finos labios. El otro, que apoyaba su espalda contra la puerta y se entretenía diciéndole algo amable a Angie, era de aspecto más delgado y ágil, de rostro oscuro, propio de un actor bajo su disfraz, de rasgos marcados y relajados, sin la fiereza pétrea del primero.

Faran nunca había visto a ninguno de los dos, de eso estaba seguro. Dijo:

– Escuchen, por mí pueden llevarse todo el dinero. Pero si realmente saben de quién es el local y cuál es la historia del pueblo, les aseguro que han dado un mal paso.

El hombre grande no le prestó atención. Terminó de guardarse las ganancias de la noche en los bolsillos -menos de novecientos sumados en la calculadora de Faran; una cifra indigna de una visita de ladrones profesionales-y luego comenzó a coger las notas de las tarjetas de crédito.

Faran se sorprendió tanto que hizo un movimiento como si pretendiera retener los recibos de las tarjetas de crédito:

– ¡Eh! ¿Qué está…?

La mano del hombre grande cayó sobre la muñeca de Faran, inmovilizándola sobre el escritorio.

– No sea estúpido -le dijo.

Faran retiró la mano, sorprendido más aún de su propia reacción que de la intención del hombre grande de llevarse los recibos de las tarjetas de crédito.

– Lo siento -afirmó, tan anonadado que balbuceaba-. Pensé… A usted no le sirven de nada, para qué…

Diners Club. El hombre grande cogió todos los recibos, se los metió en el bolsillo y pasó al montón de los recibos de Bankamericard.

Faran los miraba tan sorprendido que no podía pensar.

– No podrá… no podrá hacer uso de ellos. No puede obtener dinero con ellos.

Y las tarjetas de crédito significaban el setenta y cinco por ciento del negocio del club. Si había novecientos en efectivo esta noche, eso significaba alrededor de unos tres mil en tarjetas de crédito. Eso le costaría al New York Room si el hombre grande se llevaba los recibos. Sin embargo, no había modo alguno de que un ladrón pudiera convertir esos recibos en dinero. El único resultado, si esos recibos eran robados, sería que casi todos los clientes de esa noche habrían comido y bebido gratis.

American Express. Master Charge. Carte Blanche. Faran vio cómo desaparecían en el bolsillo del hombre grande. Al otro lado del despacho, el otro individuo seguía hablando con Angie, cosas suaves y amistosas, incluso con un tono de flirteo. Y Angie se había calmado mucho, miraba cómo se desarrollaba la escena con los ojos muy abiertos, pero sin mostrar pánico.

Pero Faran sí sentía pánico, el pánico de la desorientación. Dijo:

– Todo eso es inútil para usted. Nos perjudicará a nosotros sin que usted pueda obtener a cambio ninguna ganancia. Por Dios, ¿qué se propone?

El hombre grande había terminado de guardarse todo en los bolsillos. Ahora sacó del bolsillo lateral de la chaqueta una pistola de cañón corto, le dio la vuelta, cogiéndola por el cañón y se inclinó sobre el escritorio. Realmente asustado, pues llegó a creer que esos tipos no eran tan profesionales como había pensado, Faran se encogió en su sillón y se cubrió el rostro con brazos temblorosos.

El hombre grande bajó el arma y golpeó el escritorio tres veces, haciendo profundas marcas en la madera; Faran parpadeaba al oír cada golpe y, junto a la puerta, Angie soltó unos gemidos como de ratón.

Faran bajó los brazos. Miró las abolladuras en la superficie de su lujoso escritorio y al hombre grande que estaba frente a él. Éste le dijo:

– Llame a Lozini cuando salgamos de aquí y dígale que éstos son los intereses por lo que me debe. No restaremos esto de la suma principal, ¿me entiende, Frank?

Faran los miró.

– Sí -le contestó.

– Repítalo.

– Lo que ustedes se llevan son los intereses de lo que él les debe. No lo restarán de la suma principal.

– Exacto, Frank. -El hombre grande dio un paso hacia atrás, se guardó la pistola e hizo un gesto en dirección a Angie sin mirarla-. Nos llevaremos a la

chica hasta la calle -le dijo-. No haga nada hasta que ella vuelva aquí.

– No -protestó Angie con una vocecita quebrada, como el gemido que había soltado un momento antes.

El tipo que estaba junto a la puerta le dijo con calma:

– No le va a pasar nada, querida. Otro paseo juntos por el club, como antes.

El hombre grande seguía mirando a Faran. Preguntó:

– ¿Entendió todo, Frank?

– Lo he entendido -respondió Faran. Estaba pensando que se trataba de una especie de venganza entre estos dos tipos y Lozini, o, más probablemente, entre Lozini y algún tipo importante que había alquilado a estos dos. Se sintió feliz de que todo lo que quisieran fueran las ganancias de esta noche. A veces, en el mundo del señor Lozini los tipos importantes mostraban su fastidio matando a los subordinados de sus enemigos. De repente, Faran pensaba que había estado más cerca del peligro de lo que había pensado.

El hombre grande afirmó con la cabeza y se volvió hacia Angie.

– Vamos -dijo.

Angie miró a Faran como si necesitara que él la ayudara. Faran le dijo:

– Está bien, Angie. No van a hacer daño a nadie.

– Exacto -afirmó el que estaba junto a la puerta-. Absolutamente cierto. Nunca hacemos daño a nadie, ésa es la única verdad. Vamos, Angie, demos un paseíto y me hablarás de tus amores. -Dijo esto último con una profunda voz a lo Bo Diddley, y Angie casi logró dibujar una temblorosa sonrisa hacia él mientras los tres salían de la oficina. El hombre grande iba el último y cerró la puerta tras él.

Faran llevó su mano inmediatamente al teléfono, pero no levantó el auricular. Podía hacerlo, no había ninguna diferencia entre hacerlo ahora o esperar a la vuelta de Angie, pero no lo hizo. Por alguna razón se sintió mejor obedeciendo las órdenes del hombre grande.

Con la otra mano palpó las marcas dejadas sobre el escritorio. Arruinado, absolutamente arruinado. Y era un escritorio caro, del mejor nogal. Las marcas eran profundas; no habría modo de arreglarlo.

Angie entró corriendo, gritando de alivio:

– ¡Oh, Frank! ¡Oh, Dios mío!

Frank levantó el auricular y comenzó a marcar.

– Tenían un coche -decía ella. Jadeaba como si hubiera corrido un kilómetro-. La matrícula estaba sucia, cubierta de barro, pero era un Chevrolet verde oscuro.

– Alquilado -dijo él-bajo un nombre falso. Olvídalo. -Terminó de marcar y escuchó las señales de llamada.

Angie rodeó el escritorio, se inclinó sobre Faran y pasó el brazo alrededor de su cuello.

– ¡Dios mío, Frank, estaba tan asustada!

– Después -dijo él. Por primera vez en los últimos cinco minutos, su estómago gruñó y se agitó. Tenía que soltar un pedo, no podía evitarlo; a veces odiaba tener que hacerlo en presencia de una mujer. Si al menos fuera silencioso; al soltarlo, oyó un terrible mugido debajo de él-. ¡Dios! -dijo molesto, y enojado, y abatido, y asustado, y hambriento, y preocupado, y deseando que no fuera necesario hacer esa maldita llamada-. ¡Dios, Dios, Dios!

– ¿Frank?

– ¡Después, por lo que más quieras! -Con un movimiento violento apartó la mano de la chica de su hombro. Estaba llamando.

Angie se apartó de él, mirándolo como si la hubiese traicionado. Él sabía de qué se trataba, sabía que se suponía que tenía que tranquilizarla, abrazarla…, ¡pero lo primero era lo primero!

Se oyó una voz.

– Sí -dijo Faran-. Habla Frank Faran, desde el New York Room. Tengo que hablar con el señor Lozini. Sí, está bien, despiértelo; es importante. Sí, ya sé, pero hágalo de todos modos. Bajo mi responsabilidad. Querrá escuchar esto.

VIII

Donald Snyder solía hacer su ronda por la planta cada media hora. Eran las dos y media de la madrugada cuando apartó el libro que estaba leyendo, se puso de pie y cogió la linterna y el llavero. Dejó atrás la tenue luz que reinaba en la casilla del sereno, situada en la entrada principal, y se adentró en la rojiza oscuridad del exterior, cruzó el aparcamiento y la zona de descarga y se dirigió al edificio principal. Grandes letras rojas de neón en el techo de la planta de tres pisos formaban las palabras «cerveza kedrich» con tal brillo que oscurecían la luna y hacían inútil la linterna de Snyder, al menos hasta que se encontrara en el edificio principal.

Kedrich era una marca de cerveza estrictamente local, desconocida a cincuenta millas de Tyler, y, sin embargo, un buen negocio desde hacía más de setenta años. Era una cerveza de calidad normal, más o menos como todas las demás, pero su éxito no dependía de su calidad. La ley no escrita, pero respetada, decía que ningún bar en Tyler podía obtener la licencia para vender alcohol a no ser que en sus pedidos diera un trato preferencial a la cerveza Kedrich. «Todos queremos apoyar a la industria local», era la frase con la que los vendedores de Kedrich explicaban la situación a los recién llegados.

Snyder abrió la puerta lateral, entró en el edificio, encendió su linterna y dejó vagar el haz de luz por el amplio pasillo vacío. No había problemas, todo estaba tan tranquilo como de costumbre.

Bien. Caminó a lo largo del pasillo, dirigiendo la luz a ambos lados, sin esperar nada anormal ni ver nada inquietante. Las dos paredes tenían ventanas y, a través de los cristales, la linterna de Snyder iluminaba las máquinas de embotellar a la izquierda y las elaboradoras de cerveza a la derecha. Todo estaba en orden en el primer piso.

En el segundo piso se almacenaban las materias primas en grandes naves frías de techo bajo en el que se alineaban hileras de tubos fluorescentes. Snyder abrió cada una de las puertas, pulsó el interruptor que encendía todas las luces y vio en todos los casos la misma vacuidad silenciosa, las hileras de barriles, cajas o sacos; los suelos de hormigón limpios. No había olor a humo, ni ruidos furtivos, ni ratas, ni problemas. Silencio y paz.

Tercer piso. Aquí estaban las oficinas, las de todos los empleados administrativos y las de los jefes. Algunos ejecutivos, al fondo, tenían verdaderas «suites» de lujo con grandes ventanales que daban al río, con cuadros que colgaban de las paredes y gruesas alfombras que cubrían los suelos,

disponiendo incluso de baños propios y cocinas de uso privado. Snyder nunca tocaba nada que no debiera, pero a veces le gustaba pasearse por esas oficinas, observar y disfrutar del aura de calidez y seguridad que siempre rodea al dinero bien gastado.

Al otro lado estaban las oficinas de los empleados: hacinadas, desordenadas, llenas de escritorios de metal y ficheros, con las pequeñas ventanas originales del edificio que daban a la zona de carga, al aparcamiento o a los edificios adyacentes. Snyder las recorrió todas, abriendo puertas, hurgando con su linterna. En el instante en que pasó por el corredor, se dio cuenta de que alguien caminaba tras él.

Pensó que su corazón se paraba. Las piernas le temblaron, la linterna vaciló en su mano; tuvo que apoyarse en la pared más cercana para no caerse. Entonces, parpadeando nerviosamente, se dio la vuelta y miró al hombre que estaba a su lado.

Era alto, delgado, vestido con ropa oscura. Su rostro lo ocultaba con una de esas máscaras de lana de esquiar, igual que la que utilizan los terroristas en las fotografías de los periódicos. No tenía armas en la mano y no hacía ningún gesto amenazador, pero, aún así, producía terror.

Snyder no pudo moverse, ni hablar. Tenía miedo de enfocar su linterna directamente hacia aquel hombre, de modo que la mantenía iluminando el pasillo solitario. El reflejo bastaba para ver al hombre, para verlo asentir y hacer un extraño gesto que parecía un saludo, como el héroe de una comedia de los años treinta.

– Espero no haberle asustado.

Era una frase tan absurda, pero dicha con tanta tranquilidad, que por unos segundos Snyder no le encontró ningún significado. Se quedó allí hasta que el hombre se inclinó ligeramente hacia él, obviamente interesado, y le preguntó:

– ¿Se siente bien?

– Yo… -Snyder movió vagamente las manos y la luz se movía con ellas. El miedo y la confusión lo dejaban sin habla, hasta que logró que todo fluyera hacia una sola pregunta; la escupió como un actor por el escenario que recuerda tardíamente su parlamento:

– ¿Quién es usted?

– Ah. -De algún modo, parecía que el hombre estaba sonriendo, aunque el agujero de la boca en su máscara era demasiado pequeño y la luz demasiado pobre como para que Snyder estuviera seguro-. Soy -dijo-un ladrón. Y usted es un sereno.

– ¿Un ladrón?

– Mi compañero está abriendo la caja fuerte en este preciso instante.

Snyder miró al pasillo vacío. El departamento financiero estaba más allá, a la izquierda, con la gran caja fuerte en un rincón. La puerta de este sector estaba cerrada, como todas las otras del pasillo.

El ladrón seguía hablando:

– Y usted está haciendo sus rondas.

Snyder frunció el ceño.

– No hay dinero aquí -dijo.

– Por supuesto que hay -afirmó el ladrón-. Hoy, durante todo el día, los camiones de cerveza Kedrich hicieron las entregas en los bares para el fin de semana. Y como en este estado hay una ley que prohíbe la venta al fiado de alcohol, todas las entregas se pagaron al contado y el dinero se guardó en la caja hasta que pase el fin de semana, ya que era demasiado tarde para llevarlo al banco.

– Pero son todos cheques -dijo Snyder.

– Casi todos -respondió el ladrón-. Escuche, ¿por qué no caminamos mientras hablamos? Usted tiene que recorrer todo este pasillo, ¿no es cierto?

– ¿Cómo?

– Hablo de sus rondas. Aquí termina. ¿Después qué hace?

Snyder tenía problemas para pensar. Preguntó:

– ¿Después de qué?

Armado de paciencia, el ladrón le dijo:

– Después de que termina su ronda por este piso. ¿Adónde va después? ¿Revisa los camiones? ¿Los otros edificios? ¿Adónde va?

– Oh, después… voy a la casilla. El resto lo reviso a las tres. El edificio principal, cada media hora; el resto, cada hora.

– Perfecto. ¿Y tiene que marcar un reloj en alguna parte para demostrar que de verdad ha hecho las rondas?

– No, simplemente las hago -contestó Snyder. Respondía mecánicamente, tratando de darse cuenta de lo que sucedía.

– Perfecto -dijo el ladrón-. Un hombre honesto. No quedan muchos como usted.

Dos años atrás, cuando durante el invierno había sido sereno de la Isla Feliz, Snyder había sufrido el ataque de unos desalmados que, por alguna razón, habían entrado por la fuerza; ahora, al recordarlos, se le ocurría que este ladrón no lo era en realidad. No actuaba ni hablaba como un ladrón, en absoluto; de hecho, si no fuera por la máscara de esquí, ni siquiera parecía un ladrón.

¿Sería una broma? Snyder miró atentamente a los ojos detrás de la máscara, tratando de encontrar la broma.

– ¿Qué es lo que está pasando? -preguntó.

– Vamos a dar un paseo -contestó el ladrón. Tocó con gentileza el codo de Snyder, sugiriéndole que se pusiera en marcha.

Snyder obedeció y avanzó lentamente sin dejar de mirar a los ojos del otro. Había humor en ellos, pero también un atisbo de algo más. No, no era una broma.

Sin embargo, Snyder no estaba asustado. Preguntó:

– ¿Adónde vamos?

– Seguimos con sus rondas -le contestó el ladrón-. Hasta terminar con este pasillo.

Snyder se detuvo ante la puerta del departamento de contabilidad.

– En mis rondas -dijo-abro estas puertas y miró en el interior.

El ladrón se rió.

– Adelante -le indicó-. Eche un vistazo. A mi socio no le importará.

La idea de una fiesta sorpresa apareció en la mente de Snyder. Pero su cumpleaños era en primavera y, de todos modos, nadie le daría una sorpresa tan elaborada; y, además, esto no podía ser una broma.

Sin embargo, estaba preparado para cualquier posibilidad delirante cuando abrió la puerta y dirigió hacia adentro la luz de la linterna. Y sintió casi alivio al ver que una figura humana trabajaba frente a la caja fuerte en el rincón. El hombre se volvió hacia él; también usaba una máscara de esquí negra con rayas verdes en zigzag. Miró un instante a Snyder y a la linterna; luego siguió con su trabajo, absorto y desinteresado. Estaba haciendo algo en la parte del dial.

Detrás de Snyder, el otro hombre dijo con calma, aunque con firmeza:

– Creo que ya es suficiente.

Snyder dio un paso atrás y cerró la puerta.

– ¿Y ahora qué?

– Volvamos.

Caminaron de regreso, hacia las oficinas de los ejecutivos. Snyder dijo:

– Esos cheques no les servirán de nada. Todos están a nombre de la fábrica.

– Así es -afirmó el ladrón. No parecía preocupado en lo más mínimo-. Pero también habrá un *poco* en efectivo. Unos pocos cientos.

– ¿Y hacen todo esto por unos pocos cientos de dólares?

Una vez más, el ladrón se rió; parecía tan tranquilo y calmado como si él y Snyder estuvieran paseando por una calle cualquiera y no tuvieran nada de qué preocuparse.

– «Hay más cosas en el cielo y la tierra, Horacio -dijo-, de las que pueda soñar tu filosofía.» -Declamó como lo haría un actor.

– No entiendo lo que está pasando -dijo Snyder-, y no quiero entenderlo.

– Muy inteligente. -El ladrón se detuvo y abrió una puerta-. ¿Qué hay aquí?

– Es la oficina del señor Kilpatrick, vicepresidente a cargo del marketing.

– Perfecto -dijo el ladrón-. Entremos.

Snyder atravesó el umbral y dirigió la luz delante de él. Desde el otro lado del pasillo llegó una explosión, un sonido sordo y ahogado.

Snyder miró por encima del hombro, asombrado, pero el ladrón estaba detrás y le obligó a entrar. Mientras atravesaban la oficina de la secretaria, Snyder preguntó:

– ¿Eso fue la caja fuerte?

– Sin duda alguna. ¿Usted enciende las luces aquí?

– Algunas veces.

Pasaron otra puerta y ya estaban en otra sala. El ladrón tanteó la pared, encontró el interruptor y apareció una gran sala rectangular iluminada por una suave luz indirecta. Habían entrado por una de las puertas laterales y en la pared de enfrente grandes cortinas verdes cubrían un gran ventanal de cristal desde donde parecía verse un hermoso paisaje del río. Un escritorio de diseño vanguardista presidía el lado izquierdo de la habitación, con un sofá blanco y varias sillas acolchadas que formaban un ambiente aparte al otro lado. Junto a las cortinas verdes había una mesa de cristal, flanqueada por media docena de sillas plateadas y negras.

– Qué moderno -dijo el ladrón de forma burlona-. ¿Dónde cree que está el baño?

Snyder señaló una puerta detrás del escritorio.

– Allí está. La otra puerta da a la cocina.

– Con el baño nos arreglaremos -dijo el ladrón-. Venga.

Caminaron sobre las alfombras color crema y Snyder abrió la puerta del baño. Entraron y el ladrón encendió la luz: una serie de objetos cromados brilló sobre una mesa también cromada en la que había dos lavabos. Toda la pared encima de los lavabos estaba cubierta de espejos.

– Encantador -comentó el ladrón sacando del bolsillo un par de esposas-. Ahora ponga las manos tras la espalda.

Un escalofrío recorrió a Snyder y volvió a su memoria el recuerdo de la otra vez.

– No tiene que atarme -dijo con voz más aguda. Volvía a parpadear y retrocedía.

El ladrón parecía disgustado, como si Snyder hubiera fracasado tratando de representar un papel muy fácil.

– No tiene por qué preocuparse -le dijo-. Necesitamos una media hora para salir de aquí.

– ¡No quiero que me aten!

El ladrón suspiró.

– No tendré que mostrarle el revólver, ¿o sí? Creía que nos entendíamos.

Snyder lo miró sin mucha confianza. Al parecer no podía dejar de parpadear.

– No quiero que me venden los ojos -dijo.

– Eso no lo había pensado. Voy a ponerle las esposas, dejarlo aquí, poner el escritorio contra la puerta para detenerle un rato y eso es todo. Lo único que deseamos es tiempo para poder salir de aquí. -El ladrón palmeó el hombro de Snyder y le sonrió con una complicidad a medias disimulada por la máscara-. Vamos -le dijo-. No hagamos un problema de una cosa tan simple.

Snyder se dio la vuelta de mala gana, puso las manos a la espalda y sintió los fríos aros de metal en las muñecas. Alzó los hombros y encogió la cabeza, como si esperara que le golpeasen.

Pero no fue así. El ladrón lo cogió del brazo, le dio vuelta con suavidad y le ayudó a sentarse sobre el retrete.

– Ya está -dijo-. ¿Se siente cómodo? Perfecto. Ahora queremos que le dé un mensaje a Lozini.

Snyder lo miró sin entender.

– ¿Qué?

– Lozini -repitió el ladrón-. Adolf Lozini.

Snyder sacudió la cabeza.

– No sé de qué me está hablando.

– ¿No oyó hablar de Adolf Lozini?

– Nunca en mi vida.

El ladrón consideró la información durante unos segundos, luego se encogió de hombros y dijo:

– No importa; de todos modos, él entenderá. Ha sido un placer hablar con usted. Buenas noches.

Snyder quedó sentado. Una cosa así no puede sucederle a un hombre dos veces.

El ladrón se detuvo en la puerta.

– Dejaré la luz encendida -dijo, y le saludó con la mano. Después cerró la puerta.

Snyder tardó veinticinco minutos en salir del baño y llamar por teléfono.

IX

Parker se acomodó en el escritorio de su habitación para contar el dinero robado. Novecientos billetes del New York Room y trescientos de la fábrica de cerveza eran el resultado de la operación. Los recibos de las tarjetas de crédito y los cheques los habían arrojado al río. El restaurante nunca recuperaría la pérdida, pero la fábrica podría pedir nuevos cheques, al menos a algunos de sus clientes… Pero sería una operación larga y costosa, además de molesta.

La única luz de la habitación procedía de una lámpara de mesa encendida junto al brazo de Parker. A su derecha, las persianas venecianas dejaban pasar ocasionalmente una ligera brisa; estaban levantadas de modo que dejasen entrar aire y permitieran ver el cielo negro con su delgada luna, y, asimismo, vigilar el iluminado desierto que era la London Avenue. La cama todavía estaba hecha y dos cazadoras oscuras con cremalleras descansaban sobre ella. Parker contaba lentamente, separando y alisando los billetes con dedos poco hábiles, y formaba dos montones iguales. En su rostro no había expresión alguna, como si su mente estuviera trabajando en otras ideas tras el proceso mecánico de contar.

Grofield salió del baño, rascándose, bostezando y pellizcándose las mejillas.

– Lana -decía-. No sé cómo los esquiadores pueden soportar esto.

Parker terminó de contar los billetes.

– Cuatrocientos sesenta y cinco para cada uno -dijo.

– Por Dios -respondió Grofield-. Y pensar que hay quien cree que el crimen no paga.

– Deberíamos hacer una más esta noche -sugirió Parker.

– ¿Una más? ¿Qué hora es?

– Cuatro menos cuarto.

– A esta hora Lozini ya debe de estar enterado -dijo Grofield-. Debe de tener a sus hombres batiendo todas las calles.

– No puede vigilar toda la ciudad -contestó Parker. Abrió un cajón del escritorio y sacó las notas que había traído su amigo de la biblioteca-. ¿Alguna idea?

– Veamos.

Parker se puso en pie y Grofield fue a ocupar su lugar en el escritorio. Mientras éste revisaba las notas, Parker fue a la ventana. Movió los postigos de modo que pudiera ver bien la calle.

Tyler era una ciudad cuidada; la brisa sobrevolaba las calles limpias. Las

luces blancas refulgían en el pavimento amplio y solitario de la London Avenue; la planta baja de las casas se podían ver perfectamente, pero los pisos superiores se escondían en la más total oscuridad. No se oía el menor ruido, ni siquiera cuando el sedán negro pasó de derecha a izquierda lentamente. La gran pancarta en la que se leía «Farrell para alcalde» se agitaba en la brisa, hacia la derecha. ¿Cuál era el nombre del oponente de Farrell? Wain. Parker permaneció inmóvil mirando por las ranuras horizontales la ciudad dormida. No se sentía conectado a ella; había crecido en circunstancias muy diferentes.

– Lo tengo -dijo Grofield.

Parker se volvió.

– Garaje Midtown -prosiguió Grofield-. Es un edificio para aparcamientos, de cuatro pisos, abierto las veinticuatro horas. La noche del viernes seguro que hacen buena recaudación, todo en efectivo, y todo allí todavía.

– ¿Dónde queda?

Grofield hizo un gesto hacia la ventana.

– A dos manzanas de aquí, en la London. Podemos ir caminando.

– Iremos en coche -dijo Parker-. Entramos en coche, salimos en coche. Para eso están los garajes.

– Está bien. -Grofield metió las notas en el cajón y vaciló-. ¿El dinero también?

– ¿Por qué no?

– Está bien. -Grofield puso los dos montones de billetes en el cajón encima de las notas, lo cerró y se puso en pie.

Una vez que se hubieron puesto las cazadoras, Parker miró la habitación para ver si olvidaban algo.

– Vamos -dijo.

Bajaron al vestíbulo por la escalera en vez de llamar al ascensor. Al pie de la escalera, un pequeño pasillo los conducía al tranquilo vestíbulo, pero giraron a la derecha, hacia una pequeña salida lateral que había junto al bar del hotel. Ya habían hecho este recorrido dos veces esa misma noche y no habían tropezado con ningún empleado del hotel.

La salida lateral daba a una estrecha calle en la que se alineaban almacenes y discotecas. A la izquierda estaba la Avenida, brillantemente iluminada, pero las calles laterales aún tenían las viejas farolas, menos brillantes y más espaciadas.

Parker y Grofield caminaron una manzana y media, alejándose de la London Avenue y del hotel, y se detuvieron ante un Buick Riviera que en la oscuridad parecía vagamente marrón. En el interior de las tiendas había la iluminación habitual, pero ya habían apagado las luces de los escaparates. Tampoco se veían faros de automóviles, ni ningún peatón.

Parker sacó del bolsillo una docena de llaves en un aro de metal y comenzó a probarlas en la puerta del Buick. La quinta funcionó; abrió y se deslizó rápidamente adentro, cerrando tras de sí para apagar la luz interior. Después se inclinó para abrirle la otra puerta a Grofield.

Fueron por las calles laterales hasta que llegaron a la parte trasera del garaje, de manera que accedieron a él desde una dirección opuesta a la del hotel. No había nada de tráfico cuando entraron en la Avenida, pero en ese momento observaron que se acercaba un coche patrulla y un par de coches más circulaban lentamente con dos ocupantes cada uno.

Grofield dijo:

– Tu amigo Lozini no pierde el tiempo para organizarse.

Parker, que recordaba a Lozini al mando de la jauría que lo había perseguido en el parque de atracciones, dijo:

– No es estúpido; es demasiado impaciente. Se precipita demasiado y las cosas le salen mal.

– Entonces sí es estúpido -afirmó Grofield.

– Exacto.

El Garaje Midtown era un edificio de ladrillos oscuros, cuadrado y funcional, con grandes ventanas sin cristal en todos los pisos. Un letrero vertical de neón entre el segundo y tercer piso anunciaba el nombre del sitio, con la palabra «estacionamiento» debajo, como un subrayado. Bajo el cartel, en medio de la fachada del edificio, estaba la entrada, una ancha calle dividida en el medio por una cabina donde se entregaban los billetes al entrar y donde se pagaban al salir.

Un muchacho negro delgado y adormilado, de unos diecinueve años, estaba al cargo de la cabina y se mantenía despierto a base de escuchar música *rock* que provenía de una emisora mal sintonizada en una radio de plástico blanco. Estaba sentado en un banco, con los codos apoyados en un mostrador alto y miraba con ojos soñolientos el cristal que lo separaba de la calle. Cuando Parker enfiló el Buick hacia la entrada y se detuvo frente a la cabina, el muchacho reaccionó con la mayor lentitud; le llevó un buen rato separar un billete del montón, y un rato más largo aún marcarlo en el reloj que había sobre el mostrador. Parker, mientras esperaba, mantenía la vista puesta en el espejo retrovisor y vio pasar de nuevo, en dirección opuesta, al coche patrulla. Le pareció que las dos caras se habían vuelto a mirarlos. Observaban a los extraños, esperaban que sucediese algo más.

A su lado, Grofield estudiaba la pared de la derecha. Parker le había echado una sola ojeada al entrar, pero era posible que allí estuviera la oficina. En una pared con azulejos, una puerta metálica estaba flanqueada a un lado por un tablón de anuncios con carteles de la policía local y la estatal, y al otro lado por

una ventana de cristal grueso que mostraba un interior de paredes amarillas.

– Aquí tiene.

Parker cogió la entrada, puso el Buick en marcha y comenzó a subir lentamente por la espiral que formaba el interior del edificio. Dentro no había pisos separados, sino una sola rampa de pronunciada inclinación que llevaba de un nivel a otro y sobre la que las líneas blancas marcaban los sitios donde aparcar.

El interior estaba en su mayor parte vacío, con algún coche aparcado con la parte delantera dirigida a la pared exterior o a la división central. Parker siguió la curva de la rampa hacia arriba hasta que estuvieron fuera de la vista de la cabina. Después detuvo el Buick junto a la pared interior y apagó el motor. El silencio que siguió pareció pesado y lleno de ecos.

– No me gusta todo ese despliegue en la calle -dijo Grofield.

– ¿Quieres que suspendamos el asunto?

– No. Pero convendría asegurarnos de tener tiempo al final.

– Lo tendremos.

Salieron del coche. Los dos llevaban pistolas en los bolsillos de sus chaquetas; Parker, una Colt Detective Special calibre treinta y dos, y Grofield, una vieja Beretta Cougar calibre trescientos ochenta. Bajaron la rampa con las manos en los bolsillos y vieron al muchacho que seguía cabeceando en la cabina, mirando a la calle. El estruendo de la radio anulaba cualquier otro sonido.

No había actividad en la calle. Llegaron a la puerta metálica de la oficina, y mientras Grofield comprobaba la cerradura, Parker observaba al muchacho en la cabina; estaba más dormido que despierto, totalmente ajeno a su presencia.

– Cerrada -dijo Grofield.

Parker se acercó a la ventana y miró hacia el interior. Desde el coche, todo lo que había podido ver era la pared amarillenta, pero ahora podía ver los dos escritorios, el archivo, un armario de madera abierto y un hombre con pantalones verdes y camisa de trabajo sentado ante uno de los escritorios, con los pies levantados, leyendo el *Playboy.* Era bajo y grueso, con aspecto de italiano, con pelo negro y dedos gordezuelos. Era el típico habitante de un garaje y tendría unos cuarenta años.

Bien. Lo suficientemente mayor como para ser sensato, como para no caer en el pánico, ni en el deseo de ser un héroe.

A la derecha, detrás del tipo que estaba al escritorio, había una segunda ventana que daba a la calle. Parker la vio, se acercó a Grofield, sin que el hombre de la oficina lo viera, y le dijo:

– Ve por la ventana lateral. Cuando yo te indique, muéstrale el arma.

– Está bien.

– Y dime si hay alguien afuera.

Grofield salió apresuradamente a la calle y dio la vuelta a la esquina. Parker volvió a la ventana, desde donde podía ver al hombre de dentro, y luego se dirigió a la otra ventana. Echó una mirada al chico de la cabina, que seguía cabeceando al compás de la música, ajeno al mundo que le rodeaba.

Grofield apareció por la otra ventana. Parker lo vio mirar en ambas direcciones; luego hizo un gesto afirmativo al ver que Grofield le aseguraba que gozaban de privacidad. Comprobó por última vez que el muchacho seguía dormido y sacó su Colt del bolsillo. Se paró en medio de la ventana y golpeó con el arma el cristal.

Tuvo que hacerlo dos veces antes de que el hombre que estaba dentro mirase, y entonces su reacción fue tal que se hubiera pensado que estaba sufriendo un ataque al corazón. Tenía las piernas cruzadas sobre el escritorio, mostrando unas gastadas botas de trabajo; ahora sus pies se sacudieron, levantó los brazos y la revista salió volando hacia el otro lado de la estancia. La silla vaciló a punto de caerse hasta que quedó apoyada en sus cuatro patas.

El arma estaba en la mano derecha de Parker. Hizo una seña a Grofield para que éste sacase su arma y a la vez para llamar la atención del hombre, que ahora estaba sentado muy derecho en la silla, con los pies en el suelo y los brazos a los lados mientras miraba con la boca abierta la pistola en el puño de Parker.

Durante un largo momento no sucedió nada. Grofield había sacado su Beretta y la sostenía cerca de su cintura, ocultándola del lado de la calle. Parker se quedó donde estaba, con el revólver apuntando hacia adentro y el dedo señalando a Grofield. Y el hombre seguía inmóvil, como un mono drogado del zoológico, con los ojos fijos en el círculo negro del cañón del revólver.

Entonces Grofield golpeó el cristal con su propia pistola. La cabeza del hombre giró, como si una mano invisible hubiera bajado y le hubiera obligado a torcer el cuello, y cuando vio a Grofield y su arma, alzó lentamente los brazos por encima de la cabeza.

Parker volvió a golpear. El hombre, con los brazos en alto, se volvió y miró. Parecía más atónito que asustado, como si el despliegue de las armas le hubiera robado la capacidad de pensar. Con su mano libre, Parker señaló la puerta cerrada. El hombre siguió sentado en su sitio, parpadeando. Parker volvió a señalar e hizo un gesto con la pistola invitándole a moverse. Precipitadamente el hombre se puso en pie y caminó, sobre sus piernas débiles, hacia la puerta.

Parker esperó a que hubiera llegado; luego se deslizó a la izquierda, de modo que cuando la puerta se abrió pudo entrar y cerrar tras de sí de inmediato.

– Tranquilo -dijo.

– De acuerdo -contestó el hombre. Era como si Parker hubiera hecho una

observación descabellada, pero el hombre estuviera dispuesto a no discutir con él bajo ningún concepto-. De acuerdo, de acuerdo -repitió. Tenía aún los brazos levantados, pero daba débiles palmadas en el aire, como si tratara de sosegar a un oponente iracundo.

– Baje los brazos -le dijo Parker-. No se busque complicaciones.

– Perfecto -contestó el hombre. Sus brazos quedaron todavía alzados-. Yo trabajo aquí, eso es todo -dijo.

– Bájelos.

El hombre parecía asombrado y dirigió una mirada a sus manos. Parecía una escena de una comedia, excepto que el hombre estaba muy serio.

– Ah, sí -balbuceó y dejó caer los brazos-. Estaba… estaba distraído.

– Las ganancias del día -ordenó Parker-. Búsquelas y démelas.

– Por supuesto -respondió el hombre-. Naturalmente. -Dio un paso hacia atrás y caminó de lado. Sin querer apartar la vista de Parker y del arma, empezó a hablar con una especie de euforia histérica-: Siempre me despisto -decía-. Me pasa siempre, me aturdo por cualquier cosa, yo… Con mi esposa, por ejemplo. Ella es muy nerviosa, ¿sabe?, y me confundo…

Había llegado al fichero. Ahora tuvo que desviar su atención de Parker mientras buscaba las llaves en el bolsillo. Era evidente que no le resultaba fácil. Buscó una y otra vez en el mismo bolsillo.

– Tranquilícese -dijo Parker-. Nadie va a hacerle daño.

– Bueno, sí -balbuceó el hombre-. Es lógico. Quiero decir, usted… viene por el dinero, ¿no es cierto? -Al fin acertó a buscar en otro bolsillo y encontró las llaves.

– Exacto -contestó Parker. Echó una mirada a Grofield, que vigilaba la calle. Sus ojos se encontraron y Grofield asintió; todo seguía en orden.

El hombre del garaje aún continuaba aturdido. Las llaves tintineaban mientras trataba de recordar cuál debía usar. Al fin la encontró; no pudo meterla, casi dejó caer todo el llavero con diez o más llaves; se recobró y abrió el fichero. Luego abrió el cajón superior y sacó dos cajas verdes de metal del tamaño de dos pequeñas cajas de herramientas. Las depositó en el suelo, cerró el fichero, levantó las dos cajas y fue hacia Parker. Caminaba inclinado por el peso. Con una sonrisa de disculpa en la cara, dijo:

– No tengo las llaves de éstas. Cuando viene el señor Joseph, él…

– Está bien -respondió Parker-. Ahora salgamos de aquí.

El hombre pareció sorprendido.

– ¿Qué? Creí que ustedes querían… -Hizo un gesto con las dos cajas.

– Usted mismo las llevará al coche -le indicó Parker-. Vamos a salir de aquí, usted delante, y subirá la rampa. No se vuelva a mirarme, no trate de hacerle

ninguna señal al chico de la cabina y no hable.

– Escuche -dijo el hombre. Se había concentrado para explicar algo muy importante, como si Parker fuera un agente fiscal-. No creo que pueda hacerlo -continuó.

– Podrá hacerlo -aseguró Parker. Se guardó el Colt en el bolsillo de la chaqueta, manteniéndolo apuntado. Con la otra mano cogió el pomo de la puerta.

– No sé -balbuceó el hombre. La transpiración le cubría la frente-. Las piernas no me sostienen, no sé si podré…

– Muévase -le ordenó Parker, y abrió la puerta.

Parpadeando, temblando, tropezando por momentos, el hombre cruzó delante de Parker y salió. Parker lo siguió, dejando que el cerrojo se cerrara por dentro.

Nada había cambiado afuera: el muchacho dormido, la música, nadie por los alrededores. Parker se mantenía unos pasos atrás y siguió al hombre que subía la rampa con el dinero. Dejaron atrás al Buick y continuaron hasta un Volvo en un nivel superior.

– Deténgase ahí -dijo Parker.

El hombre se detuvo.

– Deje las cajas. Abra la puerta trasera.

El hombre depositó en el suelo las cajas de metal, que hicieron un pequeño ruido sobre el piso. Parker se colocó rápidamente tras él. El hombre comprobó la puerta y Parker sacó el Colt del bolsillo dándole la vuelta.

– Está cerrada -dijo el hombre. Parker le golpeó detrás de una oreja.

No fue suficiente. El hombre se desplomó hacia adelante, sobre el coche, suspirando como si fuera un globo, pero no cayó. Sosteniéndole con una mano apretada sobre su espalda, Parker volvió a golpearle y esta vez cayó desarticulado, a un lado del Volvo. Parker no deseaba que nadie muriese; los robos podrían mantenerse como una cuestión privada entre él y Lozini, pero el asesinato sería una complicación.

Llevando las cajas metálicas, Parker descendió la rampa hasta el Buick, donde encontró a Grofield ya esperándole, algo preocupado.

– El coche de la policía volvió a pasar -le dijo-. No podía continuar fuera, así que entré.

– Todo está en orden -aseguró Parker.

Entraron en el Buick, pusieron las cajas metálicas en el suelo, junto a los pies de Grofield, y Parker condujo hasta la cabina, donde le dio al muchacho la entrada del aparcamiento y un dólar.

– Guarda el cambio -le dijo, y salió, aunque tuvo que esperar un instante a que pasara un Sedán oscuro muy lento. Los dos hombres que iban dentro

miraron hacia el garaje y siguieron.

X

Eran las nueve y cuarto de la mañana cuando Lozini llegó a la oficina. Los otros cuatro, conscientes de que no podían retrasarse, no se habían demorado y ya le estaban esperando.

Jack Walters y Frankie Faran habían sido invitados suyos dos noches atrás. El primero, un hombre hosco, poco agradable y flemático, era el abogado personal de Lozini. El segundo era Frankie Faran. El tercer hombre, fuerte, de pelo rizado, vestido descuidadamente, de unos cuarenta años, con gafas cuadradas de montura dorada, era Ted Shevelly, el asistente de Lozini. Y el cuarto hombre, delgado y atildado en su traje gris oscuro, era Harold Calesian, detective de la Organización contra el Crimen Organizado de la policía local y el principal enlace de Lozini en el Departamento de Policía.

Todos le saludaron. Lozini gruñó, se dirigió a su escritorio y, una vez sentado, miró fijamente el rostro de aquellos hombres. A su derecha, unas grandes ventanas dejaban entrar una luz deslumbrante y una amplia panorámica del cielo azul. Esta oficina estaba situada en el piso diecisiete del Edificio Nolan, el más alto de la ciudad, que pertenecía a Lozini y a algunos de sus amigos. El cartel en la puerta del pasillo, detrás de la oficina vacía de la recepcionista, decía «City Property Holdings, Inc», es decir, la entidad corporativa por medio de la cual Lozini realizaba sus operaciones inmobiliarias con este edificio, con la Isla Feliz y con otros edificios de la ciudad.

Al último que miró Lozini fue a Ted Shevelly, y se detuvo en él:

– Muy bien, Ted. ¿Qué diablos ha pasado?

– Nos atacó tres veces -respondió Shevelly-. ¡Bing, bing, bing! Nadie lo esperaba. Se limitó a dar los golpes y a huir. -Shevelly se mantenía tranquilo ante los acontecimientos, incluso sentía admiración por el bastardo que se había atrevido a hacerlo. Por eso era el asistente de Lozini; era fuerte y rudo, pero mantenía siempre una especie de calma que equilibraba el ímpetu de Lozini. No era tan bueno como Caliato, que estaba más cerca del aura de poder de Lozini, pero era bueno de todos modos.

– ¿Huyó?, ¿dónde? -preguntó Lozini-. ¿No sabéis dónde está?

Shevelly sacudió la cabeza.

– Dondequiera que esté -respondió-, trabaja solo. No tiene ningún contacto local. Eso puedo asegurarlo.

– Tiene un tipo que trabaja con él -aseguró Faran. Su voz sonaba apagada; arrugaba el rostro como si soportara un dolor. Tenía mal aspecto y no dejaba de

moverse en su silla.

– Nadie de la ciudad -dijo Shevelly-. Los dos han venido juntos y nadie de la ciudad los conoce.

– ¿Seguro? -preguntó Lozini.

– Revisamos bastante en estas últimas doce horas -respondió Shevelly-. Anoche recorrimos de arriba abajo la ciudad y no encontramos nada. Trabajan solos.

Lozini se volvió hacia Jack Walters.

– ¿Qué pérdidas hubo?

Walters gruñó mientras sacaba un sobre del bolsillo de la chaqueta. Era un hombre gordo que nunca había sabido actuar con elegancia; sus bolsillos siempre parecían estar demasiado lejos de sus manos, las sillas en las que se sentaba siempre estaban torcidas, abrir una puerta siempre era un problema para él. Era imposible imaginárselo vistiéndose.

Lozini esperó, impaciente, mientras Walters luchaba con el sobre hasta que logró abrirlo y desplegar una hoja de papel que había sido doblada en dos. Justo en ese momento, Walters dijo:

– Del New York Room se llevaron en efectivo novecientos y aproximadamente tres mil en recibos de tarjetas de crédito. De la cervecería, entre siete y nueve mil dólares en cheques y aproximadamente cuatrocientos en efectivo. Y del garaje, trescientos setenta y cuatro dólares en efectivo.

Lozini iba sumando a medida que Walters hablaba.

– Nos levantaron catorce mil -dijo.

– No exactamente -contestó Walters-. El efectivo es irrecuperable, obviamente, y también los recibos de las tarjetas de crédito. La mayoría de los cheques robados en la cervecería pueden ser reemplazados, mostrándoles a los clientes el estado de su cuenta. Es inevitable que se pierda algo, pero podríamos recuperar un ochenta por ciento.

– Y perderíamos unos mil -dijo Lozini-. ¿Y cuánto nos costaría todo el papeleo para recuperar el resto?

– Aún no calculé eso -respondió Walters.

– No lo hagas -le ordenó Lozini-. ¿Cuál es la situación de los empleados?

– Los únicos en el *night club* que se enteraron -contestó Walters-fueron Frankie y una chica llamada Angela Dawson. Frankie asegura que Angie no causará problemas.

Lozini miró a Faran.

– ¿Es cierto?

– Es amiga mía -respondió Faran. Seguía teniendo un aspecto verdoso y cuando hablaba parecía como si algo estuviera estrangulándole lentamente-. No

hay que preocuparse por ese lado, señor Lozini; ya le hablé y ella se ha hecho cargo de la situación.

Lozini asintió y se volvió hacia Walters.

– ¿Y el resto?

– En la cervecería -dijo Walters, consultando de nuevo su hoja de papel-, el único empleado que tuvo conocimiento del hecho fue el sereno, Donald Snyder. Lo encerraron en un baño y…

– ¿Qué nombre dijiste? -preguntó Lozini.

– Donald Snyder.

– ¿De qué me suena ese nombre?

Tranquilo, flemático, Walters respondió:

– Era sereno en la Isla Feliz cuando hubo aquel problema hace dos años.

Lozini se permitió una fina sonrisa.

– Está de racha -dijo-. ¿Qué le hicieron?

– Él fue el que informó del robo -contestó Walters-cuando logró salir del baño. Su descripción del aspecto general del ladrón que vio más de cerca sugiere que no era el tal Parker, sino el otro. Aparentemente intentaron mandarle a usted un mensaje por medio de Snyder.

– ¿Un mensaje?

– Como hicieron con Frankie -contestó Walters.

Lozini miró a Faran.

– ¿Qué mensaje?

Faran se pasó la lengua por los labios y se revolvió en la silla.

– Me mandó que le dijera que se llevaba los intereses de la deuda y que no lo restaría del importe principal.

– Dijo eso, ¿eh? -Murmurando algo, Lozini se volvió hacia Walters-. ¿Al sereno le dijo lo mismo?

– No llegó a darle el mensaje -contestó Walters-, puesto que Snyder afirma no saber quién es usted. Ni siquiera recuerda el nombre del que le habló el ladrón, aunque está seguro de que empezaba por «Lo».

Ted Shevelly y Harold Calesian sonrieron a la vez.

– Anonimato -dijo Shevelly-. ¿Qué te parece?

– Ya era hora -respondió Lozini. Anonimato era lo que quería, aunque lo había disfrutado poco en los últimos diez años. Siempre había algo acerca de él en los periódicos, siempre rodeado de términos como «se supone» o «se rumorea», de modo que ni siquiera llevándoles a juicios podía acallarlos, lo que suponía un infierno en la familia. Los periodistas no tenían sentido de la decencia. Por suerte, los seis hijos de Lozini eran todas mujeres, todas casadas ya y con otros apellidos, pero aún tenía esposa y otros parientes dispersos por el

estado.

Walters decía:

– Snyder no sufrió daño alguno. La última vez, cuando algunos de nuestros hombres lo golpearon un poco, le dimos el empleo en la cervecería.

En todo esto había un toque de comedia que a Lozini no le gustaba. Quería pasar por alto esos detalles, ir a otros temas.

– ¿Qué haremos con él esta vez? -preguntó.

Walters se encogió de hombros.

– Unas semanas de vacaciones pagadas. No tiene la menor idea de lo que pasa, ni siquiera de que pasa algo. Es un verdadero testigo casual.

– Deberíamos darle una medalla -dijo Lozini-. ¿Algo más?

– Un hombre en el garaje -contestó Walters-. Lo golpearon en la cabeza, aparentemente Parker en persona. Se llama Anthony Scoppo y salió del hospital esta mañana.

– ¿Es uno de los nuestros?

Walters se pasó la lengua por los labios.

– No sabría decirlo -respondió. El mismo prefería ignorar todo lo posible el trabajo real que realizaba la gente de Lozini.

Lozini miró a Shevelly.

– Anthony Scoppo. ¿Es uno de los nuestros?

– Recuerdo el nombre -contestó Shevelly-. Lo usamos de chófer un par de veces, pero se pone muy nervioso. Hace tiempo que no hace nada.

– ¿Otro mensaje para mí? -le preguntó Lozini a Walters.

– No. Parker ni siquiera le mencionó. Seguramente ha supuesto que comprendería sin necesidad de mensaje, ya que era la tercera operación de la noche.

Lozini le dirigió a Calesian una dura mirada.

– ¿Dónde se supone que está la policía? -le preguntó.

Calesian sonrió tranquilamente, sin darse por aludido ante la acusación de Lozini. Tenía la calma y la arrogancia burlona propias de un policía viejo, combinadas con la tranquilidad y seguridad de quien está en conocimiento de los secretos; uno de los jefes. Siempre hablaba pausadamente, con pequeños gestos expresivos, y nunca levantaba la voz.

– La policía estaba en la calle, Al -dijo-. A eso de las tres de la mañana hicimos un rastreo por todas partes.

– Ese maldito garaje -dijo Lozini-está en la London Avenue, la calle mejor iluminada de la ciudad.

– Teníamos un coche en esa zona -aseguró Calesian-. Había dos coches de los vuestros, Al, allí mismo casi hubo un problema con la policía. ¿Qué le

pasaba a esa gente?

– No tienen experiencia.

– ¿Entonces por qué los ponéis a patrullar?

Lozini hizo un gesto como si espantara a una mosca.

– Ésa no es la cuestión -respondió-. La cuestión es ese hijo de puta de Parker. ¿Dónde está y cómo podemos pararle?

– No sé dónde está -dijo Calesian-, como Ted tampoco lo sabe. Recuerda, Al, que nosotros entramos tarde en este juego. Si me hubieras llamado ayer, o incluso la noche antes, después de haber recibido su llamada, habría podido hacer algo.

– ¿Cómo iba a saber que haría lo que hizo?

Calesian se encogió de hombros.

– Hace seis horas que estamos en este juego -dijo.

– ¿Tenéis datos sobre él? ¿Quién es?, ¿de dónde viene?

– No tenemos ninguna identificación, ni huellas, apenas el nombre, Parker. Pedimos datos a Washington; veremos qué dicen.

Lozini lo miró:

– No esperes que digan gran cosa.

Con una pequeña sonrisa, Calesian dijo:

– No.

Ted Shevelly preguntó:

– ¿Qué hacemos con respecto a lo de anoche?

Pero Lozini estaba pensando en otra cosa.

– Hay un medio de enterarme de quién es. Algo sobre él.

Shevelly preguntó:

– ¿Cómo?

– Nos veremos después -contestó Lozini-. Tengo que hacer una llamada.

Shevelly dijo:

– ¿Qué hacemos con lo de anoche?

– Os llamaré esta tarde -contestó Lozini-. Y dirigiéndose a Faran-: Frankie, no te alejes. ¿Vas a estar en el club o en tu casa?

– En casa -contestó Faran-. Me siento mal. Voy a intentar dormir un poco.

– No te alejes.

– No, por supuesto.

Walters preguntó:

– ¿Algo especial para mí?

Lozini lo miró con irritación:

– ¿Sobre qué?

Walters hizo un gesto con la hoja de papel.

– Estas pérdidas.

– Robos no aclarados -le respondió Lozini-. Arréglalo todo. Dale algo al tipo del garaje por los daños.

– Scoppo -dijo Walters asintiendo.

Poniéndose en pie, Calesian dijo:

– Al, si quieres cambiar algo de lo que hacemos no tienes más que llamarme. Por el momento, seguiremos buscando.

– Te llamaré -respondió Lozini.

Los cuatro hombres salieron de la oficina y a cada uno Lozini lo saludó con un breve gesto irritado. Cuando la puerta se cerró y se quedó solo, miró durante un minuto hacia la ventana y, a través de ella, hacia la soleada mañana.

Sentía cierta resistencia a hacer la llamada. Hacer algo que le había sugerido el enemigo le parecía un signo de derrota. Aun así, era la única cosa sensata que podía hacer.

Al diablo. Lozini levantó el auricular.

Pero no era tan fácil. Le llevó veinte minutos averiguar en qué ciudad se encontraba Walters Karns en ese momento -Las Vegas-y otra media hora localizarlo en un club de golf. Pero finalmente la pesada voz autoritaria se oyó en la línea.

– ¿Lozini?

– ¿Walters Karns?

– Sí. Usted quería hablarme.

– Necesito preguntarle algo.

Hubo una breve pausa y Karns dijo:

– Algo de lo que puedo hablar, supongo.

– Él me sugirió hablar con usted -respondió Lozini-. Me dijo que le preguntara sobre él.

– ¿Él? ¿Quién es?

– Parker.

– ¿Parker? -Había sorpresa en la voz de Karns, pero no enfado.

– No se refiere a nadie que trabaje para mí -dijo.

– No, claro que no.

Karns comentó:

– No parece contento con ese tal Parker.

– Me gustaría verle enterrado -aseguró Lozini.

– ¿Qué le hizo?

– Dice que le debo dinero.

– ¿Le debe dinero? -El sonido de la voz indicaba que Karns sonreía.

– No. -La conversación estaba poniendo incómodo a Lozini, sentía que

Karns se reía de él. Preguntó-: ¿Pero qué diferencia hay? ¿Quién es ese tipo?

– ¿Se acuerda de Bronson, en Buffalo, hace unos años?

– Usted lo reemplazó -contestó Lozini. Estaba demasiado cabreado para ser cortés.

– Lo hice, en efecto. Pero yo no lo forcé a… retirarse.

Bronson había sido liquidado, según recordaba Lozini, en su propia casa.

– Fue Parker -dijo Karns.

– O sea, que fue él… -Lozini se detuvo, tratando de pensar cómo formular la pregunta por teléfono-. ¿Parker mató a Bronson?

– Eso es lo que sucedió -afirmó Karns-. Parker decía que le debía cierta cantidad de dinero. Cuarenta y cinco mil, para ser exactos. La situación era confusa y Bronson decidió no pagarle. Así que le causó problemas y después…

– Eso es lo que está haciendo ahora -respondió Lozini.

Karns dijo:

– Bien, Bronson finalmente le pagó, pero no quiso que Parker se largara con el dinero y envió a gente para… molestarle. Así que Parker decidió que se entendería mejor con el sucesor de Bronson.

– Con usted.

– Yo no tuve nada que ver en eso -afirmó Karns-. Aunque admito que no lo lamenté. Pero nunca me encontré con Parker hasta hace un par de años, cuando nos ayudó con un problema que teníamos en Texas. ¿No se enteró de aquel asunto?

– No, ¿qué sucedió?

– Pregunte -respondió Karns-. Quizá alguien de su zona pueda informarle. Pregunte por Cucaña.

Lozini frunció las cejas.

– ¿Cucaña? -Era la primera vez que oía ese nombre.

– Una isla. Pero si lo que usted me pregunta es qué pienso de su problema con Parker, mi consejo es que le pague.

– No tengo su dinero -aseguró Lozini-. Él cree que lo tengo, pero no es así. Alguien lo debe tener.

– Pero él le cree a usted responsable, ¿no?

– ¡Pero es que no lo soy!

– Buena suerte -dijo Karns con una fría ironía en su voz, y cortó.

Lozini hubiera querido seguir hablando, pero la línea estaba interrumpida. Se sintió enfadado y estúpido, y colgó de un golpe; echó una mirada al cuarto vacío.

– No me ganará -dijo en voz alta.

XI

Parker logró conectar telefónicamente con Lozini a las dos y media de la tarde. Veinte minutos antes lo había intentado, pero sin éxito: Lozini no estaba.

– Pero sé que él quiere hablar con usted -le había dicho una voz masculina-. En este momento ha salido. ¿Puede llamarle él a algún sitio?

Era una pregunta demasiado estúpida como para contestarla.

– Le volveré a llamar dentro de veinte minutos -había dicho Parker, y había colgado. Ahora estaba haciendo una segunda llamada desde otra cabina.

La misma voz dijo:

– Ah, sí, el señor Lozini acaba de llegar. Espere, por favor.

– Sesenta segundos -dijo Parker. Dos años atrás, la pandilla local y la policía de la ciudad habían estado trabajando juntos en el caso del parque de atracciones, por lo que era muy posible que Lozini tuviera amigos en la policía que se encargaran de localizar la llamada.

– Menos -contestó la voz, y desapareció.

Mientras esperaba, Parker miró a su alrededor y contempló la tarde soleada. Era Grofield quien conducía el Impala color bronce que habían alquilado esa misma mañana, tras haber salido por separado del hotel. Con el alboroto que habían ocasionado anoche en la ciudad, les convenía no quedarse mucho tiempo en el mismo lugar. La tarjeta de crédito que habían utilizado para alquilar el coche les duraría por lo menos una semana, con lo que tendrían una base móvil de operaciones; más tarde, si fuera necesario, encontrarían algún lugar donde pasar la noche.

La cabina de teléfonos estaba en una esquina de la Western Avenue, casi en las afueras de la ciudad. La calle era ancha, llena de almacenes de ocasión y de venta de coches usados. Una manzana más allá había un supermercado con la forma y el tamaño de un hangar de aviones. El tráfico rodado era fluido, pero aún estaban en el radio de la ciudad.

– ¿Parker?

Parker reconoció la voz algo ronca de Lozini. Dijo:

– Espero mi dinero.

– Llamé a Karns -contestó Lozini.

– Bien hecho -repuso Parker-. ¿Le dijo que me devolviera el dinero?

– Sí, eso dijo. Quiero entrevistarme con usted, Parker.

– Nada de entrevistas. Quiero el dinero. Setenta y tres mil.

– Tengo un problema con eso -respondió Lozini.

– ¿Quiere unos días para reunirlo?

– Quiero hablar con usted. Maldita sea, no estoy tratando de atraparle.

– No tenemos nada que decirnos.

– ¡Sí tenemos! Y no quiero hacerlo por teléfono. Ya hemos dicho demasiado.

– Usted no tiene nada que decirme -dijo Parker-, nada que yo quiera oír. ¿Me va a dar el dinero, o no?

– ¡Maldita sea, si usted no pone algo de buena voluntad, yo tampoco voy a hacerlo! No estoy negándome, sólo le digo que quiero encontrarme con usted. Hay algo que usted no sabe.

Parker frunció el ceño, mirando a la luz, al tráfico, a Grofield que lo esperaba en el coche. ¿No era una salida inesperada? O Lozini pagaba hoy, o pagaba después, bajo más presión. O bien pagaría quien estuviese en su lugar.

– ¿Parker? Maldita sea, hombre, hable.

Había algo nuevo esta vez en la voz de Lozini, algo que indicaba vejez y cansancio. Era un tono diferente, más débil, que hizo cambiar de opinión a Parker. Quizá *sí* había algo que él no sabía.

– Lo pensaré -dijo-. Volveré a llamarle dentro de media hora.

XII

O’Hara señaló el restaurante que había a la derecha y dijo:

– Es hora de que vayamos a tomar un café.

– Buena idea -contestó su compañero, Marty Dean-. Estoy agotado.

Los dos lo estaban. Eran las tres de la tarde, lo que significaba que llevaban doce horas seguidas de trabajo. Habían estado patrullando y sus uniformes se iban volviendo cada vez más incómodos. Las armas y los cinturones ejercían un peso insoportable sobre sus estómagos.

Y O’Hara, además de cansado, estaba de muy mal humor. Todo este asunto estaba relacionado con el caso del parque de atracciones de dos años atrás, un asunto que a O’Hara no le gustaba recordar. Tenía el presentimiento de que uno de los tipos implicados en los robos de la noche anterior era el mismo que el del parque de atracciones, y O’Hara deseaba fervientemente ser él quien lo atrapase. Podía saborear el hecho por anticipado, lo necesitaba, tenía que hacerlo o moriría.

El restaurante. O’Hara giró el volante, dirigió el coche hacia el estacionamiento y lo aparcó entre una camioneta gris y un Toyota rojo. Los dos hombres bajaron del coche y Dean se estiró y arqueó la espalda, diciendo:

– Dios Santo, qué bueno es estar de pie.

– Sí -convino O’Hara. No podía explicarle a Dean que dos años atrás un condenado bandido lo había obligado a desnudarse, lo había atado y había usado su uniforme para escaparse sin más. Y además, en lugar de los dieciocho mil que pensaba que iba a recibir por su trabajo, ¿con cuánto le habían recompensado finalmente? Con dos mil. Ese dinero había desaparecido hacía ya mucho tiempo, pero la humillación seguía tan fresca como entonces.

O’Hara y Dean entraron juntos en el restaurante y encontraron un par de asientos vacíos en el mostrador. En cierto modo, sentarse al mostrador era permanecer de servicio; sentarse a una de las mesas habría sido más civil, como si no esperaran tener que entrar en acción en cualquier momento.

Pidieron café y pastel, y O’Hara dijo:

– Vuelvo enseguida -y se fue al baño.

Estaba ante el servicio cuando la puerta se abrió, a su derecha. Miró al que entraba y su rostro mostró una gran sorpresa.

– Bueno… Hola… -balbució.

– Hola, O’Hara. -El tipo sonrió y tocó con el cañón de una automática calibre veinticinco el ojo de O’Hara. Y apretó el gatillo.

XIII

Frankie Faran, mientras conducía el Oldsmobile negro, se recreaba relatándole a Lozini, que iba en el asiento trasero, la historia de una casa de juego que había en una isla cerca de la costa de Tejas.

Para Lozini no era una sorpresa que Faran conociese la Isla Cucaña y que supiese lo que había sucedido en ella. Faran era un bebedor amistoso, un bebedor social, y la gente de su clase eran aficionados a este tipo de historias y anécdotas. Faran había estado en Las Vegas varias veces en estos últimos años y en uno de esos viajes le habían hablado de Cucaña.

– Un sujeto llamado Yancy me lo contó -dijo Faran sin quitar la vista de la carretera-. Él estuvo allí desde el principio, en los primeros momentos, cuando lo estaban instalando todo. -Se le veía mucho mejor ahora que por la mañana; probablemente había dormido unas horas después de la reunión. O quizá se había tranquilizado, bebiendo unas copas. De cualquier manera, no conducía mal, su voz estaba más fuerte y clara y ya no parecía aplastado por ninguna incomodidad física.

– Según Yancy -decía Faran-, había una pequeña isla frente a la costa tejana, en el golfo de México. Un sujeto llamado Baron hizo un trato con Cuba, que reclamaba la isla, y Baron construyó en ella un casino. Ya sabes, una especie de barco más allá del límite de las tres millas.

– Mmm. -Lozini, mientras escuchaba, miraba por las ventanillas laterales; iban por la Western Avenue y se preguntaba dónde sería el contacto con Parker.

– El problema -continuaba Faran-era que Baron quería trabajar solo. No quería formar parte de la estructura, ¿te das cuenta?

Lozini se daba cuenta. Baron, como él mismo, había sido un hombre con un ámbito local que le pertenecía; pero mientras que Lozini tenía contactos y obligaciones dentro de la red nacional, Baron se había mantenido independiente. Lozini preguntó:

– ¿Y qué le hicieron?

– Trataron de llegar a un acuerdo con él -respondió Faran-. Según Yancy, las negociaciones duraron seis años, pero Baron no dio su brazo a torcer.

– ¡Seis años!

– Bueno, durante todo ese tiempo nunca estuvo en tierra firme. Y tenía unos treinta hombres armados en la isla y un sólo lugar donde desembarcar, de modo que estaba bien protegido. Simplemente se burló de todo el mundo.

– Durante seis años -decía Lozini. No podía creerlo.

– Y todo ese tiempo -prosiguió Faran-le estaba costando dinero a todo el mundo. Todos esos millonarios de Galveston y Corpus Christi, hasta de New Orleans, algunos con sus propios yates, gente con dinero de sobra que antes lo gastaba en lugares de la organización, ahora iban a la isla.

Lozini asintió.

– Perfecto. ¿Dónde interviene Parker?

– Él era el especialista que la organización utilizaba para casos muy especiales. Uno de los jefes le mandó llamar. Hicieron un trato: debía echar abajo el casino. Así que él llamó a unos amigos suyos, estudiaron el lugar y lo hicieron. Fueron a la isla, lo arrasaron todo, quemaron las instalaciones, se llevaron el dinero, mataron a Baron y se marcharon.

Lozini sintió un escalofrío en la espalda. No le gustaba esa historia.

– ¿Cuántos amigos? ¿Cómo era la banda que llevó Parker?

– Tres tipos -contestó Faran.

Lozini no tenía más preguntas. Con los ojos entrecerrados, mirando al tráfico sin verlo de verdad, trató de recordar el aspecto de Parker por el breve encuentro que tuvieron dos años atrás. Todo lo que recordaba eran unos ojos muy fríos en un rostro de piedra. ¿Lo reconocería ahora?

– Allí están -dijo Faran de pronto-. Uno de ellos, por lo menos.

Sorprendido, Lozini miró al coche que tenían al lado y vio un Impala color bronce conducido por un hombre, sin pasajeros. El conductor tendría unos treinta años, cabello oscuro, y un aspecto que a Lozini le pareció poco digno de confianza. Le hacía señas a Faran para que lo siguiera.

Lozini dijo:

– Ése no es Parker.

– No -contestó Faran-, ése es el otro. El que entretuvo a Angie. -Su voz sonaba algo irritada al decir esto.

El Impala se adelantó y Faran fue tras él. Lozini, mirando a su alrededor, vio que estaban bastante más allá de los límites de la ciudad; algunos restaurantes y gasolineras se alternaban con espacios vacíos o arbolados. La Western Avenue perdía su nombre en el límite de la ciudad y se transformaba en la Ruta Estatal 79; cuatro carriles, sin aceras y sin división central.

El acuerdo entre Lozini y Parker para encontrarse era que cada uno iría acompañado sólo por un hombre; Lozini había sugerido a Faran, al que Parker conocía de la noche anterior, y Parker se mostró de acuerdo. Lozini y Parker debían ir por la Western Avenue hasta que Parker decidiese contactar con ellos. A partir de ahí, Parker les llevaría hasta el lugar del encuentro, y si a Lozini le parecía seguro, él y Faran se detendrían.

Más arriba había una bifurcación; comenzaba una carretera secundaria. El

Impala giró allí y Faran lo siguió lentamente.

El Impala continuó por esa carretera unos centenares de metros: luego volvió a girar en dirección a una pequeña carreterucha angosta, que serpenteaba entre arboledas y campos. Faran dijo:

– Conozco este camino. -Señaló hacia la derecha-. Allí hay un arroyo, solía venir a nadar cuando era muchacho.

Las luces de los frenos del Impala se encendieron. Lozini puso sus manos en las piernas, encima de las rodillas, y se quedó quieto. El Impala se detuvo y Faran frenó el Oldsmobile justo detrás. Había campo abierto a ambos lados de la angosta carretera, buena visibilidad en todos los sentidos, bajo la clara luz de la tarde. Un lugar seguro para un encuentro… ¿Pero dónde estaba Parker?

La puerta del Impala se abrió y bajó el segundo hombre, sonriendo de un modo amistoso. Abrió la puerta de la derecha y se sentó junto a Faran.

– Hola de nuevo -le dijo a Faran.

Faran lo miró fríamente y asintió.

El sujeto se volvió hacia Lozini.

– Parker está en el otro coche -dijo-. En el asiento trasero. Vaya a hablarle allí, yo hablaré aquí con el señor Faran.

– Llegué a pensar que estaba usted solo -respondió Lozini.

El tipo volvió a sonreír, siempre de la manera más amistosa.

– Ésa era la idea -explicó-. Parker se escondió hasta estar seguro de que usted no tenía otro plan.

– No tengo otro plan -repuso Lozini. Abrió la puerta, salió del Oldsmobile y sintió de inmediato el calor de la media tarde; el sol no era tan fuerte en la época en la que aún no se había inventado el aire acondicionado.

Cuando Lozini cerraba la puerta, oyó al tipo que le decía a Faran:

– Me llamo Green, Alan Green.

Lozini se dirigió lentamente hacia el Impala. Ahora podía ver la silueta de alguien sentado en el asiento trasero. Las ventanas del Impala estaban cerradas y el motor encendido para activar el aire acondicionado. El sonido amortiguado de los dos motores era el único ruido. No había ningún movimiento por la carretera, ni una casa a la vista, sólo los campos vacíos que desde hacía algún tiempo no habían sido trabajados y estaban llenándose de maleza. No soplaba el viento, nada se movía; el paisaje era como una pintura o como un rompecabezas totalmente armado. Lozini se detuvo junto al Impala, su mano en la manija mientras miraba a su alrededor. Nadie y nada. En el asiento delantero de su coche, Faran y Green charlaban alegremente. No habían tardado en hacer buenas migas; el estilo «camarada» de Green no podía dejar de surtir efecto con Faran, por supuesto, pero a Lozini le sorprendió de todos modos la velocidad con la que

se habían hecho amigos.

Abrió la puerta y un aire frío salió del coche. Su cuerpo todavía estaba adaptándose al calor exterior y ahora volvía a entrar en el aire acondicionado. Entró, se sentó en el asiento trasero y cerró la puerta tras de sí.

Parker estaba al otro lado, con la espalda contra la ventanilla. Estaba vuelto hacia Lozini, mirándole. Sólo lo miraba; ninguna palabra, ninguna expresión.

– Hola, Parker -dijo Lozini. Pensó que Parker no tenía un aspecto tan depravado como el que creía recordar. En realidad, parecía un hombre corriente; un poco más duro, un poco más frío, un poco más difícil. Pero no el robot de ojos de hielo que recordaba Lozini.

Parker asintió.

– Usted quería hablar -dijo.

– Tengo un problema -respondió Lozini moviendo expresivamente las manos-. No quiero problemas con usted, pero no sé cómo salir de este asunto. Por eso quería hablarle.

– Adelante.

Lozini miró al frente, al asiento delantero y al volante, y más allá del parabrisas, hacia la carretera vacía que hacía una curva a lo lejos tras una colina. Hacía más frío aquí que en el Oldsmobile y Parker era una de esas personas que no parpadean casi nunca. Mirando al camino, Lozini dijo:

– Llamé a Karns. Me habló de su problema con Bronson, y me habló de Cucaña. Me dijo que si tenía el dinero, debía pagárselo.

– Exacto.

Lozini se volvió y miró a Parker a los ojos. Ahora él tampoco parpadeaba; quería que Parker supiera que iba a oír la verdad, la última verdad.

– Mi problema es que no tengo su dinero.

Parker se encogió de hombros, como si fuera una cuestión menor.

– ¿Quiere tiempo?

– No, no es eso lo que quiero decir. Quiero decir que *nunca* lo tuve. No lo encontré en el parque de atracciones.

– No está allí -aseguró Parker-. Donde lo dejé.

– Yo no lo cogí -aseveró Lozini-. Nunca tuve su dinero.

– Alguien de los suyos lo encontró y lo guardó.

– No lo creo. -Lozini sacudió la cabeza-. Es posible, pero no creo que se hubieran atrevido. Ninguno de los que trabajan para mí.

Parker dijo:

– Nadie más pudo encontrarlo. Ningún empleado del parque pudo ir al lugar donde lo dejé y ningún visitante podría acercarse siquiera. Lo único que explica que haya desaparecido es que alguien lo haya encontrado. Y eso significa

que ha sido usted y su gente, nadie más.

– Quizá es eso lo que pasó -respondió Lozini-. No digo que no haya podido suceder, que alguien me haya ocultado algo. Todo lo que digo es que *yo* no soy el que encontró el dinero. Nunca lo tuve ni lo tengo ahora. -Se inclinó hacia Parker, estiró la mano como si fuera a tocar su rodilla, pero no completó el gesto, y dijo-: Escuche, estoy bastante cansado. Quizá hace diez años no me habría dignado siquiera hablarle, habría sacado hasta mi último hombre a la calle para liquidarle y no me habría preocupado por el tiempo que llevara, el ruido que hiciera o los golpes que usted pudiera darme antes de que yo le cazara. Pero eso era hace diez años, cuando las cosas eran diferentes.

Parker esperó, siempre mirándole, sin ninguna expresión.

– Pero ahora -continuó Lozini-, no puedo hacer eso. Aquí las cosas han estado en calma desde hace mucho tiempo, ni siquiera estoy organizado para ese tipo de deporte. No tengo mucha gente que sepa su oficio; la mayoría de la gente que tengo a mis órdenes son empleados de oficina. Y en estos días la ciudad está en campaña electoral.

– Vi los carteles.

– Es una campaña dura -seguía Lozini-. Mi hombre puede tener problemas. Las elecciones son el martes y si hay algo que no quiero es sangre en las calles el fin de semana antes de las elecciones. Éste es el peor momento para mí; las cosas están muy movidas y podrían llegar a ponerse difíciles. Ésa es otra de las razones por las que no quiero una guerra con usted. Además, Karns me lo dijo. Todas estas cosas juntas son las que me han movido a pedirle esta cita para sacar algo en claro y llegar a algún tipo de acuerdo.

– Dejé setenta y tres mil dólares aquí -dijo Parker-. Y la mitad le corresponde a mi compañero. -Hizo un gesto hacia Green, en el otro coche-. Ninguno de los dos queremos una comisión, ni un apretón de manos, ni un acuerdo, ni nada, salvo el dinero. Todo el dinero, todo lo que sacamos del coche blindado.

– Entonces tendrá que pedírselo a otro -respondió Lozini. En ese momento una camioneta con una vieja nevera en la parte de atrás pasó junto a ellos, el primer vehículo que veían desde que se habían parado. Lozini la señaló por el parabrisas-. Si usted va a casa de ese granjero -continuó-y le dice que hace dos años dejó setenta y tres mil dólares en Tyler y los quiere, él le dirá que fue a ver a la persona equivocada porque él no los tiene y no sabe dónde están. Y yo le estoy diciendo lo mismo.

Parker sacudió la cabeza, manifestando su impaciencia con un rictus en la boca.

– Ese granjero no tiene nada que ver -dijo-. Y usted sí. No me haga perder

tiempo.

Lozini trató de pensar algo más.

– Está bien -repuso-. Investigaré. Quizá fue uno de los míos.

– Lo fue.

– Está bien. Los investigaré y le contaré lo que averigüe.

Parker asintió.

– ¿Cuánto tiempo?

– Déme una semana.

Otra vez el pequeño signo de impaciencia.

– Le llamaré mañana por la tarde, a las siete.

– ¡Mañana! No me da tiempo.

– Es su gente -dijo Parker-. Si usted se ocupa, podrá hacerlo. No quiero perder más tiempo. Le llamaré a las siete.

– No puedo prometerle nada.

Parker se encogió de hombros y miró hacia otro lado.

Lozini no se sentía con ganas de terminar aquí la cita. Quería algo que le tranquilizase y hasta ahora no sentía que lo hubiera logrado. Dijo:

– Quiero que lo tome con calma, sabe.

Parker volvió a mirarlo, y esperó.

– Yo elegí el camino pacífico -agregó Lozini-. Ésa es la situación en la que me encuentro ahora, lo estoy haciendo por las buenas. Mientras hacerlo por las buenas sea cooperar con usted, lo haré. Si usted prefiere la violencia, si me obliga a luchar, entonces no tendré más remedio.

Parker pareció pensar en esas palabras.

– Ya veo -dijo-. Le llamaré a las siete.

XIV

Parker llamó a Claire desde una cabina telefónica de la calle. En otra época del año se hallaría en la casa que poseían junto a un lago, al norte de New Jersey, pero durante el verano la alquilaban y se mudaban a un hotel de Florida; ella lo esperaba ahora en el hotel.

Estaba en la habitación. Cuando respondió, él dijo:

– Soy yo -estaba seguro de que ella reconocería su voz.

Así fue.

– Hola -dijo, y en esa palabra puso toda su ternura. Ninguno de los dos manifestaba sus emociones con muchas palabras.

– Estaré aquí unos días más -informó Parker.

– Está bien -respondió ella, queriendo decir que no le parecía lo mejor, pero que comprendía que no había otra alternativa.

– Podría ser una semana entera -le dijo Parker-. Todavía no lo sé.

– ¿Podría ir yo?

– Podría ser bastante incómodo para ti -contestó él.

Hubo una pequeña vacilación y luego, con voz más débil, ella volvió a repetir:

– Está bien.

Él sabía bien lo que habría significado su presencia. En tres ocasiones desde que se conocían, el mundo violento en el que él se movía la había golpeado -durante el robo en el congreso de numismáticos, donde se conocieron; más tarde, cuando la habían secuestrado para forzar a Parker a intervenir en un robo de diamantes, y por último cuando dos hombres habían entrado en la casa del lago en su busca-. Desde entonces, ella no había querido correr más riesgos. Y eso a él le parecía muy bien.

– Correcto -convino.

Estaba a punto de colgar cuando ella dijo:

– Espera. Llamó Handy McKay.

Handy McKay era un ladrón retirado, dueño de un restaurante en Presque Isle, Maine. Era una especie de mensajero entre Parker y otros tipos, todos en el mismo negocio, y sus llamadas significaban que alguien quería invitar a Parker a participar en un trabajo. Preguntó:

– ¿Le dijiste que estaba ocupado?

– Me parece que no llamaba por eso -contestó Claire-. Llamaba por un asunto personal. Dijo que quería hablarte.

– Está bien.

– Me pareció que no se encontraba bien -dijo ella.

– ¿En qué sentido?

– No sé. Me pareció… agobiado, creo. O preocupado por algo. No estoy segura.

– Lo llamaré -respondió Parker.

– Perfecto.

– Volveré en cuanto pueda.

– Ya lo sé -contestó ella.

Colgó y llamó a Handy McKay. Mientras esperaba, recordó al viejo Joe Sheer, otro experto en cajas fuertes retirado que solía pasarle mensajes a Parker hasta que lo mataron en un asuntillo local, lo que hizo que citaran a Parker en el proceso. ¿Volvería a suceder lo mismo?

Al fin se oyó la grave voz de Handy, diciendo:

– Restaurante McKay.

Sin preámbulos, Parker respondió:

– Claire dice que querías hablarme.

– ¡Ah! Hola -dijo Handy. Y añadió-: La verdad es que necesito trabajar.

Eso era una sorpresa. Hacía nueve años que Handy no hacía nada en este campo de los negocios; él y Parker habían trabajado juntos en el robo de una estatuilla para un millonario, y en esa ocasión lo habían herido gravemente en el estómago. Ése había sido el principal motivo de su retiro. Vacilando, Parker le dijo:

– Creí que andabas bien de dinero.

– Andaba. Ahora tengo problemas. Con la nueva carretera perdí todos mis clientes. Y aquí no vienen familias.

– Ya.

– De modo que si tienes algo -dijo Handy-, o si oyes de algo…

– Está bien -respondió Parker. Entendía la situación-. Por ahora no hay nada -le informó-, pero te tendré en cuenta.

– Gracias -contestó Handy-. No como un favor, por supuesto; todavía sirvo.

– Nunca hago favores -le recordó Parker-. Me pondré en contacto contigo si surge algo.

– Está bien. Adiós.

Parker colgó y volvió al Impala, donde lo esperaba Grofield. Se puso frente al volante y Grofield preguntó:

– ¿Tenemos la noche libre, jefe?

– No tenemos nada que hacer -respondió Parker-, hasta que llame a Lozini mañana a las siete.

– Entonces voy a hacer una llamada personal -dijo Grofield. Abrió la puerta y se detuvo un instante, sonriendo-: ¿Le pregunto si tiene una amiga?

– No -contestó Parker.

XV

Grofield mantenía el auricular, que emitía extraños ruidos, entre el hombro y el oído. Mientras esperaba que la llamada se efectuase, echó su aliento sobre el cristal de la cabina telefónica y dibujó un corazón con la punta del dedo; dentro del corazón perfiló las iniciales A. G., y una sigla más. De repente, adoptó una expresión desconcertada y perpleja: ¿Cómo se llamaba la chica?

Estaba llamando. ¿Cuál era el nombre, por Dios?

Clic.

– ¿Hola?

¡Dori! ¡Dori Neevin! Le vino como un relámpago al oír su voz, y junto con el nombre recordó el aspecto de la muchacha la última vez que la había visto en la biblioteca, el sonido de su voz cuando le decía por primera vez su nombre:

– Hola, Dori -dijo complacido consigo mismo, y vaciló un instante, intentando recordar ahora su propio nombre. Es decir, el nombre que le había dado a ella. Green, eso era-. Soy Alan -dijo-, Alan Green.

– ¡Ah, hola! -contestó ella, y él escribió rápidamente D. N. dentro del corazón-. ¿Cómo estás? -Parecía excesivamente feliz de oírlo; otra vez esa reacción excesiva, su marca de nacimiento.

– No pude liberarme anoche -explicó-. Los negocios, ya sabes.

– Bueno, me habías dicho que eso podía pasar -respondió ella. Grofield oía en su voz la intención de perdonarle todo, absolutamente todo.

– Pero esta noche -dijo él-. ¡Ah, esta noche!

– ¿Estás libre?

– Totalmente. -Miró el reloj-. Son las siete ahora. ¿Qué te parece si voy a buscarte a las ocho?

– Sería maravilloso.

– Pero no tengo tu dirección.

– Oh, ha… -Grofield prácticamente podía oír las ruedecillas girando en la cabeza de Dori que trataba de pensar algo-. Eh, esto… te veré en la esquina de Church Street y la Cuarta Avenida a las ocho. ¿De acuerdo?

Problemas con los padres. Quizá también un novio que despistar.

– Por mí, perfecto -respondió.

– Hay un viejo monasterio en esa esquina -le informó-. Lancaster Abbey. ¿Lo conoces?

– Puedo encontrarlo.

– Te esperaré justo en la esquina.

– Perfecto. Nos vemos.

Salió de la cabina y volvió al Impala. Parker estaba sentado al volante, escuchando las noticias por la radio. Grofield se sentó a su lado y dijo:

– Mi amorcito está impaciente.

– ¿Todo listo?

– Perfecto.

Parker puso el motor en marcha y se dirigió hacia el sur de la ciudad, donde se agrupaban un buen número de moteles. Buscarían un sitio donde pasar la noche y luego Grofield acudiría en el coche a su cita. Parker, aparte de su aparente monogamia con Claire, jamás se enredaba con mujeres durante un trabajo. Grofield lo comprendía, de un modo teórico, pero no consideraba natural, al menos en su propia vida, que no existiera algo de diversión y nunca trató de imitar la monástica conducta de su colega.

Eso no sucedía cuando estaba en su casa. Cerca del teatro sólo mantenía relaciones sentimentales con Mary; en parte porque le gustaba lo suficiente como para no necesitar a otra, y en parte porque la quería demasiado como para humillarla. Pero cuando trabajaba y viajaba, casi siempre se las arreglaba para encontrar una muchacha solitaria que le aliviara de su nostalgia.

– ¡Escucha!

Grofield miró a Parker y lo vio señalar a la radio del coche. El locutor hablaba de un policía muerto, un patrullero de uniforme llamado O’Hara, asesinado de un balazo en un restaurante esa tarde. «Posiblemente -decía el locutor-, un crimen cometido por la misma gente que había realizado los robos la noche anterior.»

Grofield preguntó:

– ¿Qué pasa?

– O’Hara -respondió Parker-. Es uno de los policías de la Isla Feliz. Fue uno de los que ayudó a buscar el dinero.

– Oh, vaya -murmuró Grofield.

– Busca una cabina -dijo Parker-. Tengo que llamar a Lozini.

Grofield suspiró:

– Y yo tendré que llamar a la pequeña Dori.

XVI

Parker se apeó del Impala tres manzanas antes del lugar de la cita.

– ¡Suerte! -le deseó Grofield.

Parker asintió como si le diera importancia a la palabra maquinal de su amigo, y se fue caminando. Detrás de él, el Impala dio un giro en «U» y Grofield se dirigió a su propio puesto.

Apenas eran las nueve de la noche de un sábado del mes de julio. Sólo habían transcurrido dos horas desde que se había divulgado la noticia sobre O'Hara. Tyler era una ciudad lo bastante grande como para tener un distrito comercial de dimensiones considerables, y a la vez era lo suficientemente pequeña como para que sus edificios de oficinas y sus centros de diversión de fin de semana se concentraran en una misma zona. Oscuras construcciones se levantaban sobre marquesinas con luces móviles. El tránsito en la London Avenue y la Center Street era denso y lento.

Otra vez hacía una noche clara; en el cielo, el perfil de la luna era más delgado aún que la noche anterior y no iluminaba la tierra mucho más que alguno de los puntos brillantes de las estrellas. El martes habría luna nueva; es decir, no habría luna.

El edificio Nolan ocupaba una manzana entera, entre la London Avenue, Center Street, West Street y Houston Avenue. La planta baja estaba ocupada por un banco que hacía esquina con la Center Street, un negocio de ventas al por mayor y un gran restaurante llamado Riverboat en la parte de la London Avenue. Junto al Riverboat estaba la entrada al vestíbulo del edificio y los ascensores.

Parker llegó unos minutos antes de la hora y durante un rato estuvo observando el menú del Riverboat pegado a una de las ventanas del restaurante. En un intervalo de cinco minutos vio entrar en el vestíbulo a cuatro hombres; ninguno de ellos era Lozini. ¿Habría llegado antes que sus colaboradores? No parecía probable.

Parker estaba a punto de entrar cuando se detuvo otro coche frente a la puerta, el mismo Oldsmobile negro que Lozini había usado esa tarde. Parker vio que Lozini y otro hombre salían del Olds y cruzaban la acera mientras el coche se marchaba de inmediato. El segundo hombre era gordo y torpe; caminaba como si lo hubiera hecho mejor con un bastón. O como si prefiriese estar sentado.

Perfecto. Parker dejó pasar otros dos minutos y luego los siguió.

El vestíbulo le recordó al que habían utilizado durante el frustrado robo de

la joyería. Incluso estaba el mismo tipo de viejo flaco uniformado de sereno, salvo que éste parecía despierto y alerta. También tenía un ayudante, un joven portorriqueño, sonriente, de chaqueta azul y pantalones ajustados, que se hacía cargo del ascensor. Parker se inscribió en el libro del registro con el siguiente nombre y dirección: «Edward Latham, City Property Holdings, 1712». Ya estaba a punto de entrar en el ascensor cuando llegó otro hombre. Parker, con sólo mirarlo, supo que se trataba de otro invitado a la reunión y lo esperó.

El otro le dirigió a Parker una sonrisa irónica de reconocimiento y, dirigiéndose al viejo, le dijo:

– Firme por mí en el libro, Jimmy.

– Sí, señor Calesian. -Parker pudo oír en la voz de Jimmy un resentimiento bien oculto.

Calesian le dijo al portorriqueño sonriente:

– Iremos solos. Lo mandaré para abajo después.

– Está bien -respondió el joven. Nada se alteró en esa sonrisa que nada externo podía justificar.

Parker y Calesian entraron en el ascensor y Calesian cerró las puertas y apretó el botón del piso diecisiete.

– Es fácil manejar este aparato -dijo-. Pero los administradores piensan que es más elegante tener una ascensorista. -Hablaba de un modo tranquilo e irónico; era una versión menos exuberante de Grofield. Con una pequeña sonrisa en la cara dijo-: Así que usted es Parker.

– Usted es policía -afirmó Parker.

La sonrisa de Calesian se amplió; se sentía complacido.

– ¿Cómo se dio cuenta?

– Un empleado no llegaría después que su patrón. Pero sí lo haría un policía sobornado, para demostrar que sigue siendo un hombre libre.

La observación no le gustó demasiado a Calesian, pero no perdió el buen humor.

– Es todo un detective -comentó-. Le agradará saber que recibimos una negativa sobre usted en Washington.

– ¿Una negativa sobre qué?

– El nombre de Parker y su descripción física.

Eso estaba bien.

En realidad era perseguido bajo varios nombres distintos y sus huellas digitales registradas bajo el nombre de Ronald Casper le habían sido tomadas en la época en que había estado en una granja-prisión en California, pero el nombre Parker nunca había sido inscrito en ningún archivo por delitos. En cuanto a la descripción, la cara que tenía ahora era el resultado de una operación de cirugía

estética realizada diez años atrás.

El ascensor se detuvo y las puertas se abrieron. Calesian pulsó el botón de la planta baja antes de salir, y cuando estuvieron en el pasillo, el ascensor volvió abajo.

– Por aquí -dijo Calesian.

El 1712 estaba a la derecha. La puerta, entreabierta, conducía a una oficina de recepcionista amueblada, pero desierta, con una puerta abierta más allá por la que Parker pudo ver a varios hombres sentados en sofás de cuero y en sillones. Calesian entró primero y Parker lo siguió; encontró a Lozini sentado ante un amplio escritorio de caoba, cuya superficie estaba solamente ocupada por un teléfono, un cenicero y un paquete de Viceroys. Lozini, con cara agria y irritada, miró a Parker y luego a su reloj, pero no dijo nada sobre la hora. En lugar de eso, tras una breve mirada a Calesian, miró detrás de Parker y preguntó:

– ¿Está solo?

– Así es. Tengo que hacer una llamada.

– ¿Por qué? -Lozini estaba impaciente, y parecía predispuesto a olvidar que en esta situación no tenía autoridad alguna.

– Tengo que decirle a mi socio -contestó Parker-que no vuele su casa, Lozini.

A su lado, Calesian se rió. El hombre gordo que había llegado con Lozini soltó una desmayada exclamación. Lozini se limitó a mirarlo y Parker fue hacia el teléfono, le dio la vuelta y marcó el número de la cabina donde Grofield lo estaba esperando. En realidad, no había bomba alguna en la casa de Lozini, ni tiempo para instalarla, pero la amenaza bastaría.

Nadie dijo nada. Había, además de Parker, seis hombres en la sala, y todos miraron su dedo marcando el número y luego su rostro mientras esperaba que Grofield contestara. Cosa que sucedió a la primera señal de llamada.

– Restaurante de Clancy.

Parker leyó el número del teléfono que tenía en la mano:

– ¿Lo apuntaste?

Grofield le leyó el número y preguntó:

– ¿Estás bien?

– Bien -respondió Parker, y colgó.

– Él le llamará -dijo Lozini.

– Exacto.

– Tengo a mi familia en esa casa.

– Lo sé.

Lozini no sabía si ponerse furioso o aceptar. Con voz ahogada dijo.

– No tengo ningún plan contra usted. Esto es una simple reunión, tenemos

un problema en común. ¿Por qué habría de hacerle algo?

– Si yo desaparezco -contestó Parker-, su problema también desaparece.

Lozini negó con la cabeza:

– No. O'Hara no se metió en esto solo, no tenía agallas para eso. Ya le dije esta tarde que no estoy en una situación fácil en esta ciudad y las cosas parecen ponerse cada vez peor. Cosas que no tienen que ver con usted. Incluso puedo perder a mi candidato. -Señalando a Parker con un dedo, agregó-: Lo que quiero decir es que alguien en esta ciudad está buscando algo. Se me venían encima sin darme cuenta y no me habría enterado de nada hasta que hubieran terminado conmigo. Si no fuera por usted. Usted vino, revolvió un poco las cosas, causó algunos problemas, y de pronto empiezo a ver cosas que antes no veía.

– Está bien -comentó Parker.

– De modo que estamos del mismo lado -dijo Lozini-. Yo los quiero atrapar porque buscan suplantarme en esta ciudad y usted porque quiere su dinero. Pero son los mismos.

Parker se encogió de hombros.

– De modo que ahora -continuó Lozini-sabemos cómo salió el dinero del parque. Con O'Hara. El siguiente paso es averiguar a dónde lo llevó y a quién se lo dio.

Un hombre situado a la derecha de Parker dijo:

– Fue para O'Hara. Quizá lo repartió con alguien, pero probablemente la mitad fue para él.

Calesian intervino:

– No, puedo haceros un informe real de la situación financiera de O'Hara. Como máximo pudo haber sacado tres o cuatro mil del asunto, pero eso es todo.

– ¿Cómo puedes estar tan seguro, Harold? -preguntó el otro hombre.

– Esperen un minuto -dijo Parker-. No conozco a todos los que están aquí. -Se volvió, miró las caras y señaló a Frank Faran-. A usted lo conozco.

Faran hizo una mueca y movió la cabeza en una especie de saludo.

– Supongo que sí me conoce -respondió.

El hombre que había dicho que O'Hara se había quedado con el dinero dijo:

– Soy Ted Shevelly, ayudante del señor Lozini.

Vestía con pantalones deportivos y una cazadora. Shevelly parecía tener unos cuarenta años; con sus cabellos rojizos y su cuerpo atlético, tenía el aspecto de un jugador de golf de fin de semana. Llevaba unas gafas cuadradas con montura dorada y daba la impresión de que era demasiado tranquilo o bondadoso; algo semejante a Faran, pero sin la estupidez y la propensión al alcohol de éste.

Parker asintió y se volvió hacia el gordo que había llegado en el Olds con

Lozini. Llevaba un traje negro y una camisa azul con cuello blanco, sin corbata, y parecía tan incómodo sentado como lo había parecido caminando. Parker dijo:

– Y usted es…

Fue Lozini quien respondió, a espaldas de Parker:

– Es Jack Walters, mi abogado personal.

– ¿Personal?

Walters se movió, incómodo, y trató sin éxito de entrelazar los dedos sobre el vientre.

– No enteramente personal. Conozco algo de los negocios del señor Lozini.

– Más de lo que querrías conocer -dijo Lozini-, y menos de lo que quiero que conozcas.

Walters sonrió y asintió, y volvió a parecer incómodo. Pero evidentemente sólo el cuerpo de Walters era torpe; los ojos traslucían un cerebro firme y agudo.

El hombre que estaba a su lado tendría casi cincuenta años y el aspecto de quien, súbitamente, en la edad ya madura, decide dejar de ser aburrido y empezar a ser elegante. Era delgado, pero las arrugas profundas de su cara y la flojedad de la carne bajo la mandíbula sugerían que había sido mucho más grueso y que había sobrellevado las dietas más crueles para lograr una espúrea juventud. Llevaba mocasines marrones, pantalones celestes, una chaqueta de madrás y un jersey de cuello cisne amarillo, como si lo hubiera vestido un director escénico de Broadway para representar la parodia de un turista en Miami.

– Nate Simms -dijo esta aparición, poniéndose de pie, sonriendo y tendiendo una mano varonil-: Soy el contable de Al. También tengo una vaga idea de sus negocios.

Contable; perfecto. ¿Al? Eso debía de significar Lozini. Parker tomó un instante la manó del hombre y se volvió hacia Harold Calesian.

– Nos encontramos en el ascensor.

– Exacto -respondió Calesian con su sonrisa habitual-. Y nos presentamos como es debido.

– ¿Qué hace en la policía?

La sonrisa de Calesian se tornó algo burlona.

– Soy detective jefe -respondió-. Trabajo en la sección del crimen organizado.

Volviéndose a Lozini, Parker preguntó:

– ¿Es el policía de mayor graduación que consiguió?

– No hay muchos más grados -respondió Lozini. Era evidente que no quería que Calesian hiciera fracasar la reunión.

– Pero no tiene a nadie más importante -dijo Parker.

Calesian, con voz que trataba de demostrar que no estaba ofendido, dijo:

– Exacto. Soy su policía de más rango.

– ¿Y eso qué tiene que ver, Parker? -preguntó Lozini.

– ¿No acudiría O'Hara a usted? -preguntó Parker a Calesian.

Hubo un silencio mientras todos pensaban en lo que acababa de decir Parker; la sonrisa de Calesian se borró y contestó:

– A esos tipos los prefiero muertos.

– Estoy haciéndole una pregunta -repuso Parker.

– ¿Usted quiere saber si soy el tipo que se quedó con el dinero? No, no lo soy.

Parker se encogió de hombros:

– O'Hara salió del parque de atracciones sabiendo dónde estaba el dinero -dijo-. Y sabía que necesitaba ayuda para apoderárselo. ¿Iba a hablar con algún hombre de Lozini? Ni pensarlo. Hablaría con un policía. ¿No es usted el policía con el que hablaría?

– No necesariamente -respondió Calesian-. En realidad, ni siquiera es probable. Nunca tuve contacto directo con O'Hara; hay clases y clases, como usted sabrá.

– Esperad un momento -dijo Ted Shevelly-. Volvamos a la cantidad con la que pudo haberse quedado O'Hara. Harold, tú dijiste que conocías las finanzas del tipo y lo máximo que le atribuyes son tres o cuatro mil, ¿no es así?

Calesian asintió:

– No puede haber sacado más. Quizá menos.

– Supongo -continuó Shevelly-que lo que hiciste fue estudiar su cuenta bancaria y registrar los gastos grandes de estos dos últimos años, como coches o cosas así.

– Exacto.

– ¿Y si hubiera sido así? ¿Si hubiera sacado tres mil para gasto y hubiera enterrado el resto en una bolsa de plástico en el patio de su casa?

– Imposible -respondió Calesian-. La gente tiene esquemas de conducta y los de O'Hara eran gastar todo lo que tenía. Gastaba más de lo que tenía. Cuando murió estaba endeudado.

– ¿Y no cambiaría ese esquema si se tratara de algo importante? -preguntó Shevelly.

– No. O'Hara no tenía imaginación para eso.

– Creía que había dicho que nunca tuvo contacto con ese tipo -dijo Parker-. Pero parece conocerlo bien.

La sonrisa de Calesian volvía por momentos:

– Uno de los modos en que ayudo a Al -dijo, señalando a Lozini-es

buscando… colaboradores no deseados. Si un oficial de la ley entra en la lista de pagos de Lozini, puede ser por dos razones: o es un infiltrado o está corrompido.

– Harold me avisa si pago a infiltrados -lo interrumpió Lozini.

– ¿Hay infiltrados?

– Muchos, de la ciudad -respondió Calesian-, son los más fáciles de detectar. De todos modos, no estamos seguros.

– Dios lo sabe -dijo Lozini.

– También están los estatales -prosiguió Calesian-, y hasta los federales, de vez en cuando.

– No se puede bajar la guardia ni un instante -aseguró Lozini.

– Puedo contarle al detalle la vida de cada policía de esta ciudad que compra una hamburguesa con dinero de Al. Eso no quiere decir que yo tenga nada que ver con ellos. A muchos jamás los he visto.

– Está bien -dijo Parker-. O'Hara no hubiera ido a verle porque no le conocía.

– No me conocía lo suficiente -corrigió Calesian-. Solíamos vernos.

– ¿A quién conocía?

Calesian estiró las manos:

– Docenas. ¿Usted cree que hay una cadena por donde se transmiten las órdenes? En realidad, eso no existe. O'Hara pudo haber ido a pedir ayuda a docenas de personas. Pudo haberlo hecho solo, con su compañero, el compañero de las rondas.

Parker recordó al compañero de ronda: un ratón asustado hasta de sí mismo.

– No -dijo-, no creo que ellos dos se hubieran atrevido.

– Especialmente -dijo Walters, el abogado-, si O'Hara se quedó con tan poco.

– Aun así -intervino Shevelly-, el compañero pudo haber estado implicado. ¿Es posible que haya sido el mismo que mató a O'Hara?

– No es el mismo hombre -respondió Calesian-. No recuerdo quién era su compañero hace dos años, pero esta vez era uno diferente. -Con una pequeña sonrisa dirigida a Lozini, agregó-: No era uno de los nuestros.

– Averigüemos acerca del otro compañero, el de antes. Es posible que sepa lo que hizo o lo que vio O'Hara.

– Averiguaré -afirmó Calesian.

Nate Simms, el contable vestido de colores, dijo de pronto:

– Perdón, ¿puedo hacer una observación?

Todos lo miraron.

– Por supuesto, Nate. Adelante -indicó Lozini.

– Me pregunto -comenzó Simms, tomándose su tiempo y pronunciando sus

frases con las palabras precisas-, me pregunto si estamos avanzando en la dirección apropiada. Pienso que quizá nos estamos precipitando y que lo que deberíamos hacer es detenernos y pensar un minuto.

– Continúa, Nate -dijo Lozini-. ¿Qué quieres decir?

A juzgar por la manera intensa con que miraba a Simms, era evidente que Lozini respetaba sus opiniones y que lo que dijera Simms podría afectar a las acciones de Lozini.

– Como sabes, Al -siguió Simms-, tenemos las elecciones, que se realizarán dentro de tres días.

– No me lo recuerdes -dijo Lozini.

– Y también tenemos otros problemas. -Volviéndose a Parker, agregó-: Además de ser el contable de Al, me ocupo de algunas otras áreas, y una de ellas es la lotería ilegal, los números.

– Ya sé -asintió Parker.

– La lotería nunca ha sido una fuente de ingresos en esta ciudad -aseguró Simms-, simplemente porque aquí no hay mucha gente pobre. Estamos por encima del nivel medio en ingresos familiares y en la tasa de empleo. No tenemos esos grandes sectores de población de bajos recursos necesarios para llevar a cabo una operación de lotería ilegal a gran escala.

– Adelante, Nate -reiteró Lozini-, Parker no necesita saber todo eso.

– Quería que comprendiera -respondió Simms-que no me ocupo de operaciones grandes aquí. -Y otra vez dirigiéndose a Parker, dijo-: Un contable, eso es lo que soy. Si la lotería ilegal fuera importante en Tyler, sería otro el que estuviera al cargo.

– Comprendo -aseguró Parker.

– Pues bien -continuó Simms-, sólo puedo hablar de un número reducido de intereses. Pero para mis intereses, resulta que éste es un mal momento para meterse en nada que pueda causar problemas, gastos y compromisos públicos. La lotería está baja, ha estado baja en los últimos tres años, y cada año está peor. No tenemos las reservas en efectivo que teníamos antes, y por el lado de la autoridad no estamos tan seguros como antes.

– Ya le hablé de todo eso -interrumpió Lozini-. Los problemas vienen de todas partes y Parker es quien me ha permitido verlos.

– Estuvo bien -dijo Simms-, no lo niego, Al, la intervención de Parker fue algo bueno, nos volvió conscientes de los problemas que habían estado gestándose sin que les prestáramos atención. Lo que estoy diciendo es que no queremos…

Sonó el teléfono. Parker, mirando su reloj, dijo:

– Es para mí.

Lozini hizo un gesto entre irritado e irónico con la mano, invitándolo a que cogiera él mismo el teléfono.

– Dígale que todo está bien, por favor.

– Sí -dijo Parker al teléfono.

– ¿Todo bien? -preguntó Grofield.

– Sí -aseguró Parker. Si las cosas hubieran ido mal, por ejemplo una pistola en su cabeza, habría dicho «perfecto».

– Bien -dijo Grofield.

– No va a durar mucho más -informó Parker-. Te veré dónde y cómo dijimos.

– Correcto.

Parker colgó y se volvió a Nate Simms:

– Siga, por favor.

– Decía que podemos llegar a tener demasiado de algo bueno -continuó Simms-, y entonces ya deja de ser bueno. Una pequeña sacudida nos vino bien, nos despertó. Una sacudida excesiva y la opinión pública será la que se despertará, y eso no será nada bueno.

– Esa es la razón por la que todos somos amigos -dijo Lozini-. Parker y nosotros, todos camaradas. Nos quedaremos tranquilos desde ahora, arreglando el asunto interno de nuestra organización. Porque es ahí donde está el problema. O'Hara era uno de los nuestros y quienquiera que fuera el que lo haya ayudado fue uno de los nuestros. El que se ha quedado con el dinero tenía que estar conectado con nosotros de un modo u otro.

– Sólo querría que esperásemos -sugirió Simms-. Habría que esperar sólo hasta después de las elecciones, que son el martes, dentro de tres días.

– No -respondió Lozini-. Después de las elecciones yo podría estar en peor forma que ahora. Quiero saber qué está pasando. Quiero saber a quién hay que eliminar. Además -agregó, señalando a Parker-, él no quiere esperar.

– No lo haré -repuso Parker.

Simms mostró hacia Parker un rostro razonable:

– ¿Por qué no? Es para bien suyo también. Si hay demasiado movimiento, aparecerán aquí autoridades de la policía con las que no podemos arreglarnos, y usted tendría tantos problemas como nosotros.

– Mi única ventaja sobre ustedes es la presión -contestó Parker-. Lozini quiere hacer una limpieza, perfecto, pero no me necesita a mí. El único modo en que puedo recuperar el dinero es presionando. No voy a esperar tres días más. Es absurdo.

El rostro de Simms se arrugó en una mezcla de disgusto y concentración:

– Creo que sí -dijo finalmente-. Creo que puedo ver el asunto desde su lado.

– Hiciste lo que pudiste, Nate -comentó Calesian, sonriendo con superioridad.

– Está bien, Nate -dijo Lozini-. Lo que dices es perfecto desde el punto de vista del contable fríamente sentado en su escritorio. Pero ése no es el caso. Estamos a mitad del salto, y no hay red. No podemos detenernos.

Simms se encogió de hombros y mostró resignación:

– Supongo que así será -asintió.

– Está bien -dijo Lozini-. Esto es lo que debemos hacer: Ted y Frank, vosotros os encargaréis de investigar a todos los que estaban en el parque de atracciones hace dos años. Quizá el policía aquel compró a alguno de los míos, no sé. Quiero saber si están limpios, cada uno de ellos.

– Perfecto -aseguró Faran.

Y Shevelly agregó:

– ¿Para cuándo lo quieres?

– Para mañana -les respondió Lozini-. Os daré la lista de nombres, reuniros y estudiadla juntos.

– Bien.

– Yo investigaré al compañero de O'Hara, el de antes -dijo Calesian.

– Y a cualquier otro policía con el que haya hablado O'Hara -le indicó Parker-. Cualquiera que lo conociera bien.

– No va a ser fácil -contestó Calesian-. Especialmente sin que se note que lo estoy haciendo. Buscar la ficha de un agente es fácil, puedo hacerlo pasar por un trabajo de oficina, pero cuando se trata de revisar a diez o quince hombres es difícil de ocultar.

– Podrás hacerlo -le aseguró Lozini.

Calesian hizo un gesto elegante:

– Por supuesto -contestó.

– ¿Estará también para mañana? -preguntó Parker.

– Será difícil el domingo -dijo Calesian-. Haré lo que pueda, pero parte del trabajo quedará para el lunes.

– ¿Por qué? -preguntó Lozini-. La policía trabaja los siete días de la semana.

– No el personal de oficina -respondió Calesian-. Este tipo de investigaciones menores, que nunca son urgentes, siempre se hacen durante la semana y en horarios de oficina. Por ejemplo, no puedo llamar mañana a un banco y pedir el balance de la cuenta de alguien.

– Lozini -dijo Parker-, la respuesta más simple es ésta: págueme ahora mi dinero y recupérelo cuando encuentre al culpable. De ese modo podrá esperar hasta después de las elecciones y yo no tendré que perder la paciencia esperando

encerrado en una habitación.

– No tengo el dinero -le contestó Lozini-. Nate se lo dijo: las recaudaciones están flojas. No sólo en la lotería, en todo. Las recaudaciones son bajas, los gastos altos. Esta candidatura nos está costando un ojo de la cara y mi candidato puede que no gane. Créame, yo estoy tan impaciente como usted.

– No, no lo está -repuso Parker. Miró a su alrededor y preguntó-: ¿Hay algo más que tenga que oír?

Todos se miraron entre sí.

– Está bien -dijo Parker-. Lozini, le llamaré mañana por la tarde.

– Llámeme a casa -le respondió Lozini, y agregó agriamente-: Tiene mi número.

Calesian se levantó y dijo:

– Yo también me despido, por ahora. Bajaré con usted, Parker.

– ¡Por Dios! -exclamó Lozini-, hay que arreglar todo este asunto. No quiero que se nos echen encima.

Cuando Parker salió, continuó oyendo tras de sí a Lozini, que seguía con la misma cantinela, y sus colaboradores escuchaban en silencio y asentían con las cabezas. Mientras atravesaba el despacho vacío de la recepcionista con Calesian, Parker escuchaba más que las palabras de Lozini, el sonido de su voz, y le pareció escuchar un ligero eco de ese sonido, un toque de vacío creado por la distancia y el tono de la voz. Lozini sonaba cada vez más como alguien que grita para ocultar su desconcierto.

Parker y Calesian se dirigieron al ascensor. Calesian apretó el botón y se volvió para decirle:

– Entre nosotros, le diré que lo que propuso Nate no era tan estúpido.

Parker se encogió de hombros.

– Existe el exceso de presión -continuó Calesian-. Veo que usted hace lo que quiere con Al; ahora sería un buen momento para aflojar algo. Déjelo ocuparse primero de su negocio, salir bien en las elecciones.

– No.

– ¿Por qué no? -preguntó Calesian, intrigado-. ¿Cuál es el problema?

– Lozini.

– ¿Qué pasa con Lozini?

– Es de los que no oyen el trueno -contestó Parker.

Calesian frunció el ceño un instante y dijo:

– Oh. ¿Alguien se le está viniendo encima?

– Alguien ya se le *vino* encima.

– Usted piensa que alguien quiere tomar su lugar.

Parker señaló con el pulgar la oficina de Lozini:

– ¿No era de eso de lo que estaban hablando?

Calesian pensó un momento:

– Puede ser -contestó-. ¿Pero quién?

– Usted conoce el territorio mejor que yo.

La puerta del ascensor se abrió, mostrando el interior vacío. Sonriente, Calesian dijo:

– Un chico inteligente.

Entraron y empezaron a bajar.

– Si usted está en lo cierto -continuó Calesian-, hay más razones aún para calmarse con Al. No habría que distraerle mientras trata de mantener en pie el negocio.

– Las elecciones del martes -dijo Parker-. Creo que ahí está la clave. Si vengo el miércoles, es probable que Lozini ya no esté.

Calesian mostró un gesto de preocupación, pero no dijo nada.

– Y no querría tener que empezar de nuevo con otro -agregó Parker.

XVII

Cerca del estadio de béisbol y del parque de atracciones, en Bower Road, se encontraba aparcado un coche, cuyos asientos traseros estaban ocupados por dos hombres que permanecían a oscuras. Eran las cuatro de la madrugada del domingo, seis horas después de la reunión en la oficina de Lozini, y todavía no había amanecido. Las estrellas aparecían débiles y lejanas, la luna menguante era como un pequeño desgarrón en una bolsa de plástico por la que se deja ver azúcar. No había casas en esta parte de la ciudad, ni tránsito; nada se movía excepto el conductor del coche que daba pequeños paseos cerca de su automóvil, pateando piedras que apenas podía ver, mientras los dos hombres, en el coche, con los rostros ocultos en la oscuridad, hablaban.

– De modo que Al sabe lo que está pasando.

– Todavía no. Sabe que *algo* está pasando, pero no sabe qué.

– ¿Y el dinero?

– ¿El de la Isla Feliz?

– No, el dinero que hemos estado sacando. ¿Lo sabe?

– No. Cree que es un mal momento, eso es todo.

– ¿Qué es lo que sabe, entonces?

– Que tiene que andar con cuidado. Que no todo le está permitido.

– ¿Y tenemos que agradecérselo a esos tipos que han llegado?

– En gran medida.

– ¿Cómo se llaman?

– Se hacen llamar Parker y Green.

– ¿Cómo son?

– Green no vino a la reunión. Parker parece un tipo duro.

– ¿Qué clase de duro? ¿Autoritario?

– No habla mucho. Simplemente te hace desear permanecer alejado de él.

– Asústalo, cómpralo.

– Lo primero lo dudo. Y no creo que se le pueda comprar por menos de los setenta mil que vino a buscar.

– Lamento decirlo, pero me parece que tendremos que liquidarlos a los dos.

– ¡Dios mío! ¿Cómo a O'Hara?

– No fue idea mía. Lo hizo por su cuenta y me lo dijo después.

– No estuvo bien. Hasta ahora estábamos limpios; ni muertes ni violencia. Tarde o temprano tendrás que vértelas con algunos de ámbito nacional, Jack Fujon en Baltimore, Walters Karns en Los Ángeles. No tienen quejas de Al, y no

te gustaría que las tuvieran de ti.

– Ya he hablado con algunos. No te preocupes por eso, déjalo de mi cuenta. Aceptarán los hechos.

– No les gustará que empecemos actuando como gánsters de los años veinte.

– ¿Qué quieres decir con gánsters? Yo soy un hombre de negocios.

– Hablo de O'Hara, por ejemplo.

– Ya te dije que no tuve nada que ver. Además, tengo entendido que no era una persona de fiar: habrían podido hacer que cantara. Ese Parker habría podido hacerlo.

– Podrías haber ordenado que lo mandaran de vacaciones durante un par de semanas. Lo cierto es que ya tenemos un muerto, y ahora hablas de otros dos.

– No existen. Parker y Green, ¿quiénes son? Lo llevamos a cabo, hacemos desaparecer los cuerpos y se termina el problema. Nadie los vio llegar, nadie los verá irse.

– No me gusta saber de esta clase de cosas.

– Querías una parte.

– Quería estar del lado del que ganara. No soy tonto. Pero si quieres muertos, no me hables a mí de eso, no es para eso para lo que estoy aquí.

– Tranquilízate. No fui a la reunión, eso es todo, no conozco a esos tipos. Te estaba preguntando tu opinión, eso es todo.

– Mi opinión es ésta: no quiero oír hablar de asesinatos.

– Está bien, está bien. Cálmate.

– Simplemente no quiero oír nada al respecto.

– Perfecto. Perfecto.

XVIII

Grofield se despertó con un agudo dolor y una sensación de que el mundo entero se había desplazado de su eje.

¿Por qué estaba allí, en esa extraña posición?, ¿por qué tenía la sensación de estar atrapado entre los hierros de un automóvil volcado?, y ¿por qué tenía la sensación de estar a la vez de pie y acostado?

¿Y por qué ese dolor? El cuello lo tenía paralizado, el hombro lo estaba torturando, las piernas le dolían de un modo atroz. ¿Y qué era esa cosa lisa que se interponía entre él y el sol? ¿Y qué era ese horrible ruido?

Cerró un ojo y entrecerró el otro, para ver mejor, y súbitamente comprendió que la cosa lisa era un culo desnudo. Cruzado encima de él tenía un torso apenas tapado, de modo que el culo estaba sobre su cintura y el sol brillaba sobre él. Y por sus curvas y su impresión de suavidad presumió que se trataba de un culo de mujer.

¿Y la sensación automovilística? Se encontraba acostado en el asiento trasero de un automóvil, real y completo.

¿Y el horrible ruido persistente? Grofield cerró el otro ojo, con fuerza, el mejor para apagar los sonidos (no funcionó), y como una ilusión óptica que súbitamente cambia de perspectiva y se transforma en un cuadro distinto, los horribles ruidos se transformaron en campanadas de una iglesia.

¿Campanadas de iglesia? La combinación de campanadas de iglesia y las nalgas desnudas de una chica no sólo parecía incongruente, sino claramente profana. Asombrado, Grofield volvió a abrir el ojo y el culo seguía allí, carne pálida y redonda dividida en dos semiesferas iguales, con la luz del sol jugando en el vello delicado, precisamente en el sitio donde debería ir colocada la cola, si ella hubiera tenido cola. En realidad, era hermoso; y después de todo, las campanadas eran un acompañamiento adecuado.

Un culo; un cuerpo entero. Más allá del vello, la carne pálida se transformaba en carne bronceada; evidentemente se trataba de una chica habituada a los bikinis. Anchas caderas que se adelgazaban en una cintura excelente, una espalda suave que se prolongaba en dirección a la cabeza de Grofield, hombros refulgentes como las alas de un ángel caído, ya fuera de foco, directamente bajo la nariz de Grofield. Una lenta, pesada, serena y extraña respiración contra la oreja derecha de Grofield. Y en dirección opuesta, ocultas tras las colinas, unas piernas increíblemente pesadas se cruzaban sobre las piernas de Grofield y eran, sin duda, una de las causas de los dolores que lo

habían despertado.

Sí; ese dolor. El brazo derecho de Grofield estaría por alguna parte, fuera del alcance de la vista y en una posición inimaginable. Trató de moverlo, experimentalmente, para calmar el hormigueo en el hombro, y sintió una superficie rugosa en la palma de la mano. La respiración cerca de su oído perdió el ritmo, se tornó en un murmullo de gato, luego volvió a ser respiración y una nariz se insertó con más firmeza en un lado de su cuello. Todo el torso femenino se volvió treinta kilos más pesado.

¿Quién era? Las nalgas no le parecían conocidas y la memoria aún no se había despertado en la cabeza de Grofield.

Pero cuando lo intentó, volvieron los recuerdos y lo supo todo. Dorin Neevin, la señorita bibliotecaria. Tres veces la había llamado la noche anterior; a las siete para decirle que sí, a las siete y diez para decirle que no, y a las nueve y media para volver a decirle que sí. Infinitamente disponible, ella se había preparado para salir, se había resignado a quedarse en casa y había salido a toda velocidad en cuanto hubo luz verde.

¿Y después? A bailar a una discoteca llamada La Escuela de Miss Fotheringay para chicos y chicas; un bar, donde bebieron de todo y donde sólo les faltó exprimirse en la boca el trapo con el que limpiaban las mesas. Y luego el New York Room, donde la asombrada Angie les había servido y donde Frankie Faran en persona había venido a la mesa a charlar un rato, había tomado un trago con ellos y había terminado contándoles todo lo que había en el local. Dori había quedado más que impresionada por todo eso y el viaje de vuelta a casa había experimentado un cambio de ruta. Ninguno de los dos estaba sobrio. Dori había estado desabrochando y bajando cremalleras con el coche en marcha, y entre una cosa y otra Grofield no había prestado mucha atención al sitio en el que habían aparcado.

Tras las ventanillas, encima del culo de Dori, no había nada que ver, salvo el sol que nacía. Las campanas de la iglesia siguieron y siguieron, como el individuo aburrido que se sienta a nuestro lado en el avión. Y Grofield aún sentía dolor.

Gruñó. Movió todo su cuerpo y logró colocar la cabeza en una posición algo más razonable. Dori se quejó en su cuello con un balbuceo. Con la mano izquierda él la acarició en el hombro, diciendo:

– ¿Dori? ¡Hola!

Balbuceos.

La tocó con más energía, en medio de la espalda, y volvió a repetir su nombre sin que surtiera efecto. El sol brillaba con tanto calor en sus nalgas que él apoyó la mano y se sorprendió al sentir que la carne estaba fría. Ella se

retorció suavemente bajo su mano, complacida, y justo entonces Grofield se dio cuenta que, bajo ella, él también estaba desnudo.

Ambos se pusieron en movimiento. Su mano izquierda siguió donde estaba, el pezón que tocaba con la derecha se endureció de pronto, y de un modo muy simple empezaron a pasar varias cosas complejas.

– Despiértate, dulzura -murmuró-, parece que estamos haciendo el amor.

El brazo derecho de la chica se cerró sobre su cabeza y sus caderas comenzaron a moverse con más fuerza. Sosteniéndolas con ambas manos, Grofield se entregó al placer y la respiración que oía en su oído derecho se volvió rápida y muy agitada.

Las cosas siguieron su desarrollo durante un rato, hasta que de pronto, la parte superior del torso se irguió y el rostro atónito de Dori apareció directamente ante los ojos de Grofield. Ella soltó un grito, mezcla de sorpresa y placer:

– ¡Oh!

– Hola -dijo él. Ahora tenía libre la mano derecha; en parte para calmar el dolor de su hombro, la movió y la colocó junto a la izquierda.

Dori se reía. Puso las palmas de sus manos contra los hombros de él, apretándolo contra el asiento, y se quedó con el torso levantado; ahora era como hermanos siameses unidos del ombligo para abajo. Riéndose y al mismo tiempo apretando los músculos de la cara en la concentración, la chica siguió haciendo cosas que seguramente no había aprendido en la biblioteca.

Grofield dejó de oír las campanas de la iglesia y cuando pudo pensar de nuevo en ellas, habían cesado. Dori se había dejado caer sobre su pecho, con su cabello en la cara de él y los labios contra su cuello.

– Buenos días -le dijo Grofield.

Ella murmuró algo, pero de pronto dio un salto y apoyó el codo en la garganta de él, mirando con horror la luz del día.

– ¡Ya es mañana!

– No, es hoy -repuso Grofield.

– ¡Mis padres! ¡Yo…! -De pronto se movía sobre él como una patinadora sobre hielo, dándole golpes con las rodillas, los talones, los codos-. Tenemos que… Qué hora… Dónde está mi… No podemos…

– ¡Uuf! -dijo él-. ¡Ou! ¡Cuidado!

Ella se estaba poniendo unas bragas color coral, sentada sobre su estómago.

– ¡Tenemos que ir a casa! -gritó ella-. ¡Date prisa! ¡Date prisa!

– Quítate de encima de mí, querida. Haré todo lo que quieras si me dejas en libertad.

– ¡Rápido, rápido! -Dori se movió un poco y lo palmeó para que se

apresurase, pero al mismo tiempo le hacía imposible llevar sus piernas hacia el mismo lado del coche donde estaba su cabeza.

– Maldita sea -gruñó Grofield-. Ou, yo… Podrías mover esto… Me gustaría… Aaaah…

Al fin volvía a ser él mismo; se sentó y miró afuera; un cementerio.

Exactamente. La iglesia de ladrillos rojos estaba detrás del coche, que se encontraba en el centro del cementerio. Un terreno llano dispuesto simétricamente con tumbas de piedra, y aquí y allá un arce o un arbusto. A cierta distancia, en frente, comenzaba un monte que se prolongaba hasta unas lejanas colinas. A la izquierda y a la derecha, campos sembrados separaban al cementerio de unas casitas idénticas.

– En medio de la muerte -murmuró Grofield-, estamos en la vida.

La chica, ocupada con su ropa, le echó una mirada distraída.

– ¿Qué?

– Nada. Pensaba.

– Por favor -dijo ella con voz verdaderamente asustada-. Ni siquiera has empezado a vestirte.

– Está bien -respondió él; miró a su alrededor y encontró un calcetín. Mientras se lo ponía, le dijo-: Te llevaré a casa. -Estornudó.

XIX

Mike Abadandi caminaba lentamente frente al Motel Princesa, observando sus paredes rosadas, el techo de tejas azules y el enorme cartel amorfo de la fachada. Las luces de neón seguían encendidas, pero a las siete de la mañana parecían lavadas y anémicas. Ninguno de los dos coches estacionados enfrente era el Impala color bronce.

Era una hilera de moteles, uno detrás de otro, todos bajos y similares, y la monotonía sólo se quebraba aquí y allá por una hamburguesería McDonald o un Kentucky Fried Chicken. Abadandi continuó hacia el motel siguiente, llamado Descanso de Calidad; se detuvo en uno de los sitios libres cerca de la oficina y caminó hacia el Princesa.

El sol ya se asomaba sobre el horizonte del Este y brillaba con una tonalidad amarilla pálida, pero muy brillante, por encima de los anuncios luminosos del otro lado de la carretera y sobre un cielo celeste y sin nubes. El color del cielo iba desde el casi blanco cerca del sol, hasta un azul intenso en el horizonte del Oeste. El aire estaba muy limpio, y todavía no muy caliente; no había viento ni humedad. Un gran día, hermoso. Mientras caminaba, la mente de Abadandi giraba complacida alrededor del recuerdo de la gran piscina de natación que había mandado construir en el patio de su casa dos años atrás. Nadar, tomar cerveza, dormir al sol. Invitar a Andy Marko; a Abadandi le encantaba mirar a Peg Marko en bikini.

Separando la zona del aparcamiento del Descanso de Calidad del aparcamiento del Princesa, había una franja de veinte centímetros de maleza y basura. A ambos lados de esta franja se extendía una valla de cincuenta centímetros de altura pintada de blanco. Abadandi pasó por encima, siguió entre dos Chevrolets estacionados, se detuvo mientras un Plymouth maniobraba lentamente hacia la salida con una pareja de caras enojadas en su interior, y luego se dirigió a la parte trasera del motel, donde estaban situados la mayoría de los apartamentos en un gran espacio en forma de herradura de dos pisos.

No había ningún Impala color bronce. Con el ceño fruncido, Abadandi recorrió por segunda vez la herradura, estudiando cada uno de los coches. Pero el Impala seguía sin aparecer.

¿Qué estaba pasando? ¿Estarían haciéndose los listos y aparcarían el coche en algún otro lugar? O quizá esa noche se habían dado cuenta de que los seguían y habían venido aquí para despistar. O quizá el que los había seguido había confundido el nombre del motel.

De todos modos, no había nada que hacer ahora sino buscar un teléfono y llamar pidiendo instrucciones. Abadandi se dirigió hacia la fachada principal del edificio y cuando daba la vuelta a la esquina de la herradura vio entrar al Impala color bronce.

Se sorprendió tanto que faltó poco para que se abalanzara a esconderse tras el coche aparcado más próximo. Se detuvo un segundo, pero se recobró inmediatamente y continuó caminando. Apenas si miró al Impala cuando se cruzaron.

Iba un tipo solo. Abadandi caminó unos pasos más, se detuvo, miró atrás y vio que el Impala se detenía en un sitio vacío. El que salió no era Parker -Abadandi lo recordaba muy bien de la Isla Feliz, hacía dos años-, de modo que tenía que ser el llamado Green. Bostezaba y se desperezaba y se rascaba la cintura mientras caminaba hacia la escalera exterior más próxima y subía a la galería que daba a todos los apartamentos del segundo piso. Abadandi lo vio pasar ante siete puertas y detenerse en la octava. Buscó en los bolsillos, sacó una llave, entró y la puerta volvió a ser una más.

¿Pero dónde estaba el otro? Abadandi, suspicaz por naturaleza y por necesidad, pensó en ello durante todo un minuto antes de dar el siguiente paso; se volvió y caminó con aire distraído hacia la parte delantera del motel.

Le llevó cuatro minutos recorrer todos los sitios de atención al público del motel y convencerse de que el segundo hombre no estaba fuera. Entonces volvió a la herradura, subió al segundo piso y fue hasta la puerta que quería. En la mano derecha tenía cuatro llaves, una de las cuales abriría, sin lugar a dudas, la puerta. La mano izquierda la llevaba sobre la cintura. Llevaba la camisa fuera del pantalón, ocultando un treinta y dos de cañón corto, Iver Johnson Trailsman, sujeto por el cinturón.

Mientras caminaba por la galería, tenía el aspecto de un viajero despreocupado y sin prisas, un hombre ligeramente pesado, de unos cuarenta años, con sandalias grises, pantalones celestes y una camisa de rayas azules y blancas. Parecía como si no prestase mucha atención a nada, pero no quitaba los ojos del patio y de las puertas, y estaba preparado para salir disparado en cualquier dirección al primer indicio de complicaciones.

En una palabra; ya había hecho esta clase de trabajos con anterioridad. Introdujo una de las llaves en la puerta. Tras probarla una sola vez, la sacó, dejándola caer y ya estaba intentando con la segunda antes de que la primera tocara el suelo. La segunda sí funcionó; dejó caer las otras, e hizo girar el pomo y empujó, al tiempo que sacaba el revólver y entraba en la habitación.

Una habitación a oscuras; las cortinas estaban echadas. Había dos focos de luz: el que entraba a través del montante de la puerta, que caía sobre una amplia

cama cubierta de ropas tiradas al descuido, y una delgada cinta de luz eléctrica que provenía de la puerta entreabierta del baño, en la pared de la derecha. Abadandi cerró la puerta tras de sí, silenciosamente, a la vez que percibía el ruido de la ducha en el baño y una voz que cantaba.

Abadandi se quedó con la espalda apoyada en la puerta, mirando la habitación. No era zurdo, pero hacía tiempo que se había preparado para usar el revólver con la izquierda, en parte para poder usarlo con cualquiera de las dos manos y en parte porque la mayoría de la gente esperaba que el disparo viniera del otro lado.

La habitación, que daba la impresión de estar vacía y a oscuras, era ocupada por una sola persona y sólo mantenía encendida la luz del baño. ¿De modo que ése era el plan? Uno de ellos aquí y el otro en un lugar distinto.

Quizá debería irse, esperar a que el tipo hiciera algo y seguirlo hasta que se encontrara con su colega.

No. Separados era mejor. Al otro sería fácil encontrarlo; no resultaría problemático. Más vale pájaro en mano.

Abadandi se adelantó y sus suelas de goma resultaban silenciosas sobre la alfombra que ocupaba todo el piso. Rodeó la cama, miró las puertas entreabiertas del armario a la izquierda; una de ellas dejaba ver perchas vacías y una maleta cerrada sobre el suelo. El ocupante no tenía intenciones de quedarse mucho tiempo.

El aire que salía de la puerta del baño era cada vez más húmedo y neblinoso. Abadandi parpadeó rápidamente para humedecer sus lentillas y estiró la mano derecha hasta que la palma quedó contra la superficie húmeda de la puerta. Esta se abrió hacia adentro. El sonido de la ducha y la canción venían de la derecha, detrás de la puerta. Abadandi levantó el revólver con la izquierda, dio un paso más hacia la puerta, disponiéndose para saltar adentro, y sintió a su espalda un repentino movimiento.

Se dio la vuelta, miró por encima del hombro izquierdo, y el tipo que había salido del armario ya estaba en mitad de la habitación y se movía rápido. En un segundo, Abadandi pensó: «Me está mirando a los ojos, no al revólver, lo que significa que es tan profesional como yo.»

La canción continuaba bajo la ducha. Abadandi giró con el revólver velozmente, pero había empezado tarde y ya no había tiempo. El tipo se abalanzó, inclinado; con la mano derecha aferró la muñeca izquierda de Abadandi y su cabeza y hombro izquierdos golpearon el estómago de Abadandi, arrojándolo contra el ángulo de la puerta.

Abadandi no era tonto; no apretaría el gatillo a menos que el cañón apuntase hacia algo útil, pero la mano en su muñeca le impedía poner en acción

el Trailsman. De modo que se olvidó del revólver y se concentró en las armas que aún tenía a su disposición: su mano derecha, sus piernas, su cabeza. Ya estaba tratando de golpear al tipo con la rodilla antes de que su espalda tocara la puerta y, aunque el impacto le cortó la respiración, se las arregló para asestar un buen puñetazo en su cuello antes de que saltara a un lado, tratando de ponerse de espaldas a Abadandi y de torcerle el brazo izquierdo para arrojarlo indefenso al suelo.

La canción había cesado. Abadandi, a pesar de todo, se dio cuenta de ello; la canción había cesado en el momento en que su espalda tocó la puerta, lo que significaba que el tipo de la ducha ya sabía lo que estaba sucediendo. Pronto tendría que vérselas con los dos.

Golpeó dos veces la nuca de su adversario, pero no pudo hacer nada; ya le había dado la vuelta al brazo y forzaba al hombro a seguir el movimiento de torsión, y junto al hombro, todo el resto del cuerpo. De pronto, los dos estuvieron enfrentados, apoyados contra la pared, y el tipo apretaba con las dos manos la muñeca de Abadandi a la vez que empujaba con todo su cuerpo hacia abajo. Abadandi no pudo hacer nada contra esa presión, no pudo pegarle al tipo y sintió que lenta, pero pesadamente se deslizaba hacia el suelo.

No había tiempo para esto, no con el otro tipo preparado para entrar en acción en cualquier momento. Abadandi había sido luchador en el colegio, y aún seguía practicando de vez en cuando, en la piscina, para divertir a sus hijos, de modo que ahora, repentinamente, se dejó caer sobre la rodilla izquierda, endureció el hombro izquierdo y se enrolló, transformándose en una bola compacta dirigida hacia el centro de la habitación, al mismo tiempo que estiraba la pierna izquierda con fuerza, tratando de golpear algo.

Nada. Pero al menos había logrado soltar la pierna izquierda; se había liberado. Rodó sobre la espalda y cayó sobre las rodillas y su cabeza recién levantada hacia la puerta del baño; vio al segundo hombre, desnudo y atónito, y luego vio una forma oscura que se dirigía hacia él, zumbando como un avión a reacción, y comprendió que era el pie del otro tipo, que seguía el mismo movimiento de su cabeza. No se había liberado entonces; el tipo lo había soltado, se había puesto de pie a su lado, había seguido el arco de su movimiento y ya estaba soltando una terrible patada al lugar donde se encontraba la cabeza de Abadandi.

Trató de detener, alterar, aminorar el golpe, pero todo era demasiado rápido y las órdenes a sus músculos demasiado lentas, y pensó: «¡Mis lentillas!». El dolor se apoderó del lado derecho de su cabeza como un estallido y todo desapareció.

XX

Parker pateó al tipo en la cabeza, dio un paso a la derecha, pegó una patada al revólver, que sostenían unos dedos ya débiles, y se arrodilló cuando el individuo se desmoronaba, dándole un golpe con el canto de la mano.

Fue suficiente; quizá más que suficiente. Parker le dio un empujón en el hombro para que cayera de espaldas y lo cacheó rápidamente, buscando más armas. Una automática Browning Lighweight calibre veintidós en una pequeña funda colgada de su axila derecha. Nada más.

– ¿Qué diablos sucede?

Parker levantó la vista; era Grofield, en la puerta del baño, desnudo y con una pastilla de jabón en la mano.

– O es un esposo enfurecido o es uno de los que tiene nuestro dinero.

Grofield se adelantó, mojando la alfombra. Miró con el ceño fruncido al hombre inconsciente y dijo:

– No hubo maridos esta vez. Vino aquí para matarme, ¿eh?

– A los dos -contestó Parker-. Vino aquí porque siguió al coche.

– Soy demasiado confiado -comentó Grofield. Miró al jabón que tenía en la mano-. Enseguida vuelvo.

– Está bien.

Grofield volvió a la ducha y Parker revisó minuciosamente los bolsillos del hombre inconsciente. En la camisa llevaba un paquete de Viceroys. En el bolsillo derecho del pantalón, un llavero con dos llaves de una casa, una pequeña llave anónima y las llaves del motor y del maletero de un Chrysler Corporation. En el mismo bolsillo, cuarenta y tres centavos en monedas sueltas. En el bolsillo izquierdo, una caja de cerillas del New York Room. En el bolsillo trasero izquierdo, la cartera y cinco billetes, doblados por separado, de veinte dólares.

Parker fue con la cartera hacia una de las dos sillas que había en la habitación, encendió la lámpara que tenía cerca, se sentó y estudió cada trozo de papel que contenía la cartera.

El tipo allí tirado se llamaba Michael A. Abadandi. Vivía en el 157 de Edgeworth Avenue. Era miembro de la Sociedad Internacional de Madereros y de la Hermandad Unida de Carpinteros, y de la Alianza Americana de Maquinistas y Obreros Especializados. Tenía tarjetas de crédito, permiso de conducir y el carnet de identidad, así como un talonario de un banco, pero nada que indicara su empleo. Llevaba cincuenta y siete dólares en la cartera, más los cien que tenía metidos en el bolsillo.

El teléfono estaba junto a la cama. Parker fue hacia él llevando la cartera y llamó a Lozini a su casa. La voz masculina que respondió dijo:

– El señor Lozini todavía no se ha levantado.

– Dígale que se levante. Dígale que es de parte de Parker.

– Mandó que lo despertaran a las nueve.

– Hágale saber que estaré ahí dentro de media hora.

– Pero…

Parker colgó, se puso de pie y se dirigía hacia Abadandi cuando Grofield salía del cuarto de baño, con una toalla blanca anudada a la cintura y con otra secándose el pelo.

– Vamos a ver a Lozini.

Grofield dejó de secarse el pelo, pero se dejó la toalla enrollada en la cabeza, de modo que su aspecto semejaba al del hijo menor de un jeque.

– ¿Los dos? -preguntó, señalando al hombre en el suelo-. ¿Te parece que fue Lozini quien lo mandó?

– No. Éste está del otro lado. Pero están usando gente de Lozini.

– ¿Decía algo de eso en su cartera?

– Estuvo en el parque de atracciones hace dos años -aseguró Parker-. Lo reconocí.

Grofield fue al armario y sacó la maleta. Poniéndola en la cama, dijo:

– Hiciste un buen trabajo. ¿Pero de dónde salió?

Parker hizo un gesto hacia la habitación contigua y explicó:

– Yo estaba ahí, miré por la ventana a ver si el coche ya estaba en el aparcamiento y lo vi recorriendo el motel y escudriñando.

– Alguien nos siguió anoche -dijo Grofield mientras se vestía.

– Ya estaba a punto de darse por vencido cuando llegaste. Controló a dónde ibas y desapareció un momento. Entonces vine yo y lo estuve observando por la ventana hasta que entró.

– ¿Y durante todo ese tiempo yo estaba en la ducha? ¿Por qué no me lo dijiste?

– ¿Para qué? Estabas cansado, y desnudo, y mojado, y yo podía arreglármelas.

Grofield volvió al armario en busca de sus zapatos. Mientras se los ponía, miró a Abadandi y dijo:

– Está sangrando.

– Ponle una toalla debajo. Es mejor que no dejemos huellas en la alfombra.

Grofield se arrodilló junto a Abadandi con una de sus toallas y levantó la cabeza del hombre para poner la toalla debajo. La sangre que corría a un lado de la cara y rodeaba la oreja era un fino hilo rojo. Grofield se inclinó y exclamó:

– ¡Por Dios, Parker!

– ¿Qué pasa?

– El ojo.

Parker se inclinó y miró a Grofield, que abría el otro párpado del hombre. Apareció el ojo, húmedo y sin expresión, y Grofield tocó con delicadeza la pupila con la punta del dedo y soltó el párpado; se cerró lentamente, como una puerta herrumbrosa.

– Lentillas -dijo Grofield. Se apartó un poco para que Parker pudiera ver la sangre que brotaba del otro ojo de Abadandi; un delgado hilillo, incesante, que manaba con cierto ritmo-. La otra estará incrustada en algún sitio de su cabeza -dijo Grofield.

Parker se arrodilló y pellizcó la mejilla de Abadandi. La carne estaba fría y flácida. No hubo respuesta.

– ¡Maldita sea! -exclamó Parker.

– Está bajo un *shock* -dijo Grofield.

– Quería hacerlo hablar -respondió Parker.

– Me temo que hoy no. Quizá nunca.

– No va a morirse aquí -dijo Parker-. ¿Estás listo?

– Sí.

– Necesitamos cinta adhesiva, alguna clase de cinta adhesiva.

– ¿La eléctrica puede ser?

Grofield abrió la maleta y sacó un rollo de cinta adhesiva de media pulgada de ancho. Parker cortó un trozo y cubrió el ojo derecho de Abadandi. El ojo tenía una extraña apariencia debajo de la cinta. Parker limpió la sangre y esperó. La cinta había cortado la hemorragia y parecía un simple parche negro.

– Bien -dijo Parker. Enrolló la toalla ensangrentada y se la pasó a Grofield-. Guarda esto.

– De acuerdo.

– Lo llevaremos al coche y lo dejaremos en alguna parte.

Grofield cerró la maleta y la volvió a poner en el armario. Luego, entre los dos alzaron a Abadandi, cogiéndolo por los brazos. Desde cierta distancia, podía parecer un borracho al que sostuvieran dos amigos.

Salieron a la galería. Dos criadas hablaban ante una puerta abierta, pero no se veía a nadie más en toda la herradura. Llevaron a Abadandi hasta la escalera y bajaron como mejor pudieron. Dos mujeres de mediana edad, con sus ropas de domingo y los bolsos colgando de los brazos, esperaban al pie de la escalera y miraron con indiferencia a los tres hombres. Cuando hubieron pasado comenzaron a subir.

Lo metieron en el asiento trasero del Impala y salieron del motel, Parker al

volante y Grofield a su lado; Grofield se daba la vuelta cada poco para mirar a Abadandi. Unas pocas manzanas más allá soltó una exclamación de disgusto:

– ¡Maldita sea!

– ¿Qué pasa?

– Ahora sangra por el oído.

– Ponle un trozo de papel.

Grofield abrió la guantera:

– No hay nada.

– Inclínale la cabeza de otro lado. En unos minutos nos desharemos de él.

Grofield acomodó la cabeza de Abadandi. Parker salió de la ciudad en busca de una carretera secundaria que pareciera tranquila. Llegaría tarde a la cita con Lozini, pero no podía evitarlo. El tráfico de la mañana del domingo no era muy denso, pero sí lento; familias.

– Lo siento por el desgraciado -comentó Grofield.

Parker lo miró y volvió a mirar a la carretera.

– Si yo me hubiera dormido -dijo-, él lo estaría sintiendo por ti ahora.

– Y pensar que hace una hora yo estaba recostado donde está él. Por Dios, tiene mal aspecto.

Parker siguió adelante.

XXI

Lozini estaba junto a la piscina, tomando aún su primera taza de café. Se había vestido con unos pantalones viejos manchados de pintura, una camisa blanca y zapatos marrones. Tenía puestas unas gafas de sol oscuras para resguardar sus ojos del fulgor de la mañana. Se sentía incómodo y desasosegado, debido en parte a lo poco que había dormido y en parte al estrés provocado por los nervios, la tensión acumulada y un sentimiento de desamparo que no estaba acostumbrado a experimentar. Había vivido una vida de relaciones con sus enemigos, directa y eficazmente, y había salido triunfante. Ahora sentía que había enemigos a los que no conocía, con los que no podía tratar, sobre los que no iba a triunfar.

¿Y ahora qué sucedía? Parker se estaba retrasando casi un cuarto de hora y Lozini quería saber cuál era el nuevo problema. Sus nervios no se beneficiaban con la espera. Hubo un movimiento en la casa. Lozini cambió de postura en su silla y puso la taza de café sobre la mesa de cristal. Parker y Green aparecieron por una puerta seguidos del mayordomo, Harold. Lozini le hizo un gesto a Harold para que permaneciese dentro y Parker y Green se acercaron solos.

Lozini no se puso de pie. Señaló las sillas vacías junto a la mesa y cuando se sentaban les dijo:

– ¿Harold les preguntó si querían café?

– ¿Michael Abadandi trabaja para usted? -dijo Parker.

– Sí -respondió Lozini.

– Vino a nuestro motel esta mañana, a atacarnos.

– ¿A ustedes? -Pero era una pregunta estúpida y Lozini supo que Parker no la respondería.

No lo hizo.

– Usted no lo envió.

– Por Dios, no.

– Lozini -dijo Parker-, si usted puede digerir ese café es un tipo duro.

– No lo soy -respondió Lozini.

– Se está desmoronando -dijo Parker.

– Lo sé. No me lo recuerde.

– Quiero hacerle una observación.

– Ya sé en qué estoy metido. Haga su observación.

– En toda esta ciudad, hay sólo dos personas en las que usted puede confiar.

Lozini lo miró. Green, en silencio, estaba sentado al lado de Parker, con los

brazos cruzados, los ojos entrecerrados por la luz del sol y con un aspecto mucho más serio del que había tenido cuando hablaba con Frankie Faran. Lozini miró de nuevo a Parker y preguntó:

– ¿Ustedes dos?

– ¿Cómo nos encontró Abadandi? Alguien le dijo dónde estábamos. ¿Cómo supo ese alguien dónde estábamos? Nos siguieron cuando yo salí de la reunión de anoche. ¿Cómo pudieron seguirnos? Porque alguien que sabía lo de la reunión puso a otro allí fuera para seguirnos. ¿Quién sabía de esa reunión? Sólo gente de confianza.

– Exacto -dijo Lozini.

– Hay una operación para sustituirle en marcha -le aseguró Parker-. Eso significa un grupo, quizá cuatro o cinco, quizá una docena. Un grupo de gente dentro de su organización que quiere que usted salga y entre algún otro. Alguien que ya está cerca de la cima y que ellos quieren que ocupe su lugar.

Lozini se quitó las gafas y se frotó los ojos cerrados con el pulgar y el índice. Con los ojos aún cerrados, dijo:

– Por primera vez en mi vida me doy cuenta de lo que significa envejecer. Es querer poder pedir un respiro. -Volvió a ponerse las gafas y los observó. Sus rostros estaban cerrados para él, como lo estarían siempre-. Pero tiene razón -añadió-. Ustedes son los únicos en quienes puedo confiar, porque sé exactamente dónde están y qué es lo que quieren.

Ninguno de ellos dijo nada. Lozini miró su piscina californiana, su casa estilo Nueva Inglaterra y el sol del Medio Oeste, y dijo:

– Construí todo esto siendo listo y estando bien despierto. Y de pronto miro a mi alrededor y veo que me han estado engañando, ni siquiera sé desde cuándo. ¿Cinco años? No; todavía andaba despierto y rápido hace dos años, cuando el asunto del parque de atracciones.

Parker asintió.

– Ahora es diferente -comentó.

Lozini cerró el puño y lo apoyó en la mesa.

– No tardarán mucho, ¿eh? Empecé a decaer y al instante los tuve trepando sobre mis espaldas. Pueden olerlo, los malditos. «Lozini está viejo, es hora de que suba yo». -Golpeó suavemente la mesa-. Si sólo supiera cuál de ellos fue, si sólo tuviera esa satisfacción.

– ¿Uno de los de la reunión? -preguntó Parker.

– No. -Lozini abrió la mano y apretó la palma contra el cristal. Miraba el agua a través de sus gafas oscuras; añadió-: Algunos de ellos están implicados, seguramente, pero no dirigiendo la operación. No tienen la fuerza necesaria.

– ¿Shevelly? Es el segundo, ¿no es cierto?

– Ted está a años de distancia. Y ni siquiera creo que llegue a estar nunca preparado. Nadie sigue a Ted, ésa es la cuestión. Tiene que ser alguien a quien otros sigan.

– Usted conoce a su gente -afirmó Parker-. ¿Quién tiene poder?

Lozini ya había estado pensando en el asunto, a pesar de sí mismo.

– Hay sólo tres hombres -dijo-que pueden organizar algo así, que pueden conseguir gente que los siga y lograr que los acepten, tipos como su amigo Karns.

– ¿Quiénes son?

– Ernie Dulare. Dutch Buenadella. Frank…

Green lo interrumpió.

– Oh, ¿así es como se pronuncia? Diú-la-ri. Creí que era Diúler.

– ¿Conoce a Ernie? -le preguntó Lozini.

– No, leí sobre él en el periódico. -A Parker, le dijo-: Dulare controla las apuestas de carreras locales. Y Louis «Dutch» Buenadella es el rey de la pornografía. Los cines, las librerías y también un negocio por correo.

Lozini, casi sonriente, comentó:

– Veo que conoce bastante de mis operaciones.

Con una sonrisa modesta, Green contestó:

– Soy la chica encargada de las investigaciones.

– ¿Y quién es Frank? -preguntó Parker-. No será Frank Faran.

– ¿Esa parte también la conoce? -inquirió Lozini a Green.

– Supongo que es Frank Schroder -contestó Green-. El de lo narcóticos.

– Por Dios -exclamó Lozini suavemente-. ¿Ahora me dirá cuál de ellos es?

– Bien, nunca los he conocido -afirmó Green-, pero dudo que sea Schroder.

– ¿Por qué?

– Es un poco viejo para hacerse cargo, en primer lugar.

– Es cinco años menor que yo.

Green hizo un gesto de disculpas.

– No viejo para dirigir -dijo-, pero quizá demasiado viejo para *empezar* a dirigir. No creo que consiga mucho apoyo. Además, se rumorea que ha estado comiendo de su propio pastel.

– No es cierto.

– Por supuesto que es cierto. Hasta yo lo oí.

– Eso no quiere decir que sea cierto.

– Oh -dijo Green haciendo un gesto como si borrara algo con la palma de la mano-. No importa que el rumor sea cierto o no -continuó-. Lo que digo es que es cierto que existe ese rumor, y un rumor de esa naturaleza le restaría seguidores.

Lozini asintió, aceptando el razonamiento.

– Está bien -dijo-. Frank es el menos probable.

– Lo cual deja a los otros dos -dijo Parker-. Dulare y Buenadella.

– Exacto -confirmó Lozini. Miró a Green-. ¿Alguna idea?

– Lo siento. Los dos están en la edad idónea, los dos son fuertes, los dos tienen buenas bases de poder en la estructura, los dos tienen conexiones fuera de la ciudad. Usted los conoce. ¿Cuál de los dos es el más ambicioso?

– Los dos -contestó Lozini.

– Denos sus direcciones -dijo Parker.

– ¿Piensan librar la batalla por mí?

– No. Si usted lo hace o no, es cosa suya. Pero hace dos años el individuo al que le habló O'Hara sobre el dinero del parque de atracciones era alguien que ya estaba comprometido en esta revolución.

– ¿Y habría empezado entonces? -Desconcertado, Lozini trataba de recordar hechos de por aquel entonces, indicios que debía haber tenido en cuenta, pero que le habían pasado desapercibidos.

– Estaban esperando estas elecciones -aseguró Parker-. Con eso piensan apartarlo de la circulación.

– Seguro -convino Lozini.

– En todo el país las elecciones se celebran en noviembre -dijo Green-. ¿Por qué ustedes las hacen ahora?

– Hicimos ese cambio adrede, hace años -contestó Lozini-. La gente hace las cosas por costumbre. Si las elecciones tienen lugar en un momento no habitual, hay menos votantes y se puede controlar mejor el resultado. Sólo esta vez está trabajando contra mí.

– Y que mi dinero -dijo Parker-haya ido a parar a Dulare o a Buenadella, quienquiera que esté al cargo, ayuda a financiar la rebelión. De modo que es ahí donde lo recuperaremos.

Lozini lo miró con ojos algo asustados.

– Por Dios -exclamó-, ¿no piensa en otra cosa?

– Vine aquí a por el dinero -contestó Parker-. No a participar en una guerra de gánsters.

– ¿De modo que van a ir a ver a Ernie y a Dutch? ¿Cómo sabrán de cuál se trata?

– Lo sabremos antes de ir. Le preguntaremos a uno de los que lo siguen.

– ¿Abadandi?

– Por ahora no puede hablar -contestó Parker-. Deme la dirección de Calesian.

– ¿Calesian? ¿Por qué él?

– Nadie va a intentar algo contra usted -respondió Parker-sin tener a su policía en el bolsillo. Y Calesian es lo suficientemente listo como para saber que usted está en vías de extinción.

– El hijo de puta.

– ¿Y qué hay de Farrell? -preguntó Parker.

Lozini y Green lo miraron sorprendidos.

– ¿Quién? -dijo Lozini.

– Su candidato a alcalde -contestó Parker-. ¿Está seguro de que le es fiel? Quizá también esté en el complot.

– Farrell no es mi candidato -dijo Lozini.

– Es Wain -le informó Green-. Farrell es el candidato reformista que se presenta por la oposición.

Parker frunció el ceño y le dijo a Lozini:

– Usted siempre decía «mi hombre». Supuse que era Farrell. -Y dirigiéndose a Green-: ¿Por qué diablos no me lo dijiste?

– ¿Decirte qué? -Obviamente Green estaba tan desconcertado como Lozini.

– ¿Qué diferencia hay? -preguntó Lozini-. Alfred Wain es mi hombre y es seguro que pierde. George Farrell es el candidato reformista y va a ganar.

– Farrell -dijo Parker-es el de la gran pancarta que cruza la London Avenue. Carteles por todas partes.

– Exacto -afirmó Lozini-. Nosotros, en cambio, no hemos podido gastar tanto dinero. Las ganancias son pocas, ya escuchó a Nate Simms anoche. Además, nunca tuvimos que gastar tanto. Farrell está trabajando a unos niveles que desconocíamos.

– Debería habérmelo imaginado -dijo Parker. Parecía hablar más que nada para sí mismo. Mirando fijamente al agua, añadió-: Es un error mío, no debía haberlo tomado como algo seguro.

– Sigo sin entender -dijo Lozini.

– Sus ganancias no están tan mal -le respondió Parker-. Le están robando. Farrell es el hombre *de ellos.*

– Oh -exclamó Green con voz apagada.

De pronto todo se abrió ante los ojos de Lozini como un girasol:

– Esos inmundos bastardos han estado financiando a Farrell con mi dinero.

– Y el mío -dijo Parker. Y dirigiéndose a Green, añadió-: Con lo que dejamos por el momento a Calesian y pasamos a Farrell.

– Está bien.

Parker se puso en pie.

– Retírese, Lozini -le sugirió-. Váyase a Florida a tomar el sol.

Lozini los miró a los dos cruzar el patio y entrar en la casa. Tomar el sol.

Calesian. Abadandi. Ernie Dulare o Dutch Buenadella. Farrell. Con *su* dinero.

Lozini se puso en pie. En voz alta, dijo: -No he usado un arma en veintisiete años. El agua de la piscina absorbió su voz, mate, sin eco. Caminó hacia la casa.

XXII

Paul Dunstan se había levantado ese día a una hora poco habitual para ser domingo. Había decidido madrugar a las nueve de la mañana porque dos compañeros de trabajo habían quedado en pasar a recogerlo a eso de las diez para pasar el día en la playa. Procuraba levantarse siempre con tiempo suficiente para ocuparse de la limpieza y detalles de su apartamento. Estos momentos le resultaban especialmente gratos y tranquilos, y sólo serían perturbados durante unos instantes por la visión de un cheque, aún en su sobre, sobre la mesilla de la puerta de entrada. Lo había recibido el día anterior y mañana lo cobraría.

Odiaba esos cheques; eran lo único que le recordaba a sus años de policía en Tyler, a trescientas millas de aquí. Había tirado uno, pero había sido peor, recibió una tonelada de cartas de la oficina de Tyler, donde le preguntaban si lo había recibido, qué había hecho, con él, cuándo lo cobraría. Un solo recuerdo por mes ya era bastante malo, así que cobraba todos los meses en cuanto lo recibía, se metía en el bolsillo los siete dólares y trataba de no pensar más en el asunto.

Dunstan tenía veintinueve años y una pensión de siete dólares por los cuatro años que había estado en el cuerpo de policía de Tyler. Ahora tenía un trabajo nuevo, una vida nueva en una nueva ciudad y todo lo que le pedía al pasado era que quedara tranquilamente oculto en el pasado.

En una época había pensado que llegaría a pasar toda su vida en la policía, aun cuando no había entrado en ella por su gusto. El ejército había hecho de él un policía militar durante sus tres años de servicio, después de prepararlo como ingeniero de refrigeración, el campo que él había elegido. Después del ejército había tenido una cantidad de empleos pocos satisfactorios antes de entrar en el cuerpo de policía de Tyler y había encontrado el trabajo de policía fácil y acorde con su personalidad. Casi todo el tiempo. Y hasta era un buen asunto.

Él y Joe O’Hara habían sido compañeros durante dos años, hasta el problema del Parque de Atracciones Isla Feliz. Antes de eso, Dunstan había aceptado el soborno sin demasiados reparos, ya que no se le pedía más que cerrar los ojos de vez en cuando, pero el problema del parque de atracciones lo había cambiado todo. Había presenciado el intento de asesinato, había visto gente muerta, había tenido que caminar con el arma del ladrón en su nuca, y una vez que todo eso pasó, había presentado su dimisión. No porque O’Hara se hubiera puesto como una fiera con él y le hubiera gritado que era un cobarde; eso no había significado más que un estallido de cólera de O’Hara contra su

propio miedo e impotencia. Y no por la fría ira que había visto en los ojos de ese viejo, Lozini; ¿qué le importaba a él la cólera de un sujeto como Lozini? Había sido su propia actitud ante sí mismo la que había decidido el cambio. Supo de pronto que no podría vivir más de ese modo contradictorio, siempre en los límites de la ley, respirando hipocresía.

De modo que había abandonado la policía y se había marchado de Tyler. Había encontrado aquí un empleo en una empresa que instalaba aire acondicionado central en edificios de oficinas, es decir, el tipo de trabajo para el que se había preparado al entrar en el ejército. Tenía un buen trabajo, buenos amigos, una buena vida y algunas novias en este par de años. Si no fuera por el absurdo de la paga mensual de siete dólares ni siquiera volvería a pensar en Tyler.

¿Qué podía hacer con los cheques? Nada. ¿Mudarse y no dejar su nueva dirección? Casi imposible en este mundo organizado; significaría una quiebra absoluta de su vida. En realidad, era más fácil cobrar el cheque todos los meses, gastarse los siete dólares y tratar de no pensar nada al respecto.

A las nueve cuarenta se vistió. Envolvió su traje de baño en una toalla, y estaba colocando la toalla en la mesilla junto a la puerta, al lado del cheque, cuando sonó el timbre del apartamento. Miró su reloj, sorprendido: las diez menos diez. Harry nunca llegaba temprano. Abrió la puerta, y no era Harry. Era un tipo sonriente y seguro de sí mismo con una bolsa de papel que sostenía delante de él con una sola mano.

– ¿Paul Dunstan? -preguntó.

Era un rostro vagamente familiar. ¿Era realmente alguien de Tyler, o sería una asociación de ideas provocadas por haber estado pensando en el cheque? Respondió: -Sí.

– Lo lamento -dijo el sujeto, sonriendo, y al parecer realmente apenado-, pero no sé qué le habrá contado O’Hara.

Y cogió con la otra mano la bolsa de papel.

Las reacciones de Dunstan eran más lentas que cuando había estado en la policía. No se movió hasta que el revólver con silenciador comenzó a emerger de la bolsa de papel. Y entonces ya era demasiado tarde.

XXIII

– Un buen sermón, reverendo -dijo George Farrell. El rostro indiferente del cura sugería que sabía que estaba siendo utilizado.

– Me alegro de que le haya gustado, señor Farrell -contestó.

Farrell continuó estrechando la mano del cura con las dos suyas para que la presa no se le escapara antes de lo debido. Con el rabillo del ojo, Farrell observaba a Jack, que se mantenía apartado a un lado, Jack le daría la señal cuando los fotógrafos y el cámara hubieran terminado.

Farrell era la caricatura perfecta de un americano tomando el sol, y él lo sabía. Algo fuerte, con la solidez de un banquero, el perfil de un actor y el aplomo profesional de un médico, se sentía a sus anchas en ese escalón de la iglesia estrechando la mano de ese siervo del Señor de ropa negra y cabellos blancos. Cuatro fotógrafos y las cámaras de los dos centros televisivos locales fijaban indeleblemente la escena, que verían los votantes desde hoy hasta el martes. Comparen *esta* imagen, votantes, con cualquier fotografía que pueden escoger de Alfred Wain, con su enorme nariz, las bolsas bajo los ojos y ese aspecto general de dueño de un local de dudosa moralidad.

Jack levantó una mano y se la pasó por el cabello. Farrell, con su sonrisa varonil, dijo:

– Siga adelante con su trabajo, reverendo -y soltó la mano del cura.

– Usted también, señor Farrell -dijo el párroco sin ninguna expresión en su rostro ni en su voz.

«Y al diablo contigo, viejo», pensó Farrell. Sonriendo, se volvió y se cogió automáticamente del brazo de Eleanor. Ella estaba allí, por supuesto, donde debía estar, el complemento perfecto: alta, rubia, de aspecto competente, atractiva sin excesos, apenas con ese ligero aire de coqueteo que le sentaba tan bien. ¿Dónde estaría un hombre público sin una esposa como ésta?

Los dos bajaron juntos las escaleras de la iglesia. Farrell sonreía a la multitud de curiosos; la mayoría habían sido atraídos por las cámaras de televisión y habían reconocido al candidato a alcalde. De pronto estalló entre ellos un aplauso espontáneo, realmente espontáneo, y por un segundo Farrell se sintió tan sorprendido que casi se tambalea. Pero siguió adelante, embargado por una oleada de emoción. De verdad lo querían, la gente lo quería de verdad a él.

La limusina estaba aparcada a unos pasos y Jack ya estaba allí sosteniendo la puerta abierta y alejando a los curiosos. Eleanor entró la primera y Farrell tras ella. Jack cerró la puerta, subió en el asiento delantero junto al chófer y se

marcharon, seguidos por el coche de policía que iba de incógnito, con sus dos hombres vestidos de paisano.

– Bien -dijo Eleanor-. Felicidades.

Farrell estiró las piernas en la alfombra gris. La limusina había sido una contribución, mientras durara la campaña, de un vendedor de coches de la ciudad. Antes era utilizado como vehículo de alquiler, dato que se deducía por el par de asientos plegados contra el respaldo de los asientos delanteros. Farrell bajó uno y apoyó los pies en él. Se sentía físicamente contento, todavía complacido por el aplauso. Tras meses de manipular reacciones emocionales, resultaba impactante encontrarse de pronto con una reacción no buscada conscientemente.

Eleanor había sacado una abultada agenda y la examinaba:

– Café con los voluntarios en el cuartel -dijo.

Su esposo asintió; buenos chicos, los voluntarios. Aunque a veces lo desconcertaban. Los había mirado, había visto el resplandor y la intensidad de los ojos que lo miraban, y se había preguntado quién creían que era él. En fin, no importaba. Por todo el oro del mundo no se podría comprar el trabajo que ellos hacían gratis, aparte de cualquier noble estupidez que los moviera.

Eleanor cerraba la agenda, pero Farrell preguntó:

– ¿Qué hay después de eso?

Ella volvió a abrir la agenda. En realidad, un viejo llamado Sorenberg era el que debía ocuparse de los horarios, pero se trataba de un cargo estrictamente honorario, parte de la distribución de cargos falsos que Farrell se había visto obligado a hacer. Eleanor era en la práctica quien realmente se ocupaba de todo, era ella quien tenía toda la estructura de la campaña en la mente y cada detalle en su agenda.

– Visita a la piscina de natación del Memorial Park -contestó-. Partido de la Liga Menor en el Campo de Veteranos. Cena y discurso en la Unión de Maestros. Cena y discurso en la Liga Urbana.

– Basta -dijo Farrell-. Basta. -Ya había desayunado con los Caballeros de Columbus y había escuchado un concierto matutino en la Federación de la Juventud Metodista. Y le parecía que faltaba una eternidad hasta el martes.

Eleanor le respondió con una sonrisa: comprensión y simpatía, pero cierta reserva. Ella se había opuesto a que él entrara en todo esto desde el principio, aunque una vez tomada la decisión había mostrado el mayor entusiasmo. Eleanor era una mujer lista y hábil, demasiado segura de sí misma como para representar una dificultad. «Mi mejor inversión», decía Farrell de ella a veces; se suponía que era una broma, pero significaba algo más.

George Farrell tenía cuarenta y tres años, era presidente de la Compañía

Avondale, fabricante de muebles, mesas y sillas, un negocio familiar que había comenzado con el bisabuelo de Farrell, en 1868; los veteranos de la Guerra Civil volvían a sus pueblos, se casaban y necesitaban amueblar sus casas. Farrell había trabajado en el negocio familiar desde su graduación en la Northwestern University, pero nunca se había interesado mucho en la administración, ni había llegado a una verdadera posición de autoridad o control. Era un presidente decorativo; las diferentes secciones de la compañía eran administradas por profesionales competentes y a él ese arreglo le parecía inmejorable; tenía lo bastante que hacer para no sentirse un parásito, pero no tanto como para que el trabajo lo abrumara.

Cuando unos años antes, varios ciudadanos respetables le propusieron que se presentara como candidato para la alcaldía, Farrell aceptó de inmediato, y sólo después se detuvo a pensar para qué quería el puesto. En parte, por supuesto, estaba el placer de que se lo hubieran pedido. Pero también había un cierto aburrimiento que lo había venido invadiendo desde hacía años, un aburrimiento provocado por lo poco que le interesaba su trabajo cotidiano. ¿Sería la alcaldía una cura para eso?

Sin duda. Farrell amaba la política en todos sus aspectos. Amaba las intrigas, le gustaban las relaciones públicas y el sentimiento de estar en el meollo del asunto, la sensación casi atemorizante de estar en un castillo de naipes construido con guiños y asentimientos y apretones de mano, y también amaba el sentimiento ocasional de consumación, de saber que hacía un trabajo bien hecho que justificaba la fe puesta en él, que realizaba un trabajo competente.

También era realista. Sabía que las obras de Tyler, como las obras de cualquier otra ciudad, exigirían tratos con personas a las que nunca invitaría a su propia casa. Hombres como Adolf Lozini, por ejemplo; un farsante, un simple bandido relacionado con todos los negocios sucios que tenían lugar en la ciudad. Pero necesario, porque el crimen y el vicio seguirían existiendo pese a todo, y era importante tener sobre ellos cierto tipo de control. Lozini, a medias asesino y a medias hombre de negocios, era ese control.

O lo había sido. Lozini estaba envejeciendo, estaba perdiendo su poder y pronto tomaría su lugar alguien mejor. Mejor en muchos aspectos; no sólo mejor para controlar el elemento criminal, sino también mejor en sus actividades hacia la ciudad y hacia sus conciudadanos. El sustituto de Lozini era un hombre con el que Farrell se llevaba bien, al que podía comprender y con el que simpatizaba; a él sí podría invitarlo a su casa.

La liquidación de Lozini significaría, naturalmente, la liquidación de Alfred Wain, que era el títere de Lozini en la alcaldía. Le había sido ofrecido el puesto a Farrell y supo al instante que él no sería un títere y que podría trabajar dentro del

sistema, y aun así, ser un alcalde mucho más eficaz de lo que había sido Wain. En cierto sentido, su postura pública como candidato reformista era una burla, ya que a él lo apoyaban también fondos criminales, igual que a Wain; bajo su mandato, Tyler sería una ciudad mucho mejor, mucho más limpia y mucho menos corrupta.

La limusina se detuvo ante la entrada del Carlton-Shepard, el único hotel de lujo de Tyler. El portero de uniforme marrón abrió las puertas del automóvil y salieron todos, sin que se les diera ninguna recepción especial. La poca gente que andaba por allí eran clientes del hotel, forasteros que no reconocían a Farrell o a quienes no les interesaba nada de él, gente de dinero a quien no les llamaba la atención la llegada de una limusina con chófer.

El vestíbulo del Carlton era amplio y fresco. Las gigantescas rosas de la alfombra estaban dispuestas de tal modo que las iba pisando una a una al caminar, le divertía pasar del centro de una rosa al centro de la siguiente, hasta llegar al ascensor que estaba esperando con la puerta abierta. Los cuarteles de su campaña ocupaban todo el séptimo piso, un gasto enorme en términos locales, pero necesario como despliegue público de sus aspiraciones. Había sido importante al principio demostrar que no era simplemente otro de esos aficionados con buenas intenciones, curas y maestros y otros charlatanes que la oposición había estado presentando como alternativa a Wain desde hacía años.

Entraron cinco en el ascensor, además del ascensorista de uniforme marrón: Farrell, Eleanor, Jack y los dos policías de paisano. Comenzaron a subir, todos en silencio y algo incómodos por la proximidad, y cuando el ascensor se detuvo, la luz indicadora sobre la puerta marcaba el número cinco.

El ascensorista parecía confundido. Movió su palanca dos veces y miró con el ceño fruncido hacia el número cinco. Uno de los policías dijo:

– ¿Por qué se detiene?

– No fui yo -contestó el ascensorista, y al mismo tiempo se oyó que alguien golpeaba la puerta. El ascensorista miró a los policías y preguntó:

– ¿Abro?

Nadie sabía qué hacer. Farrell se asustó de pronto… ¿sería un asesinato? Eso les sucedía a figuras de nivel nacional, no local. ¿Quién querría asesinarlo a él?

Lozini. ¿Qué sucedería si Lozini lo hubiera descubierto todo, si se hubiera decidido a comenzar eliminando al competidor de Wain antes de quitar la maleza de su propio jardín?

Uno de los policías dijo:

– Sí, abra. -Ninguno de los dos llevaba un arma a la vista, pero ambos tenían las manos en los bolsillos y, evidentemente, tenían los dos dedos sobre el

gatillo.

Primero se abrió una puerta, luego otra, dorada, y apareció ante ellos el quinto piso y dos hombres en él. Uno de ellos hizo un gesto hacia los policías y dijo:

– Está todo en orden, Toomey, nos manda Calesian.

Los policías se relajaron y lo mismo hizo Farrell. De modo que eran policías también. Al verlos, con su aire de dureza, había estado seguro de que eran hombres de Lozini.

Uno de los policías preguntó:

– ¿Qué sucede?

– Hay problemas en el séptimo -contestó uno de los hombres-. Una amenaza contra la vida del señor Farrell. Vamos a llevarlo por otro lado. El resto puede seguir. No hay amenaza contra nadie más. ¿Señor Farrell?

El hombre lo invitaba a salir del ascensor. Farrell vacilaba, no muy seguro de lo que debía hacer. El policía que estaba a su lado dijo:

– Iremos con usted.

– Calesian prefiere que el resto continúe junto -contestó uno de los nuevos-. Para cubrirnos cuando saquemos al señor Farrell por el otro lado.

– Tenemos orden de seguir con él -replicó el policía.

– Deben seguir con la esposa del señor Farrell.

– No nos quedemos aquí como blancos -dijo el otro.

El policía dijo:

– Creo que no les conozco.

– Vamos, Toomey. -El nuevo sacó su cartera de cuero, la abrió y la sostuvo con las dos manos abiertas para que el policía leyera-. Me has visto más de una vez.

El policía (Toomey) asintió con dudas, pero se mantuvo firme.

– Tenemos órdenes de no separarnos del señor Farrell -contestó.

– Mierda -dijo de nuevo, enfadado, y sacó un arma de la chaqueta. Todos en el ascensor se asustaron y dieron un paso hacia atrás involuntariamente; el hombre ordenó:

– Manos encima de las cabezas. Rápido.

Los policías se habían relajado lo suficiente antes de esto como para tener las manos lejos de sus propias armas. Farrell, que inmediatamente se puso las manos sobre la cabeza, vio que los policías vacilaban, vio que el segundo hombre allí afuera también sacaba un arma y vio que los policías reconocían que no había más remedio que obedecer.

– Usted también -indicó el hombre al ascensorista, que se mantenía con la boca abierta ante lo que estaba sucediendo. Al instante, el hombre levantó las

dos manos.

El primer hombre hizo un gesto con su arma hacia Farrell:

– Salga -le ordenó.

– N… no me maten -suplicó Farrell. Estaba aterrorizado, pero trataba de hablar con calma, racionalmente, y de no tartamudear-. No hay motivos, no soy…

– Cállese, imbécil. Si hubiera querido matarlo ya estaría muerto. Quiero hablar con usted -dijo, y dirigiéndose a su compañero, añadió-: Mantenlos quietos. No tardaré mucho.

– Lástima que no hayamos podido hacerlo del otro modo.

– Es igual. -Echó una mirada furibunda a Farrell; estaba cabreado porque su plan no había funcionado-. Salga de ahí, le digo.

Farrell se adelantó torpemente. Era cierto, no iban a matarlo. A no ser que algo saliera mal. ¿Pero qué querían?

– Baje los brazos. Cálmese. Gírese a la derecha.

Farrell obedeció y caminó por el pasillo vacío, con el hombre a sus espaldas. Llegaron a una puerta que conducía a unas escaleras, con una lucecita roja encendida encima, y el hombre dijo:

– Aquí dentro.

Farrell abrió la puerta, dio un paso hacia la caja de la escalera metálica. Se quedó en el descansillo, sin saber si debía subir o bajar las escaleras, y el hombre entró tras él, cerró la puerta, le tocó el brazo para que se diera la vuelta y lo golpeó fuertemente en el estómago, debajo del cinturón.

Farrell se dobló y cayó contra la pared, con las manos sobre el repentino dolor que estallaba en su estómago. El dolor parecía arrojar cintas de fuego por todo su cuerpo, hacia la garganta, hacia los genitales, hasta las piernas, y sintió una creciente debilidad tras las rodillas. El golpe le había cortado el aliento y abrió la boca todo lo que pudo, tratando de reemplazar el aire perdido, pero su garganta parecía estar cerrada y el aire entraba lenta y dolorosamente.

El hombre estaba a su lado esperándolo, con expresión fría, aséptica, desinteresada. Farrell se esforzaba por respirar, trataba de contener la náusea, esperaba que pasase el dolor. Poco a poco sus pulmones volvieron a llenarse de aire, la turbulencia en su estómago se calmó, el dolor cesó y pudo erguirse. Parpadeando, con la boca abierta, miró al hombre, preguntándose cuál sería su próximo movimiento y por qué sucedía todo esto.

– Quería que supiera que hablo en serio -dijo el hombre-. ¿Ahora lo sabe?

– Sí. -La garganta de Farrell estaba agarrotada; le costaba trabajo hablar.

– Bien. ¿Quién lo está financiando?

Farrell ni siquiera comenzó a comprender la pregunta.

– No… -Tosió, lo que también le dolió y se llevó una mano a la garganta». ¿Qué?

– Uno de los hombres de Adolf Lozini lo está financiando -dijo el hombre-. ¿Cuál?

Escándalo: fue el primer pensamiento que vino a la cabeza de Farrell; este individuo debía de ser una especie de periodista loco, que buscaba verificar un rumor que había oído por algún lado. La improbabilidad de que un periodista apuntara a la gente con un revólver o hiciera preguntas después de dar golpes se le ocurrió más tarde. Ahora pensaba en términos de reportaje, en términos de escándalo y fue así como respondió:

– No, está completamente equivocado.

El revólver estaba en la mano izquierda del hombre. Lo levantó y golpeó con el cañón en el hombro derecho de Farrell. Éste gritó de dolor y el eco del sonido se prolongó por la escalera. El hombre llevó su mano libre a la boca de Farrell, empujándole hacia atrás la cabeza hasta que desaparecieron los ecos, mientras Farrell trataba de cogerse al hombro que le ardía. Sintió que sus mandíbulas temblaban, supo que el hombre lo sabía y se sintió cabreado y avergonzado de sí mismo por demostrar su debilidad.

El hombre lo soltó y dio un paso atrás.

– No quiero perder el tiempo -dijo-. Sé de dónde saca usted el dinero. Sé cuáles de los hombres de Lozini pueden ser y cuáles no. He dejado unos pocos. Ahora, dígame quién es o lo mato aquí mismo y voy a preguntarle a otro.

Lo sabe, pensó Farrell. Está cerca, pero aún no sabe quién es. ¿Podría mentir, darle un nombre falso? ¿A quiénes habría descartado? ¿Y si le dijera que era Frank Faran, el del «night club»?

– Si me miente -dijo el hombre-, volveré y lo mataré. Y podré hacerlo con tanta facilidad como lo atrapé esta vez.

Todo el cuerpo de Farrell se puso a temblar. Sentía que su mente se desgarraba entre el miedo y la necesidad de resolver demasiadas complejidades. Por supuesto podría negarlo más tarde, pero aún así…

La mano del hombre se cerró una vez más.

– ¡Buenadella! -gritó Farrell-. ¡Louis Buenadella!

XXIV

El avión en el que viajaba Harold Calesian despegó en el Aeropuerto Nacional poco antes de la una. El sol resplandecía en un cielo despejado, sin que en la vasta planicie que rodeaba el aeropuerto se apreciara el más ligero soplo de brisa. Calesian caminó bajo el calor hacia su Buick Le Sabré verde oscuro, abrió la puerta y arrojó su maletín al asiento trasero. El interior del coche era un horno, pues estaba aparcado al sol desde las ocho de la mañana, pero el acondicionador enfrió el aire en cuanto el coche estuvo en la carretera.

Calesian estaba separado, pero no divorciado; su esposa y sus tres hijas vivían en la casa familiar ubicada en el barrio de Northglen, y Calesian tenía un amplio apartamento en una zona recientemente urbanizada cerca del centro. Para llegar allí tendría que atravesar la ciudad, de modo que lo más rápido era tomar la carretera y entrar a la ciudad por el lado opuesto.

El edificio tenía plazas de garaje para sus inquilinos en el sótano. Calesian aparcó en la suya, cogió el maletín del asiento trasero, cerró las puertas con llave y subió en el ascensor, que lo llevó a su apartamento en el noveno y último piso. Desde su terraza se divisaba una panorámica de la ciudad poco agradable de día, pero agradable de noche. Abrió la puerta y entró al apartamento, caluroso y poco ventilado. Cerró la puerta tras de sí con un gesto de disgusto y, con el maletín aún en la mano, fue hacia la sala. ¿Se habría estropeado el aire acondicionado?

No. Las puertas dobles de la terraza estaban abiertas y entraba más calor del que podía refrigerar el aire acondicionado. Mientras se dirigía a cerrarlas, trataba de recordar cuándo las había abierto. No había sido esta mañana, puesto que había salido nada más levantarse para coger el vuelo de las ocho. ¿Estaban cerradas las puertas entonces? Pero quizá no estaban bien cerradas y el viento las había abierto.

¿Qué viento?

Calesian se paró en mitad de la estancia y miró a su alrededor. Un decorador profesional le había arreglado el apartamento, la sala en azules y grises con algunos cromados, moderno, pero masculino. Nada parecía alterado, nada fuera de lugar. Esa sensación de tensión en el aire no debía de ser sino por el calor inesperado del exterior; estaba acostumbrado a que esta sala mantuviera una atmósfera seca y fría.

Probablemente una brisa de la mañana habría abierto las puertas. No había razón para que algo anduviese mal, de modo que nada andaba mal. No obstante, Calesian apretó con más fuerza su maletín mientras terminaba de recorrer la sala

y se acercaba a una de las puertas de la terraza.

Al Lozini estaba allí fuera, sentado en la barandilla, mirándolo, parpadeando ligeramente por el sol.

– Hola, Harold -dijo.

Asombrado, Calesian no dijo ni hizo nada durante un segundo. La conducta de Lozini era tan extraña como su presencia aquí; no se mostraba tenso, ni inquieto, ni con ninguno de sus despliegues habituales. Estaba simplemente sentado allí con una pierna balanceándose y la otra apoyada en la balaustrada de metal. Se mostraba tranquilo, indiferente. La luz del mediodía marcaba la edad de su rostro, pero ninguna emoción.

– Ven al sol -dijo Lozini-. Te sentará bien.

Calesian salió a la terraza, precavido e indeciso. Aún sostenía en la mano el maletín.

– Me sorprendiste, Al -dijo.

– Cuando era un muchacho fui ladrón -contestó Lozini-. Y esa cerradura que tienes es de mantequilla. Podría traer un camión y llevarme todas las televisiones del edificio en cuarenta y cinco minutos.

Calesian se estaba quedando calvo, así que sintió el ardor del sol de inmediato. Eso le gustó tan poco como la conducta de Lozini.

– Hay cosas que nunca se olvidan -dijo-. Como abrir cerraduras.

– Algunas cosas sí se olvidan -repuso Lozini-. Como no confiar en nadie.

– No te entiendo -contestó Calesian, al tiempo que pensaba: «nos descubrió».

– Siéntate, Harold -le indicó Lozini, y señaló una tumbona a la izquierda de Calesian.

Calesian vaciló. Se le ocurrió que, con un paso rápido adelante y un empujón con las dos manos, podía hacer caer a Lozini nueve pisos más abajo, en la acera de cemento.

Pero no habría modo de explicar esa muerte ni protegerse de una investigación. En un caso así habría investigación; ni siquiera Calesian tenía poder en el departamento de policía como para frenar una investigación por una muerte como ésa. Especialmente si el cuerpo quedaba frente a su propio edificio.

Mientras pensaba esto, creía ver en los ojos de Lozini el eco de sus pensamientos; como si a Lozini ni se le hubiera pasado por la mente que él podría empujarlo y hubiera sabido además que lo consideraría demasiado peligroso.

– Vamos, Harold. Siéntate.

Calesian se sentó de lado en la tumbona y mantuvo los pies en el suelo. Puso el maletín sobre las rodillas y apoyó sobre él los brazos. Trataba de parecer

tan indiferente como Lozini.

– Supongo que querrás hablarme -dijo.

Lozini no respondió nada. Miraba a Calesian como si fuese un producto en venta y no se decidiese a comprarlo. Calesian aguardaba, disimulando su tensión, y por último Lozini asintió levemente, volvió la cabeza y contempló la ciudad.

– Cuando vine a vivir aquí no había ninguno de esos edificios -comentó-. Los altos.

– Ha habido muchos cambios -dijo Calesian.

Lozini asintió otra vez, mirando al vacío. Luego se volvió hacia Calesian.

– Este edificio, por ejemplo, no había sido construido -afirmó.

– Tiene tres años -contestó Calesian. Lo sabía porque había sido uno de los primeros ocupantes.

– Mientras te esperaba -dijo Lozini-, sentado aquí, pensé bastante en el pasado. En cómo eran las cosas antes. Cómo era todo antes.

– Bueno, todo cambia, supongo -Calesian prestaba la máxima atención, trataba de adelantarse a la conversación, esperaba que Lozini fuera al grano.

– Yo estoy casi terminado -dijo Lozini-. Es difícil pensarlo, ¿sabes? Cuando me miro al espejo, veo a un tipo viejo, me sorprendo. Alguien me dice que olvidé una cosa que siempre he sabido, no puedo imaginarme cómo me pudo ocurrir. Es casi como olvidarse de los pantalones.

– Todavía estás en forma, Al -repuso Calesian. Pero pensaba de prisa, trataba de descifrar cada palabra y se preguntaba si Lozini no habría venido a comunicarle su retiro. ¿Sería eso? Había venido aquí a mostrar resignación, a pedir que lo dejaran retirarse sin problemas. Calesian creyó que había dado en el blanco y se sintió más relajado-. Todavía estás bien, Al; tienes muchos años por delante.

– No, ya me pasó la hora, Harold -dijo Lozini-. Estoy casi a punto de retirarme, de borrarme. -Sonrió, y agregó-: Me iré a Florida a tomar el sol.

Calesian lo miró; no se le había escapado ni una palabra.

– ¿Casi? -le preguntó.

– Exacto, Harold. -Lozini se llevó la mano al interior de la chaqueta con tanta lentitud, con un gesto tan indiferente, que Calesian no daba crédito cuando vio ante sus ojos un revólver que lo apuntaba.

Estiró las manos sobre el maletín. No movió la cabeza ni los hombros. Dijo:

– Tranquilo, Al.

– Me retiraré -dijo Lozini, siempre tranquilo, indiferente-, pero lo haré a mi modo. No quiero que me echen. No quiero que me roben y que me engañen como a un viejo.

– Al, no sé de qué…

– Es Ernie o Dutch -dijo Lozini-. No puede ser nadie más.

Calesian parpadeó, asombrado, al oír esos nombres. Pero con el revólver apuntándole no tenía otra cosa que hacer más que disimular.

– Al, no sé de qué hablas -aseguró-. Te juro que no…

– Está bien, hijo de puta -contestó Lozini, y hasta el insulto fue pronunciado con la mayor serenidad-. Todo lo que quiero de ti es el nombre. Es Ernie Dulare o Dutch Buenadella, y vas a decirme cuál de los dos es.

– Al, si tuviera la menor idea…

– Te volaré las rodillas -amenazó Lozini. Su voz parecía empezar a endurecerse; esta vez sí que parecía que hablaba en serio-. Y no te será tan fácil ir a bailar con las quinceañeras como lo haces ahora.

– Al…

– No lo vuelvas a negar -repuso Lozini-. Me conoces bastante, Harold. Puedo agujerearte el cuerpo hasta que llegue la noche y no me harás creer que no sabes nada. Una mentira más y empiezo.

Calesian tenía la boca seca. La cabeza le ardía, todos sus músculos estaban tensos y sentía que necesitaba tiempo para relajarse y pensar en cómo salir de esta situación. Pero no habría tiempo y tenía que hacer algo ahora.

Y conocía a Lozini, había visto ya esa mirada fría en sus ojos; sabía que Lozini empezaría pronto a disparar. No para matarlo, sólo para herirlo. Dos o tres veces había visto los restos de hombres que habían recibido ese tratamiento; las partes afectadas habían sido llevadas en bolsas de plástico a la morgue. En aquellas ocasiones se habían hecho bromas sobre esas bolsas de plástico, pero Calesian no las recordaba ahora. Todo lo que podía recordar eran las bolsas de plástico, llenas de restos sanguinolentos.

– Está bien -dijo. Se pasó la lengua por los labios y se puso la mano izquierda sobre la cabeza para protegerla del sol-. Haré lo que dices. -Se interrumpió y volvió a pasar la lengua por los labios.

– Adelante -indicó Lozini. El revólver seguía apuntándole, sin moverse; el muy bastardo estaría viejo, pero no acabado; todavía no.

– Es, eh… -Calesian sintió el soplo ardiente de la ira, más caliente que el sol. Cualquier cosa que dijera ahora, cualquier cosa que hiciera se haría sentir sobre él-. Es Ernie -dijo-, Ernie Dulare.

Lozini se inclinó un poco. El tambor del revólver parecía hundirse en su mano, sus ojos parecieron perder su tristeza, la piel de su rostro se volvió más gris, más macilenta.

– Tenía que suceder, Al -comentó Calesian-. Y yo tenía que meterme, ¿te das cuenta?

Lozini no dijo nada.

– En realidad -prosiguió Calesian-, sabes de dónde vengo, hice un vuelo, tuve que ver a un tipo de Chicago. Ernie está arreglando las cosas con los grandes desde ahora, asegurándoles que no habrá problemas, ni sangre, un reemplazo simple y tranquilo.

Lozini, con una cara y una voz más indiferentes que antes, preguntó:

– ¿Qué tipo? ¿Qué tipo de Chicago?

– Culligan.

– Está bien -asintió Lozini-. ¿Y no puso objeciones?

– ¿Por qué iba a ponerlas?

– Claro -contestó Lozini-. Demuéstrame que es Ernie.

Calesian volvió a ponerse tenso.

– ¿Qué?

– Llámalo. Vamos, iremos dentro y lo llamarás, y oiré lo que te dice.

– ¡Oh! -exclamó Calesian-. Claro, ¿por qué no? Piensas que estoy cubriendo a Dutch, poniéndote en la pista de Ernie. Lo llamaré, lo oirás por ti mismo. -Empezó a retirar el maletín de sus rodillas, pero se detuvo y añadió-: Espera un minuto, haré algo mejor que eso. Aquí tengo una carta de Culligan a Ernie, podrás leerla por ti mismo. -Sin esperar respuesta abrió el maletín.

Lozini miraba frunciendo el ceño.

– Una carta… -Se levantó súbitamente sobre sus pies y dirigió el revólver hacia Calesian-. Saca las manos de…

No hubo tiempo de poner el silenciador, pero allí arriba no importaba. Calesian disparó a través de la tapa del maletín y tuvo que dar un salto para coger las solapas de Lozini e impedir que cayera a la calle. Lo dejó caer sobre el suelo, le quitó el arma de la mano y la arrojó sobre la tumbona. Su maletín y su revólver estaban en el suelo, donde habían caído cuando saltó, pero por el momento los dejó allí.

Entró en el apartamento y fue rápido hasta el dormitorio. El armario de la ropa blanca estaba junto a la puerta del baño y allí estaba el gran mantel de plástico que usaba en la terraza, en el primer estante. Lo llevó a la terraza, lo extendió en el suelo y envolvió con él a Lozini. El viejo había recibido el impacto en el pecho, a la izquierda, en el corazón: mitad puntería, mitad suerte. No hubo mucha sangre porque murió instantáneamente y el corazón dejó de bombear por la herida.

Calesian llevó el cuerpo envuelto a la sala, cerró la puerta de la terraza y puso el aire acondicionado al máximo. Fue al baño a ponerse crema para después del sol para impedir que se le escamase la cabeza, y cuando estaba allí tuvo un repentino acceso de temblores. Se sentó y se agarró las rodillas. Miró a la pared

rosa, sin poder dejar de temblar.

Lozini. No un desconocido, no un ex policía, sino Lozini en persona, pensaba, mientras sentía subir la náusea.

Pocos minutos después se calmó, tomó dos Alka-Seltzer y salió del apartamento en busca de una cabina telefónica -porque no estaba seguro de que su teléfono no estuviera pinchado-para llamar a Dutch Buenadella. Pero las primeras tres veces que marcó estaba comunicando.

XXV

Buenadella había visto interrumpido su almuerzo por una llamada telefónica de George Farrell. Su primera pregunta había sido:

– ¿Para qué mierda le diste mi nombre?

– No sabía qué otra cosa hacer. Era… Estaba poniéndose muy cabreado. En realidad, quería saber. ¿Entiendes?

El teléfono era un medio de comunicación inadecuado. Tenían que decirse cosas de las que no debían enterarse los inevitables fisgones. Farrell había comenzado la conversación diciendo:

– ¿Sabes quién soy?

Y Buenadella le había respondido:

– Sí, hijoputa, y lo sabrá cualquiera que haya escuchado esos anuncios de mierda que haces en la radio. -Le había hablado así porque se sentía furioso ante la estupidez de Farrell, que se atrevía a llamarlo dos días antes de las elecciones. Hasta ahora se las había arreglado para mantener el papel de Farrell lo bastante limpio, y simplemente no podía creer que el tipo fuera tan imbécil como para dejar que todo se perdiera en este momento, fuera por el motivo que fuera.

Pero una vez que la conversación hubo avanzado, indirecta y vaga, pero siempre dirigida al punto central de la cuestión, Buenadella había llegado a sentirse sorprendido en otro sentido. Porque el hijo de perra de Parker había atravesado la muralla de seguridad de Farrell, lo había separado de los suyos como un perro pastor separa a un cordero del rebaño, lo había asustado hasta sacarle lo que quería y ahora sabía que él, Buenadella, estaba detrás. Así como Farrell se había mantenido limpio y por encima de toda sospecha en su puesto de candidato, Buenadella también se había mantenido al margen de la política y de cualquier suspicacia que lo señalara como el rebelde contra Al Lozini. Y ahora este bastardo forastero, Parker, había llegado y lo había abierto todo como en una operación de apendicitis.

Y se suponía que Parker ya no debía estar vivo. ¿Qué demonios había sucedido con Abadandi? Ya debía de haber tenido oportunidad de actuar contra Parker y el otro, de modo que era increíble que no lo hubiera hecho. Una vez desaparecido Parker las cosas serían mucho más sencillas, pero si Abadandi se retrasaba, Parker abriría demasiadas puertas, estropearía muchos decorados y ya no importaría tanto si estaba vivo o muerto.

Por un momento, Buenadella pensó que Abadandi podía haber entrado en acción y fallado, pero no lo creyó. Abadandi era demasiado bueno, demasiado

seguro. La respuesta tenía que ser que Parker y el otro estaban ocultándose muy bien y hasta el momento Abadandi no había podido dar con ellos.

Sería mejor que los encontrara pronto. Y mientras tanto, estaba este nuevo problema del que ocuparse.

– ¿Cuánto hace de esa conversación? -preguntó Buenadella.

Farrell tartamudeaba, nervioso aún.

– Eh… veinticinco… casi media hora.

– ¡Media hora! ¿Qué mierda has estado haciendo?

– Dutch, tenía, tenía que tranquilizar a todos aquí. Piensa que tuvimos policías inmovilizados a punta de pistola, Dutch, no era algo que pudiera dejar pasar sin explicaciones. Les dije que representaban a una especie de secta del Medio Oriente, una especie de organización política internacional, y que los convencí de que no quería su apoyo.

– ¿Alguien te creyó?

– Periodistas, policías, todo el mundo. -Hubo un toque de orgullo en la voz de Farrell, y con eso se calmó-. Soy bueno en mi profesión, Dutch -dijo-; sé hablarle a la gente.

Eso era cierto. Al pensar por segunda vez en el asunto, Buenadella se dio cuenta de que el hecho de que Farrell hubiera podido hacer creer a quienes lo rodeaban una historia falsa estaba bastante bien, y que se las hubiera arreglado por sí solo para llamar por teléfono en media hora estaba aún mejor.

– Perfecto -dijo-. Hiciste lo que pudiste.

– Gracias, Dutch. Quería que lo supieras lo antes posible.

– Lástima que no pudieras representar tu farsa con nuestro amigo.

– Dutch, no estuviste allí. Créeme, no tuve…

«La menor oportunidad», iba a concluir. Pero Buenadella lo interrumpió:

– Está bien, ya está hecho. Y ya ha tenido media hora para acercarse a mí, de modo que cuelga y deja que me prepare.

– Está bien, Dutch. Lo siento, no pude…

«Hacer otra cosa», iba a terminar esta vez.

– Lo sé -dijo Buenadella-. Lo sé. Cuelga. -Y cortó la comunicación.

Mientras sostenía el auricular con la mano izquierda y contaba hasta cinco para volver a marcar, Buenadella arrugó la frente en una expresión pensativa, mientras su mirada se perdía observando los cuadros de la pared de enfrente. Eran franceses, pintados al pastel, callejuelas de Montmartre, en París. No reproducciones, originales, los había comprado hacía siete años, cuando él y Teresa habían pasado por esa ciudad de regreso de Italia. Había sido divertido ver cómo en Italia todos lo habían tomado por alemán, y en Francia por italiano, mientras que él era estadounidense.

Louis Buenadella tenía cincuenta y siete años, un hombre de huesos largos que comía mucho y distribuía sus abundantes kilos sobre sus casi dos metros de altura. Su estómago, su culo y sus muslos estaban bien acolchados de grasa, pero el resto de su cuerpo era grande y duro, todo músculo y fuerza. Tenía una piel suave y el cabello delicado, castaño claro, casi blanco, herencia de su abuela, piamontesa, por el lado de su padre. Su cabello parecía más claro aún por el corte al rape que se venía dando desde hacía treinta años, desde sus días en el ejército en la Segunda Guerra Mundial, y ese corte era el principal responsable de su sobrenombre.

Buenadella había nacido y se había criado en Baltimore, lugar al que había regresado después de la guerra por unos años, durante los cuales se ganó la vida de diversos modos, trabajando para gente que dirigía el crimen organizado de la localidad. Tuvo rachas de suerte, participó en las acciones pocas veces y salvó el dinero. Pero supo que en Baltimore nunca dejaría de ser un subordinado sin posibilidades, de modo que en 1953 se trasladó a Tyler, provisto de una carta de presentación para Adolf Lozini y ayudado por el dinero que había estado ahorrando. La televisión había arruinado el negocio de los cines en esa época. De modo que pudo comprar tres salas locales por una ridícula cantidad. Había comenzado a proyectar películas de sexo; fue el primer exhibidor en el área de Tyler que ofreció ese tipo de películas, y sus tres salas pasaron inmediatamente a la cabeza de las recaudaciones. Y allí quedaron. Se congració con Lozini y los otros personajes de la localidad que podían serles útiles, entró en su organización, y cuando en 1960 se decidió a entrar en el negocio que empezaba a florecer de la novela erótica, Buenadella fue el hombre indicado para organizar la operación; primero, como vendedor, AM Distributors, Inc., que distribuía libros publicados en Nueva York y Los Ángeles, y más tarde, como editor, Good Knight Books: compraba manuscritos por quinientos dólares, mandaba imprimir veinte mil ejemplares, vendía quince mil de cada título en la zona de Tyler y el resto en los pueblos vecinos. AM Distributors administraba la editorial Good Knight Books, y en los tres cines pornográficos de Buenadella se vendían las novelas a la entrada.

Como toda la operación de Buenadella era legal, parte del dinero proveniente de otros negocios menos legales de la estructura de Lozini podía pasar a través de Buenadella y legitimarse inmediatamente. A Buenadella se le concedía el derecho a tomar parte de ese dinero y, en general, no dejaba pasar la oportunidad. Pero quería más.

En sus momentos más solemnes, se veía como representante del futuro. En los viejos tiempos, el crimen organizado había sido competitivo, desorganizado, sangriento. Luego, sobre todo a causa de las presiones de la Prohibición, la gente

comenzó a organizarse más eficazmente y a sacar más provecho. Después de la Prohibición hubo un movimiento gradual de distanciamiento de las organizaciones tradicionales hacia operaciones cada vez más legales; primero, como cobertura para la operación real; después, como un modo de explicar los ingresos ante el organismo de la hacienda pública, y más recientemente, como un modo simple y eficaz de invertir con provecho.

Y el movimiento siguiente, le parecía a Buenadella, sería hacer de las partes legales de la operación lo más importante, con las estructuras viejas como un simple apoyo para proporcionar capital cuando se necesitase. Pero ya no sería el interés principal. Y si la operación legal estaba llamada a adquirir preponderancia, entonces el mejor líder en todo el nivel sería un hombre cuya propia tajada del pastel fuera completamente legal. Un hombre como él.

Al Lozini se acababa, se estaba haciendo viejo, inoportuno. Buenadella tenía interés en apurar su partida un poco, pero eso era todo, y la única razón que tenía para hacerlo era asegurarse de que nadie más tuviera la idea de reemplazar a Lozini. Alguien como Ernie Dulare, por ejemplo, o quizá, más tarde, Ted Shevelly. Y como pertenecía a la nueva moda, la de los hombres de negocios, había escogido un método tradicional en los negocios para sustituir a un superior: comprar a sus colaboradores, restarle fuerza económica, hacer arreglos privados con sus asociados. Había pasado casi tres años en la operación, moviéndose muy lentamente, como un zorro que prueba la superficie de un río helado; nunca se apuraba, nunca forzaba el paso, nunca sucumbía a la impaciencia o a las tácticas de la fuerza. La fase final comenzaría el martes con la sustitución del candidato de Lozini por el de Buenadella, a lo que seguiría una entrevista con Lozini en la que le mostraría que la guerra ya había concluido y que no le quedaba más que retirarse. Fuera de Tyler, lejos. Florida, quizás. O quizá le gustara conocer Europa; Buenadella le recomendaría un viaje de ésos. Algo cultural, saludable, una inversión de primera.

Qué suave había sido todo, y qué simple. Y qué estúpido había sido el viejo al dejarse derribar por un pequeño empujón de un brazo inesperado.

Ese maldito dinero del parque de atracciones. Setenta y tres mil, y con menos de la mitad habían puesto en marcha la campaña de Farrell. El resto había servido para abrirse camino aquí y allá, sobornos menores, un buen pico para Harold Calesian, cantidades menores para otros policías, un poco de silencio comprado a un hombre de Lozini llamado Tony Chaka, y hasta una parte para el mismo Buenadella. Y el hecho era que ni la habían necesitado. El maldito dinero había sido una sorpresa feliz, nadie lo había previsto, podrían haber salido adelante igualmente sin él.

Una sorpresa feliz. Y otra sorpresa inesperada: esos dos tipos, Parker y

Green.

Ahora, de repente, todo saltaba. Ese imbécil de Calesian había ido a matar a un policía; Lozini se estaba poniendo nervioso y suspicaz, Farrell estaba a punto de perder su imagen de señor íntegro, y el mismo Buenadella se había visto obligado a abandonar sus métodos administrativos y volver al sistema contundente de los viejos tiempos para poner un poco de orden. No pensaba hacerlo con gente del lugar, con Lozini o Frank Faran o Ernie Dulare. Pero estos forasteros, una pareja de ladrones sin contactos, eran peligrosos vivos y nadie los echaría de menos si estaban muertos. ¿Pero cuándo los detendría Abadandi?

Quizá no antes de que hubieran llegado aquí, a su casa, enviados por ese bastardo de Farrell. De modo que Buenadella tenía que hacer unas llamadas para organizar la reunión.

Aún sostenía el auricular en la izquierda. Contó hasta cinco después de terminar su conversación con Farrell y puso el dedo en el disco, esperando el tono.

No daba la señal de llamada. Buenadella marcó otras dos veces y de pronto se le ocurrió que Parker y Green habían cortado la línea, dejándolo incomunicado.

Pero escuchó una voz que decía:

– ¿Hola?

– ¿Qué? -Buenadella sintió que su cara enrojecía; esto ya era demasiado, la gota que colmaba el vaso-. ¿Qué mierda pasa? -gritó.

La voz dijo:

– Dutch, ¿eres tú?

– ¿Quién es? ¿Farrell? -No parecía la voz de Farrell.

– No. Tú sabes quién soy.

Al fin reconoció la voz: Calesian.

– ¡Por Dios! -exclamó-. ¿Qué pasa ahora?

– Consigue un teléfono que no esté intervenido -le respondió Calesian-. Tengo que hablarte.

– No hay ninguno -dijo Buenadella cabreado-, y, además, no tengo tiempo. Tengo muchos problemas.

– Entonces iré. Es importante.

– Como quieras. Ahora cuelga. Tengo que hacer unas llamadas.

– Llegaré dentro de diez minutos.

– ¡Corta!

Calesian colgó y Buenadella estaba a punto de hacerlo, cortando así la comunicación, cuando una voz desde la puerta, a sus espaldas, dijo:

– Y ahora cuelgue usted.

– ¡Mierda! -exclamó Buenadella, y arrojó el teléfono contra el cuadro de Montmartre más cercano.

XXVI

Cuando cruzó la puerta detrás de Parker, Grofield pensaba: «¡Por Dios!, si es un escenario de teatro, y no muy bueno». La estancia era un disparate, una combinación de tanta confusión y error que prácticamente se volvía una obra de arte, como las torres Watts. Era una biblioteca, o un estudio, o una oficina-en-casa; seguro que la familia lo llamaba «el cuarto de papá».

El empapelado imitando madera, muy oscuro, hacía que el cuarto pareciese más pequeño y cuadrado, ya pequeño y cuadrado de por sí, y lo oscurecía de tal modo que incluso un techo blanco y una alfombra blanca no hubieran dado mucha luz. Pero el techo estaba recubierto con un hule que imitaba vigas de madera, como un restaurante que tratase de imitar el ambiente de una vieja posada inglesa, y los cuadrados entre las falsas vigas habían sido pintados de un color albaricoque, mientras que el suelo estaba cubierto por una alfombra oriental con figuras de un rojo oscuro sobre un fondo negro, todo eso rodeado por una cenefa rojo oscuro.

Sólo faltaba una lámpara de petróleo adaptada a la electricidad y con una tulipa verde de cristal. Y no faltaba, estaba sobre la mesa de caoba a la derecha junto a un reloj cuyo cuadrante era la rueda de un cañón de madera; encima, en la pared, había fotografías en color de los cañones que defendieron Occidente enmarcados en terciopelo negro y verde.

El hombre que se hallaba en medio de la habitación, que colocaba el teléfono en la pared opuesta, se adecuaba tanto a la decoración que, por un momento, Grofield pensó que Parker y él se habían equivocado de casa. Este hombre era un comerciante, un pilar de la comunidad, un propietario que paga sus impuestos, un hombre con problemas proctológicos. Si Grofield no hubiera escuchado la conversación telefónica de Buenadella y si no hubiera visto al hombre arrojar el auricular con tal fuerza que rompió el papel pintado y destrozó el cristal de una horrible acuarela de la Avenue Junot, habría creído que habían cometido un error; éste no podía ser el gánster llamado Buenadella, el que estaba disputándole la supremacía a Lozini.

Pero en ese momento Buenadella se volvió hacia ellos y Grofield cambió de opinión. Mostraba una pesadez en la mandíbula, una frialdad en los ojos, que no eran atributos de un simple hombre de negocios. Era un hombre acostumbrado a abrirse paso no con la razón o con el dinero, sino con la intimidación. Le recordaba a Grofield a un tipo llamado Danamato, al que había conocido en Puerto Rico. Surgieron problemas cuando Danamato llegó a convencerse de que

Grofield había asesinado a la señora Danamato, y hablar razonablemente con él era como explicarle álgebra a un ladrillo.

Grofield se preguntó si Buenadella sería igual de cerril. Empezaba mal: señalándolos con un dedo, chilló:

– ¡Está bien, bastardos, ya han causado bastantes problemas por aquí! Les doy cuarenta y cinco minutos para que salgan de la ciudad y podrán vivir un poco más.

Ni Parker ni Grofield llevaban armas a la vista, pero los dos las tenían a mano por si eran necesarias. Una vez dentro de la habitación, Parker caminó hacia la izquierda, mientras Grofield cerraba la puerta y se dirigía a la derecha.

– Siéntese, Buenadella -invitó Parker-. Tenemos que hablar.

– ¡No hablo con ladrones! ¡Salgan de aquí y váyanse!

Grofield sacó del bolsillo la cartera de Abadandi y la arrojó sobre el escritorio.

– Probablemente quiera enviarle esto al pariente más próximo de Abadandi -dijo.

– ¿Qué? -preguntó Buenadella mientras su frente se llenaba de arrugas y toda su cara se aflojaba.

– Con una conmovedora carta -agregó Grofield-. Orgulloso de su hijo, soldado de primera clase, murió por salvar a su batallón; una gran pérdida, lo echaremos de menos. Podrán ponerle un marco y colgarla encima de la chimenea.

Buenadella se acercó al escritorio, cogió la cartera, la abrió y miró un par de documentos. Parker y Grofield esperaron hasta que él levantó la vista y la fijó en Grofield.

– ¿De dónde sacaron esto?

– De un hombre muerto.

– No lo creo.

Grofield se encogió de hombros.

Buenadella lo observó, lo pensó otra vez y arrojó la cartera sobre el escritorio.

– Hay más hombres de donde vino ése -dijo.

Grofield sonrió.

– ¿Todos así de buenos?

– Mandaré diez juntos -respondió Buenadella.

Parker se acercó.

– No mandará nada -le dijo-. Estamos aquí con usted, a solas. Y podemos terminar todo esto ahora mismo.

Buenadella miró a Grofield, luego a Parker.

– No tengo nada que terminar con ustedes.

– Setenta y tres mil dólares.

– Robados -dijo Buenadella-. Usted no tiene derecho alguno a ese dinero y no hay pruebas de que yo haya visto o tocado un solo dólar. ¿Quiere llevarme a los tribunales?

– Ya está en los tribunales -contestó Parker.

Grofield, con la voz sincera de quien trata de ayudar, dijo:

– Señor Buenadella, un consejo. Mi amigo es un hombre muy impaciente. No he conocido a nadie que soporte tan mal la frustración. Hasta ahora se ha mostrado muy tranquilo, no ha causado problemas, pero creo…

– ¡No ha provocado problemas! -Buenadella parecía realmente sorprendido, más allá de su papel de tipo duro-. Pero no se dan cuenta… -Hizo un gesto lento con las manos; le resultaba imposible encontrar las palabras para expresar lo que habían hecho.

– Créame -dijo Grofield-. Hemos estado aquí cinco días; todo lo que hemos hecho es buscar nuestro dinero, pero siempre nos salen con dilaciones. Hay unas elecciones en marcha, hay una guerra de bandas a punto de estallar, todas esas tonterías. Eso no nos importa en absoluto, todo lo que queremos son los setenta y tres mil dólares.

– ¡Han estado echando mierda sobre todo! -gritó Buenadella. Se comportaba como un hombre preocupado de verdad, entre furioso y razonable-. Han robado, han matado gente, han amenazado con armas al candidato a alcalde, están arruinando una operación personal que me ha llevado tres años preparar… ¿Y hablan de guerra de bandas? ¿Qué guerra? Todo estaba tranquilo hasta que ustedes llegaron.

– Si se nos hubiera devuelto el dinero -repuso Grofield-, incluso el viernes, no habría surgido ningún problema.

– Estoy harto de esta ciudad -dijo Parker-. Quiero irme de aquí, pero con mi dinero.

– Setenta y tres mil -apuntó Grofield-. En realidad, no es mucho. El precio de un negocio, eso es todo.

Buenadella había estado a punto de volver a gritar, pero cerró la boca de pronto y puso una mirada especulativa. La expresión «precio de un negocio» había tomado un lugar en, su cabeza; Grofield la podía ver crecer allí y volverse un hermoso árbol verde.

– Esperen un minuto -les pidió Buenadella. La silla del escritorio estaba a su izquierda; la atrajo hacia sí, se sentó, apoyó los brazos en el gran secante verde, miró hacia las ventanas.

Grofield miró a Parker, pero Parker miraba a Buenadella, y su rostro era

impenetrable, como siempre. Grofield se preguntó si Parker comprendía que habían ganado, que Buenadella iba a darles el dinero.

Sí, iba a hacerlo. Estaba sentado allí, dándole vueltas en la cabeza. Setenta y tres mil dólares para librarse de un problema; un precio alto, pero la alternativa significaba más problemas de los que ya había tenido y, además, les pagaría con el dinero de ellos, no con el suyo.

Y había más. Dentro de su pesada cabeza, Buenadella calculaba el asunto de los impuestos. Los setenta y tres mil vendrían de aquí y de allá, aparecían bajo distintas rúbricas en los libros de la compañía. ¿Y qué porcentaje le reduciría el gobierno, en forma de deducción por pérdida en los negocios? Si Buenadella pagaba setenta y tres mil en gastos de negocios deducibles, lo declaraba todo y bajaba su tasa a un tercio de eso, digamos veinticuatro mil, sólo pagaría cuarenta y nueve mil de su propio bolsillo. Y puesto que los setenta y tres mil no habían sido suyos al empezar, podía considerar la transacción como una ganancia de veinticuatro mil dólares netos.

Al fin, Buenadella rompió el silencio. Parecía dudar si dirigirse a Parker o a Grofield, y miró primero a Parker, pero finalmente se volvió hacia Grofield, quizá porque lo encontraba más amistoso.

– No puedo pagar toda la cantidad de una vez.

Grofield sonrió, no podía evitarlo. Como actor y como productor teatral, se había enfrentado más de una vez con esta mentalidad de hombre de negocios, y en este ejemplar la encontraba en su forma más desarrollada. Un delincuente pagaría o sacaría su revólver; era imposible pensar en un ladrón en términos de cuotas. Buenadella, por más delitos que cometiera, seguiría siendo más un negociante que un ratero. Y por eso sería posible arreglar el asunto con él.

Pero no así.

– Lo siento -respondió Grofield-. No podemos venir todos los meses a cobrar. Tiene que ser todo junto.

– Setenta y tres mil -pronunció lentamente Buenadella-es un buen paquete.

– Usted puede hacerlo.

– Y vienen a pedírmelo en un momento en que tengo necesidad absoluta de efectivo.

Parker dijo:

– Basta, Buenadella. Hay un solo modo de pagarnos, y usted sabe cuál es.

Grofield notó que los músculos del cuello de Buenadella se tensaban; el simple sonido de la voz de Parker lo irritaba. Y ahora, con la negociación en marcha y bastante adelantada, considerando las circunstancias, no tenía sentido volver a las hostilidades. De modo que para calmar a Buenadella, Grofield dijo:

– Estoy seguro de que usted puede hacerlo, señor Buenadella. Queremos

mostrarnos razonables.

– ¿Y creen que son razonables? -Pero lo decía de un modo teatral, no enfadado.

– Bien -repuso Grofield-, por supuesto, tenemos dos condiciones inamovibles: queremos un pago completo de la deuda y lo queremos en efectivo. Usted comprenderá nuestras razones.

Buenadella, el hombre de negocios, podía ver las razones, pero no quería verlas.

– Podríamos firmar un documento -gruñó-. Podríamos hacerlo legal y de esa manera podrían llevarme a los tribunales si no les pagara. Si firmo, les pagaré.

– No daría resultado, señor Buenadella -respondió Grofield con acento apenado-. Para cubrir un documento legal usted necesitaría mi nombre verdadero, por ejemplo, y no me gustaría darlo. Por no hablar de mi dirección.

– ¡Mierda! -Buenadella tamborileaba los dedos sobre el secante del escritorio con un ritmo apagado, como la marcha fúnebre de un enano-. ¿De dónde cree que voy a poder sacar tanto dinero? También podría mandarlos a la mierda, y hagan lo que quieran.

– Usted no sabe lo que podríamos hacer, señor Buenadella -dijo Grofield suavemente.

Buenadella levantó la cabeza y miró a Grofield, a quien le pareció que, por primera vez, el hombre tomaba en serio la amenaza. No sobreactuar, pensaba Grofield, no sobreactuar; ése es el modo más seguro de conseguir efecto.

– Es posible -respondió Buenadella, que seguía pensando-. Pero aun así necesito un par de días.

– Ahora -replicó Parker.

Grofield le dijo a Parker:

– Espera un minuto, oigámoslo. Él también tiene sus problemas.

– Mis problemas son ustedes -contestó Buenadella. Se encogió de hombros, pensativo-. Hoy no puedo hacer nada, por supuesto. Es domingo, todo está cerrado. Mañana empiezo. Pero si ustedes lo quieren en efectivo, me llevará un par de días.

– Un día -repuso Parker.

Buenadella los miró y decidió volver a hablarle a Grofield.

– No se puede reunir tanto dinero en efectivo así de rápido -dijo-. Usted sabe de qué hablo. De todos modos, estoy en un mal momento, con el verano, poca gente, estas elecciones…

– Bien -interrumpió Grofield-, creo que son las elecciones lo que molesta a mi socio. ¿Son el martes, no?

– Sí, el martes.

– Pasado mañana. -Grofield sacudió la cabeza, como si tuviese que dar malas noticias-. ¿Se da cuenta?, estas elecciones son importantes para nosotros. Es parte de la presión que podemos ejercer sobre usted.

– Si no paga el martes por la mañana -dijo Parker-, su hombre pierde. De un modo u otro, pierde.

– ¡No puedo hacerlo tan pronto!

– Puede, si realmente quiere -aseguró Parker-. Le diré esto: mañana por la mañana lo llamo, digamos a las diez y media, para ver cómo va la recolección.

– Habría preferido no enterarme nunca de la existencia de ese dinero -dijo Buenadella amargamente.

– Habría sido mejor para todos -convino Grofield-. No se moleste, salimos solos. -Miró a Parker, quien hizo un gesto afirmativo.

Grofield salió primero. Abrió la puerta, dio un paso en dirección al jardín, excesivamente cubierto de arbustos y macizos arbolitos, y vio al hombre del revólver en el preciso momento en que una luz roja y blanca se encendía en el extremo del cañón del revólver.

No hubo tiempo para hacer nada, ni siquiera para pensar. No oyó el sonido del disparo, pero sintió el golpe en el lado izquierdo de su pecho; fue como si lo hubieran golpeado con un puño de metal.

Lo hizo girar. Todo se volvió borroso, como un efecto especial de una película. «¡Me mató!», pensó desesperadamente Grofield, y se dejó caer por el cristal invisible de la vida.

XXVII

Parker no necesitó oír el disparo para saber que habían herido a Grofield. Le bastó ver a éste sacudirse bruscamente. Afuera había gente aguardándoles, probablemente oculta entre los matorrales, gente que, de alguna manera, Buenadella había puesto sobreaviso desde el mismo momento en que habían entrado en el local.

Pero habían empezado a disparar un segundo antes de lo debido. Parker saltó hacia la derecha, salió del campo de la puerta y al mismo tiempo sacaba su propia pistola. Terminar con Buenadella antes de nada, luego huir por la casa. No le interesaba saber cuántos había en el patio.

Sin embargo, dio media vuelta y vio a Buenadella; la palidez aterrorizada de su rostro le demostró que no había sido idea suya. La gente de afuera actuaba por órdenes de algún otro: Farrell, quizá, o Calesian. Buenadella no era tan buen actor para haber hecho toda la negociación con Grofield y tomar ahora ese aspecto de horror petrificado.

Sonó otro disparo, inmediatamente después del primero, y la bala se incrustó en la pared de la habitación. Grofield no se movía. Estaba herido, probablemente muerto. No tardarían ni un minuto en entrar. Parker se volvió algo más, le mostró a Buenadella el revólver en su mano y le hizo un gesto indicándole la puerta interior.

Todo había sucedido tan rápido que no había habido tiempo para hablar, pero Buenadella tartamudeaba algo mientras Parker abría la puerta y corría. No entendió ni una sola palabra, pero no se detuvo a preguntar. Cerró de un portazo y salió al pasillo, pasó una puerta a la derecha que debía conducir a la parte frontal de la casa y atravesó una sala vacía con una mesa de ping-pong en un rincón, un bar en otro y una televisión entre ambos. Llevaba la pistola en la mano derecha, pero la mantenía cerca del bolsillo por si se encontraba con algún miembro de la familia Buenadella.

Pasó caminando por un comedor lleno de gente, pero apenas si oyó el ruido de los cubiertos y las voces que conversaban. Los disparos en el patio no habían hecho mucho ruido y, aparentemente, en este lado de la casa no se habían oído.

Parker salió por la primera puerta que encontró; se hallaba en otra sala y la atravesó deprisa. Nadie lo seguía, lo que significaba que Buenadella no aprobaba los disparos en su casa; de todos modos, Parker se movía rápido y deseaba estar lejos para cuando decidiera qué hacer.

Pasó por una sala vacía y llegó finalmente a la puerta de la entrada. La abrió

ligeramente y echó una mirada a la calle, de la que estaba separado por el jardín de césped minuciosamente recortado y por algunos macizos de flores. Un Lincoln azul oscuro pasaba silenciosamente. Una furgoneta de reparación de televisiones estaba estacionada enfrente.

Nadie a la vista. Los arbustos eran demasiado pequeños como para ocultar a nadie y no había ningún otro sitio donde esconderse, salvo la furgoneta, que era con seguridad un camuflaje usado por la policía estatal o federal.

Y la furgoneta le daría a Parker su pasaporte. Podría haber hombres armados en las ventanas del primer piso que vieran a Parker, pero no harían fuego, con esa furgoneta estacionada allí. A cualquier policía oculto allí dentro le encantaría ver un tiroteo en el jardín de Buenadella; les daría todas las excusas que necesitaban para entrar en la casa y registrarla de arriba abajo.

De modo que no habría tiroteo en esta parte de la casa, aunque tratarían de seguirlo y esperarían a atraparlo en algún lugar más seguro. Ya les haría frente cuando eso sucediese.

Abrió la puerta, salió al sol y al aire caliente, caminó rápido pero indiferente hacia la calle. Giró a la derecha, caminó el resto de la manzana sin cambiar de paso.

Ahora, de regreso a ver a Lozini. Era hora de movilizarlo, de usarlo para que le diera la vuelta a la ciudad.

Lástima de Grofield.

XXVIII

Calesian disparó una segunda vez por encima de la cabeza del hombre que caía, hacia el otro tipo que venía detrás. Pero era un blanco más difícil, pues aún estaba en la semipenumbra del interior y disponía de unos segundos para empezar a ocultarse. Sin mirar, supo que había fallado, de modo que corrió hacia la puerta abierta, inclinándose y moviéndose en zigzag, tratando de no ser un blanco fácil en ningún momento.

Había venido aquí directamente después de la conversación telefónica con Buenadella, sólo para tener una idea de quiénes lo visitaban. Calesian había llegado por la parte de atrás, había cruzado varios patios bien cuidados, había tenido que esquivar a un gran danés, y una vez aquí, se había dirigido directamente a la puerta del jardín que conducía al estudio de Buenadella. Casi había empezado a abrirla cuando oyó voces dentro y quiso oír quién hablaba con Buenadella antes de presentarse.

Había espacios entre las cortinas anaranjadas que cubrían los ventanales; Calesian se había inclinado a mirar y cuando vio a Parker inmediatamente retrocedió y se ocultó entre las plantas para pensar en lo que estaba pasando.

Pues bien, Parker también había percibido algo, creo, a diferencia de Lozini, había ido directamente al cabecilla. ¿Había venido porque quería saber si Buenadella era el hombre que organizaba el relevo del jefe, o porque ya lo sabía?

De cualquier modo, lo cierto es que ya estaban allí dentro, hablando; Parker quería su dinero, no un montón de cadáveres, así que no mataría a Buenadella. Por otra parte, a Calesian no le convenía entrar en ese momento. Sería mejor esperar a que él saliera.

Eso fue lo que hizo. Salvo que Parker no estaba solo allí dentro; el otro, Green, también estaba presente, aunque cuando Calesian espió entre las cortinas no pudo verlo. Y ésa era la razón de que Calesian hubiera cometido un error.

Si hubiera sabido que Parker y Green estaban juntos, se habría mantenido oculto hasta que ambos hombres salieran completamente de la casa a la luz del día. Era rápido y hábil, se entrenaba todos los días con la pistola en el sótano de la comisaría y no dudaba de que habría podido salir y matar a los dos antes de que ellos pudieran sacar sus armas. Aunque fueran tan rápidos como los «cowboys» de las películas.

Pero no sabía que Green estaba dentro. De modo que se abrió la puerta, salió un hombre y Calesian salió de su escondite para matarlo y terminar con él de una vez por todas. Y fue en ese momento, cuando mantenía el brazo en la

postura de tirador, el codo contra el cuerpo y todo el brazo y la mano y el arma apuntando al corazón del hombre, cuando vio al segundo tipo que venía tras el primero, y comprendió el error.

Y eran rápidos. Los dos se movieron cuando él apretó el gatillo para su primer disparo. El primero no tuvo ninguna oportunidad, pero el segundo aún estaba dentro de la casa y se movía rápido, por lo que el segundo disparo fue fallido.

De modo que Calesian corrió, inclinado, y saltó por la puerta abierta a tiempo para ver cerrarse la puerta del otro lado del estudio. Y a Dutch Buenadella, de pie tras el escritorio, gritando algo que Calesian no oyó, o a lo que no prestó atención.

¡Maldita sea! En la casa. Ahora sí dentro de la casa, con la familia Buenadella presente. La situación no podía ser peor, pero el tipo no saldría vivo de aquí. Calesian atravesó el cuarto, abrió la puerta y algo agarró su brazo, lo empujó hacia atrás y lo hizo caer sobre la puerta lateral.

Buenadella, Calesian, sacudiendo el brazo para recuperar el equilibrio, vio que Buenadella volvía a cerrar la puerta y no pudo creerlo.

– ¡Dutch! -gritó, y volvió a abalanzarse sobre la puerta-. ¡Se escapa!

Pero el brazo de Buenadella no lo soltaba.

– ¡Maldito seas, hijo de perra, bastardo!, quédate donde estás o te juro por Dios que te volaré la cabeza.

El tono de su voz llegó a Calesian más claro que sus palabras. Se detuvo, jadeante, segregando adrenalina por todo su cuerpo, y al fin vio que el rostro de Buenadella estaba rojo de ira y que esa ira se dirigía contra él, contra Calesian.

– Vamos, Dutch -dijo él, aún sin aliento-. Podía haberlos liquidado a los dos.

– ¡Acababa de hacer un trato con ellos!

Calesian parpadeó. Bajó la pistola y miró desconcertado hacia el cuarto.

– ¿Hiciste qué?

– Un trato. ¿Sabes lo que es un trato, armenio imbécil? ¿Sabes algo que no sea matar gente? Iba a devolverles el dinero.

– No puedo creerlo -respondió Calesian mirándolo a los ojos.

– ¿No te das cuenta de que necesito un poco de calma? -Buenadella estaba inclinado sobre el otro y, aunque no le gritaba, le estaba recalcando cada una de las palabras-. ¿No te das cuenta de que necesitamos ganar las elecciones? Quiero apartar a un lado a Lozini sin problemas, sin preguntas, sin que nadie ande tirando tiros por mí. ¿No ves que podría haber arreglado todo el asunto sin violencia?

– ¡Maldita sea, Dutch! -respondió Calesian, razonable, pidiendo disculpas-,

¿cómo iba a saberlo? Esta mañana habías ordenado liquidarlos.

– No importa esta mañana. Vinieron aquí, hicimos un trato. -Buenadella señaló con la mano el cuerpo que yacía sobre el césped junto a la puerta-. Y ahora, mira.

– Todo lo que sabía es que querías verlos muertos. -Calesian se guardó la pistola procurando no llamar la atención del otro con su movimiento.

– Piensas que todos deberían estar muertos -dijo Buenadella disgustado-. Ese policía, O'Hara, ya fue bastante. Y ahora este tipo. ¿A quién más quieres matar?

Calesian se sintió terriblemente incómodo; en realidad, sintió que se ruborizaba.

– Escucha, Dutch… -contestó, pero no pudo seguir.

Buenadella lo miró incrédulo.

– ¡Dios mío! -exclamó-, entonces *hay* alguien más. ¿Quién?

– Al Lozini ha venido a verme -respondió Calesian-. A mi casa. Él…

– ¿Mataste a Al Lozini? ¿Sabes la cantidad de amigos que tiene Al en todo el país? ¿Te das cuenta…? -Buenadella se detuvo, abrió los brazos en cruz, miró al cielo-: Dame fuerzas.

– No tuve alternativa, Dutch. No quería hacerlo, te lo juro…

– ¿Que no querías? Nos has matado a todos, bastardo asesino. Karns, Culligan; hay docenas. Me permitían que hiciera retirar a Al, todo el mundo envejece, todos tienen que retirarse; hasta ahí todo va bien. ¿Pero *matarlo*? Conozco por lo menos tres tipos en lo más alto que son amigos de Al desde hace treinta años; mandarán un ejército cuando se enteren.

– No lo harán -dijo Calesian-. Nadie se toma tanta molestia por un muerto, no vale la pena.

– No van a querer negociar conmigo -respondió Buenadella-. Nunca más. Estoy terminado. Nadie querrá negociar conmigo. Incluso si les doy tu cabeza en una bandeja, si les digo que fue idea tuya y te castigo, no me creerán y no querrán negociar conmigo.

Todo eso era cierto y Calesian lo sabía. Se sintió desamparado, como si lo culparan injustamente por una serie de equívocos de los que en realidad no tuviera la culpa; miró a su alrededor, por el cuarto otra vez, y su mirada se posó de nuevo sobre el tipo yacente en el césped.

– Ellos -dijo-; podremos culparlos a ellos.

– ¿Qué?

– Esos dos tipos. Tu trato con ellos ya está arruinado de todos modos. Así que diremos que ellos mataron a Lozini al intentar recuperar su dinero.

– ¿Por qué iban a matar ellos a Lozini?

– Para negociar contigo. No estaban logrando nada con Lozini y sabían que tú eras, el sustituto, de modo que lo mataron y vinieron a verte para amenazarte con lo mismo y negociar con el siguiente. -Inclinándose, hablando con suavidad, Calesian dijo-: Funcionará, Dutch. Parecerá la verdad.

– ¡Dios -exclamó Buenadella, mirando a su alrededor y pensando en lo que acababa de oír-, qué maldito lío!

– Funcionará, Dutch.

– Pero se supone que Parker conoce a Walter Karns -repuso Buenadella-. ¿Qué pasa si es su palabra contra la nuestra?

– Tenemos que matarlo -afirmó Calesian. Viendo la expresión que se formaba en el rostro de Buenadella, agregó de inmediato-: No es que me haga feliz matar, Dutch, de verdad. Pero con ellos dos muertos se acaba el problema.

Buenadella echó una mirada al tipo sobre el césped.

– ¿Está muerto?

– Por supuesto.

– Échale una mirada.

Calesian se encogió de hombros, se acercó al cuerpo y le dio la vuelta. Manaba sangre del pecho, del lado izquierdo, en la parte superior. Demasiada sangre y demasiado arriba en el pecho. Con cara de disgusto, Calesian tocó al tipo en un lado del cuello y, ¡maldita sea!, había pulso. El pulso seguía haciendo fluir sangre por la herida.

Había sido culpa del segundo, que lo había distraído. La bala se había desviado cinco centímetros del lugar preciso.

Buenadella estaba al lado de Calesian, mirando con enfado.

– ¿Está muerto de verdad?

Sin mirarlo, con repugnancia, Calesian contestó:

– No.

El miedo en Buenadella volvió a transformarse en ira.

– ¡Maldito seas! Ni siquiera *eso* puedes hacer bien. Lo único que sabes hacer es matar y ni siquiera sabes hacerlo bien.

Calesian, después de todos estos insultos, sentía crecer dentro de sí una cólera sorda, pero no quería dejarse llevar. Podía defenderse, podía responder con gritos e incluso podía darle un puñetazo a Buenadella en la cara. Pero todo lo que hizo fue quedar con una rodilla en tierra junto al hombre agonizante y observar la sangre, mientras las frases de Buenadella proseguían.

XXIX

Parker se encontraba especialmente inquieto. Una especie de furia y frustración le estremecían. Ya habían transcurrido veinte largos minutos desde su llegada a la casa de Lozini cuando ordenó al mayordomo que llamara a Shevelly, a Faran, al gordo abogado Walters y al elegante contable Simms para preguntarles si sabían dónde había ido Lozini, pero ninguno de ellos supo darle una respuesta afirmativa. Sus paseos por la sala, consciente de la preocupación de la familia Lozini, que se encontraba en el piso superior, le producían un gran desasosiego. Decidió que no podía esperar más; él mismo cogió la guía de teléfonos y buscó el número de Harold Calesian.

Figuraba también una dirección, un lugar llamado Elm Way. Parker arrojó la guía sobre una silla y le dijo al mayordomo:

– Cuando vuelva el señor, dígale que permanezca aquí. Me pondré en contacto con él.

– Sí, señor.-El mayordomo tenía la cara pálida y los pómulos muy acentuados, como alguien que estuviera aterrorizado, aunque sin saber por qué. Se dio prisa para abrirle la puerta de la calle a Parker, luego pareció no querer cerrarla hasta que Parker se hubiera alejado, como si éste pudiera tomar esa actitud como un insulto.

Parker se dirigió en su coche hacia la estación de servicio más cercana y obtuvo información sobre Elm Way. Para llegar a la dirección que había logrado obtener era preciso cruzar por el centro de la ciudad, de ahí que el empleado le recomendase que era mejor coger la carretera Belt y entrar en la ciudad por el lado opuesto.

El aspecto de Elm Way parecía algo suburbano, con sus casas campestres emplazadas en verdes jardines y comunicados por pequeñas calles serpenteantes. Pero cuando llegó allí, Parker se encontró con algo diametralmente distinto: las calles eran rectas y flanqueadas por altos edificios de apartamentos, propios de la clase media alta, y con menos de diez años de antigüedad.

El edificio de Calesian era el más grande; ocupaba una manzana entera del lado derecho de la calle. Las plantas, en la entrada del edificio, parecían demasiado verdes, como si fueran artificiales, como si fueran a seguir allí durante el invierno, desafiando a la nieve.

En el sótano había un garaje para los vecinos del edificio. Parker bajó por la rampa iluminada con luz fluorescente y encontró vacíos casi todos los sitios; era domingo, y el domingo los coches salen. Estacionó el Impala en un lugar

próximo a la salida y cogió el ascensor hasta el primer piso, donde los buzones le indicaron que el apartamento de Calesian era el 9-C, en el último piso. Fue hasta allí, llamó dos veces al timbre y, finalmente, abrió la puerta con una tarjeta de crédito.

El apartamento estaba frío, el aire helado y seco. Parker se movió en silencio por el recibidor, miró la sala y el paisaje de Tyler más allá de las puertas cerradas de la terraza. Vio un bulto envuelto en plástico sobre el suelo cerca de las puertas y fue a inspeccionar el resto del apartamento.

Estaba vacío. Ninguno de los cajones o armarios contenía nada que él quisiera conocer o examinar, Calesian no era el tipo de individuo que deja por ahí pruebas culpabilizadoras.

Por último volvió hacia la sala. Pensó que ya sabía lo que era el bulto envuelto en plástico sobre el suelo. Se arrodilló y estiró una punta del plástico brillante.

Sí. Lozini.

XXX

Mientras conducía por la ciudad, Ted Shevelly se sentía muy nervioso. En primer lugar no le agradaba ir a la casa de Dutch Buenadella, y mucho menos si era Harold Calesian quien le había ordenado ir. Y para empeorar las cosas, no pudo encontrar a Al Lozini para comentarle la situación y descubrir de qué se trataba.

Cuando se adentraba en la calle de Dutch, vio la furgoneta de reparación de televisiones y supo que eso significaba que los federales o el DIC estatal estaban registrando su llegada, pero no se preocupó mucho. La policía ya sabía quién era él y poco importaba si visitaba a Dutch Buenadella o no. Además, el problema principal no era la policía. Al menos, no la policía de fuera. Su problema principal era el policía de dentro, Calesian.

Fue una de las feas sirvientas de Buenadella quien lo condujo hasta la oficina, donde Buenadella estaba sentado tras su escritorio, con aspecto desasosegado e infeliz, incluso algo enfermo, mientras Calesian se paseaba de un lado a otro con pasos lentos y medidos, la cabeza inclinada hacia el suelo, obviamente pensando. Miró a Shevelly y se detuvo en medio del cuarto para decir:

– Hola, Ted.

Shevelly consideró importante mantener la jerarquía. No sabía a qué obedecía ese sentimiento, pero lo obedecía siempre.

– Hola, Dutch -le dijo a Buenadella, y luego se volvió para saludar a Calesian-: Harold.

Pero ya era tarde para mantener las jerarquías. Calesian había tomado la voz cantante y Shevelly no tardó en darse cuenta de ello. Buenadella estaba en su escritorio, con aspecto preocupado, y sus ojos no se apartaban de Calesian; era éste el que hablaba, con voz dura y autoritaria, mientras reanudaba su paseo.

– Tenemos un problema, Ted -dijo-. Parece que Parker y Green mataron a Al Lozini.

– ¿Qué?

– Lo siento, Ted -Calesian se detuvo para tocar el brazo de Shevelly, y luego siguió-: Sabía que estimabas mucho a Al, y lamento decírtelo así.

– ¿Qué diablos…? -Shevelly no podía aceptarlo-. ¿Por qué?

– Creo que se impacientaron -contestó Calesian-. Supongo que fue por eso, por impaciencia. Estudiaron la situación y decidieron que Dutch sería probablemente el número uno si Al moría, de modo que lo liquidaron y se

pusieron en contacto con Dutch para decirle que si en veinticuatro horas no reunía los setenta y tres mil dólares lo matarían a él y tratarían con Ernie Dulare.

– ¡Dios santo! -exclamó Shevelly.

– Todo sucedió esta mañana -explicó Calesian-. Dutch me llamó y entre los dos preparamos una encerrona; Dutch les dijo que vinieran aquí a recoger el dinero. Cuando vinieron herimos a uno, pero el otro se escapó.

– ¿Cuál?

– Parker.

– Tiraste contra el que no debías -dijo Shevelly.

– Los dos son pájaros de cuidado -contestó Calesian-. Lo que pasa es que Parker es más notorio, eso es todo… Lo que importa es que todavía anda por ahí. Tenemos que liquidarlo antes de que cause más problemas. Ya tenemos suficiente con las elecciones del martes.

Shevelly se pasó la palma de la mano por la frente:

– Todos estos malditos asuntos a la vez -comentó-. Y Al… no puedo creerlo.

Buenadella intervino por fin:

– Yo quería a Al Lozini -aseguró.

Su voz temblaba el decirlo; Shevelly, al mirarlo, sospechó que el temblor se debía más al miedo que al afecto, pero no hizo ningún comentario.

– El asunto -volvió a decir Calesian-es terminar con Parker. Tenemos que atraerlo de nuevo y liquidarlo.

– ¿Atraerlo? -preguntó Shevelly-. ¿Cómo?

– Sé cómo ponerme en contacto con él -agregó Calesian-. Puedo arreglar un encuentro con él, una reunión. Tú vas a verlo, le cuentas la historia y él viene.

– Estás loco -dijo Shevelly-. ¿Por qué va a querer encontrarse conmigo? Creerá que es otra trampa.

– Le dejaremos elegir el lugar a él -contestó Calesian-. No será una trampa, así que nos da lo mismo el sitio. Lo importante es contarle la historia; eso lo hará venir.

– ¿Qué clase de historia -preguntó Shevelly-crees que puede hacer venir a Parker a un sitio donde puedes atraparlo?

– Una historia con pruebas -respondió Calesian. Fue al escritorio de Buenadella y cogió una cajita blanca, del tipo de las que traen los gemelos o los anillos baratos, rellenas con algodón. Shevelly notó que Buenadella miraba la caja con repugnancia y torcía los labios, como si estuviera a punto de vomitar.

Calesian le entregó la caja a Shevelly.

– Esta prueba -dijo, y abrió la caja. Dentro, en el inevitable algodón, había un dedo cortado justamente por la segunda articulación.

XXXI

Cuando Parker regresó a casa de Lozini, el mayordomo le dijo:

– Hubo un aviso telefónico para usted. Pero no del señor Lozini.

No, no de Lozini.

– ¿De quién? -preguntó Parker.

– Del detective Calesian. Dejó un número para que usted lo llamara.

Parker miró al trozo de papel: un nombre, siete números.

– ¿Este número significa algo para usted?

– Sí, señor -respondió el mayordomo. En la última hora había perdido el miedo, o se había acostumbrado a él; fuera como fuera, ahora estaba mejor y actuaba más relajado-. Es uno de los números de la casa del señor Buenadella -dijo.

– Perfecto -contestó Parker-. Llame a Dulare, a Shevelly, a Faran, a Walters y a Simms. Quiero verlos aquí a los cinco ahora mismo. Usaré este teléfono, usted use el otro.

El mayordomo lo miró indeciso.

– ¿No se opondrá el señor Lozini? No me dejó instrucciones…

– Usted conoce esos cinco nombres -le interrumpió Parker-. El señor Lozini quiere que vengan aquí.

Al mayordomo esto le pareció sensato.

– Está bien -respondió-; sólo quería asegurarme.

Parker fue al teléfono y un segundo después el mayordomo se iba. Parker marcó el número del papel, a la primera señal de llamada respondió la voz de Buenadella, trémula.

– ¿Sí? ¡Hola!

– Parker.

– Oh. -Buenadella parecía casi aliviado, como si cualquier otro pudiera darle peores noticias-. Escuche, Parker -dijo-, no fue idea mía. Fue un error.

Un error de Calesian; Parker ya se lo había imaginado. Y Calesian estaba en el despacho con Buenadella, por eso éste lo había identificado por su nombre.

– ¿Parker?

– Aquí estoy.

– No contestó.

– No sabía que hubiera terminado -respondió Parker.

– No… en realidad no he terminado. -La voz de Buenadella se volvía cada vez más nerviosa, como la de un estafador a punto de venderse a sí mismo. El

problema de Buenadella es que no era suficientemente delincuente; podía enredar a alguien como Lozini cuando se trataba de política o de negocios, pero un trabajo como el de Lozini no era para un político o un comerciante. Buenadella lo habría descubierto tarde o temprano; podía considerarse afortunado de haberlo descubierto antes de probarse la corona.

– ¿Parker?

– Si tiene algo que decir, Buenadella, adelante, dígalo.

– Sobre su socio…

– Ése no es el asunto.

– Está bien. El dinero.

Otra maldita pausa. ¿Qué quería Buenadella, hablar del tiempo, cómo está su esposa y sus hijos, qué le parecieron los delfines de Miami? Una maldita comida de negocios por teléfono.

– Tengo prisa, Buenadella -dijo Parker.

– Quiero una entrevista. -Lo dijo de un tirón; se había decidido al fin a decir la mentira.

– ¿Para qué?

– Para… para explicarnos. Para hacer otro trato.

– ¿Dónde y cómo?

– Donde usted diga. Y no será conmigo, ni con Calesian, ni con ningún otro de los míos. ¿Conoce usted a Ted Shevelly, no?

– Sí.

– No trabaja para mí, en absoluto. Es fiel a Lozini.

Parker lo creyó. Era sensato mandar un cordero al matadero.

– Está bien.

– Él llevará el mensaje -dijo Buenadella-. Usted se encontrará con él, hablarán y tomará su decisión. ¿De acuerdo?

– ¿Dónde está Shevelly ahora?

– Aquí, conmigo. Puede hablarle en persona, acuerde la cita del modo que le parezca mejor. Le juro por Dios, Parker, que lo que pasó fue un error. Yo hablé de buena fe.

Parker creyó eso también. Lo que no creía era que Buenadella negociara ahora de buena fe.

– Llame a Shevelly -le dijo.

– Un minuto.

Shevelly, cuando habló, parecía asustado y desconfiado, como si él también temiera una emboscada y no supiera si iba a salir vivo o muerto de ella. Dijo:

– ¿Parker?

– ¿Cómo es su coche?

– Un Buick Riviera marrón. Matrícula cinco-dos-cinco, J-X-J.

– Salga por la carretera Belt y vaya despacio -le indicó Parker-. Me pondré en contacto con usted.

– ¿Qué coche tengo que buscar?

– Lo reconocerá -respondió Parker, y colgó. Fue a buscar al mayordomo, que seguía al teléfono-. Olvide a Shevelly -le dijo-, voy a verlo ahora.

– Sí, señor.

– ¿Consiguió comunicar con los otros?

– Al señor Faran y al señor Dulare conseguí localizarlos. Ahora estoy tratando de comunicar con el señor Simms y el señor Walters.

– Cuando vengan, dígales que esperen hasta que llegue yo o Lozini.

– Sí, señor.

Parker dio un paseo alrededor de la casa, hacia un aparcamiento de cuatro plazas que había junto a la cancha de tenis. Sólo dos estaban ocupadas, una por un Mercedes Benz de color bronce y la otra por un Corvette rojo. Las llaves estaban puestas en ambos coches y Parker escogió el Mercedes porque sería el primero que Shevelly asociaría con Lozini. Se dirigió de inmediato a la carretera Belt y se detuvo en una rampa hasta que vio pasar al Buick Riviera marrón. Lo siguió a bastante distancia, observando el tráfico, y no vio que nadie siguiera a Shevelly, de modo que aceleró hasta quedar a menos de un coche de distancia de la defensa del Riviera. Tocó el claxon hasta que vio a Shevelly mover la cabeza y observar por el espejo retrovisor.

Perfecto; Shevelly reconocería el coche y sabría que él lo había localizado. Ambos iban por el carril de la izquierda; Parker pasó al central y aceleró; adelantó a Shevelly y, al pasar, vio la dureza del rostro y la rigidez del cuerpo.

El Mercedes era un animal fuerte y ágil, más toro que caballo. Era poderoso y respondía, pero no había suavidad en sus mandos. Sería un buen coche para salir huyendo de algún lado.

El tráfico del domingo, a primera hora de la tarde, era moderado, en su mayoría conductores sin prisa, que dejaban bastantes huecos para ir a la velocidad que uno quisiera. Parker siguió acelerando para ver si Shevelly era buen conductor, pero cuando el Buick comenzó a quedarse muy atrás, aminoró la marcha, tomó por un desvío cualquiera y giró a la derecha, hacia el centro de la ciudad.

Se adentró en un bloque de pequeñas casas a pocos metros unas de otras, la mayoría con pequeños porches en la entrada. Parker giró cinco o seis veces por el laberinto de estrechas calles antes de asegurarse de que nadie seguía a Shevelly, y luego buscó un sitio donde aparcar.

Encontró uno perfecto, una manzana llena de tiendas, todas cerradas: una

tintorería, una carnicería, una discoteca, cosas así. El tráfico aquí no existía y sólo había tres coches aparcados en toda la manzana.

Parker se detuvo enfrente de una tienda de ropa para niños y Shevelly aparcó detrás. Parker esperó donde estaba, y medio minuto después Shevelly salió del Riviera, caminó vacilando y se sentó en el asiento delantero del Mercedes junto a Parker.

– Trajo el coche de Al -dijo.

– Lo reconoció.

– Al era mi amigo -afirmó Shevelly. Parecía decirlo con sinceridad.

De modo que le habían dicho que Lozini estaba muerto. Le sorprendía que hubiera aceptado hacer de mensajero para ellos después de saberlo, pero quizá pensaba que lo único que le quedaba por hacer era unirse a los vencedores. Parker no tenía nada que decir sobre Lozini.

– Usted trae un mensaje para mí -dijo.

– Es cierto. -Shevelly buscó en el bolsillo de la chaqueta y Parker le mostró la pistola. Shevelly se petrificó y dijo-: No tema, busco un paquete.

– Despacio.

– Sí, despacio.

Muy lentamente, Shevelly sacó la mano del bolsillo, y en ella apareció una pequeña caja blanca.

– Es esto -dijo, y se lo tendió a Parker.

Parker aún tenía la pistola en la mano.

– Ábrala usted -le ordenó.

Shevelly lo pensó, luego asintió. Quitó la tapa de la caja y le mostró a Parker lo que había dentro.

Parker miró el dedo. La primera articulación estaba algo doblada y el dedo parecía descansar, tranquilo, en paz. Pero en el otro extremo había pequeñas gotas de sangre oscura y manchas en el algodón.

– Su amigo está vivo -dijo Shevelly-. Esta es la prueba.

Parker lo miró y esperó.

Shevelly parecía incómodo, pero parecía dispuesto a terminar de una vez la escena. Casi como si tuviera una cuestión personal con Parker.

– El trato es -comenzó-que usted venga a casa de Buenadella. Allí es donde está Green. Lo tienen en una cama y han llamado al médico. Venga mañana al mediodía, le darán el dinero y podrá llevarse a Green. Buenadella le facilitará una ambulancia para que usted se lo lleve a cualquier lugar fuera de la ciudad. A cualquier parte del país.

Parker miró el dedo.

– Eso no prueba nada -contestó.

– Si no va a casa de Buenadella mañana al mediodía -aseguró Shevelly-, le mandarán otro dedo. Y otro dedo cada día que pase, y después seguirán con los dedos de los pies. Para probarle que sigue vivo y que no es un cadáver en descomposición.

– Y si voy mañana, me entregarán a Green, me facilitarán una ambulancia para llevarlo y, además, me darán el dinero.

– Exacto.

– ¿Usted cree eso, Shevelly?

– Está vivo -insistió Shevelly-. Lo vi, está mal, pero está vivo.

– Buenadella actúa como negociador -dijo Parker-, pero Buenadella ya no está al mando. -Hizo un gesto con la pistola hacia el dedo en la caja blanca-. Calesian es el que lo controla todo ahora.

– Fue una estupidez matar a Al Lozini -aseguró Shevelly.

Parker lo miró, contempló su rostro frío e irritado.

– Oh. De manera que le dijeron que lo hice yo.

Shevelly no dijo nada. Parker, estudiándolo, vio que no valía la pena discutir con él y ya no podría confiar en él ni utilizarlo. Hizo un gesto hacia Shevelly con la pistola.

– Salga del coche -dijo.

– ¿Qué?

– Salga. Deje la puerta abierta y retroceda en la acera, mirándome.

– ¿Para qué? -preguntó Shevelly.

– Tomo mis precauciones. Hágalo.

Intrigado, Shevelly abrió la puerta y se paró en el césped de la acera. Dio un paso y se volvió hacia el coche.

Parker se inclinó hacia la derecha, dirigiendo la pistola hacia la cabeza de Shevelly. Este leyó su intención y levantó las manos en un gesto de protección.

– ¡Sólo soy un mensajero! -gritó.

– Éste es el mensaje -le respondió, y disparó.

XXXII

Natham Simms solía practicar habitualmente la natación en la piscina situada en la parte de atrás de la casa. A su edad, era difícil mantenerse en forma, borrar esos rollos de grasa que le salían a ambos lados de la cintura, impedir que la barriga le colgase como si hubiera tragado una pelota de fútbol, no jadear como una morsa después de hacer el amor con Donna. Se suponía que la natación era buena para todo eso, de modo que siempre que el tiempo se lo permitía, Simms hacía agotadoras sesiones de natación, yendo de un extremo a otro; llevaba la cuenta de la cantidad de brazadas que daba y de vez en cuando se echaba de lado, como un muñeco deshecho, en la acera que bordeaba la piscina, oyendo latir su corazón mientras esperaba a que le volviesen las fuerzas.

Salió Elaine, protegiéndose los ojos del sol con una mano, como un indio que mirara a lo lejos una caravana. Hacía diez años que ella había dejado de preocuparse por mantenerse en forma y ahora era una mujer gorda con mala digestión y perpetuo malhumor.

– ¡Al teléfono, Nate! -gritó, y logró darle al tono de su voz una inflexión que indicaba que la llamada era inoportuna y que la había interrumpido en algo muy importante que estaba haciendo.

Simms, por el contrario, recibió la llamada como una bendición, era la excusa perfecta para dar por finalizada la sesión de natación. Subió trabajosamente los escalones y, cuando hubo salido de la piscina, Elaine ya había desaparecido dentro de la casa. También agradeció esto; la presencia de Elaine, en estos últimos años, le resultaba deprimente.

Chorreando, entró en la casa y usó el teléfono de pared de la cocina.

– ¿Hola?

Era Harold, el mayordomo de Al Lozini.

– El señor Lozini quiere que venga de inmediato a su casa.

¿Qué pasaría? Un nudo de aprehensión se formó en el estómago de Simms.

– Ahora voy para allá -contestó, y colgó, y subió a su dormitorio a vestirse. Mientras se ponía unos pantalones color ciruela, botas de ante marrón, una camisa blanca de cuello cisne y una chaqueta de madrás, pensaba en la reunión de la noche anterior con Dutch. «¿Habrían matado a Parker y a Green? ¿Habría salido algo mal, se había enterado Al de toda la verdad?», se preguntaba.

Estos últimos días lo estaban destruyendo. Deseaba que todo terminase, que el polvo volviera a sedimentar y que él se encontrara tranquilo y a salvo en la nueva situación, con más dinero y más poder y más que ofrecerle a Donna.

Fue en su coche a la casa de Lozini, donde fue recibido por el mayordomo.

– ¿El señor Lozini está en su despacho? -le preguntó Simms.

– No ha venido todavía, señor Simms. ¿Querría esperarlo en la sala?

– ¿No está? ¿Adónde fue?

– Salió esta mañana. Creo que va a volver pronto.

Esa respuesta no era satisfactoria, pero Simms supo que era la única que conseguiría, de modo que hizo un gesto de descontento y pasó a la sala, donde encontró a Frank Faran junto a la ventana, agitando una bebida incolora en un vaso alto. Una rodaja de limón en la bebida sugería que quizá fuese un *gin-tonic*.

Frank se volvió y recibió a Simms con su sonrisa profesional y con un saludo con el vaso.

– ¿Qué tal, Nate? Tienes el pelo mojado.

– Estaba en la piscina.

– ¡Harold! -gritó Faran. Cuando apareció el mayordomo en el umbral, Faran hizo un gesto y le dijo a Simms-: Toma un trago.

– No, gracias -contestó Simms. Estaba preocupado por la cita, la razón por la que estaba allí, y quería preguntarle a Faran. Pero pensó que un trago podría calmarlo y le dijo-: Espere. Está bien. Tomaré un *gin-tonic*.

Levantando el vaso, Fran dijo:

– Es ron, no ginebra.

– Está bien. No, ginebra. No, espere, probaré el ron.

El mayordomo salió y Faran sonrió a Simms:

– Pareces nervioso, Nate. ¿Problemas en casa?

– Estoy bien -contestó Simms-. ¿Para qué nos habrá llamado?

– No sé -respondió Faran-. Probablemente algo relacionado con Parker y Green.

– Preferiría que nunca hubieran aparecido.

– Amén -añadió Faran, y en ese momento apareció Jack Walters, absurdo en una camisa blanca de manga corta, abierta en el cuello, y con unos pantalones de algún traje. En la mano derecha traía un pañuelo hecho una bola, y cada vez que lo levantaba para secarse la frente, parecía que era la primera vez en su vida que intentaba hacer ese movimiento, que le resultaba difícil, casi imposible de ejecutar.

– Buenas tardes -dijo.

– Pareces acalorado -comentó Faran-. Cuando vuelva Harold pídele una copa.

– No, gracias. ¿Dónde está Al?

– Salió. Se supone que debemos esperar.

Simms se dirigió a Walters:

– Jack, ¿sabes de qué se trata?

– No tengo ni idea.

El mayordomo trajo la bebida y Simms tomó un sorbo, mientras Faran y Walters charlaban animadamente. Estaban todos de pie, como en una fiesta con pocos invitados. Simms encontró que el ron con tónica era más dulce de lo que había esperado, pero no estaba mal. Bajó el vaso y comprobó, asombrado, que había bebido más de la mitad.

– Enseguida vuelvo -dijo, y puso el vaso sobre una consola. Pero cuando estaba a punto de salir de la sala, entró Ernie Dulare y cambió de idea.

Dulare controlaba todo el juego de la ciudad, todo, salvo la lotería ilegal, a cargo del propio Simms. Era un hombre alto y tranquilo, de poco más de cincuenta años; por lo general, usaba chaquetas y camisas sin corbata y sus frecuentes viajes a Las Vegas y al Caribe le habían dado un bronceado más oscuro y brillante que el que podía lograrse con el sol de Tyler. Tenía una voz que Simms comparaba con la de un locutor de radio, suave, pero con un regusto melifluo. Su presencia siempre ponía muy nervioso a Simms, irracionalmente.

Hubo gestos de saludo que Simms apenas pudo soportar, hasta que por fin pudo preguntar con aspecto indiferente:

– Ernie, ¿sabes por qué nos citó Al?

– No tengo ni idea -respondió Dulare. Su ignorancia no parecía preocuparlo-. Me llamó y vine. Hace bastante que no veo a Al. ¿Dónde está?

– Va a venir enseguida -contestó Faran.

– Perdón -dijo Simms, y fue a hacer una llamada telefónica al recibidor, pero allí estaban los dos guardaespaldas de Dulare, dos hombres fuertes con trajes color pastel, hablando de deportes.

Los guardaespaldas eran, por lo que sabía Simms, el único capricho de Ernie Dulare. Ya nadie andaba así, no era necesario. Ni siquiera Al Lozini andaba rodeado de guardaespaldas. Pero Dulare, que viajaba mucho y asistía a cantidad de fiestas y pasaba mucho tiempo en público, jamás se movía sin sus dos gorilas. No los necesitaba, pero evidentemente a Dulare le encantaba tenerlos; como un pistolero profesional en el antiguo oeste que prefiriese los revólveres con cachas de nácar por más que las convencionales fueran más seguras y llamaran menos la atención.

Dada la presencia de los dos guardaespaldas en el recibidor, Simms fue a buscar otro teléfono. Oyó movimientos en el piso superior; probablemente era la señora Lozini y su hija casada, cuyo marido estaba preso por haber falsificado un cheque. Había sido su primer delito y habría podido salir bajo fianza si no hubiera sido yerno de Al Lozini; el juez quería demostrar que no estaba sobornado.

Había un teléfono en la biblioteca, una estancia llena de revistas y libros religiosos. Simms llamó a Donna y cuando oyó su voz clara y feliz, le sonrió al teléfono.

– Hola, querida -dijo-. Soy yo.

– Hola. -Él podía verla en su cocina roja y amarilla, reclinada en la pared junto al teléfono, los pies cruzados-. Hace mucho tiempo que no te veo, forastero.

– Sabes que a veces hay cosas -respondió-. Escucha, ahora estoy en una reunión, pero ¿qué te parece si voy en cuanto acabe?

– Me encantaría. ¿Cuánto durará?

– No sé. Estamos esperando a Lozini. Pero no tardará mucho. Te llamaré nada más terminar.

– No es necesario que llames -dijo ella-. Estaré esperándote.

«Me quiere», pensó Simms y sintió expandirse en su pecho la ternura.

– Eres una chica preciosa -le dijo.

Se rió. En realidad lo quería.

– No tardes mucho -le pidió.

– No.

Colgó y volvió a la sala. Cuando pasaba por el recibidor, los guardaespaldas lo miraron con indiferencia. En la sala, Dulare, Walters y Faran estaban en grupo de pie junto a la ventana, hablando. Dulare terminaba la bebida de Simms.

XXXIII

Cuando Parker regresó a la casa de Lozini, dos hombres corpulentos en el recibidor habían interrumpido su conversación para mirarlo. Uno dijo:

– ¿Busca algo, amigo?

Parker los miró.

– ¿Quién trajo el ejército? No fue Faran, ni Simms, ni Walters. Ustedes vienen con Dulare.

– ¿Quiere ver a alguien?

– No a ustedes -respondió Parker y les señaló la sala. Cuando dieron un paso hacia él, les mostró el revólver-. Vayan delante -les dijo.

Los dos observaron el arma y se miraron. Lentamente, comenzaron a levantar las manos.

– No les dije que levantaran las manos. Les dije que fueran a la sala.

No parecía agradarles la idea de aparecer ante su jefe reducidos por alguien, pero no había alternativa. Con un aspecto dos veces más duro que el que mostraban habitualmente, sacudiendo los hombros como si usaran hombreras de rugby, se volvieron y caminaron hacia la sala.

Los cuatro hombres que conversaban junto a la ventana miraron, primero con indiferencia, luego con curiosidad y sorpresa, hacia los recién llegados. Sólo uno de ellos era desconocido para Parker, así que ése debía ser Dulare. Dirigiéndose a él, Parker dijo:

– ¿Son suyos?

Dulare, un hombre alto y bronceado con modales autoritarios, arrugó la frente y preguntó:

– ¿Cuál es el problema?

Frank Faran sonreía.

– Señor Dulare -dijo-, le presento al señor Parker. Señor Parker, el señor Dulare.

– Ya sé quién es -contestó Dulare-. Ahora quiero saber qué está haciendo.

Uno de los guardaespaldas dijo:

– No sabíamos quién era, señor Dulare.

Faran, sin dejar de sonreír, explicó:

– Trataron de detenerlo, Ernie, eso es lo que pasó.

Era evidente que a Dulare no le gustaba nada lo que sucedía. Estaba furioso con sus guardaespaldas y furioso con Parker, pero comprendía que no podía decirle nada a ninguno sin hacer el ridículo, de modo que se volvió hacia Faran y

le dijo:

– No necesito tu ayuda, Frank.

Faran, ofendido, dejó de reír. Tras un segundo se encogió de hombros y se dio la vuelta, bebiendo ostensiblemente un largo trago de su vaso.

– Mande a estos dos a casa -dijo Parker a Dulare.

– Ellos se quedan conmigo -respondió Dulare-. Y guarde esa arma, nadie está exhibiéndolas aquí.

Un par de sillas imitación victoriana flanqueaban una imitación de mesa Sheraton al otro lado de la sala. Parker señaló en esa dirección con el revólver y dijo:

– Dígales que se sienten allí. Vine a hablar, no a perder tiempo.

– ¿Quién nos citó aquí, usted o Lozini?

– Voy a hablar en nombre de Lozini.

– Cuando entré -le dijo Walters a Dulare-, Harold me dijo que debíamos esperar a Al o a Parker.

Dulare vaciló, luego hizo un gesto colérico con los brazos y les dijo a sus dos hombres:

– Sentaos allí.

Los dos marcharon, cabizbajos, y Parker guardó el arma. Le preguntó a Dulare:

– ¿Qué sabe de todo lo que está sucediendo?

– Lo que sé es que usted está causando problemas -contestó Dulare-. ¿Dónde está Lozini?

– ¿No se ha enterado de lo de Buenadella? -preguntó Parker.

– ¿Dutch? ¿Qué pasa con él?

Parker miró a Faran, luego a Simms, después a Walters. Le preguntó a Walters:

– ¿Nadie le va a decir nada a este hombre?

Walters estiró sus manos regordetas.

– No sabíamos, por supuesto, si él… -Hizo un gesto desolado; trató de ser un movimiento sutil, pero con la torpeza de Walters resultó mecánico e incomprensible.

Aun así, Parker lo entendió, Lozini no sabía si el cabecilla era Buenadella o Dulare, de modo que los había mantenido a ambos en la ignorancia.

Dulare se volvió hacia Walters.

– ¿Qué es lo que pasa, Jack?

– Dutch está tratando de tomar las riendas -respondió Walters.

– ¿Dutch? -Dulare no parecía convencido.

– Es cierto, Ernie -dijo Faran. Parecía obtener una satisfacción vengativa,

dándole malas noticias a Dulare-. Dutch nos ha estado traicionando desde hace un par de años.

Dulare miró a todos los presentes; luego le dijo a Walters:

– Dime todo lo que sepas.

– Que Parker lo cuente -respondió Walters-. Creo que él sabe más que yo.

Dulare miró con suspicacia a Parker.

– Está bien -dijo-. ¿Qué pasa?

Parker habló:

– El candidato de la oposición, Farrell, es un hombre de Buenadella. Con la toma del poder por Farrell culmina el plan de Buenadella, que ya ha hablado con alguno de los grandes del país, de los que necesita autorización. Supuse que también quizá hubiera hablado con usted.

Dulare permanecía atento; ya se había olvidado del asunto de sus guardaespaldas. Preguntó:

– ¿Quién dice que Farrell está al servicio de Buenadella?

– Él mismo. Se lo pregunté.

– ¿Y él se lo dijo?

– Tenía una pistola en la mano.

– Santo Dios -Dulare miró a lo otros tres-. ¿Qué diablos está pasando aquí?

– No nos habríamos enterado de nada hasta que hubiera sido demasiado tarde -dijo Walters-, si no fuera porque Parker y su amigo vinieron a revolver las cosas.

– ¿Está seguro de que Buenadella no habló con usted? -le preguntó Parker.

– No, no habló -respondió Dulare. Agregó-: Ya veo que lo piensa. No, él no iría a contarme nada. Dutch y yo no somos íntimos, y él sabe que soy amigo de Al. Hubiera venido después, cuando Al ya estuviera fuera y él dentro y ya todo estuviera en calma. Entonces yo tendría que negociar, porque sería estúpido iniciar una guerra.

– Está bien -dijo Parker. Se volvió hacia Simms-: ¿Cuánto tiene Buenadella?

Simms parpadeó y el terror casi ocultaba su confusión.

– ¿Qué?

– Ha estado robándole a Lozini -contestó Parker-. Además de mis setenta y tres mil. Ha tenido gastos, con la campaña de Farrell y la gente de Lozini que tuvo que comprar; ¿cuánto le queda ahora?

– ¿Cómo lo voy a saber yo? -gritó Simms desde sus vistosas ropas.

– Porque usted estaba con él -contestó Parker-. No podría haberle robado a Lozini sin usted.

– ¡Eso es mentira!

Todos los otros miraron a Simms.

– No nos haga perder tiempo, Simms. ¿Cuánto le queda? -preguntó Parker.

Faran, de pronto, intervino, pensativo:

– Es esa rubia melosa que tienes.

Simms, como si se sintiera agradecido por poder concentrar su atención fuera de Parker, volvió la cabeza hacia Faran y preguntó:

– ¿Qué? ¿Qué, Frank?

– ¿Cómo se llama? Donna. La llevaste un par de veces al club, Nate, y parecías tan contento como una monja con hábito nuevo.

– Frank, no…

– Nate -dijo Dulare-, si dices otra mentira haré redimir a mis muchachos mandándoles que te rompan el cráneo.

– Ernie, no pensarás que yo…

Simms se interrumpió cuando Dulare se volvió ostensiblemente hacia los dos hombres sentados en las sillas victorianas. Hubo un pequeño silencio mientras Simms pensaba en el asunto. Parker estaba impaciente y cabreado, pero éste era un momento en que era preferible apartarse, dejar que el grupo encontrara su propio ritmo, que las cosas salieran por sí mismas.

– Ernie -dijo Simms con una débil voz-, nunca lo habría hecho.

– ¡Por Dios! -exclamó Dulare-, no me des excusas.

– Razones, Ernie. No excusas, razones.

– ¿Cuánto queda, Simms? -preguntó Parker-. ¿Cuánto le queda a Dutch?

– Ernie -dijo Simms, lloroso-, déjame ex…

– Respóndele -le ordenó Dulare.

Simms se desmoronó, desgarrado entre el deseo de explicarse y la orden que le daban. Al fin, su voz, poco más que un suspiro, dijo:

– Alrededor de cuarenta y cinco mil.

– No es suficiente -repuso Parker-. Vine aquí para buscar setenta y tres mil.

– Ése no es el problema -contestó Dulare. Su atención seguía fija en Simms.

– Sí lo es -le dijo Parker-. Y es su problema también porque Lozini está muerto y ya se ha declarado la guerra entre usted y Buenadella.

Todos lo miraron.

– ¿Al está muerto? -preguntó Dulare-. ¿Cuándo?

– Lozini no estaba seguro -respondió Parker-si el tipo que estaba actuando a sus espaldas era Buenadella o usted. Fue a preguntárselo a Harold Calesian, y Calesian lo mató.

– ¿Ese policía?

– El cuerpo está en el apartamento de Calesian -dijo Parker-. Calesian y Buenadella van a decir que fui yo quien lo mató.

Dulare lo miró atentamente.

– ¿Qué propósitos tiene? -le preguntó-. ¿Qué es lo que quiere?

– Mi socio y yo -dijo Parker-fuimos a hacer un trato con Buenadella. Cuando salíamos, hirieron a Green. Me enviaron un mensaje comunicándome que todavía estaba vivo y que podía ir a buscarlo. Me enviaron un dedo para probar que no estaba muerto.

– ¿Buenadella? -Dulare sacudió la cabeza-. Dutch no haría una cosa así. Ni siquiera se le ocurriría.

– Pero sí a Calesian -respondió Parker-. Desde que las cosas se pusieron difíciles, Buenadella se asustó. Ahora es Calesian quien dirige.

– Calesian no puede dirigir nada -repuso Dulare.

– Pero, Ernie -dijo Faran-, eso parece de su estilo. Un dedo por día, eso sí se le ocurriría a Harold.

– Puede ser -contestó Dulare. Se volvió hacia Parker y le preguntó-: Y bien, ¿qué es lo que quiere?

– Setenta y tres mil dólares y a mi compañero. Ustedes tienen gente. Quiero que me faciliten hombres para ir a casa de Buenadella. Rescato a Green, exijo mi dinero y me voy.

Dulare negó con la cabeza:

– Imposible.

– ¿Por qué no? De todos modos, usted y Buenadella ya están en guerra.

– No, no estamos en guerra. Ahora mismo llamaré a Dutch y le diré que todo seguirá igual, él en su zona y yo en la mía. -Dulare sonrió, y añadió-: No intentará nada contra mí. Soy tan viejo como Al y tengo tanto poder como él.

Parker repuso:

– Usted no va a dejar a mi compañero allí, ni va a impedir que me devuelvan mis setenta y tres mil.

– No pienso mover ni un dedo -contestó Dulare-. Si Al está muerto, no habrá más problemas. Me importa un comino Wain y me alegro de que Farrell ya esté comprado de antemano. Todo lo que usted me trae son buenas noticias.

– Está cometiendo un error -comentó Parker.

Faran, con gesto preocupado, dijo:

– Ernie, quizás debiéramos…

– No haremos nada -respondió Dulare. Y volviéndose a Parker con expresión pétrea, agregó-: Sus problemas son sólo suyos. Y si sigue mi consejo, váyase de Tyler en el primer vuelo. No importa a dónde.

– Acaba de perder un hogar -dijo Parker, y se fue.

XXXIV

El estado de ánimo de Calesian era óptimo. No recordaba cuánto tiempo hacía que no se sentía tan vivo, tan seguro, tan ilusionado, tan al control de cuanto pasaba: ni con las mujeres, ni con el trabajo, ni con cualquier otra cosa. No le hubiera sorprendido que sus dedos o sus ojos empezaran a irradiar luz.

De pie en el recibidor de la casa de Dutch Buenadella, mirando bajar lentamente los escalones al doctor Beiny, Calesian sonreía como si contemplase su futuro, súbitamente engrandecido. Dutch estaba en el segundo piso, ayudando a su familia a hacer las maletas con la mayor celeridad posible; en la actitud típica de una vieja asustada, mandaba a todos los suyos fuera de la ciudad ante el temor de algo innombrable que caería sobre todos ellos. «Nos vamos a los colchones», le había dicho poco antes, y le había llevado un minuto a Calesian darse cuenta de lo que quería decir. Hasta que se acordó: era una frase de la película *El Padrino,* y significaba que iba a haber una guerra de bandas. Nunca en la historia de Tyler se había producido una guerra de bandas.

Y no la habría tampoco ahora. ¿Quién iba a combatir? Al Lozini estaba muerto. Frank Schroder era demasiado viejo y, además, estaba satisfecho con el control del tráfico de narcóticos. Ernie Dulare también estaba satisfecho con lo que tenía, y en todo caso era lo suficientemente listo como para no ir a una guerra por un problema que se podría solucionar fácilmente con negociaciones; Dutch no pensaba quitarle nada a Ernie, así que ¿por qué se iba a crear problemas Ernie? ¿Y quién más quedaba para ir a los famosos colchones? Nadie.

El doctor Beiny bajó y saludó secamente a Calesian.

– Volveré esta noche -dijo.

Un hombre alto de casi cincuenta años y aspecto melancólicos; el doctor Beiny había cometido todos y cada uno de los errores que podía cometer un respetable médico de la clase media. Había realizado abortos ilegales y una chica había muerto en su consulta. Había pasado unas vacaciones en Las Vegas y había perdido mucho más de lo que podía pagar. Se había liado con mujeres que lo habían desangrado totalmente. Aunque no era bebedor, había bebido demasiado la noche que tuvo el accidente de coche, ocasión en la que se le habría considerado culpable de negligencia como conductor y como médico si el caso hubiera llegado a los tribunales. Había recetado ilegalmente narcóticos, se había equivocado con enfermedades serias, e incluso había logrado que Hacienda lo multara por no haber declarado. La organización de Lozini lo mantenía como una especie de médico a domicilio y apenas había logrado no causar más

problemas de los que la organización hubiera podido soportar. Aparentemente, aceptaba hacer absolutamente todo lo que le pidieran y nada en el mundo le importaba.

– ¿Duerme nuestro paciente? -preguntó Calesian, señalando hacia el segundo piso.

– Está vivo -respondió el doctor Beiny-. Pero no puedo asegurar que por mucho tiempo.

– Nadie va a vivir eternamente -repuso Calesian, sonriendo-. Y éste sólo tiene que vivir hasta que matemos a su socio.

– Cortarle los dedos no va a ser ninguna ayuda -dijo el doctor-. Por mucha delicadeza que ponga al hacerlo, siempre afecta al corazón.

– Apenas uno por día -contestó Calesian muy alegre-. Le daremos bastante tiempo de descanso entre uno y otro.

– ¿Y si se muere?

Calesian le dirigió una sonrisa sugestiva:

– Entonces tendremos que quitarle los dedos a algún otro, ¿no le parece?

La expresión seca y distante del médico se acentuó aún más:

– Volveré esta noche -dijo.

– Lo esperamos.

Calesian miró al doctor salir de la casa, luego miró hacia arriba, pensando otra vez en Dutch Buenadella. No estaba a la vista, así que cruzó la casa en dirección al despacho y se sentó tras el escritorio de Dutch. Hizo girar la silla para poder contemplar el jardín.

Con todos esos árboles y arbustos, no se podía ver muy lejos, pero Calesian sabía que no había posibilidad de que Parker se estuviese ocultando allí, como él mismo había hecho hoy. Las ventanas del segundo piso estaban ahora ocupadas por hombres armados que observaban todo lo que se acercaba a la casa. Cuando oscureciera se encenderían los reflectores. Parker podía venir en cualquier momento, pero su llegada no sería imprevista.

Era agradable sentarse allí frente a los ventanales abiertos, mirando el césped bajo la última luz de la tarde. Las cosas estaban organizadas, bajo control. Dos de los hombres de Dutch se ocupaban en ese momento del cuerpo de Al Lozini, Parker había sido frenado, su compañero Green sólo viviría mientras les fuera útil y Calesian estaba en el umbral de una vida que nunca había soñado. Dutch Buenadella, un hombre de negocios tan inteligente y tan frío y tan insensible como se suponía que era, se había derrumbado por completo nada más aparecer en juego las pistolas. Ahora dependía de Calesian, y seguiría dependiendo. Dutch Buenadella sería aparentemente el jefe de Tyler tras la muerte de Al Lozini, pero Harold Calesian sería el poder detrás del trono. El

verdadero poder.

Hasta hoy, Calesian se había sentido contento con el poder que ya poseía, el poder implícito a su trabajo de policía y el poder que le venía como efecto lateral de su asociación con Adolf Lozini. Pero cuando se había abierto esta nueva puerta, esta posibilidad inesperada de saltar a un nivel de vida completamente diferente, no había dudado un segundo.

El teléfono recién reparado sonó en el escritorio. Calesian hizo girar la silla y lo miró, sorprendido, y estuvo a punto de contestar. Pero pensó que no sería para él y que habría otros supletorios por la casa que también sonarían. «Que algún otro conteste.»

Alguien lo hizo cuando sonó por segunda vez. Fue como si el pensamiento también fuera parte del nuevo poder de Calesian. Con sus pensamientos había dado orden de atender el teléfono y alguien había respondido. No era eso lo que había sucedido, por supuesto, pero él lo sentía así, y el sentimiento de poder del que disfrutaba operaba en ese nivel. Sonriendo, volvió a dar la vuelta hacia el jardín.

Dos minutos después, entró Dutch Buenadella en el despacho y Calesian se sintió desmoralizado al ver el aspecto que traía. De pronto su carne parecía demasiado abundante para su esqueleto. Calesian lo miró, sin atreverse a preguntar qué funcionaba mal, y Buenadella dijo:

– Ted Shevelly fue encontrado muerto por un disparo en la calle. En la Baxter Street.

XXXV

Antes de percatarse de que Dulare no había ordenado a nadie que lo siguiese, Parker ya se había distanciado unas doce manzanas. Grave error. Un hombre que subestima a otro está medio vencido.

Quedaban más o menos tres horas de luz solar. Parker necesitaba una nueva base de operaciones y quería estar instalado antes de anochecer. Necesitaba un sitio que pudiera usar en los próximos días sin llamar la atención y donde pudiera reunirse con otra gente.

Por lo general, el modo más sencillo de hacerse con ese lugar era alquilar una prostituta de la localidad por unos días, pagarle por su cuerpo y usar su apartamento. Pero esta vez no podía correr el riesgo, pues la gente contra la que iba a trabajar era precisamente la que dirigía la prostitución. Si alquilaba el apartamento a una y la dejaba salir, ella podría hablar con quien no debía. Si no la dejaba salir, alguno de ellos podría extrañarse e ir a buscarla.

De modo que el camino más fácil quedaba excluido. Y también todos los hoteles y moteles, en parte porque cualquier intento de encontrarlo comenzaría por una inspección de los hoteles, y en parte por las llamadas telefónicas que tenía intención de hacer.

Era julio, mitad del verano, y habría mucha gente de vacaciones, de modo que una alternativa posible era encontrar una casa o un apartamento vacío e instalarse allí. Pero también presentaba inconvenientes; para empezar, tendría que ser un sitio con pocos o ningún vecino cerca. Además, era domingo, lo que significaba que esta noche, ya tarde, volverían de sus vacaciones muchos de los que tenían que estar mañana en sus puestos de trabajo. Tendría que asegurarse de que el lugar perteneciera a gente que acabara de irse de vacaciones y no a gente que estuviera a punto de volver.

Para arreglárselas con lo de los vecinos, era preferible un apartamento a una casa. Los espacios vacíos entre las casas hacían difícil el secreto, y la gente que vive en casas suele conocer más la vida privada de sus vecinos que la que vive en apartamentos.

La única zona que conocía Parker en Tyler de grandes bloques de apartamentos era el barrio de Calesian, así que se dirigió para allá. Iba en el Mercedes y había dejado el Impala detrás de la casa de Lozini; sabía que pronto tendría que cambiar éste por un coche menos reconocible, pero la prisa por tener una base de operaciones era más urgente, y por el momento nadie lo buscaba, de modo que podía esperar hasta la noche para hacer el cambio de coche.

No habría peligro en usar el barrio de Calesian, pero sí sería arriesgado utilizar el edificio en el que él vivía. Parker pasó frente a él, nueve pisos de ventanas que reflejaban el anaranjado crepúsculo, y siguió buscando otro edificio aproximadamente del mismo tamaño, grande y anónimo.

Lo encontró dos manzanas más allá. Era un edificio de siete pisos, más ancho que el de Calesian, de ladrillos rojos, con hileras idénticas de ventanas y con su aparcamiento en el sótano. Esta vez Parker dio la vuelta a la manzana para estudiar la parte trasera del edificio, que daba a una fila de casas pequeñas que parecían disminuidas frente a su gigantesco vecino, como plantas que se hubieran secado por falta de sol.

Dejó aparcado allí el coche y volvió caminando hacia la parte frontal. Al igual que el edificio de Calesian, éste tenía la puerta de entrada cerrada, pero la entrada al garaje estaba abierta. Entró por allí, cogió el ascensor hasta el portal y se detuvo a mirar los buzones. El edificio tenía cuatro apartamentos en el primer piso, y doce en cada uno de los otros, lo que sumaba setenta y seis buzones. Once de ellos tenía correspondencia dentro, visible a través de las ranuras.

En un edificio como éste, los inquilinos que se iban por una semana o más le darían órdenes al portero para que recogiera el correo, a fin de evitar que se acumulara en esos pequeños buzones. Pero el portero no trabajaba el domingo, de modo que estos doce inquilinos habían estado ausentes al menos desde ayer. Parker anotó los números.

Cuanto más abajo mejor. Ninguno de los once apartamentos estaba ni en el primer piso ni en el segundo piso, de modo que cogió el ascensor para probar en el tercero con los cuatro posibles que allí había.

3-C. Las puertas eran todas iguales, con una cerradura normal de doble acción. La tercera llave que probó Parker abrió la puerta, y probablemente abriría todas las otras puertas del edificio. Entró en una atmósfera oscura y rancia. Cuando cerró la puerta tras de sí, la única luz provenía de las delgadas ranuras de una persiana veneciana cerrada en el otro extremo de la sala. Tanteando la pared a su izquierda, encontró el interruptor de la luz, la encendió y vio un montón de cartas, de por lo menos toda una semana, sobre una mesa en medio de la estancia. Más de una semana; había dos ejemplares del *Time,* uno cerca de la base del montón y otro encima de éste. Parker apagó la luz, salió del apartamento y usó la llave para cerrar con doble vuelta la puerta.

3-F. La llave funcionó ahora con más dificultad. Parker entró en una habitación iluminada con un raro resplandor azul purpúreo. La luz venía de un aparato fluorescente sobre una gran planta en un macetero. La planta llegaba hasta el techo y tenía largas hojas verdes en forma de espada. Una mesa de cristal que había cerca de la puerta tenía un abultado número de cartas más una

larga nota de instrucciones para el portero. Junto a las instrucciones a Herman respecto de las plantas, los pájaros y el correo, estaba incluida la fecha en que volvería Carolina: hoy.

3-K. Parker, desde la puerta, oyó una televisión en el interior. Fue a la escalera y subió al cuarto piso.

4-A. La llave funcionó con suavidad, pero Parker entró en una sala fría en la que zumbaba el aire acondicionado. Aquí vivía alguien que había salido sólo por el fin de semana.

4-J. Tampoco hubo problemas con la llave. El apartamento olía a podredumbre. Parker encendió la luz y vio desorden y suciedad en una sala amueblada con trastos de segunda mano. No había correo. Una puerta a la izquierda conducía a un desabrido dormitorio en el que un hombre gordo, vestido sólo con una camiseta, dormía ruidosamente. Varias botellas vacías se esparcían alrededor de la cama. Parker se retiró en silencio, tomando nota del sitio; si no había nada mejor, el gordo podría pasar un par de días encerrado en un armario.

5-B. La llave no funcionó. Pero sí lo hizo otra diferente, aunque no a la primera. Parker entró en una sala con una lámpara encendida en un rincón que esparcía a su alrededor una luz mortecina. La sala estaba limpia, decorada con un estilo propio de revista de decoración, y no había ningún montón de cartas. Tenía dos dormitorios, uno para adultos y otro para niños con camas literas. Los armarios parecían llenos y había maletas en los estantes, lo que, de todos modos, no quería decir nada. Pero la nevera en la cocina tenía una botella abierta de leche, la mitad de un pastel de chocolate hecho en casa y restos de un guiso en una fuente ovalada con tapa. La gente de este apartamento era demasiado limpia como para dejar esas cosas en un apartamento si pensaban estar ausentes una semana o más; volverían esta misma noche.

5-D. Funcionó la primera llave. La sala estaba seca, oscura y caliente. Parker encendió la luz, miró a su alrededor y no vio cartas. Las ventanas eran invisibles detrás de unas cortinas verdes. Los muebles eran bastante corrientes: un sofá y dos sillones dispuestos frente a la televisión, y las lámparas y las mesas resultaban acordes con ese ambiente. Un dormitorio presidido por una cama matrimonial. No había maletas en los armarios y sí espacios libres entre la ropa, especialmente en el apartado de la mujer. No había máquina de afeitar ni cepillos para los dientes en el baño. La nevera estaba casi completamente vacía.

Esta vez parecía que todo iba bien. Parker volvió a la sala, fue a inspeccionar un pequeño dormitorio adosado a la pared, junto a la puerta de la entrada. Abrió uno de los cajones y encontró unos papeles que revisó, buscando indicios de los planes de viaje de esta pareja.

Folletos con descripciones del Caribe. Una lista de ropa escrita con lápiz y accesorios femeninos. Un recibo del teléfono en un sobre abierto; la fecha del matasellos era de tres días atrás. Jueves. Puesto que faltaba el talón de pago y el sobre para la respuesta, era evidente que la cuenta había sido pagada, no antes del viernes.

Perfecto. Parker había dejado su equipaje y el de Grofield (una maleta cada uno) en la consigna de la estación del ferrocarril, e iría esta noche a buscarlo. De paso aprovecharía para cambiar el coche. Antes de eso, sin embargo, tenía otras cosas que hacer.

El teléfono estaba en la sala, junto al sofá e hizo una llamada interurbana a Handy McKay, de persona a persona, usando un nombre que Handy reconocería: Tom Lynch. Handy, con aspecto de sorpresa y confusión, aceptó la llamada y, cuando respondió, Parker le preguntó:

– ¿Aún buscas algo que hacer?

– Sí.

– Tengo algo. Es un poco distinto a lo de siempre.

– ¿Compensará?

– Sí.

– ¿Cuándo y cómo?

– Tyler. La dirección es 220 Elm Way, apartamento 5-D. Ven aquí entre el mediodía y la noche de mañana. Y llega sin hacer ruido.

– Iré de puntillas -respondió Handy, dando a entender que comprendía que no debía limitarse a coger un taxi directo desde el aeropuerto o la estación hasta el 220 de Elm Way.

– Nos vemos -dijo Parker y cortó. Hizo otra llamada.

Llamó a un total de veinticuatro hombres. Para localizar a alguno de ellos tuvo que hacer dos o tres llamadas. Cuando terminó, ya era de noche en Tyler, y once de los veinticinco habían aceptado ir.

XXXVI

La noche del domingo se cerraba temprano: las leyes locales prohibían la venta de alcohol después de medianoche. Cosa que ni a Faran ni a ningún otro dueño de bares en la ciudad parecía importarles, ya que en la noche del domingo nunca había muchos clientes. Por el contrario, se alegraban; con la excusa de cerrar, podían expulsar a los pocos clientes e irse a casa.

Angie fue a la oficina de Faran pocos minutos antes de la medianoche, con la última copa para él.

– Se fueron todos -dijo.

Faran terminaba sus cuentas.

– Perfecto.

– Voy a cambiarme.

Él no levantó la vista de los papeles.

– Está bien.

Angie vaciló.

– ¿Nos vemos más tarde?

– No sé, Angie -contestó Faran, mirándola-. Me siento un poco aturdido.

– ¿Es por mí, Frank? ¿Hice algo?

– No, claro que no -dijo él. Se puso de pie, sorprendido de la repentina ternura que sentía hacia la chica, y se acercó a ella para abrazarla-. No has hecho nada mal, Angie. Es que tenemos tantos problemas. Dame un par de días, espera que se calmen las cosas y todo volverá a estar bien.

Angie le sonrió:

– Me habías preocupado un poco.

– No te preocupes, Angie. No te preocupes por nada. -La besó brevemente y la dejó ir-. Estoy nervioso, eso es todo.

– Está bien, Frank. Buenas noches.

La vio irse hacia la puerta, delgada y elegante, y sintió el viejo cosquilleo en los riñones.

– Quizá… -dijo.

Ella se volvió a mirarlo.

– Quizá pase más tarde -concluyó él, sonriendo y meneando la cabeza.

– Cuando quieras, Frank.

– No estoy seguro. Quizá.

– Si estoy dormida -dijo ella-, despiértame. -Le dirigió una sonrisa perezosa y agregó-: Ya sabes cómo.

– Sí, lo sé.

La contempló marcharse, pero en el momento en que desapareció de su vista, su mente volvió a los problemas. La muerte de Al Lozini, la sustitución de Farrell por Wain, Dutch Buenadella al cargo de todo, Hal Calesian transformado de pronto en el líder, ese Parker todavía rondando: todo eso bastaba para producir pesadillas. Si es que podía llegar a dormirse.

Faran trabajó otros diez minutos. Los números lo distrajeron, lo tranquilizaron, y también colaboró la copa que le había traído Angie. Se sentía un poco mejor cuando salió del despacho, caminó por el club vacío, apagó las luces desde los mandos centrales junto a la puerta de entrada y salió.

Estaba metiendo la llave en la puerta cuando sintió la pistola en su espalda. Sus rodillas se debilitaron y tuvo que apoyarse en la puerta.

– Dios mío -susurró.

Era Parker, la voz de Parker que decía:

– Vamos, Frank. Demos una vuelta.

XXXVII

Al salir, el doctor apagó la luz y dejó la habitación en la más completa oscuridad. Una ventana estaba abierta a la cálida noche estival, pero no entraba ninguna luz por ella. El cielo era negro, puntuado de diminutas y altas estrellas que no alumbraban más que a sí mismas. La habitación quedó silenciosa y negra; sólo por el rectángulo algo más claro de la ventana y por debajo de la ranura de la puerta penetraba una delgada línea de tenue luz.

Dos horas después apareció la luna, delgadísima, en el extremo izquierdo de la ventana. A la noche siguiente completaría su ciclo mensual, ocultándose por completo, pero ahora aún era visible. Iluminaba un poco más que las estrellas; una palidez apenas considerable que no se hubiera notado de haber otra luz.

Pero en el dormitorio no la había. La luz gris de la luna reptó en ángulo por la habitación, simulando la forma de un armario adosado a la pared y a un rincón de la cama. A medida que la luna avanzó en el cielo, la cama fue haciéndose visible, y la luz, de pronto, hizo aparecer una mano vendada. El doctor Beiny, con la mayor delicadeza posible, había cortado el dedo meñique de la mano izquierda.

La luna difuminó finalmente el rostro de Grofield, cuya piel estaba tan pálida y descolorida como la luz que la perfilaba. Su aliento era muy lento y trabajoso y sus ojos no se movían en absoluto bajo los párpados cerrados. Por momentos, su cerebro temblaba levemente, movido por sueños incoherentes que no recordaría si alguna vez despertaba, ya que, por lo general, sus sueños carecían de imágenes.

La bala le había atravesado el cuerpo; había pasado entre dos costillas, llevándose una astilla de una de ellas, había pasado cerca del corazón, destrozando los tejidos del pulmón, y había salido por un agujero considerable en la espalda. El doctor Beiny le había suministrado gran cantidad de medicinas cicatrizantes. Le había vendado y cerrado ambos agujeros, había hecho una transfusión de sangre, y ahora lo alimentaba por vía intravenosa con un líquido compuesto en su mayor parte por proteínas y azúcar. El aparato, de acero cromado y cristal, se dibujaba oscuramente contra la luz lunar y le daba al lugar el aspecto de un hospital o una enfermería cerca de un frente de batalla: la botella invertida colgada de un armazón cromado, agujas, vasos, frascos de medicinas vacíos o llenos a través de los cuales se debía pasar una aguja hipodérmica.

A medianoche, la luna estaba en el centro de la ventana. Hubo un pequeño sonido en la garganta de Grofield, sus ojos se agitaron bajo sus párpados, los dedos que le quedaban en la mano izquierda se contrajeron levemente. Su corazón palpitaba lentamente, pero sin un ritmo seguro y, de pronto, se detuvo. Los ojos se inmovilizaron. El corazón volvió a latir, pareció avanzar como un ciego en medio de un bosque muy denso. Un largo y lento suspiro, casi mudo, surgió de los labios apenas entreabiertos de Grofield, aunque no era el alma que abandonaba el cuerpo.

La luna siguió su camino, iluminando otras partes de la habitación, y abandonó de nuevo la cama en la oscuridad. Al amanecer, Grofield volvió a morir, por tres segundos esta vez, en el silencio y la oscuridad; luego volvió a vivir, tenuemente, a tientas.

XXXVIII

Del aeropuerto La Guardia, en Nueva York, sólo salen diariamente tres vuelos con rumbo al aeropuerto nacional de Tyler. Stan Devers, tras haber disfrutado de una noche en compañía de una muchacha que había conocido en Manhattan, tomó un taxi, hacia las once, con la intención de llegar con la suficiente antelación para coger el segundo de los vuelos, a las doce de la mañana.

Stan Devers tenía poco menos de treinta años; era musculoso, sonriente y seguro de sí mismo, con una mandíbula fuerte y pelo rubio rizado. Caminaba con pasos largos y elegantes, y su aspecto era de franca honradez, quizá demasiado evidente como para ser cierto. Desde que tenía uso de razón había sido un nadador contra corriente, un rebelde sin causa, un contestatario de los valores aceptados por la estólida sociedad constituida. Había sido expulsado de dos colegios y de una universidad (donde previamente lo habían expulsado de la asociación de estudiantes), había sido despedido de la mayoría de los trabajos que había tenido, pero, en cambio, había sobrevivido a casi tres años y medio de enrolamiento en el Ejército del Aire, antes de introducirse en el negocio que lo había marginado para siempre de la sociedad establecida.

Había sido empleado de oficina en las Fuerzas Aéreas, en el departamento de finanzas, en una base en donde los pagos se efectuaban en efectivo, cosa que ya no sucedía en ningún otro sitio. Había buscado la manera de apropiarse del dinero de la paga de un mes y se había asociado con algunos ladrones profesionales para lograr el objetivo; entre ellos estaba Parker. Habían logrado apoderarse del dinero, pero luego las cosas se habían complicado y la policía llegó a enterarse de la conexión de Devers con los ladrones. Había tenido que huir, y Parker se lo recomendó a Handy McKay, en Presque Isle, donde había terminado su aprendizaje de ladrón profesional. En los últimos cinco años había participado en seis robos, con éxitos variados, incluyendo uno con Parker el año pasado, un robo de cuadros que había salido mal, sin provecho para nadie. Desde entonces llevaba a cabo algunos hurtos menores con otra gente, pero nada que lo tranquilizase respecto al dinero. Por eso se había sentido feliz al oír de nuevo la voz de Parker, a pesar de la advertencia crítica de éste de que no se trataba de un trabajo común.

La chica del mostrador del aeropuerto pareció sorprendida de que Devers sacara un billete de ida solamente. En los últimos cinco años nunca había sacado billetes de ida y vuelta, y creía que nunca volvería a hacerlo. En cierto modo, eso

simbolizaba el tipo de vida que llevaba: nunca volver a nada, ir siempre hacia adelante.

El vuelo del mediodía, en un lunes de verano y a una ciudad de tercera en el interior, no contaba con muchos pasajeros. Los turistas habían viajado el fin de semana, los que viajaban por negocios lo habían hecho en el primer vuelo, y todos los que quedaban eran casos raros como Stan Devers. En la sala de espera vio no más de doce pasajeros, en sillas de plástico, todos observando a través de los grandes ventanales el avión blanco, y esperando que llegara el momento de subir a bordo. Por supuesto, faltaban quince minutos todavía, pero dudaba de que viniera mucha gente más.

Llevaba un maletín negro y un impermeable del mismo color. Ambas cosas contenían todo lo que necesitaba para viajar. Cogió el billete que le devolvía el empleado de la puerta y caminó hasta las sillas; escogió una que le permitía ver por igual las ventanas y la puerta de entrada. Cinco minutos después, vio a un enorme hombre calvo que llegaba y le entregaba su billete al empleado, y sonrió. ¿Qué razón tendría ese hombre-montaña para ir a Tyler en esta hermosa mañana, si no fuera otro miembro del equipo de Parker?

Dan Wycza cogió el billete que le devolvía el empleado, le dio las gracias y fue hacia la sala de espera, buscando un asiento apartado de los otros viajeros. Vio una especie de sonrisa que le dirigía alguien situado en una de las paredes laterales, la ignoró y se sentó en una silla junto a las ventanas. Puso la vieja maleta en el suelo, desdobló la vieja revista que estaba leyendo y siguió con el artículo sobre los efectos nocivos que tenía para la piel el exceso de sol.

Hacía unos diez años que Wycza no veía a Parker, desde que en una ocasión habían formado una banda para robar, en una ciudad entera, bancos, joyerías y todo tipo de negocios. Copper Canyon, North Dakota. Habían armado un gran alboroto en esa ciudad, más de lo que se habían propuesto. Desde entonces, Wycza había desempeñado distintos trabajos, aunque ninguno de ellos tan grande y espectacular como aquel asunto en Copper Canyon, pero habían bastado para su alimentación de yogur y germen de trigo. Cada vez que las cosas se ponían mal volvía a su viejo oficio de luchador, pero, si podía elegir, prefería el robo a mano armada. Siempre era mejor recibir el pago en miles que en cientos.

Sintió unos ojos clavados sobre él. Era muy sensible a eso, por su tamaño y por su completa calvicie; era sensible á las miradas y no le gustaban. Miró a su alrededor, irritado, y vio al tipo joven que estaba contra la pared. Le sonreía como si supiera algo. Y no desviaba los ojos cuando Wycza lo miraba. Al fin fue Wycza quien dio la vuelta a la cabeza y trató de seguir leyendo.

Ése era el único temor de su vida, el miedo a ser arrestado. ¿Sería posible

que aquel joven fuera un policía, que hubieran salido a la superficie algunos de sus viejos trabajos y ahora estuviera en la lista de los buscados? No sería la primera vez que un fisonomista estudiaba las fotos e iba a sentarse a la sala de espera de un aeropuerto.

Con precaución, Wycza miró a su alrededor, pero no pudo ver a nadie más que pareciese policía. Sólo ese payaso sonriente que seguía mirándolo.

¿Estaba esperando el aviso de subida a bordo? ¿Esperaba para agarrarlo en el momento en que se dirigiese al avión?

Wycza, de pronto, deseó haber traído una pistola, a pesar de las revisiones a bordo.

Nunca lo habían atrapado, nunca había pasado una sola noche preso, y quería que las cosas siguieran así. Porque sabía que en la cárcel se moriría. Un año, dos años como máximo, y Dan Wycza dejaría de existir.

Había cosas que necesitaba para seguir viviendo, cosas distintas de la comida y el alojamiento y la ropa que podía proporcionarle la prisión. Por ejemplo, ejercicio. Necesitaba poder correr, correr varios kilómetros al día. Necesitaba poder trabajar en los gimnasios cada vez que le apeteciera. Tenía que seguir usando su cuerpo, o éste se secaría y moriría, eso lo sabía con absoluta certeza.

Y mujeres. Necesitaba a las mujeres casi tanto como necesitaba el ejercicio. Y comidas especiales: carne, leche y hortalizas, todo cocinado a la perfección y no hervido hasta que perdiera todo su valor nutritivo. Y suplementos a la comida: vitaminas y minerales, y proteínas.

En la cárcel no podría vivir. En la cárcel no podría hacer sus ejercicios, al menos no como él deseaba. Y no habría mujeres, ni la comida o las píldoras que necesitaba. En la cárcel se ablandaría, sus dientes se aflojarían, sus músculos se arrugarían, todo su cuerpo se volvería una ruina y empezaría a pudrirse antes de morir.

No tenía intenciones de ir a la cárcel. Si se trataba de eso, si se trataba de eso aquí y ahora, no iba a ir preso. Hay dos modos de morir, el rápido y el lento, y él prefería el rápido. No iría a la cárcel porque antes tendrían que cogerlo, y antes de cogerlo, tendrían que matarlo.

Movimiento. Wycza levantó la cabeza, y pudo ver reflejado en la ventana que tenía enfrente al joven, que venía hacia él. Wycza dobló cuidadosamente su revista y la guardó en el bolsillo de la chaqueta. Cada músculo de su gigantesco cuerpo estaba tenso.

El joven pasó entre grupos de sillas de plástico y se detuvo frente a la ventana, a la derecha de Wycza, mirando el avión. Wycza mantuvo la cabeza baja, observando al tipo entre las cejas, y un minuto después el tipo se volvió

hacia él y le sonrió alegremente:

– Hola.

Wycza levantó la cabeza. Se sentía furioso y su aspecto no era nada apacible.

– ¿Qué pasa? -preguntó.

El joven no parecía contrariado. Sin dejar de sonreír, le respondió:

– Me pregunto si usted conoce a un amigo mío en Tyler.

¿Qué era esto? Arrugando la frente, Wycza dijo:

– No, no conozco a nadie en Tyler.

– Este amigo mío se llama Parker -contestó el joven.

Un policía. Definitivamente.

– Nunca oí hablar de él -dijo Wycza.

– Vive en Elm Way -informó el joven.

– No sé de qué me habla -respondió Wycza.

La expresión del joven comenzó a cambiar; le invadía la duda.

– ¿Está seguro? Hubiera jurado que usted iba a ver a mi amigo.

– Yo no, amigo -contestó Wycza-. Se ha equivocado.

El tipo meneó la cabeza, obviamente confundido.

– Bien, entonces lo siento -se disculpó-. Siento haberlo molestado.

– No se preocupe.

El tipo pareció decidido a irse, y Wycza buscó su revista en el bolsillo. Pero de pronto el tipo soltó una risa y se volvió, sonriéndole ampliamente a Wycza.

– Pero, claro -decía.

¿Y ahora qué? Wycza esperó, sin decir nada.

El tipo se acercó más, se inclinó de modo que nadie pudiera oír lo que iba a decir, y susurró:

– Usted creyó que yo era un policía.

Wycza seguía creyéndolo.

– No sé de qué diablos me está hablando -repuso.

El tipo se sentó en el asiento que estaba a la derecha de Wycza y en voz baja, pero excitado, dijo:

– Me llamo Devers, Stan Devers. ¿Parker nunca le habló de mí?

– Ya le dije antes…

– Espere un minuto -dijo Devers; si es que ése era su nombre-. ¿No le dijo Parker que vendría más gente? ¿No le parece lógico que haya más de uno en este vuelo? Yo trabajé con Parker dos veces antes de ahora. Soy el que preparó el trabajo de la base aérea hace cinco años. ¿Nunca oyó eso?

– Está equivocado -contestó Wycza, pero ya no estaba tan seguro. No sabía nada de ningún trabajo en una base aérea, pero la voz de Devers tenía cierto tono

de sinceridad.

– El otro -continuó Devers, siempre rápido y en voz baja-fue un robo de cuadros el año pasado. Trabajamos con, eh, Ed Mackey. ¿Lo conoce?

– No.

– Handy McKay.

Ese nombre sí lo conocía Wycza. También sabía que McKay se había retirado hacía unos años. Con lo que él creía que era una gran astucia, preguntó:

– ¿Usted trabajó con Handy McKay el año pasado?

– No sea tonto -respondió Devers-. Está retirado en su restaurante en Presque Isle, Maine. Me refugié en su casa cuando pasé a la ilegalidad… ¿Quiere que se lo describa? Estruja los cigarrillos en los labios.

Eso era cierto. Wycza sonrió de pronto, pero inmediatamente volvió a su seriedad.

– Usted habla bien -dijo.

– Usted es duro de convencer -comentó Devers-. ¿Qué más necesita?

Wycza quería creer al muchacho, pero la prudencia seguía amordazándolo.

– ¿Por qué habría de convencerme? ¿Para qué?

Devers se encogió de hombros.

– ¿Por qué no? Los dos vamos al mismo sitio por la misma razón. ¿Por qué no hablar y hacer un viaje agradable?

Wycza lo estudió un minuto más.

– Es un tipo extraño, Devers -dijo.

La sonrisa de Devers se amplió.

– Stan -le dijo, y tendió la mano.

Una vacilación más, breve esta vez. Después Wycza sacudió la cabeza y dijo:

– Sí, me parece que le creo. -Y tomando la mano de Devers, se presentó:

– Soy Dan Wycza.

– Dan y Stan. -Sonrieron los dos, y Devers añadió:

– Encantado de conocerte, Dan.

Fred Ducasse apenas si llegó a tiempo para el vuelo. Los pasajeros ya estaban subiendo al avión cuando él llegó al aeropuerto. Entregó su pequeña maleta en el mostrador y fue el último en subir a bordo.

Era un avión bastante pequeño, de una sola clase, con tres asientos a la izquierda del pasillo y dos a la derecha. Menos de la mitad de los asientos estaban ocupados, por lo que, aun a pesar de su retraso, Ducasse pudo elegir un sitio a su gusto. Prefería la parte trasera, de modo que se encaminó hacia allá por el estrecho pasillo, con el maletín delante de él.

A la izquierda, dos hombres conversaban distraídos, en voz baja. Uno de ellos era un tipo guapo de pelo rubio rizado, y el otro era un gigante calvo de alrededor de cuarenta años. Eran una pareja extraña, y Ducasse los miró con curiosidad mientras pasaba. El joven levantó la vista al mismo tiempo y por un segundo sus ojos se encontraron. A Ducasse, que desvió la mirada, le pareció como si el sujeto le interrogase con los ojos, como si se preguntara si lo había visto en alguna parte. Ducasse volvió a mirarlo, pero el otro ya no le observaba. Estaba concentrado en su conversación con el calvo y Ducasse estaba seguro de que nunca antes había visto a ninguno de los dos.

Estaba acomodándose en su asiento junto a la ventanilla, bien atrás, cuando el avión empezó a moverse. Un minuto después una azafata comenzaba a recordarles por el altavoz los avisos de seguridad. Ducasse se ajustó el cinturón, miró por la ventanilla mientras el avión despegaba y se hundió en sus propios pensamientos.

Esperaba que esta vez resultase algo bueno. Había estado viviendo con el dinero justo desde hacía un año y, definitivamente, necesitaba algo bueno, y lo necesitaba pronto.

Lamentaba un poco que fuera Parker otra vez. No es que tuviera nada contra Parker, o contra la capacidad de Parker; era sólo que Parker también parecía estar pasando una mala racha y Ducasse era lo bastante supersticioso como para desear en este momento asociarse con alguien que estuviera en una racha de suerte.

Había participado con Parker en dos asuntos el año pasado y los dos habían salido mal. Un robo a un almacén preparado por un tipo llamado Kirwan, y después un robo de un depósito de obras de arte en California, preparado por un imbécil llamado Beaghler. Ducasse y Parker habían participado en los dos y en ninguno habían sacado provecho. Luego Ducasse había participado en un robo a un furgón blindado y fracasó, y mientras tanto se enteró de que Parker estaba en el asunto de unos cuadros que también había fallado. De modo que había sido un mal año, y todo lo que esperaba Ducasse era que entre él y Parker no echaran a perder con su mala suerte este nuevo trabajo, cualquiera que fuese. Algo simple, eso es lo que quería, simple y limpio, y provechoso y rápido.

Mirando a la cabeza calva que sobresalía de un asiento más adelante, acunado por sus pensamientos, Ducasse se durmió y no despertó hasta que el avión aterrizó en Tyler.

XXXIX

Hurley y Dalesia iban hacia el oeste, hacia Tyler; Dalesia al volante del Mustang robado y Hurley a su lado echando pestes de Morse.

En las dos semanas que habían transcurrido desde el robo de la joyería, Hurley había pasado la mayor parte de sus horas de vigilia buscando a Morse, el tipo que les había vendido el plano, pero Morse prácticamente había desaparecido. Dalesia había acompañado a Hurley, no porque sintiese un rencor especial por el plan fracasado -esa alarma imprevista podrían haberla puesto en cualquier momento, no era necesariamente un error de Morse el no saber de ella-, sino simplemente porque no tenía otra cosa que hacer.

Ahora había algo que hacer. Parker los había llamado y había dicho que tenía algo poco corriente en Tyler y le gustaría contar con ellos. ¿Había dinero? Sí, había. Sí, aceptaban.

Pero incluso ahora Hurley no podía dejar de odiar a Morse.

– Después de este negocio -dijo cuando pasaban el límite entre Pennsylvania y Ohio-, voy a tomarme realmente mi tiempo y voy a encontrar a ese hijo de perra. Soy un tipo del que nadie se ríe.

– Yo también voy a tomarme mi tiempo -respondió Dalesia-. Voy a tomarme mi tiempo en Los Laurentinos, en Quebec.

Hurley lo miró.

– ¿Te parece que Morse se esconde allí?

– No, pero sé que hay cantidad de truchas -dijo Dalesia-. Tú podrás seguir tu cacería, Tom, después de esto, pero yo voy a ir a pescar.

Ed Mackey y su amiga Brenda marchaban hacia el norte, desde Nueva Orleans, en un Jaguar amarillo que Mackey poseía a su nombre en Illinois, que era Ewin Mills. Pesado, con barba cerrada, Mackey tenía alrededor de cuarenta años de edad y un estilo agresivo, arrogante, como el de un buen luchador. Aunque su pecho, hombros y espalda estaban cubiertos de espeso vello rizado, su cabeza empezaba a despoblarse, hecho por lo general que ocultaba, como ahora, con una gorra de tela inclinada sobre sus ojos. Conducía con la cabeza algo echada hacia atrás, mirando por debajo de la visera de su gorra y a través del estrecho cristal delantero del Jaguar la carretera recta que llevaba a Tyler.

– Ese tipo de Tyler -dijo Brenda- ¿no es de los que estuvieron en el asunto de los cuadros el año pasado?

– Parker, sí -respondió Mackey-. Te acuerdas de él, el apuesto.

– Fuimos a aquella fiesta con él…

Mackey le sonrió. De verdad le gustaba Brenda, era perfecta.

– Así es -le contestó.

– En realidad, no me gusta tanto -dijo Brenda. Era una chica delgada de poco más de veinte años. Brenda era atractiva, sin lugar a dudas, y tenía unas piernas espléndidas. Era la mejor mujer con la que Mackey había vivido, sobre todo por su inteligencia; sabía quién era, y le gustaba serlo, y se encontraba muy cómoda en su piel. La mayoría de la gente, hombres y mujeres, no son así; la mayoría de la gente no sabe quién es, no les gusta ser lo que piensan que son y no se sienten nada cómodos siéndolo.

– Eres perfecta, Brenda -dijo Mackey.

Ella asintió, sin pensar en discutir, porque otras cosas ocupaban su mente.

– ¿Crees que esto saldrá bien? -preguntó.

– Mejor que el asunto de los cheques -contestó Mackey-. Ya sabes lo nervioso que me pongo cuando se trata de papeleo.

– No veo por qué -dijo ella-. Yo jamás tengo problemas con eso.

– Es que siempre vas a una ventanilla atendida por un tipo -le dijo él-. Y está tan ocupado mirándote que no importa qué pongas en el cheque. Podrías firmar «Vete a la Mierda» y te lo pagaría igual.

– No digas groserías.

– En el coche -completó Mackey.

Ella le sonrió, mirándolo de reojo.

– En el coche -dijo.

Hacía seis años que Mike Carlow había trabajado por última vez con Parker; estaba deseando volver a verlo. Parker se había comportado con corrección aquella última vez, cuando el asunto de la convención numismática de Indianápolis, y no era muy frecuente trabajar con alguien en quien se pudiera confiar.

Lo que había pasado es que Carlow había sido detenido después del robo, pero Parker había podido huir con el dinero. Otro tipo implicado, un nazi llamado Otto Mainzer, también había sido capturado, y lo único que había salvado la piel de Carlow había sido la personalidad imposible de Mainzer. Mainzer se había hecho odiar tanto por los policías que éstos le ofrecieron a Carlow la libertad si firmaba algo incriminando a Mainzer. Como Carlow odiaba al alemán, había cantado como las Hermanas Andrew y había salido limpio y sin cargo alguno, y en cuanto llegó a su casa de San Diego, Parker le mandó su parte de las ganancias: cincuenta mil dólares.

Que se habían transformado en el JJ-2. Tres primeros premios, dos terceros puestos, y un accidente espectacular en el circuito de Ontario. Un buen coche, el

viejo JJ-2.

Un automóvil, para Mike Carlow, era algo que podía llevarlo a uno desde el punto A al punto B en un segundo, cualquiera que fuese la distancia. Ése era el ideal por el que se esforzaban, aunque sin lograrlo aún, en Detroit y en Europa, o en el taller de Mike Carlow. Era un piloto de carreras, ya con cuarenta años, que había estado en el oficio desde la adolescencia, cuando había comenzado reventando un coche tras otro de los que compraba en los establecimientos de coches usados. Siendo aún muy joven había diseñado un coche de competición con un centro de gravedad al que no afectaría la cantidad de combustible que quedase en el depósito por la simple razón de que no tendría depósito; el automóvil se construiría sobre una estructura de tubos de aluminio huecos donde se almacenaría la gasolina. Cuando alguien a quien le enseñó la idea le objetó que sería un poco peligroso rodear enteramente al conductor con el combustible, él había dicho:

– ¿Y eso qué tiene que ver?

Probablemente los coches de carreras serían su muerte, pero por ahora eran su vida. Y si no costase tanto el diseñarlos, construirlos y mantenerlos, jamás hubiera entrado en trabajos como los que hacía Parker. Pero sí costaba, y él se negaba a transformarse en un simple empleado de una gran compañía, de modo que aquí estaba de nuevo, otra vez en la ruta, conduciendo a toda velocidad su Datsun 240 Z modificado hacia Tyler. Y teniendo en cuenta la clase de tipos con los que habían andado en estos últimos años, se alegraba de que esta vez el trabajo fuera con Parker.

Frank Elkins y Ralph Wiss se turnaron para conducir su Pontiac desde Chicago. Habían trabajado juntos durante quince años, tenían casas en el mismo barrio de Chicago, sus familias intercambiaban visitas y, al parecer, dentro de poco la hija de Elkins, Pam, y el hijo de Wiss, Jasson, se casarían. Las esposas de ambos sabían lo que ellos hacían para vivir, pero los hijos y los sobrinos lo ignoraban.

– Hacemos promociones especiales -decía Frank Elkins cuando alguien se lo preguntaba, y Ralph Wiss asentía. Promociones especiales.

La especialidad de Wiss eran las cajas fuertes, que abría por cualquier método que le pareciese apropiado. Se sentía cómodo con la nitroglicerina líquida y los explosivos de plástico, era experto en cerraduras y podía agujerear con aparatos cualquier clase de caja fuerte de acero. Había ayudado a abrir cajas con apertura retardada, había dinamitado paredes blindadas. Era un hombre pequeño con mirada concentrada y pensativa; se consideraba un artesano y era tan devoto de su trabajo como podía serlo un joyero.

Elkins era un hombre para todo, útil en cualquier circunstancia. Podía manejar una pistola, o echarse al hombro una bolsa llena de dinero, o vigilar una entrada. Eran los ojos y los músculos que completaban el cerebro de Wiss. Habían llegado a conocerse profundamente, confiaban uno en el otro y trabajaban juntos sin desperdiciar un solo movimiento.

La última vez que habían visto a Parker había sido en Copper Canyon. Antes de eso, habían trabajado con él en St. Louis, atacando a una organización de la mafia; por lo general, tipos como Wiss y Elkins no se metían en asuntos de la mafia, pero en aquella ocasión Parker había tenido una especie de querella personal con un tal Bronson, y puesto que prometía ser un trabajo bueno y seguro, Wiss y Elkins se habían sentido contentos de trabajar con él.

No hablaron mucho durante el viaje; se encontraban demasiado cómodos el uno con el otro como para necesitar conversación. Se preguntaban cuál sería el trabajo que los esperaba, pero no se preocupaban demasiado. Elkins dijo:

– Si es con Parker, está bien.

– A veces enloquece -contestó Wiss. Era un hombre al que no le agradaba lo más mínimo el melodrama.

– Pero es seguro -repuso Elkins.

Wiss se encogió de hombros. Siempre estaba de guardia, siempre tenía una pequeña reserva.

– De todos modos, vale la pena ir -dijo.

Philly Webb se dirigió al Oeste en su Buick, desde Baltimore. La nueva pintura azul del capó le encantaba, la matrícula era de Delaware, y la nueva documentación en la guantera decía que el Buick estaba registrado a nombre de un tal Justin Baxter, de Wilmington, y que él mismo se llamaba Justin Baxter.

Webb era un piloto de coches, como Mike Carlow, pero nunca había participado en carreras. Su única profesión era el robo, y el dinero que ganaba lo gastaba en fiestas y en el juego. El Buick era su único *hobby.*

Éste era su quinto Buick. Se compraba uno cada pocos años y hacía la compra con total legalidad. Pero una semana después el automóvil había perdido toda su identidad original y nunca volvería a aparecer. Le cambiaba la matrícula, cambiaba la pintura, compraba documentación falsa. Y meses después volvía a hacer lo mismo, cambiaba todo de nuevo, volvía a establecer una nueva identidad. Cuando mantenía en su poder un coche por tres años, probablemente hacía diez o doce cambios de registro de color y de matrícula.

Además de estos cambios periódicos, hechos por el simple placer de hacerlo, Webb también cambiaba completamente su Buick en cuanto terminaba un trabajo. La pintura azul de este coche tenía menos de tres semanas, pero

tendría otro color veinticuatro horas después de su regreso a Baltimore. Se enorgullecía de tener un coche que no dejaba huellas, pero en realidad casi todos esos cambios eran innecesarios y constituían más un *hobby* que una actividad razonable.

Bajo y fuerte y de piel olivácea, Webb tenía el pecho y los brazos de un luchador y el aspecto general de un simio. Se ponía al volante del coche con la naturalidad de un taxista y siempre parecía raro cuando se veía obligado a caminar. La última vez que había trabajado con Parker había sido en el robo de una base aérea, con Stan Devers. Había salido de ese asunto con cuarenta dos mil, ya gastados hacía mucho, y tenía ganas de volver a trabajar con Parker.

XL

Faran se despertó con un leve murmullo de voces. Se sentía incómodo, y un terrible dolor de cabeza le impedía recordar dónde estaba y qué estaba haciendo. Intentó recobrar la calma y cambiar de postura, pero de inmediato comprendió que sus muñecas estaban atadas bajo su cuerpo, y pronto su mente reaccionó.

¡Parker! El muy hijo de puta lo había secuestrado la noche anterior, en el momento en que cerraba el club. Allí de pie en la calle, con frialdad y tranquilidad, sin prisas, le había atado las muñecas, tapado la cabeza con una especie de bolsa, luego lo había hecho caminar hasta un coche y lo había traído aquí, donde fuera que estuviese.

Al menos sabía que era un edificio de apartamentos. Habían hecho un recorrido en coche, pero no tan largo como para haber salido de la ciudad, y antes de que el automóvil se detuviese habían bajado por una especie de declive. Un edificio de apartamentos con un garaje en el sótano. Y un ascensor, en el que subieron juntos, él con la cabeza siempre dentro de la bolsa y la mano del silencioso Parker en su brazo. Tras caminar por un pasillo, pudo oír el ruido de una llave en una cerradura. Había sido metido en el apartamento, la puerta se había cerrado, le había quitado la bolsa.

El apartamento fue una sorpresa. Faran esperaba un cuarto ruinoso, pero era otra cosa. Era un agradable apartamento de clase media, con un sofá, sillas, televisión y lámparas y mesas. Cortinas verdes cubrían las ventanas en la pared de enfrente. Los suelos estaban cubiertos por alfombras, que en sus extremos dejaban ver fragmentos de un suelo de madera oscura.

Cerca de la puerta de entrada estaba el comedor con una mesa ovalada y cuatro sillas en un rincón. Parker y Faran se sentaron allí, cogieron lápiz y papel que había sobre la mesa y comenzaron las preguntas. Al principio Faran no quiso responder, y esperó amenazas y quizá golpes, pero Parker no hizo nada de eso. Se limitó a sacar una pequeña caja blanca de uno de sus bolsillos y la puso sobre la mesa donde Faran pudiera ver el dedo. Después repitió las preguntas, y, con una breve vacilación, Faran comenzó a responder.

Las preguntas continuaron hasta que amaneció. Faran estaba tan exhausto que apenas si podía mantener vertical la cabeza y los ojos abiertos. Pero Parker insistía, quería saber más, preguntaba detalles, lo escribía todo en hojas y más hojas de papel. Hacía dibujos y esquemas, e insistía en que Fran los estudiase y le dijese si estaban equivocados los detalles. ¿Qué clase de ventana es ésta? ¿Cuánta gente trabaja en esta oficina? ¿En qué horario está abierta?

Cuando hubieron terminado, Faran cayó dormido sobre la mesa mientras Parker releía todas las notas para asegurarse de que no faltaba nada que necesitase saber. Luego Parker lo había abofeteado, le había tirado del pelo hasta despertarlo y le hizo caminar hasta el dormitorio, donde lo había encerrado en el armario. Era lo bastante amplio como para poder apoyar la espalda contra la pared y estirar las piernas, y así fue como se durmió, hasta media tarde. Al menos él pensó que era la media tarde, puesto que no había visto el sol a través de las cortinas cerradas esa mañana, pero sí lo vio cuando Parker abrió el armario y lo dejó salir.

Obviamente, Parker había dormido en la cama y parecía descansado y firme. Faran se sentía arrugado, agarrotado y torpe, y su estómago volvía a actuar. No pudo impedir soltar gases todo el tiempo, aun después de que Parker lo hubiera desatado y le hubiera permitido ir al baño. Durante la hora que siguió, Faran no volvió a ser atado, pero por el modo en que lo miraba Parker supo que era mejor no tratar de hacer nada. Los dos habían comido en silencio de unas latas de conserva que había en la cocina, y luego Parker le había permitido que se sentara en la sala durante una hora más o menos. Miraron la televisión, y a Faran le pareció que Parker no prestaba atención al programa. Era como si en realidad no estuviese viendo la televisión, sino concentrado en sus pensamientos y le resultara más cómodo pensar con las sombras fluctuantes y las voces chillonas del aparato de televisión.

Cuando sonó el timbre, Parker apagó la televisión, volvió atar las muñecas de Faran y lo llevó al dormitorio. Allí señaló la cara de Faran y le dijo:

– Sus dientes de delante, ¿son auténticos?

– Los de arriba sí.

Parker señaló la ventana.

– Si cuando vuelva ha levantado la persiana, se los arrancaré uno a uno.

Faran se limitó a asentir con la cabeza. No quería siquiera abrir la boca para decir nada.

Parker salió y él se sentó en la cama. Poco a poco la ventana se fue oscureciendo. De vez en cuando se oía el sonido del timbre, y un rato después oyó muchas voces masculinas. Era difícil de creer, pero no podía ser otra cosa: Parker estaba preparándose para iniciar una guerra. Se suponía que era un solitario, un huérfano sin contactos, pero resultaba que había traído gente de algún lado, y no había duda de que pensaba iniciar una guerra contra Dutch, Calesian y Ernie Dulare. Especialmente, Ernie Dulare, que era el más vulnerable al tipo de guerra que al parecer pretendía iniciar Parker.

Si Ernie, Dutch y Calesian llegaban a descubrir de dónde había obtenido Parker la información, Faran sabía que lo matarían. No habría preguntas, no

pensarían que ahora estaban en el mundo de los negocios; simplemente lo matarían.

A menos que Parker los matara antes a ellos.

Y al poco rato de pensar ya no sabía de qué lado estaba.

En algún momento de ese intervalo, con la mente llena de pensamientos confusos, había vuelto a dormirse, retorcido en la cama con las muñecas atadas tras la espalda, y ahora volvía a estar despierto, escuchaba el sonido de las voces en la sala y se preguntaba qué sucedería y qué haría con él Parker cuando todo pasara.

La puerta del dormitorio se abrió y la luz amarilla que entró lo hizo parpadear. Comprendió que el sonido metálico de la llave en la cerradura era lo que le había sacado del medio sueño en que se encontraba. Se sentó, parpadeando rápidamente, tratando de habituar cuanto antes sus ojos a la luz, y vio la silueta negra de alguien que entraba en el cuarto, y pensó: «Ahora me mata, ya no soy útil».

Parker cruzó el cuarto hacia él y lo cogió por el brazo.

– Vamos, Faran. Hay gente que quiere verlo.

– ¿Qué? ¿Qué?

– Camine.

– Estaba dormido… -Se aclaró la garganta, tosió, volvió a aclararse la garganta. Estaba comenzando a despertarse, al menos un poco. Puso un pie delante del otro, apremiado por la mano de Parker que sostenía un brazo, y caminó vacilando hacia la sala.

La gente que había allí lo acabó de despertar. Debía de haber una docena de hombres, de entre veinte y cincuenta años, y de estaturas que variaban desde los más pequeños y flacos hasta enormes y musculosos, pero todos ellos tenían el mismo aspecto frío y autosuficiente, lo clasificaron, lo juzgaron, y él se quedó allí, parpadeando y mojándose los labios, aterrorizado, tan asustado como un pájaro en una cueva de serpientes.

Y el montón de pistolas en la mesa junto a la puerta de la entrada no contribuyó a superar su ansiedad.

Parker estaba en pie a su lado, y tuvo que darle dos veces la orden antes de que Faran la oyese.

– Díganos su nombre.

– Mi n… ¿Qué? Mi nombre. -Se apresuró a obedecer-. Faran. Frank Faran.

– ¿Cómo se gana la vida, Frank?

El uso de su nombre debería de haberlo tranquilizado, pero la fría impersonalidad con que fue pronunciado tuvo el efecto contrario. Luchando por mantener la calma, tratando de mantenerse en un estado que le permitiese

responder a cualquier pregunta que le hicieran, dijo:

– Administro el New York Room. Es un… un local nocturno. -La palabra «nocturno» resonó en sus oídos como algo tonto e infantil, y se horrorizó al comprender que estaba ruborizado.

Parker seguía con las preguntas.

– ¿Qué más hace, Frank?

– Bueno, todavía…, antes me ocupaba bastante de la administración sindical, todavía tengo un puesto menor.

– ¿Sindicatos locales?

– Sí, eh… Sí, exacto.

– ¿Sindicatos de enamorados?

– Bueno…, en general, eh, tenemos un buen nivel de entendimiento…

– ¿En qué más está metido, Frank?

Faran trató de pensar en algo más, pero no encontró nada.

– Nada -dijo-. Eso es todo.

– No está pensando, Frank. -Había una leve amenaza resonando en las palabras. La docena de tipos sentados en el sofá y las sillas seguían mirándolo. Parker preguntó:

– ¿Para quién trabaja, Frank?

– Oh, para el señor Lozini. Quiero decir, trabajaba, pero está muerto. Supongo que ahora es, eh, Dutch Buenadella o Ernie Dulare. O los dos.

Parker señaló con un dedo y Faran vio sobre la mesa, en medio de la sala, un montón de papeles: los planes y notas que Parker había hecho la noche anterior durante la sesión de preguntas y respuestas.

– Usted me dijo todo eso, ¿no es cierto, Frank? -preguntó Parker.

– Sí -afirmó Faran-. Sí, exacto.

– Y eso es la pura verdad, ¿no es cierto Frank?

Faran trató de hacer una broma, de reírse, de lograr algo de contacto humano.

– No pienso mentirle -dijo.

No hubo ningún cambio en las caras que lo miraban, salvo que uno de ellos dijo:

– ¿Cómo podemos estar seguros de él?

– Porque él sabe -contestó Parker-que no lo dejaremos ir hasta que hayamos comprobado todo lo que nos dijo. Y sabe que si me ha mentido lo mataremos. ¿No es cierto, Frank?

Faran asintió con la cabeza. No se atrevía a hablar.

Hubo un momento de silencio. No miró a los ojos de ninguno, sino a los espacios entre ellos, pero sintió que todos lo miraban sin pestañear. La garganta

le dolía como si hubiera estado gritando a voz en grito durante media hora.

Parker habló con serenidad.

– ¿Quiere modificar algo de lo que me dijo, Frank?

Faran negó con la cabeza y, al mismo tiempo, trataba de recordar todo lo que había dicho. ¿Habría cometido algún error? No, no era posible. Parker le había hecho repetir cada detalle una y otra vez.

– Le dije la verdad -aseguró-. Se lo juro.

Faran se volvió hacia Parker y vio que éste miraba a la docena de hombres, esperando que ellos dijeran si estaban satisfechos o no. Faran no podía mirar de nuevo hacia el frente. Tenía que seguir mirando a Parker. Su mejilla izquierda, la que daba hacia los hombres, le dolía como si le estuviesen clavando alfileres.

Uno de ellos dijo finalmente:

– Está bien. Ahora veamos el plan.

Parker asintió.

– ¿Alguno quiere preguntarle algo a Frank?

Ninguno de ellos lo hizo. Faran se sintió agradecido por eso y también cuando escuchó que Parker decía:

– Está bien Frank, volvamos.

Los dos fueron hacia el dormitorio. Faran entró y Parker se quedó en el umbral. Faran se volvió y le dijo:

– Puede confiar en mí, Parker. No le causaré ningún problema.

– Está bien, Frank -contestó Parker. Apagó la luz y cerró la puerta del dormitorio.

XLI

Parker, tras encerrar a Faran, regresó a la sala, donde los once hombres habían formado pequeños grupos y discutían. Los dejó hablar, pues sabía que tarde o temprano todos acabarían por apoyar su proyecto.

Uno de los grupos estaba formado por Devers, Wycza y Ducasse; nunca se habían encontrado antes, pero los tres habían volado en el mismo avión desde Nueva York; Devers y Wycza contactaron antes de salir, y los dos habían comprendido que Ducasse también pertenecía al grupo cuando bajaron en Tyler. En el sofá estaban Wiss y Elkins, que siempre trabajaban juntos, y Nick Dalesia, que era quien había conducido el coche en el frustrado atraco a la joyería, y Tom Hurley. Handy McKay escuchaba la opinión de Philly Webb; y Ed Mackey y Mike Carlow estaban aislados, pensando.

Parker se había sentado en una silla junto a la puerta, desde donde podía observar de frente a todo el grupo. Se quedó inmóvil, su reloj aún no marcaba las diez de la noche, así que esperó que las cosas se calmaran.

Pero no se calmaron, al menos no del todo. En lugar de eso, Tom Hurley, que parecía haber olvidado su enfado con Morse, al menos por un rato, se puso en pie, señaló los papeles dispersos sobre la mesa y dijo:

– Parker, ¿dónde vas a estar tú mientras nosotros hacemos todo este trabajo?

Los otros se interrumpieron y miraron a Parker, que contestó:

– Aquí. Cuidaré a Faran, mantendré este sitio limpio para que vosotros volváis y seré el contacto telefónico que necesitaréis.

Hurley volvió a señalar los papeles.

– De modo que tú pensaste todos estos golpes -dijo-. Nosotros vamos y los hacemos, todos a la vez, eso está bien, me gusta. No permite actuar a la policía. Tú te quedas aquí, manteniendo el café caliente y todo eso.

– Todo está bien planeado -dijo Handy McKay.

Parker, señalando con el pulgar las pistolas amontonadas en la mesa del comedor, dijo:

– Y, además, os conseguí armas anoche. Todas nuevas, con municiones. No pude probarlas, pero de todos modos tampoco creo que tengáis que hacer uso de ellas.

– Todo está en orden -dijo Hurley-. Todo me parece muy bien. Lo que quiero saber es esto: ¿con cuánto te quedarás?

– Con nada -contestó Parker.

Todos lo miraron. Ed Mackey preguntó:

– Parker, ¿no quieres tu parte?

– Vosotros sois once -respondió Parker-. Salís, lleváis a cabo el plan, volvéis, ponéis todo en un montón y lo dividís en once partes. De modo que cada uno recibe lo mismo.

Hurley, con la frente arrugada como si presintiera algo peligroso, preguntó:

– ¿Excepto tú?

– Exacto.

– ¿Y qué quieres para ti? -interrogó Ducasse.

– Quiero que hagáis este trabajo para mí -respondió Parker-. Mañana, una vez que hayáis hecho todo el trabajo, cada uno tendrá su dinero.

Hurley, satisfecho como si por fin viera dónde estaba el truco, le preguntó:

– ¿Qué tipo de trabajo, Parker?

Parker se puso en pie, sacó del bolsillo la pequeña caja blanca, le quitó la tapa y la puso sobre la mesa entre los papeles. Se apartó y dejó que la estudiaran.

– ¿Quién es, Parker? -preguntó Hurley.

– Un tipo llamado Grofield.

– ¿Alan Grofield? -preguntó Dan Wycza.

– Exacto.

– Sí, lo recuerdo -dijo Frank Elkins-. Trabajó con nosotros en Copper Canyon.

– Exacto -convino Wycza-. Es el payaso que raptó a la chica. A la telefonista.

– Trabajé una vez con un tipo llamado Grofield -comentó Nick Dalesia-. Un actor.

– Ése es -le informó Wycza.

– Un tipo con gran sentido del humor -dijo Ralph Wiss.

– Es cierto -aseguró Dalesia.

– No lo conozco -dijo Hurley. Le dio a su voz un tono beligerante y miró agresivamente a los otros-. ¿Conozco a ese tipo?

Nadie le respondió. Ed Mackey dijo:

– Yo lo conozco. Estuvimos una vez juntos en un asunto que no salió bien. Parecía un buen tipo.

– ¿Qué hizo con la telefonista? -preguntó Wycza.

– Se casó con ella -respondió Parker-. Tienen un teatro de verano en Indiana.

– Una historia de amor -dijo Wycza, y sonrió.

Handy McKay intervino:

– Conozco a Alan. ¿Qué le pasó? ¿Quién le cortó el dedo?

– Él y yo hicimos un trabajo aquí hace un par de años -contestó Parker.

Y les contó resumidamente la historia: el dinero oculto en la Isla Feliz, Lozini, Buenadella, Dulare. Cuando terminó, Tom Hurley exclamó:

– Ya entiendo. Los sitios que vamos a robar pertenecen a la organización.

– Exacto.

Fred Ducasse dijo:

– Los presionamos y tú les dices que te devuelvan a Grofield y el dinero o volvemos a la carga.

Ralph Wiss había estado sentado, al parecer sin prestar atención a la conversación, sumido en sus propios pensamientos. Ahora habló:

– No funcionará.

– Lo sé -dijo Parker-. No era eso lo que había pensado.

– ¿Por qué no funcionará? -preguntó Ducasse, volviéndose a Wiss-. No querrán que les roben todas las noches, ¿no?

– Conozco a esta clase de gente -dijo Wiss-. No les gusta perder una batalla, no saben cómo afrontarlo. Gastarán el doble en traer gente, en protegerse y empezarán a buscar a Parker.

– Y, mientras tanto, seguirán mandando un dedo por día -dijo Stan Devers-. Delicado.

– ¿Qué es lo que quieres? -preguntó Hurley.

– Quiero a Grofield -respondió Parker-, y quiero mi dinero. Y quiero ver muertos a todos esos tipos.

Hurley hizo un gesto, pidiendo más información.

– ¿Y? -interrogó.

– Por eso os encargo este trabajo, vosotros vais y lo hacéis, conseguís una buena suma que no hubierais conseguido de otro modo. Termináis, volvéis aquí, ¿a qué hora? ¿tres, cuatro de la mañana?

La mayoría de ellos hizo un gesto de asentimiento. Hurley entrecerró los ojos:

– Probablemente. Y después, ¿qué?

– Después venís conmigo -respondió Parker-. Nosotros doce atacamos la casa de Buenadella y sacamos a Grofield. Y si lo llevan a algún lado, buscamos el sitio y vamos allí. -Y agregó, contando los nombres con los dedos-: Y los matamos. Buenadella, Calesian, Dulare.

Su contundencia los sorprendió un poco. Nadie dijo nada hasta que Handy McKay, hablando con mucha suavidad, dijo:

– Eso no es propio de ti.

¿Qué significaba eso? Parker había esperado un respaldo de Handy, no preguntas. Interrogó:

– ¿Qué no es propio de mí?

– Un par de cosas -contestó Handy-. Para empezar, tomarte todo este trabajo por alguien que no seas tú. Grofield, yo, cualquiera. Todos aquí sabemos cuidar de nosotros mismos, no somos una sociedad de socorros mutuos. Y tú también. Y lo mismo Grofield. Lo que le pase a él, a él le corresponde.

– No si empiezan a mandármelo dedo por dedo -dijo Parker-. Si lo matan, eso es otra cosa. Si lo entregan a la policía es cosa de ellos. Pero esos bastardos me han incluido a mí en el asunto.

Handy estiró los brazos, rindiéndose en ese punto.

– La otra cosa -dijo-es la venganza. Nunca te he visto hacer otra cosa que jugar tus cartas. Y ahora, de pronto, quieres matar a unos tipos.

Parker se puso en pie. Había mantenido la paciencia durante un largo rato, había explicado todo una y otra vez, y ahora se sentía excitado. No podía más.

– No me importa -respondió-. No me importa si es propio de mí o no. Estos tipos me han engañado, me han hecho girar, dar vueltas y más vueltas, no he logrado nada de ellos. ¿Cuándo fue propio de mí aguantar un engaño y marcharme? Querría quemar esta ciudad desde los cimientos, querría vaciarla ya mismo. Y no quiero hablar más del asunto, ahora quiero hacerlo. Aceptáis, o no. Ya os he expuesto la situación, os dije lo que quiero y lo que conseguiréis. Dadme un sí o un no.

Tom Hurley preguntó:

– ¿Qué prisa hay? Tenemos más de una hora antes de empezar el trabajo.

Stan Devers, poniéndose de pie, dijo:

– Hay tiempo para dormir una siesta. Yo acepto, Parker. -Se volvió hacia Wycza, que estaba a su lado-: ¿Dan?

A Wycza no le agradaba que lo presionaran. Miró con gesto serio a Devers, miró a Parker, pareció a punto de mandarlos a todos al diablo y se encogió de hombros:

– Por supuesto. Me gusta un poco el movimiento de vez en cuando.

– Parker -dijo Handy-, yo acepté desde el primer momento, lo sabes.

– ¡Mierda! -exclamó Ed Mackey-, todos aceptamos. Conozco a Grofield, es un tipo agradable, no me parece bien que quieran trocearlo.

Mike Carlow, el piloto, que no había tenido nada que decir hasta este momento, intervino:

– Jamás he visto en mi vida a ese tipo, a Grofield. En realidad, ni siquiera os conozco a vosotros. Pero conozco a Parker, y acepto.

Todos habían aceptado. Parker los miró a los ojos y vio que ninguno tenía reservas. Algo de la tensión desapareció de sus hombros y espalda.

– Está bien -dijo-. Está bien.

XLII

Calesian se paseaba de un lado a otro del estudio mientras Buenadella, sentado en el escritorio y con el rostro arrugado por la preocupación, lo observaba con tanta atención como si estuviese contemplando un partido de tenis de un solo hombre. Las cortinas de los ventanales no se habían echado, con lo que se podía divisar a través de los cristales un jardín iluminado por los faroles, los arbustos y árboles fantasmales bajo el resplandor enfermizo de una tenue luz.

Calesian estaba seguro de ser el jefe. Le había tomado la delantera a Buenadella, había tenido una productiva reunión con George Farrell, había estado presente escuchando todo durante la primera reunión de tanteo de esa tarde entre Dutch y Ernie Dulare, y tenía bajo control a Parker. Pero aun así, se sentía tenso, como si una pistola estuviese a punto de dispararse contra él desde algún lado y tuviese que estar preparado para ocultarse.

Estaba a la expectativa del resultado de las elecciones, eso era todo. Mañana a las nueve se abrirían las mesas electorales, a las ocho de la noche se cerrarían, y entonces todo habría terminado. Todo estaría en su lugar, todas las relaciones aseguradas, sus manos sostendrían firmemente las riendas, no habría posibilidad de extorsión alguna, o de que alguien causara problemas.

Parker, por ejemplo. Si volvía mañana, si realmente era tan estúpido como para volver a esta ciudad, no importaría cuánto ruido y problemas armase. Toda la organización local podía interrumpir sus negocios por un día y salir a capturar al maldito bastardo, como mil gatos cazando a un ratón, y eso significaría su fin. Si es que volvía. Cosa que no era nada probable que sucediera.

Hubo un golpe en la puerta. Calesian miró a Dutch y lo vio allí sentado, con las cejas levantadas, pensando si debía entrar o no esa persona. Era su propio estudio, su propia casa, y le permitía a Calesian ordenarle si debía o no decir «Adelante»; hasta ahí había llegado el control de Calesian, quien resistió el impulso de sonreír mientras asentía: «Sí, puedes dejar entrar a quien sea».

– Adelante -dijo Buenadella y entró el doctor Beiny, con aspecto soñoliento y malhumorado. Pero era su aspecto de siempre, excepto en los momentos en que se metía en problemas graves; entonces parecía bien despierto y aterrorizado.

– ¿Cómo está? -preguntó Calesian.

– Respira -respondió el doctor-. Eso es todo.

– ¿Y el dedo?

– ¿Qué dedo? -preguntó el doctor, asombrado.

– Se supone que debe cortarle otro.

El doctor miró a Buenadella, que dijo:

– Le dije que no lo hiciera, Hal.

¿Un motín?

– ¿Por qué diablos no? -preguntó Calesian.

– Dijo que era demasiado peligroso, que el tipo podía morir del *shock.* Y no sabemos dónde está Parker, ni cómo mandárselo.

El matiz de ruego en la voz de Buenadella tranquilizó a Calesian. Y era cierto que no sabían dónde estaba Parker, o cómo ponerse en contacto con él. Le habían dejado recados en la casa de Al Lozini, Jack Walters y Nate Simms, pero hasta ahora el tipo no había vuelto a salir a la superficie. Quizá no volviera a hacerlo, quizá ya había tenido bastante y se había marchado. Calesian trataba de acomodar esa actitud con su recuerdo de Parker, y, según pasaban las horas, le parecía cada vez más probable la idea de una retirada definitiva. De modo que, magnánimo, les dijo a Dutch y al doctor.

– Entonces está bien. Pero, doctor, si volvemos a tener noticias de Parker, lo quiero aquí de inmediato. Lo quiero aquí con una sierra en la mano.

– Lo que usted diga.

– Pero, ¿y si lo mata? -preguntó Buenadella.

– Después de mañana -contestó Calesian-, no lo necesitamos vivo.

– No quiero oír eso -dijo el doctor Beiny. Súbitamente se sentía nervioso-. Me voy a casa -afirmó-. Si necesitan de mí, llámenme y vendré.

Calesian le dedicó una sonrisa burlona.

– Es muy amable al hacer visitas a domicilio, doctor -dijo.

Beiny se marchó y cerró la puerta tras de sí. Dutch preguntó:

– Piensas matarlo, ¿no es así?

Pensando que se refería al doctor, Calesian miró sorprendido a Dutch y le dijo:

– ¿Qué? ¿Para qué?

– Has dicho que no lo necesitamos vivo después de mañana.

– Ah, Green. Bueno, qué importa, ya está muerto, ¿no? Si no fuera por nuestro doctor, hace mucho que estaría muerto.

– Está vivo, Hal.

– No si dejamos de atenderlo -dijo Calesian-. Además, no tenemos que matarlo. Todo lo que tenemos que hacer es sacarlo de esa cama, ponerlo en un coche y llevarlo fuera de la ciudad. Dejarlo a un lado de la carretera, como Parker dejó al pobre Mike Abadandi. Mike murió, ¿no?

– Mucha gente está muriendo -respondió Buenadella con aire fúnebre-. ¿Y dónde diablos está Frankie Faran?

– Bajo una piedra -dijo Calesian-. Debe de estar bien escondido con una botella y una chica. No te preocupes por Frank Faran, ése es de los que corren cuando las ven venir.

– Debería haber dicho algo, al menos. -Buenadella jugueteaba con sus lápices-. No habría desaparecido así como así.

– Tranquilízate -le indicó Calesian-. Tenemos todo bajo control. Mañana son las elecciones y después se termina el jaleo.

– Ojalá ya fuese miércoles -expresó Buenadella.

Calesian soltó una risa. Él deseaba lo mismo, pero no podía admitirlo ante Dutch. De modo que se rió y dijo condescendiente:

– Pobre viejo Dutch.

Y caminó hasta los ventanales para mirar, distraído, el jardín iluminado por los faroles. Miró hacia arriba, al cielo, pero las luces encendidas de la casa le impedían ver nada que no fuera negrura. Siguió mirando de todos modos, con un semblante deliberadamente despreocupado, como si observase por placer una luna llena, blanca como la leche, recorriendo un cielo estrellado.

XLIII

Era una noche de luna nueva; no había luna. Al anochecer, un arco muy fino había perfilado el círculo donde debiera de haber brillado la luna, pero a las once y media de la noche hasta eso se había desvanecido. Las estrellas parpadeaban con el calor, salpicando un inmenso cielo negro.

La carretera estatal 219, que salía de la ciudad por el Noroeste, estaba oscura e invisible como los bosques de pinos a través de los cuales pasaba. Un hombre que caminase por la carretera tendría que haberse dejado llevar por lo que sintieran sus pies: la dureza del asfalto, las piedras, la textura blanda del polvo, más que por lo que tenía frente a sus ojos; salvo cuando veía un automóvil oculto tras sus faros.

A las once y cuarto, un Mercury Montego recién robado pasó hacia el Norte, conducido por Mike Carlow, con Stan Devers a su lado y Wycza recostado en el asiento trasero. Diez minutos después, los siguió Nick Dalesia, con Hurley y Mackey sentados a su lado en el asiento delantero del recién robado Plymouth Fury. Se cruzaron con algunos coches que iban hacia el Sur, pero no vieron a ninguno que fuera en la misma dirección que ellos.

Siete millas al norte de la ciudad de Tyler, en un halo de neón rojo y amarillo que mantenía apartada la oscuridad, había una elegante construcción de dos pisos, blanca, que ahora funcionaba bajo diferente administración. El cartel luminoso junto a la carretera decía:

tony florio’s
riviera
Cena-Baile
En escena: Paul Patrick y The Heat Exchange

Podía haber sido importado directamente de la calle principal de Las Vegas. Los pinos del otro lado de la carretera, iluminados por la luz del cartel, parecían irreales, un decorado, como si el cartel tuviese más vitalidad, fuera más auténtico que ellos y los hubiera superado.

La noche del lunes parecía espléndida en el Riviera de Tony Florio; de hecho, todas las noches eran buenas allí. El aparcamiento detrás del edificio principal estaba casi lleno cuando, a las once y veinte, entró en él el Plymouth y se estacionó cerca del Mercury, que ya lo esperaba.

En el interior, Tony Florio saludaba en persona a sus clientes habituales, y

sonreía y murmuraba alguna palabra amistosa a cualquier parroquiano que lo reconociese. Ex boxeador de peso ligero, el cuerpo de Florio se había redondeado y vuelto más pesado desde los días en que se ganaba la vida en el *ring,* pero la cara cuadrada y marcada por los puños no había cambiado casi nada, y con el uso secreto de tinte para el pelo, la masa de rizos negros cayendo sobre la frente era la misma que habían caricaturizado los dibujantes en todas las revistas deportivas en los viejos tiempos. Los ojos de Florio eran amistosos, sus manos estrechaban con fuerza las de sus invitados, sus modales eran expansivos y confiados y, por lo que sabían la mayoría de los parroquianos, este sitio era propiedad de Tony Florio, instalado y pagado con el dinero que había ganado en sus años de boxeador profesional. Muy poca gente sabía que Florio, como la mayoría de los boxeadores profesionales, había sido, en sus días de gloria, nada más que un bien cuya propiedad se repartían individuos y grupos. Y cada bolsa se dividía en cien partes, de las cuales la principal la recibía el gobierno federal. Y lo que le había correspondido a él, Florio se lo había gastado de inmediato en sitios muy parecidos a este Riviera.

¿Pero qué importaba quién fuera el dueño mientras el lugar fuera tan divertido? Y para los clientes masculinos de más edad, Tony Florio seguía siendo un nombre reconocible; estrecharle la mano era un placer de una clase no muy frecuente en un rincón perdido como Tyler.

Cuando entraron Dalesia, Hurley y Mackey, Florio los miró desde donde se encontraba, casualmente al lado del jefe de camareros, y en un instante hizo una observación típica de dueño de un restaurante: Eran extraños, nuevos en el lugar, de modo, que lo más probable era que fueran viajantes que pasaban por la ciudad y buscaban diversión por una noche. Tendrían encima unos cientos, pero no lo suficiente como para salvar la noche, ni para hacer saltar la banca. Era posible que un taxista de la ciudad los hubiera traído hasta aquí para una cena tardía en el comedor principal -llamado oscuramente The Spa-, pero no era probable. Definitivamente no eran del tipo de los que concurrían al Corral, donde las parejas jóvenes bailaban al ritmo del conjunto de rock The Heat Exchange…

¿Vendrían a jugar? En ese caso, tendrían que traer una tarjeta consigo, de uno de los seis comerciantes, nueve jefes de bares y siete taxistas de la ciudad en cuyo buen criterio había confiado Florio.

Y cuando Florio se adelantó para darles su cordial bienvenida, resultó que tenían una tarjeta, pero su origen fue una sorpresa. Al leer el nombre familiar escrito con letra bien conocida, en una tarjeta que también conocía, Florio dijo:

– Ajá. -Levantó la vista, estudió a los tres y añadió-: De modo que conocen a Frankie Faran.

– De los viejos tiempos del sindicato -respondió Ed Mackey y le dirigió a

Florio su sonrisa más dura.

Florio reconoció esa sonrisa y esa clase de hombre. Era la clase de expresión que solía encontrarse a veces entre *sparrings* profesionales, tipos cuya meta en la vida era probar que podían soportar más que cualquier otro. Tipos así eran peligrosos, porque siempre querían medirse con alguien o algo, pero una vez que se aprendía a manejarlos, eran como niños. Éste, por ejemplo, perdería hasta su último centavo en el piso de arriba si se le daba la oportunidad.

De manera que habría que darle la oportunidad.

– Está bien -dijo Florio-, los amigos de Frank son mis amigos. ¿Les apetecería una copa antes de cenar? -Y como los vio mirar a su izquierda, hacia la entrada del bar (llamado el Saloon), les dedicó una sonrisa más amplia y agregó-: Ahí no. En privado. -Se volvió y llamó a un camarero que no era camarero, cuyo cometido era guiar a los clientes que no iban ni al Saloon, ni al Spa, ni al Corral, y una vez que el camarero estuvo a su lado, Florio le indicó-: Muéstreles mi oficina a estos caballeros, por favor, Angy. -A los tres hombres les dijo-: Estaré con ustedes dentro de un minuto.

– Muy amable, señor Florio -contestó Nick Dalesia, y los otros dos asintieron, con sonrisas ligeramente beligerantes en sus rostros.

En el comedor, Mike Carlow, Stan Devers y Dan Wycza cenaban tortilla francesa y filetes a la tártara. Carlow estaba sentado de tal manera que podía ver la entrada principal, donde había tenido lugar el diálogo entre Florio y los otros tres, y dijo:

– Bien, ya están dentro.

Ninguno de los otros dijo nada ni levantaron la vista de su plato. Después de su comentario, Carlow también siguió comiendo.

Wiss y Elkins dejaron el Pontiac -su propio automóvil-en una calle lateral y caminaron por la London Avenue junto a escaparates oscuros de tiendas ya cerradas, en dirección al Teatro del Arte Adulto, a una manzana y media de allí. Eran las doce menos veinte; la London Avenue estaba desierta. El último pase en el Arte Adulto había terminado hacía quince minutos y una veintena de hombres se habían dispersado en diferentes direcciones con caras que indicaban que no habían pasado un rato muy satisfactorio. Ahora las aceras estaban vacías de peatones y la carretera vacía de tráfico. En el interior de las tiendas brillaban apenas las luces que quedaban encendidas toda la noche, y los arcos de luz blanca sobre la calle iluminaban el silencio y la inactividad. El cielo estaba tan negro como el terciopelo del escaparate de un joyero.

Wiss llevaba consigo un maletín de cuero negro con asa de bronce, como los que usaban los médicos en los tiempos en que hacían visitas a domicilio.

Elkins caminaba con las manos en los bolsillos, mirando constantemente a izquierda y derecha, hacia adelante y hacia atrás, por encima del hombro. Parecían un par de obreros nocturnos que fueran a hacer una reparación. Cuando llegaron al Teatro del Arte Adulto se detuvieron a mirar los carteles.

Había en ese momento un programa doble: *Hombre hambriento* y *Muñeca de pasión.* Las carteleras mostraban fotos en blanco y negro de chicas ligeramente entradas en carnes en ropa interior arrodilladas en camas o tirándose del pelo entre sí, o besándose o tapándose con los brazos, situadas en rincones muy iluminados de habitaciones vacías.

Había cuatro puertas de cristal que conducían al vestíbulo de la sala, pero tres de ellas tenía flechas rojas que señalaban hacia la cuarta. Por ella se entraba a un pasillo flanqueado por una barandilla cromada que conducía a la taquilla, donde se pagaba pero no se recogía ninguna entrada. Eliminando las entradas, la administración -Dutch Buenadella-podía mentir a todo el mundo sobre la cantidad de personas que habían pagado por ver la película.

Había grandes ventajas en el hecho de falsear el número de público asistente. Esta noche, por ejemplo, una típica noche de lunes, generalmente malas para las películas X, ciento dieciocho personas habían pagado cinco dólares cada una por entrar. De cada cinco dólares, ni siquiera uno le correspondía a la ciudad y al estado en concepto de impuestos; un dólar sesenta correspondía al distribuidor de las películas y otra fracción debía pagársele al sindicato de los proyeccionistas; eso dejaba alrededor de dos cuarenta por cada cinco dólares al dueño de la sala. Pero las cuentas de esta noche indicarían que sólo ochenta y siete personas habían pagado por ver el programa doble, lo que significaba que treinta y una personas, que habían pagado ciento cincuenta y cinco dólares, no entraban en la cuenta. Lo cual quería decir que ochenta dólares y sesenta centavos no serían pagados ni a la ciudad, ni al estado, ni al distribuidor, ni al sindicato de proyeccionistas, y que en marzo, los setenta y siete dólares cincuenta centavos restantes no serían declarados como parte de los ingresos de la corporación en la declaración de impuestos.

Para Dutch Buenadella, esta posibilidad de mentir tenía una ventaja adicional. No estaba solo en esta operación; tenía socios. Toda la organización local era una red continua de ejecutivos, de manera que parte del robo de Buenadella afectaba al bolsillo de Al Lozini, parte al bolsillo de Ernie Dulare, y otra parte al bolsillo de Frank Schroder. Sus socios sabían que él defraudaba en la declaración de impuestos, al sindicato y al distribuidor, de modo que él no podía decirles a *ellos* que sólo habían venido ochenta y siete espectadores esta noche. Pero sí podía decirles que habían venido ciento once. Podía llevar no dos, sino tres libros de cuentas y, además del escamoteo normal, podía conseguir un

extra de treinta y cinco dólares para él solo. Todas las noches del año. Lo que significaba algo así como trece mil dólares libres de impuestos de ganancia puramente personal.

Frank Faran no había sabido de este robo extra que Buenadella se llevaba a casa todas las noches y que guardaba en una caja fuerte en su oficina, pero sí sabía acerca del subterfugio regular. Y Wiss, mirando la puerta de cristal más próxima, mientras seguía frente a las carteleras, murmuró:

– Todo lo que tenemos que hacer es soplar para abrir esa puerta.

– No antes de las doce -respondió Elkins. Miró su reloj y agregó-: Dentro de dos minutos.

Los cables, envueltos en pesadas tuberías de acero, recorrían las alcantarillas, entrecruzándose en la zona del centro con la London Avenue y todas las calles laterales. Cables secundarios se ramificaban de las líneas principales, se abrían camino en la tierra hacia las aceras o los sótanos y terminaban en cajas de metal que parecían contener fusibles. De ellas salían cables más finos que se dirigían a todas las puertas y ventanas de los establecimientos que participaban del sistema. Todas las noches a la hora de cerrar, el propietario accionaba un interruptor colocado discretamente en alguna pared trasera, y desde ese momento hasta la mañana siguiente la apertura de cualquier puerta o ventana provocaba un impulso eléctrico que transportaban los cables finos hasta la caja del sótano, y los cables gruesos hasta el cable principal, y éste hasta la oficina del Servicio de Protección de Alarmas Inc, donde provocaba un zumbido y una luz se encendía en un gran mapa mural en el cuarto de guardia. Y cada vez que tal cosa sucedía, uno de los hombres que vigilaban llamaba de inmediato al puesto de policía más cercano, y, asimismo, mandaba un coche de la propia compañía con cuatro hombres armados y uniformados.

Estas oficinas estaban en un pequeño edificio de dos pisos en una esquina a cien metros de la London Avenue. El cuarto de guardia estaba en la parte trasera, y en la delantera estaba la oficina del recepcionista, las de los ejecutivos y los archivos; el frente de la planta baja era la sala de espera y los puestos de los vendedores, y la parte trasera de la planta baja estaba dividida en habitaciones para los serenos: una con mesas y sillones y una televisión, y dos más pequeñas con camas de litera; y un garaje exterior con dos automóviles con radio.

La del lunes era, por lo general, una noche muy tranquila en la compañía, pero este lunes había traído varias pequeñas molestias. A las seis y cuarto, algún chico -al parecer se trataba de un chico, pues no había nadie cuando los policías y los guardias de la compañía aparecieron-trató de entrar por una ventana trasera de una tienda de juguetes. Después de las diez y media alguien había intentado abrir la puerta de entrada principal de un establecimiento de reparaciones de

artículos del hogar, y menos de cinco minutos después, en otra parte de la ciudad, forzaron las puertas de una estación de servicio, y también aquí el agresor desapareció antes de que apareciesen los guardianes del orden. No era una noche tan mala como la de ciertos sábados, pero para ser lunes era una mala noche.

En especial teniendo en cuenta el número de personas que estaba de turno. Había dos hombres en el cuarto de guardia y sólo un grupo de cuatro hombres abajo. Cuando surgió el problema de la estación de servicio, el hombre de la sala de guardia había hablado por radio con el coche que había ido al taller de reparaciones y lo había mandado allí directamente. Sólo los fines de semana había dos grupos de trabajo porque, por lo general, sólo los fines de semana se necesitaban. Además, se suponía que la policía era la principal defensa; la tarea primordial de la compañía era informar a la policía de que se estaba cometiendo un robo y el lugar donde se producía. Tres casos hasta ahora en esta noche, y no había habido pérdidas en ninguno. Los daños en las puertas serían pagados por el seguro, y en ningún caso se había dañado nada de la mercancía o del interior de los establecimientos. Tampoco se habían llevado nada.

A las once y quince sonó la cuarta alarma de la noche en el cuarto de guardia, esta vez indicando que había sucedido algo en la joyería Best, que estaba bastante lejos, en River Street. Uno de los hombres de guardia había llamado por teléfono al puesto de policía de River Street, mientras el otro llamaba abajo a la sala, donde los hombres estaban jugando a las cartas. Se les dio el nombre y la dirección de la joyería, y dejaron de inmediato las cartas, subieron al Dodge Polara y el conductor pulsó el botón que abría electrónicamente la puerta del garaje. Salieron a la oscura calle lateral, la luz de los faros se balanceó cuando saltaron el bordillo de la acera y luego enfilaron la carretera. Giraron a la derecha, el conductor volvió a pulsar el botón para cerrar el garaje y salieron a toda velocidad hacia River Street, sin ver a los hombres vestidos de negro que habían estado agazapados a ambos lados de la entrada del garaje y que se habían colado dentro antes de que el portón bajase.

Handy McKay y Fred Ducasse sacaron las pistolas de sus bolsillos y avanzaron silenciosamente hacia la puerta abierta de la sala. No había habido mucho tiempo para preparar este golpe, de modo que no sabían exactamente que encontrarían adentro, o cuántos hombres habría. Parker había entrado por la puerta principal esta mañana para ofrecerse como empleado, pero no había logrado ver mucho. También había provocado la alarma en la tienda de juguetes a las seis y cuarto, poco antes de encontrarse con los demás en el aparcamiento, y había visto llegar el coche de la compañía, los había seguido y había visto la puerta electrónica en un lateral del edificio.

Philly Webb y Fred Ducasse habían provocado las alarmas en el establecimiento de reparaciones y en la estación de servicio, mientras Handy vigilaba el cuartel de la compañía. Se habían asegurado de que sólo había un coche trabajando, pero había sido imposible determinar cuánta gente trabajaba en el edificio, así que Handy y Ducasse se movían en silencio y con la mayor precaución hasta estar seguros de que la sala, los dos dormitorios, los puestos de los vendedores y el resto de la planta estaban vacíos. Justo entonces se dirigieron a las escaleras.

Mientras tanto, el Polara con los cuatro hombres corría hacia River Street, con una luz azul destellando en el techo. Pasaron un Buick azul que avanzaba tranquilamente en dirección opuesta, y no prestaron atención. Philly Webb miró la luz azul que se alejaba en su espejo retrovisor, sonrió para sí y aceleró un poco.

Los dos hombres en el cuarto de guardia conversaban acerca de las actrices de sus programas favoritos de televisión con las que les hubiera gustado acostarse, cuando se abrió la puerta y aparecieron dos hombres vestidos de negro, con capuchas negras en la cabeza y pistolas en las manos, rápidos; golpearon la puerta contra la pared; uno de ellos dio un golpe sobre el escritorio con la culata de la pistola, mientras que el otro gritaba:

– ¡Quietos! ¡Quietos! ¡Un solo movimiento y os agujereo!

Los dos hombres de guardia llevaban el uniforme gris de la compañía, con armas colgando de la cintura, pero todo había sido demasiado rápido, no habían tenido ninguna prevención y los dos intrusos hacían demasiado ruido. Eso los distraía. El que había gritado daba vueltas alrededor de ellos, mientras que el otro golpeaba con el cañón de la pistola todo lo que tenía a su alcance, una silla, un armario de metal.

El que daba vueltas alrededor de ellos continuaba gritando:

– ¡Malditos seáis, un solo movimiento, una sola palabra, denme una sola oportunidad de liquidaros, malditos, haced un solo movimiento y os deshago!

No se movían. Asombrados, aterrorizados, estaban con la boca abierta, paralizados por ese repentino temporal imprevisto.

– ¡Arriba! -gritó el que daba vueltas. Ahora estaba detrás de ellos; y el otro, enfrente. No podían mirarlos a los dos a la vez-. ¡Arriba, bastardos, las manos en la cabeza, moved los culos de esas sillas, poneos en pie, moveos o sois hombres muertos!

Lo hicieron. Hicieron absolutamente todo lo que se les decía, avasallados por los gritos y las amenazas. El de atrás seguía haciendo ruido con los objetos, tirando al suelo ceniceros y vasos siempre con la pistola apuntando hacia los dos hombres, que estaban con las manos en la cabeza.

El otro, gritando amenazas como si estuviera furioso por alguna cuestión personal, vino serpenteando hacia ellos, les quitó las automáticas, sacó unas esposas de un cajón de escritorio y les esposó las manos a la espalda. Les obligó a voces a ir a un rincón del cuarto y a sentarse en el suelo, espalda contra espalda, temblorosos, pues esperaban que tanta furia y locura se transformase en una carnicería de un momento a otro, a medias convencidos de que no tenían escapatoria, de que ya estaban muertos.

Entonces, de pronto, todo se tranquilizó y el que había estado dando golpes y tirando cosas se detuvo en medio del cuarto, con la pistola apuntada hacia el suelo y empezó a reírse. No una risa de loco o sádico, sino una risa verdaderamente divertida. Los dos hombres lo miraron desconcertados y oyeron que le decía al otro, en medio de la risa:

– Fred, estuvo perfecto.

El otro también se rió. Toda su furia había desaparecido, como si nunca hubiera existido.

– Es divertido, ¿no? -preguntó.

– Nunca lo había hecho así -dijo el primero-. Yo siempre lo hago con amabilidad. Tranquilizo a todos, diciéndoles que no les pasará nada, que lo tomen con calma, que no se preocupen por nada, que somos profesionales, que no queremos derramar sangre, todo eso. Les pregunto sus nombres de pila, hablo con calma.

– Sí -contestó el segundo-. Yo también lo he hecho así. Pero a veces esto es divertido. Entrar como un loco, gritando, haciéndose el demente. Entonces son ellos los que quieren tranquilizarte.

Los dos se rieron, y los hombres sentados en el suelo se miraron uno al otro por encima de los hombros con una mezcla de cólera y de humillación.

En la joyería Best resultó que alguien había arrojado un ladrillo a un escaparate, pero al parecer no se había llevado nada. Cuando el coche de la compañía llegó, ya había dos coches patrulla de la policía. El dueño del establecimiento había sido informado y ya estaba de camino. Los hombres de la compañía, de acuerdo con la policía que seguían siempre, esperaron su llegada para demostrarle que cumplían con su deber.

Philly Webb estacionó su Buick anónimo en una manzana del edificio de la compañía, caminó esa manzana y golpeó la puerta del garaje. Se abrió y apareció Handy McKay, sonriendo.

– Dos hombres nada más -le informó-. Fred está arriba con ellos.

– Me gusta -dijo Webb-. Parker sigue en forma, ¿no? -Él y Handy habían trabajado juntos en el pasado, hacía diez años o más, pero era la primera vez que trabajaban juntos con Parker.

– Mi vuelta al trabajo tenía que ser con él -contestó Handy-. Hay cartas en la sala.

En la joyería Best, los guardias de la compañía se tocaron las viseras de las gorras en saludo al cliente, volvieron al Polara y se dirigieron hacia el cuartel general. El conductor ahora iba despacio, con la luz azul apagada, y prefirió ir por la London Avenue aun cuando eso supusiera recorrer dos o tres manzanas más.

Era una noche tranquila, sin luna, oscura, la London Avenue estaba desierta, excepto dos tipos que miraban las carteleras del cine pornográfico.

– Se pusieron temprano en la fila, ¿eh? -comentó uno de los guardias, y los otros rieron.

– Las doce -dijo Elkins-. Pero espera a que desaparezca ese coche.

En la compañía, Philly Webb y Handy McKay jugaban al póker.

– Escalera de reyes -dijo Handy.

Webb, con una sonrisita, mostró sus cartas:

– Póker de ases.

– Maldita sea. -Handy arrojó a la mesa sus cartas con cólera no disimulada-. Estas cartas están en mi contra -dijo.

Desde arriba vino un zumbido.

– Eso fue el cine -comentó Webb.

Arriba, Ducasse miró con el ceño fruncido al mapa de la pared con su luz encendida y el molesto zumbido. Llamó a uno de los guardias en el rincón:

– ¿Cómo se apaga esto?

– Váyase a la mierda -contestó el guardia. Los dos estaban desilusionados al saber que Ducasse y Handy, después de todo, no estaban locos.

Ducasse se acercó y le dio un golpecito en el mentón.

– No diga palabrotas -le ordenó-. ¿Cómo se apaga esta cosa?

El guardia, aunque atemorizado, trató de mirar desafiante a Ducasse, pero cuando lo vio levantar la pierna para descargarle un puntapié, se apresuró a contestar:

– Hay un botón en ese escritorio. Hágalo girar.

– Bien -dijo Ducasse.

Abajo, Webb y Handy siguieron jugando a las cartas hasta que oyeron abrirse la puerta del garaje. Entonces se cubrieron las caras con las capuchas y se colocaron a ambos lados de la puerta con las pistolas en la mano.

Los guardias entraron charlando, descuidados, y los cuatro entraron al cuarto antes de que hubieran visto a los intrusos. De pronto se quedaron inmóviles, y Handy, que esta vez decidió hacerlo a su modo, dijo:

– Está bien, caballeros, tómenlo con calma. No queremos tener que usar

nuestras armas.

No había máquinas tragaperras. La imagen que pretendía tener el Riviera de Tony Florio era la de la discreción, pero no tanto como para que no se reconociera su verdadero negocio. Una elegancia al estilo James Bond, ésa era la intención. Los jugadores, viendo las cortinas de terciopelo ocre, pensaban que era elegante. Los mismos jugadores, cuando veían máquinas tragaperras y máquinas de *pinball* en un ambiente de un restaurante de carretera, pensaban que era barato. Así que no había máquinas tragaperras.

Pero había cantidad de terciopelo ocre. Dalesia, Hurley y Mackey siguieron al camarero escaleras arriba, a través de innumerables cortinas de terciopelo ocre, hasta el salón de juego principal, una larga sala de techo bajo cuyas paredes estaban cubiertas de espesos cortinones que, junto con la espesa moqueta verde, ahogaban de tal manera los sonidos que toda la sala parecía un equipo estereofónico con el control de bajos puesto al máximo.

– La caja a su derecha, caballeros -dijo el camarero, inclinándose ligeramente, con una sonrisa-. Y buena suerte.

– Buena suerte para usted también -le contestó Hurley.

El camarero se fue y los tres hombres se tomaron un minuto para estudiar la sala. Había seis mesas de dados, sólo tres de ellas ocupadas. Y dos ruletas, ambas funcionando. En el extremo más alejado, mesas verdes en las que se jugaba a las cartas. Los jugadores eran casi todos hombres, y la mayoría de las mujeres parecían estar casadas con los hombres con quienes estaban. Parecía tratarse de profesionales, abogados, médicos, hombres de negocios, casi todos con chaqueta y corbata. Muy pocos de los clientes parecían tener menos de treinta y cinco años, y estos pocos imitaban a los mayores en el modo de vestir, en el estilo y en el corte de pelo. El salón no estaba atestado, pero tampoco estaba vacío; probablemente trabajaba a la mitad de su capacidad.

– Bastante bien para la noche de un lunes -comentó Dalesia.

– Quizá deberíamos invertir -dijo Mackey.

– No, no lo creo -contestó Dalesia-. Creo que es muy arriesgado.

Los tres fueron hacia la ventanilla del cajero. Era un agujero de forma ovalada en la pared, flanqueado por los omnipresentes terciopelos ocres. En el centro de un cristal grisáceo antibalas, al nivel de la boca, había un micrófono, y por debajo de la ventanilla un altavoz transmitía la voz de la empleada. Era como una ventanilla para automovilistas en un banco; el dinero se ponía en un receptáculo metálico que la cajera hacía girar hacia su lado y luego devolvía hacia afuera con las fichas. Cada uno de ellos compró cien dólares en fichas azules de cinco dólares. La voz metálica de la joven, por el altavoz, dijo:

– Buena suerte.

– Y buena suerte para usted también -contestó Hurley.

Recorrieron el salón durante unos minutos, observando el juego. Las ruletas eran accionadas por hombres, pero todas las mesas de naipes estaban atendidas por mujeres que lucían atrevidos escotes y sonrisas artificiales.

– Eso es lo que llamo dientes de póker -dijo Dalesia-. Más difíciles de interpretar que la cara de un jugador.

– Bien -repuso Mackey-, si es que tengo que perder rápido creo que voy a hacerlo mejor en la ruleta. Nos vemos.

Mackey se alejó, y Hurley y Dalesia observaron varias partidas de bacará. La chica a cargo de la mesa les dirigió un par de sonrisas mientras esperaba a que se concretaran las apuestas.

– Creo que me quedaré aquí hasta la primavera -dijo Hurley, y se sentó en una de las sillas vacías de la mesa.

Dalesia deambuló un poco más, consideró la posibilidad de acercarse a la mesa solitaria de Chemin-de-fer, con su chica de cabello oscuro, pero fue a una de las mesas de dados; la mayoría de las clientas femeninas se apiñaban allí, apostando a diestro y siniestro. Dalesia, cuya única superstición era su relación mística con el número nueve, hizo un par de apuestas. Echó una mirada al reloj mientras el hombre con los dados rojos los soplaba y vio que tenía veinte minutos todavía en los que perder cien dólares.

En una de las mesas de ruleta, Mackey tenía una expresión de la más profunda concentración y escribía números en la libreta. Apostaba en todas las tiradas, y sus apuestas eran siempre a la segunda docena o a la primera línea de números, el uno, dos, tres o el cero o el doble cero. Prácticamente perdía todas las veces, pero su expresión no se alteraba en ningún momento. Su aspecto era exactamente el mismo que el de cualquier jugador con un sistema, y todos los empleados de la mesa lo notaron a los cinco minutos. Lo mismo pasó con varios jugadores, algunos de los cuales empezaron a seguirlo a pesar de que perdía siempre.

En la mesa de cartas, mientras los otros jugadores no quitaban su vista del escote de la chica que los atendía, Hurley le miraba las manos. Era hábil, pero no parecía hacer nada mecánicamente. Ni tenía por qué hacerlo; las apuestas eran bastante fuertes y la emoción en la mesa era constante.

Mackey perdió sus cien dólares en ocho minutos. Con el mismo gesto preocupado, sin dejar de tomar notas en su libreta, fue hacia la ventanilla de la caja, sacó distraídamente la cartera del bolsillo y dijo:

– Mejor deme… -Se detuvo, pasó un dedo por los billetes y sacó cinco de veinte-: Cien nada más -concluyó.

– Gracias, señor.

Parecía volver poco a poco a una plena conciencia de lo que le rodeaba. Cuando la muchacha le enviaba hacia su lado las veinte fichas, dijo:

– Eh, señorita…

– ¿Sí, señor?

– ¿Hay un administrador por aquí?

– ¿Alguna queja, señor?

– Quiero pedir un crédito. -Parecía a punto de echar su cartera sobre el depósito de metal, y aún no había cogido sus fichas-. Tengo identificación, todo en regla, eh… -Vaciló, luego cogió las fichas y se las guardó distraídamente en el bolsillo de la chaqueta.

– Sí, señor -dijo la chica-. Hable con el señor Flynn.

– Gracias -contestó Mackey, y al segundo se sobresaltó, al recordar que Flynn era el nombre que él estaba usando. Thomas Flynn; él y Parker, y varias personas más, tenían documentos de identidad con ese nombre-. ¿Flynn, dijo?

– Sí, señor. -Inclinada, con el pelo casi tocando el cristal, ella le señaló a Mackey la izquierda diciéndole-: La puerta de su oficina está en ese lado, señor.

– Mi nombre es Flynn -dijo Mackey.

La chica le dirigió una sonrisa ausente.

– Qué coincidencia -respondió.

– Es una bendición -dijo Mackey-. Tengo el presentimiento de que voy a ganar esta noche.

– Bueno, espero que así sea, señor. ¿Aviso al señor Flynn de que usted quiere verlo?

Él pareció reflexionar un momento, y luego tomar una decisión.

– Sí -contestó-. Será lo mejor.

– Gracias, señor -dijo la muchacha mientras levantaba el auricular del teléfono y Mackey se apartaba de su ventanilla.

Dalesia, que perdía cada vez que apostaba al nueve, estaba devolviendo poco a poco sus cien dólares a la casa. Cuando el dado llegó a él, pasó de lanzarlo y se lo ofreció al jugador que tenía a su lado, y mientras lo hacía, se dio cuenta de que Mackey caminaba en dirección a una puerta de madera.

Había un hombre de traje negro, corbata negra y camisa blanca junto a la puerta, que miraba hacia la sala del mismo modo que un policía en su garita mira al tráfico. Cuando Mackey se aproximó se volvió hacia él y le dirigió una mirada inexpresiva.

– ¿Puedo ayudarlo en algo, señor?

– Me enviaron a ver al señor Flynn -contestó Mackey.

– Sí, señor. ¿Y su nombre es?

Mackey sonrió como pidiendo disculpas:

– Flynn -respondió.

La cara del hombre no había sido hecha para sonreír, pero aún así lo intentó.

– Bueno, qué coincidencia -comentó.

– Supongo que sí.

El hombre cogió el auricular de un teléfono que había en la pared junto a la puerta.

– ¿Son parientes, por casualidad?

– Nunca se sabe, ¿no es cierto? Tendré que preguntarle.

– Sí, señor. -Y al teléfono, dijo-: Hay un señor Flynn aquí que quiere verlo. Perfecto. -Colgó y le dijo-: Pase, por favor.

– Gracias -contestó Mackey y la puerta zumbó. La abrió, el zumbido cesó y entró en una oficina de recepcionista como cualquier otra, excepto que ésta no tenía ventanas. En las paredes había colgadas varias fotografías enmarcadas de Tony Florio en sus días de boxeador. En su escritorio de metal verde había sentada una recepcionista, que le sonrió y preguntó:

– ¿Señor Flynn?

– Exacto. Supongo que es una coincidencia, ¿eh?

– Claro -respondió ella-. El señor Flynn está atendiendo una llamada, pero estará con usted en unos minutos.

– Gracias.

Le extendió un gran documento.

– Mientras espera, ¿podría rellenar estos papeles? Le ahorrará tiempo.

El documento era un cuestionario de cuatro páginas.

– Por supuesto -contestó él-. Por supuesto.

La joven le señaló una mesa que estaba arrimada a una pared.

El cuestionario pedía información acerca de todo, salvo su opinión sobre las ovejas. Lo llenó con una letra pequeña y temblorosa, encubriendo las mentiras dentro de un nivel más o menos realista, y cuando lo hubo terminado se lo entregó a la recepcionista, quien le sonrió, le dio las gracias y se lo llevó de inmediato al jefe, todavía ocupado con su llamada.

Las revistas que se podía leer allí eran *Forbes* y *Business Week.* Mackey leyó algo durante unos cinco minutos, hasta que sonó un interfono en el escritorio de la recepcionista y se puso en pie para abrirle la puerta que daba a la oficina interior.

El señor Flynn era un hombre bajo y calvo, con algunos kilos de más, pero seguía moviéndose con agilidad. Llevaba una chaqueta rojiza y una pajarita azul y roja, y se había levantado de su escritorio para darle un firme y amistoso apretón de manos a Mackey. El cuestionario estaba abierto sobre el escritorio, y

por la cara de Flynn, Mackey supo que había llamado al número de teléfono que había puesto en el cuestionario, diciendo que era el del «edificio local de su compañía», y había hablado con Parker. Parker, simulando voz de portero, debía de haber dicho que ése era el edificio de apartamentos donde los ejecutivos de la compañía General Texachron se hospedaban cuando los asuntos de negocios los llevaban a Tyler y que sí, el señor Thomas Flynn residía temporalmente allí, aunque en ese momento no se encontraba en el apartamento.

Pero antes de hablar de General Texachron o de otros detalles inventados para el cuestionario, tenían que decirse unas palabras sobre la coincidencia y Mackey deseaba haber elegido cualquier otra de sus identidades disponibles, pero para ese entonces el señor Flynn del casino se había convencido de que no estaban emparentados y podían pasar al asunto que más les interesaba.

En el piso de abajo, Mike Carlow, Dan Wycza y Stan Devers habían omitido unánimemente el postre y estaban saboreando una taza de café. Carlow miró su reloj y dijo:

– Es hora de hacer nuestra escena.

Wycza apartó su taza.

– Está bien -contestó; se secó los labios con la servilleta y se puso en pie. Mientras Devers y Carlow se quedaban en la mesa, Carlow con las manos ocultas bajo el mantel, Wycza cruzó el salón hacia Tony Florio, situado cerca del jefe de camareros.

– ¿Señor Florio?

Florio se volvió, con su sonrisa feliz en el rostro, su mano preparada para estrechar cualquiera que se tendiera hacia él. ¿Sí amigo? ¿Qué puedo hacer por usted?

Wycza se acercó a él, con una actitud que daba a entender que deseaba excluir al jefe de camareros de la conversación. Señaló hacia el comedor y dijo:

– ¿Ve a aquellos dos caballeros en mi mesa?

Florio esperaba que le pidiesen un autógrafo, cosa que daría, o que fuera a tomar una copa con estos desconocidos, cosa que no haría.

– Sí -contestó-, los veo.

– Bien -prosiguió Wycza-el tipo con las manos bajo la mesa tiene una pistola de gran calibre y le está apuntando al ombligo.

Florio se endureció. Wycza le había cogido el brazo de manera amistosa y ahora decía tranquilamente:

– No haga ruido, señor Florio, porque tengo que decirle una cosa. Conozco a ese tipo desde hace mucho y sé que se pone muy nervioso en momentos de tensión. ¿Me sigue?

Florio no dijo nada. Ni por un momento se le ocurrió que esto podía ser una

broma; sabía que era verdad desde el primer momento.

– Por ejemplo -dijo Wycza-, si a usted se le ocurriera hacer un movimiento brusco, o si quisiera gritar, cualquier cosa así, ese nervioso hijo de perra seguro que dispara. Detesto trabajar con él porque me pone nervioso a mí también, pero hay que reconocer que tiene buena puntería. Puede acertarle al ojo de una mosca que esté volando a veinte metros de distancia; es algo magnífico. Si fuera un tipo tranquilo, como usted o como yo, sería algo realmente de primera, pero es un histérico; es por su tamaño. Un tipo alto como nosotros puede mantener la calma, pero uno de su estatura se pone nervioso por nada.

Florio, que ahora miraba a este gigante calvo de habla tan meliflua, no pudo dejar de notar que aunque Wycza hablaba de los dos como personas altas, Wycza era con mucho el más alto y fuerte. Florio, acostumbrado a ser el hombre más fuerte y rudo en cualquier reunión, se sintió mal. Aparecieron gotas de sudor sobre su labio superior y dijo en un susurro:

– ¿Qué es lo que quieren?

– Que me acompañe a la mesa -respondió Wycza-. Charlaremos un rato. -Apretó un poco el brazo de Florio, que comenzó a caminar.

Los dos avanzaron entre las mesas, casi todas vacías, hacia la que ocupaban Devers y Carlow. Carlow seguía con las manos debajo de la mesa y Devers seguía vigilando a los empleados tras la espalda de Wycza, sin notar que ninguno de ellos se comportara de forma especial.

Mientras cruzaban el salón, Florio le dijo a Wycza:

– En realidad, no soy el dueño de este lugar, sabe. Me limito a estar al frente para alguna gente de la ciudad.

– Ernie Dulare -dijo Wycza. Complacido por la mirada de asombro que logró pronunciando el nombre, agregó otro-: Adolf Lozini.

– ¿Los conoce usted?

– ¿Conoce un bebé el pecho de su mamá?

Llegaron a la mesa. Wycza hizo sentar a Florio junto a Carlow y él se sentó a la derecha de Florio. Este dijo:

– Si los conocen, ¿qué es lo que están haciendo?

– Un pequeño robo -contestó Wycza-. Nada de qué preocuparse.

Devers seguía mirando al salón.

– No habrá problemas, ¿no te parece? -dijo Carlow, dirigiéndose a Wycza.

En realidad no parecía nervioso, sino algo tenso, como si en cualquier momento el rígido control que tenía sobre sí mismo pudiera estallar.

Wycza, tranquilizándolo, le palmeó el hombro y le dijo:

– No hay problema. Tony va a cooperar. ¿Qué son para él unos pocos dólares? Este lugar es una fábrica de dinero; para el fin de semana ya se habrá

recuperado. -Se volvió hacia Florio-. ¿No es así Tony?

– No hay dinero aquí -repuso Florio-. Les juro por Dios que no les engaño, pero aquí no hay dinero.

– De eso queremos hablar, Tony -dijo Wycza-. Pero mientras hablamos, mande traer un teléfono a esta mesa. ¿Lo haría por favor, Tony?

– ¿Un teléfono?

Devers ya había levantado un brazo para llamar al camarero. Cuando el hombre vino, de prisa porque el jefe estaba sentado a la mesa, Devers hizo un gesto en dirección a Florio.

Florio vaciló, no por rebelión, sino por un simple desconcierto. Pero, al sentir el silencio, se volvió abruptamente hacia el camarero y dijo:

– Paul, tráiganos un teléfono aquí, por favor.

– Enseguida, señor Florio.

El mozo se fue y Wycza dijo:

– Pues bien, hablemos de lo que pasa allá arriba, Tony. Tenemos un hombre con su administrador en este momento.

Florio lo miró atónito:

– ¿Qué dice?

– El administrador todavía no sabe lo que está sucediendo -siguió Wycza-. Cuando traigan el teléfono, quiero que llame a su oficina y le diga que debe hacer lo que nuestro hombre le ordene.

– Dios mío -exclamó Florio. Era la primera vez en los nueve años de existencia del Riviera que recibían visita de ladrones, y justo empezaba a admitir que era cierto. Esta vez se trataba de un robo a gran escala, totalmente profesional.

– ¿Cuántos son? -preguntó.

Wycza le respondió con una sonrisa seca:

– Bastantes -y en ese momento vino el camarero con el teléfono. Esperaron en silencio mientras lo depositaba sobre la mesa y llevaba el largo cable a enchufarlo en la pared más cercana. Volvió a la mesa, alzó el auricular y escuchó, volvió a posarlo y dijo:

– Aquí lo tiene, señor Florio.

– Gracias, Paul.

El camarero se fue, y Stan Devers dijo:

– Se me ocurre que el nombre del camarero podría no ser Paul.

Wycza cambió ligeramente el gesto y le preguntó a Florio:

– ¿Usted no haría una cosa así, no es cierto?

– ¿Me cree loco? -respondió Florio estirando los brazos-. ¿Cuánto me pueden sacar? No vale la pena dejarse matar por las ganancias de una noche de

lunes.

Devers miró al camarero y comentó:

– Parece que todo está en orden.

Wycza, hablando suavemente, le dijo a Florio:

– ¿Y qué me dice de los cuarenta mil en la caja fuerte? ¿Sí vale la pena morir por eso?

Florio lo miró:

– ¿Qué cuarenta mil?

– Usted guarda cuarenta mil en efectivo en la caja fuerte -aseguró Wycza-. Dinero de reserva, en caso de que alguien tenga una racha de suerte. Ése es el dinero que queremos, Tony.

– De eso no se habrán enterado en la calle -contestó Florio. En sus mejillas aparecieron pálidos círculos de ira-. Algún hijo de puta me ha traicionado.

– Me lo dijo Ernie Dulare -dijo Wycza sonriendo. Luego borró la sonrisa de su cara como si nunca hubiera existido y agregó-: Ahora llame al administrador. Nuestro hombre está ahí con él, y se llama Flynn.

– ¿Flynn? El nombre de mi administrador es Flynn.

– Una coincidencia -repuso Wycza-. Salvo que Flynn es el *verdadero* nombre de su administrador. Llámelo.

Florio levantó el auricular y vaciló con el dedo en el disco.

– ¿Qué le digo?

– Dígale la simple verdad -contestó Wycza-. Que usted está aquí abajo con una pistola en las costillas y que su señor Flynn tiene que hacer todo lo que nuestro señor Flynn le diga que haga, o usted dejará de existir.

– ¿Y si no me cree?

– Tendrá que convencerlo -respondió Wycza-. Llame.

Arriba, Mackey y el señor Flynn habían pasado al tema complementario de la recomendación de Frank Faran, y Mackey contaba un par de anécdotas que eran absolutamente ciertas excepto por el nombre de los participantes. Ahora revisaban el cuestionario que Mackey había rellenado, y Mackey lamentaba no haber hecho una copia con papel carbón; una cosa era llenar cuatro páginas de preguntas estúpidas y otra cosa era tratar de recordar esas mentiras diez minutos después.

Pero al fin sonó el teléfono y Mackey se tranquilizó un poco. La llamada llegaba con retraso y ya empezaba a preguntarse si algo habría fallado, si el casino estaría enterado de todo el plan y este idiota lo estaría entreteniendo con el cuestionario mientras esperaba que llegase la policía. Pero al fin sonó el teléfono y Mackey se tranquilizó. Metió la mano en la chaqueta y cerró los dedos alrededor de la pistola.

– Sí, señor Florio. -Flynn asintió y le sonrió a Mackey pidiéndole que esperara un segundo-. Sí, está aquí conmigo. -Esta vez le dedicó una sonrisa sorprendida a Mackey-: Caramba, el señor Florio lo conoce. -Pero al instante, su expresión cambió-: ¿Qué? ¿Qué dice?

Mackey sonrió y sacó la pistola. Se la mostró a Flynn y volvió a guardarla.

Flynn estaba muy erguido en su silla.

– No comprendo, señor Florio. -Escuchaba parpadeando y parecía un hombre que *no quiere* comprender-. Se da cuenta de que me está pidiendo…

Mackey no oía las palabras, pero sí el irritado zumbido de la voz de Florio en el oído de Flynn. Flynn parpadeó, tragó saliva, comenzó a asentir.

– Sí señor -dijo-. Sí, señor, por supuesto, es que no creía… Sí, señor. -Su cara estaba pálida como la miga del pan y le tendió el auricular a través de la mesa a Mackey-: Quiere hablar con usted.

– Gracias, primo -dijo Mackey y cogió el auricular-: Sí, aquí estoy.

Era la voz de Florio, reconocible y amarga, que decía:

– Uno de sus amigos quiere hablarle.

Mackey esperó; y enseguida oyó a Dan Wycza:

– ¿Todo bien?

– No podría estar mejor -respondió Mackey.

– Perfecto. Espera -Mackey mantuvo el auricular cerca de su cara para que Wycza pudiera oírlo, y le dijo a Flynn-: Tengo dos amigos afuera, quiero que los haga pasar aquí.

– Usted quiere que vaya a…

– No, no, no señor Flynn -dijo Mackey-. Llame a su hombre en la puerta. Dígale que dos caballeros van a venir y que los deje pasar. Y luego dígale a su recepcionista que les abra la puerta.

– Está bien -contestó Flynn, pero hubo algo en su voz y en su mirada que no le gustó a Mackey-. Espere -dijo.

Flynn lo miró atentamente.

Mackey dijo al teléfono:

– Creo que este tipo necesita un poco más de conversación con Florio. Parece que se está preparando para hacernos algo.

Flynn, todo inocencia ultrajada, protestó:

– No tengo… -Pero Mackey lo calló con un gesto de la mano.

Wycza dijo:

– Espera -y se volvió hacia Florio. Le informó-: Mi Flynn dice que su Flynn no comprende la situación. Parece tener algo en su mente.

Irritado, Florio masculló una maldición.

– Exacto -dijo Wycza. Le tendió el auricular a Florio-: Quizá le convenga

decírselo personalmente.

Mackey, que oía a Wycza, le pasó el teléfono a Flynn.

– La voz del amo -dijo.

Flynn cogió el teléfono, vacilando, lo sostuvo con precaución cerca de su oreja como si temiera un mordisco.

– ¿Señor Florio?

El teléfono lo mordió. Asustado, Flynn trató de interrumpir tres o cuatro veces sin éxito, y al fin logró decir:

– Por supuesto, señor Florio. Yo no quería… No, señor, por supuesto.

Mackey esperaba, mirando a su alrededor. De acuerdo con la información de Faran, esa puerta a la derecha llevaba a la caja fuerte donde se guardaba el dinero, y la puerta de la izquierda daba al salón donde los empleados descansaban y fumaban y donde se retiraban los tres guardias armados cuando no estaban recorriendo el piso. Con esta manera de llegar al dinero, directamente a través de Florio y de Flynn, pasaban por alto todos los sistemas de seguridad, los guardias, las alarmas y todas las demás disposiciones protectoras de que disponía el local.

Era el plan de Parker, según la información de Faran, preparado en pocos minutos, y estaba funcionando a la perfección.

Flynn, sumiso, le devolvió el teléfono a Mackey. Aún mostraba signos de resistencia, pero esta vez Mackey no dudaba de que haría todo lo que dijera. Dijo:

– Estoy a sus órdenes.

– Perfecto -convino Mackey, y luego, al teléfono-: ¿Estás ahí?

– Aquí estoy -respondió Wycza.

– Ahora todo está en orden.

– Necesitaré un teléfono -dijo Flynn-. Pero si quiere su amigo, no necesita colgar.

– Buena idea. -Al teléfono, Mackey dijo-: Espera un minuto.

Flynn cogió el teléfono, llamó a la recepcionista y le dijo:

– Dígale a George que hay dos hombres en el salón que van a entrar. Que los deje pasar y usted tráigalos directamente aquí. Está bien. Gracias. -Apretó un botón, volvió la comunicación con Dan Wycza y le devolvió el aparato a Mackey-. Aquí tiene -le dijo.

Afuera, Hurley había abandonado la mesa con sólo veinte dólares y había ido a la mesa de dados donde Dalesia llevaba ya perdidos treinta y cinco. Hurley vio al hombre en la puerta coger el teléfono de la pared y le tocó el hombro a Dalesia.

– Es hora de ir -dijo.

– Está bien. -Dalesia dejó una última ficha de cinco dólares sobre el nueve, y los dos hombres caminaron a través del salón hacia el hombre que hablaba por teléfono.

– ¿Ustedes son los dos caballeros que espera el señor Flynn? -preguntó.

Pensaron que se refería a Mackey.

– Exacto -contestó Dalesia-, somos nosotros.

La puerta zumbó y el hombre la empujó.

– Adelante -les indicó.

– Gracias -respondió Dalesia.

Dutch Buenadella era dueño de otros dos cines pornográficos en Tyler, además del Teatro de Arte Adulto. Uno se llamaba simplemente Cine, y el otro, era el Pussycat. Pero sólo el Teatro del Arte Adulto contaba con un buen sistema de alarma contra ladrones y una caja fuerte sólida, así que allí se escondía todo el dinero escamoteado de las tres salas, donde se guardaba hasta que, una vez por mes, se dividía en partes y se distribuía entre los socios.

Habían pasado tres semanas desde el último reparto, y la caja fuerte de la oficina del administrador del Teatro del Arte Adulto contenía nueve mil doscientos dólares. Además, había ochocientos cincuenta dólares que se guardaban como fondo de reserva para silenciar a las autoridades si se presentaba algún problema. Y había también un paquete sellado y atado con dos tiras adhesivas con la palabra «Personal» escrita con letra de Dutch Buenadella y que contenía cuatrocientos dólares: uno de los recursos privados de Buenadella para un caso en que fuera necesario salir de la ciudad en un momento en que los bancos estuvieran cerrados, por ejemplo a las cuatro de la mañana.

Ralph Wiss había soplado contra la puerta del vestíbulo y la había abierto. Elkins había mirado en la taquilla y la había visto vacía, así que los dos habían subido la escalera, siguiendo la linterna de Elkins. La oficina del gerente estaba junto al servicio de caballeros, del que venía un olor rancio al que parecía imposible llegar a acostumbrarse.

Como la oficina del gerente daba a la calle, no podía encender la luz, pero con las persianas bajadas podían trabajar a la luz de la linterna de Elkins. La oficina era un pequeño cuarto con un escritorio viejo cubierto de papeles, una cantidad increíble de notas y avisos pegados en las paredes, una pequeña nevera junto a un fichero de metal y una pila de rollos de película en un rincón.

En otro rincón estaba la caja fuerte, un cubo de metal verde oscuro de cincuenta centímetros de lado, con una manija cromada en forma de L y un gran dial. Elkins le pasó a Wiss la linterna y Wiss estudió todas las caras de la caja fuerte, pasando los dedos por el metal, deteniéndose en las juntas de la puerta.

Mientras estudiaba las posibilidades soltaba un sonido silbante entre la lengua y los dientes superiores, un sonido que durante un tiempo había molestado a Elkins -parecía un neumático que se desinfla-, pero al que, con el correr de los años, se había acostumbrado. Ahora ni siquiera lo oía.

– Hay que agujerear -decidió Wiss.

Elkins asintió.

– Perfecto.

Wiss trajo una lata de películas vacía, colocó la linterna sobre ella de modo que iluminara la caja y se sentó en el suelo a su lado con su maletín de cuero negro. Mientras lo abría, Elkins dijo:

– Iré abajo.

Wiss ya estaba concentrado. Respondió con un vago asentimiento, sacando cosas de su maletín, y no miró cuando Elkins salía del cuarto.

Elkins bajó en medio de la oscuridad, entró en la taquilla y se sentó en un taburete con los codos en el mostrador. Diagonalmente podía ver a través del cristal de la taquilla y las puertas de la calle, donde no sucedía absolutamente nada.

Un minuto después comenzó a oír el zumbido del taladro eléctrico.

En la compañía de alarmas, los cuatro guardias y uno de los serenos estaban atados, amordazados y encerrados en uno de los pequeños cuartos de la planta baja. Handy McKay, Fred Ducasse y Philly Webb estaban arriba jugando a las cartas. El otro sereno estaba atado a una silla con una venda en los ojos, de manera que los tres se habían quitado las capuchas. Necesitaban a ese hombre por si sonaba el teléfono. Handy le había dicho:

– Si llaman, usted contestará. Si dice lo que debe decir no pasará nada. Pero si dice algo que nos cause problemas…, adivine quién será el primer muerto.

– No estoy loco -respondió el hombre. Todavía seguía cabreado por el hecho de que Handy y Ducasse tampoco estuvieran locos.

– Perfecto -afirmó Handy, y llamó a Parker-. Por aquí todo bien -le dijo.

– Me alegro.

Handy le dio el número de la compañía y añadió:

– Nos veremos.

– Hasta luego -contestó Parker.

Flynn estaba en el umbral de la habitación donde se encontraba la caja fuerte y fruncía sus labios en un gesto de desaprobación, mirando a Dalesia y a Hurley, que llenaban con fajos de billetes dos bolsas negras que llevaban bajo sus camisas. Cuando las dos bolsas estuvieron llenas, los dos comenzaron a meter el dinero en unos bolsillos que colgaban de sus cinturas. Más allá, Mackey

estaba sentado tras el escritorio de Flynn, con el teléfono en el oído, intercambiando ocasionalmente alguna palabra con Wycza. Había puesto los pies sobre el escritorio y fumaba uno de los cigarrillos de Flynn. Había considerado la posibilidad de hacer esperar a Wycza y llamar a Brenda, que lo esperaba en el hotel, pero decidió que no convenía hacer tonterías. Además, probablemente ya estaba dormida.

En el piso de abajo, Wycza y Florio conversaban sobre dietas naturistas. Wycza, como la mayoría de los profesionales, confiaba en el sistema de mantener a sus víctimas en la mayor calma posible, ya que la gente nerviosa suele insistir en hacerse matar, con lo cual había tratado de iniciar una conversación sobre varios temas con Florio, empezando con el mundo del boxeo, el mundo de los *night-clubs* y el mundo de las apuestas, hasta que la conversación había derivado en el tema del ejercicio físico, el cuidado del cuerpo y la comida saludable. Y ése había resultado ser el tema favorito de Florio; las compuertas se habían abierto y se sentían viejos amigos.

– Ahora bien, Adelle Davis…

– Carlton Fredericks…

– La sal marina natural -insistía Wycza-es una estafa. Es uno de los casos en los que es indiferente; la sal es siempre sal…

– Lo que importan son los fertilizantes que usan. -Florio se había olvidado de la pistola de Mike Carlow, se había olvidado del robo que estaba teniendo lugar y se inclinaba sobre la mesa, hablando con entusiasmo y haciendo gestos de entendido.

Wycza también era un fanático del tema y casi se había olvidado del motivo por el que estaba allí. Se explayaba casi con tanto entusiasmo como el mismo Florio. Ambos encontraban muchos puntos en común, y a veces puntos sobre los que disentían completamente, con una seriedad casi religiosa.

Carlow se mantenía totalmente ajeno a la conversación. Su *hobby* personal eran los coches de carreras, lo que no tenía que ver nada con la salud o con el cuidado del cuerpo humano. Simplemente se limitaba a estar en su sitio, con la mano derecha bajo la mesa. Observaba el comedor y dejaba que las palabras de los otros lo envolvieran.

Stan Devers prestaba atención por momentos. Se mantenía en buen estado físico, pero nunca se había preocupado demasiado por eso ni había ajustado sus costumbres a la mesa de acuerdo con ningún ideal físico. Estaba convencido de que tanto Wycza como Florio estaban locos. Casi siempre se guardaba para sí su opinión, pero de vez en cuando los oía afirmar, ambos de acuerdo, algún punto que le parecía propio de la mayor demencia, y se alteraba y les decía que estaban equivocados. Entonces los dos se unían contra él, Wycza apoyándose en las

estadísticas, Florio contando historias espeluznantes sobre boxeadores y luchadores y otros grandes especímenes físicos que se habían arruinado con el tabaco o los carbohidratos, o con hábitos de sueño perniciosos. Devers se retiraba vencido, pero no convencido.

Para todos esa noche se estaba convirtiendo en un acontecimiento social inolvidable.

A la una menos veinte, Ralph Wiss abrió su sexto agujero en la parte frontal de la caja fuerte; oyó el chasquido del mecanismo dentro, bajó la manija y la puerta se abrió lentamente.

– Bien -dijo para sí mismo, guardó sus herramientas en el maletín y se puso en pie. Se sentía agarrotado, sobre todo las rodillas y la espalda, y tenía la boca muy seca. Siempre se le secaba la boca cuando trabajaba en una caja fuerte, pero era el resultado de su silbido inconsciente y no de los nervios.

Había vasos de papel junto a la nevera. Bebió dos vasos de agua, arrugó el vaso y lo tiró. Salió hacia la escalera:

– Frank.

– Ya voy.

Wiss sostuvo la linterna para que Elkins viera la escalera. Elkins había estado dormitando en la taquilla y subía bostezando y desperezándose. Cuando llegó arriba preguntó:

– ¿La abriste?

– Por supuesto.

Entraron en la oficina y sacaron el dinero de la caja, que totalizaba diez mil cuatrocientos cincuenta dólares. La mitad la metieron en sus bolsillos y el resto fue al maletín de Wiss junto con las herramientas. Luego sacaron pañuelos y limpiaron rápidamente las pocas superficies que habían tocado. Bajaron la escalera, salieron del teatro y caminaron hacia el coche.

El teléfono le dijo a Wycza:

– Ya está todo listo. Bajamos.

– ¿Eh? ¡Ah, está bien!

Él y Florio estaban hablando de los polisaturados. Wycza, algo embarazado, como un vendedor de seguros que hubiera simulado hacer una visita de cortesía, colgó el teléfono y dijo:

– Lo siento, señor Florio, pero hay que volver a los negocios.

Florio lo miró sin comprender por un segundo. Luego miró a Devers y a Carlow, volvió a mirar a Wycza y dijo con una sonrisa agria:

– Me había olvidado de eso.

– No estaba engañándole, señor Florio -dijo Wycza-. Me gustaría que pudiéramos seguir hablando.

Florio lo estudió con mirada escéptica, luego volvió a sonreír, ya no tan agriamente.

– Sí, creo que sí -dijo-. Bien, le diré una cosa, amigo. Usted no escogió un trabajo bueno para su salud.

– Espero que esté equivocado -respondió Wycza-. De todos modos, ahora tendrá que salir con nosotros.

Florio asintió.

– Me lo esperaba. ¿Me golpearán en la cabeza después? No me gustan las contusiones.

– Ya veremos -prometió Wycza.

– Gracias.

– Vamos -dijo Wycza y se puso en pie.

Arriba, Mackey volvía a tener un pequeño problema con Flynn.

– Si salgo con ustedes -decía Flynn-, ¿cómo sé que no me matarán en el aparcamiento?

– Porque no estamos locos -le contestó Mackey.

– ¿Por qué íbamos a querer que nos buscasen por homicidio? -le preguntó Dalesia.

Pero fue Hurley quien dio el mejor argumento:

– Si quisiéramos matarlo, imbécil -le dijo-, lo haríamos aquí, en su oficina. Así que cierre la boca y camine.

Flynn se calló y caminó. El, Mackey, Hurley y Dalesia salieron a la sala de juego, Mackey y Flynn delante, Hurley y Dalesia con las bolsas detrás. George, el hombre de la puerta, los miró sorprendido cuando aparecieron, pero esta vez Flynn hizo bien su papel y le habló como Mackey se lo había ordenado.

– Quédese aquí, George -ordenó Flynn-. Tenemos que bajar unos minutos.

George, sorprendido y curioso, contestó:

– Está bien, señor Flynn.

– Si pasa algo antes de que vuelva, estaré con el señor Florio.

– Sí, señor.

Bajaron y encontraron a Florio y a los otros tres conversando junto a la puerta de la entrada. Los dos grupos se reunieron y los ocho salieron y caminaron hasta el estacionamiento, que ahora tenía la mitad de coches que había tenido una hora antes; el lunes es una noche para acostarse temprano.

El estacionamiento estaba iluminado por faroles en lo alto de postes muy altos. Cuando caminaban, Wycza les dijo a los otros, como pidiendo disculpas:

– Le prometí al señor Florio que no golpearíamos a nadie en la cabeza. ¿Por

qué no nos limitamos a llevarlos a una milla o dos de camino? Eso nos dará el tiempo que necesitamos.

No hubo ninguna objeción. Mackey, encogiéndose de hombros, dijo:

– Por mí está bien. ¿Le parece bien, señor Flynn?

Flynn no tenía nada que decir. Florio le dijo a Wycza:

– Gracias, aprecio ese gesto.

– Es lo menos que podía hacer -contestó Wycza.

XLIV

Era la una de la madrugada cuando finalizó la programación televisiva local y Parker decidió volver a introducir a Faran en el armario. Buscó un manojo de naipes y se entretuvo un rato haciendo solitarios.

La primera vez que registró el apartamento había encontrado, en un cajón de la mesa del dormitorio, un juego de llaves del portal y del apartamento. Había ordenado hacer cuatro juegos más y los había repartido entre Elkins, Mackey, Devers y McKay, de manera que los diferentes grupos pudieran entrar y salir sin tener que llamar al timbre en mitad de la noche. Elkins usó ahora su llave y entró, junto a Wiss, con el maletín de cuero negro. Los dos parecían bastante satisfechos de sí mismos.

Parker jugaba a las cartas en la mesa del comedor. Se puso en pie y preguntó:

– ¿Algún problema?

– Sin complicaciones -contestó Wiss. Dejó el maletín en el sofá y él y Elkins vaciaron el dinero de sus bolsillos y del maletín en una mesita-. Todo muy bien -dijo.

Parker miró el montón de billetes.

– ¿Lo contasteis?

– Diez mil cuatrocientos cincuenta -respondió Elkins.

– Un poco más de lo que pensábamos.

Elkins sonrió.

– Pensé en guardarnos un par de cientos; nadie se enteraría. Pero no vale la pena.

– A todos les irá bien esta noche -le dijo Parker-. No necesitaremos propinas.

– ¿Tuviste noticias de los otros? -preguntó Wiss.

– En la compañía de alarmas todo está bien. Y el gerente del Riviera llamó hace un rato para preguntar por el crédito del señor Flynn.

– Encantador -dijo Wiss. Buscó en el maletín a ver si había quedado algún billete, no encontró ninguno, y lo cerró-. Nos vamos -dijo.

– Llamaré a Webb.

Fueron hacia la puerta. Elkins se despidió:

– Hasta luego.

Parker hizo un gesto. Salieron y llamó a Philly Webb, en la compañía de alarmas.

– Wiss y Elkins están de camino -informó, y volvió a su solitario.

Diez minutos después, Mackey, Hurley y Dalesia entraron con las bolsas llenas de dinero. Mackey sonreía con su sonrisa dura y agresiva.

– Parker, deberías haber estado allí.

Parker volvió a dejar las cartas.

– ¿No hubo problemas?

– Fue como cortar una tarta -dijo Mackey.

Hurley intervino:

– Ese monstruo calvo, ¿cómo se llama…?

– Wycza -contestó Parker.

– Sí, Wycza y Florio se hicieron amigos. Nunca he visto cosa igual.

– ¿Qué hacemos con el dinero? -preguntó Dalesia.

Parker apartó las cartas de la mesa.

– Ponedlo aquí. ¿Lo contasteis?

– Es lo que vamos a hacer ahora -respondió Mackey. Se frotó las manos, le sonrió a todo el mundo y agregó-: Me encanta contar dinero. Dinero ajeno.

– Ahora es nuestro -repuso Hurley.

Abrieron las bolsas, sacaron los fajos de dinero y lo apilaron como una montaña verde sobre la mesa. Los cuatro empezaron a contar haciendo montones y cuando terminaron sumaron los cuatro totales. Dalesia fue quien sumó, con lápiz y papel.

– Cuarenta y siete mil seiscientos -dijo.

– Está verdaderamente bien -dijo Mackey.

Hurley miró el dinero de la mesa pequeña y preguntó:

– ¿Eso es lo del cine?

Parker asintió.

– Diez mil cuatrocientos cincuenta.

Dalesia dijo:

– Hasta el momento, cincuenta y nueve mil cincuenta dólares.

– ¿Y esos cincuenta dólares? -preguntó Mackey riéndose.

– Se los dejaremos a los dueños de esto, por el alojamiento -dijo Hurley, señalando la sala.

– ¿Wycza y los otros ya fueron al siguiente? -preguntó Parker.

– Exacto -contestó Dalesia. Miró su reloj y agregó-: Y nosotros también nos tenemos que ir. Nos vemos después, Parker.

Los tres salieron del apartamento. Parker fue al dormitorio, echó una mirada al armario cerrado y revisó los cajones de una cómoda. El de arriba estaba casi vacío; puso su contenido en otro cajón, llevó el vacío a la sala y lo llenó con el dinero de los dos robos. Volvió al dormitorio y colocó el cajón en la

cómoda. Regresó a la sala para empezar una nueva partida al solitario.

Todavía no eran las dos de la mañana.

XLV

Calesian soñaba con un esquiador blanco sobre una montaña negra. No podía verle el rostro, sólo las piernas, los esquíes blancos, la ladera negra resplandeciente, el cielo gris blanquecino. El esquiador corría hacia abajo en ángulo, muy rápido, y el viento silbaba a su paso, y seguía y seguía, aunque nunca parecía llegar abajo; y la enorme ladera estaba desierta.

El sonido del teléfono confundió su mente, que trató de interpolarlo en el sueño como unas campanas. Pero no había iglesia, y la imagen se destruyó y se despertó, con la boca seca y desorientado. Oyó el teléfono, que sonaba por segunda vez. No necesitaba encender la luz para coger el auricular de la mesilla de noche. Tendido de lado, oyendo el latido de su corazón en el oído apretado contra la almohada, se llevó el auricular a la otra oreja:

– Hola.

– ¿Calesian? -Era una voz enojada, y una voz que reconocía, aunque no pudo unirla a ningún hombre por el momento. Pero sabía que era alguien con poder; el tono de la voz bastaba para indicarle eso.

– ¿Sí? -dijo-. ¿Quién es?

– Dulare, bastardo imbécil. Despiértate.

Dulare.

– Estoy despierto -contestó Calesian, y sintió un movimiento nervioso en todo el cuerpo. Levantó la cabeza de la almohada, se apoyó sobre un codo y repitió-: Estoy despierto. ¿Qué pasa? -Parpadeó en la oscuridad; del otro lado de la ventana de su dormitorio, no brillaba la luna. Todo estaba oscuro como el interior de un armario.

– Ya verás qué pasa -dijo Dulare-. Seis tipos acaban de asaltar el Riviera.

– ¿Qué?

– Ya me oíste, ¡maldito seas!

– Asaltaron…

– Tiene que ser tu amigo Parker -dijo Dulare-. No puede ser ningún otro.

– ¡Dios santo!

– Dios no tiene nada que ver con esto… -Dulare estaba furioso; sus palabras parecían acuñadas en metal-. Calesian, te aseguro que ningún ladrón va a quitarme cincuenta mil dólares.

– No… -Calesian se pasó la mano libre por la cara, tratando de pensar. Ahora estaba sentado en la cama y se había olvidado del sueño.

– ¿Dijiste que eran seis?

– Ha traído amigos -respondió Dulare-. El hijo de perra está empezando una guerra, Calesian. Has cometido todos los errores posibles en este asunto, tú y ese imbécil de Buenadella.

– ¿No pudieron hacer nada? -Era una pregunta estúpida, y Calesian lo sabía, pero no encontraba nada sensato que decir y el silencio hubiera sido peor.

– Voy a casa de Buenadella -dijo Dulare. Era mal síntoma que llamase a Dutch por su apellido-. No quiero que ninguno de vosotros siga haciéndose cargo de la situación, no mientras esté Parker dando vueltas. Estaré en quince minutos, y es mejor que estés tú también.

– Por supuesto -contestó Calesian, pero Dulare ya había colgado.

Calesian colgó, luego se puso en pie y se quedó un instante en la oscuridad, negándose a encender la luz, a afrontar la realidad, a empezar a moverse.

Debería haber sabido. Debería haber sospechado que Parker haría algo así; ahora entendía por qué el bastardo había desaparecido. El modo en que había presionado a Lozini la semana anterior, robando en el New York Room y en la cervecería, y en el garaje del centro. Sólo que esta vez, en lugar de tres pequeños golpes anónimos, había dado un gran golpe y se había hecho con cincuenta mil dólares.

¿Un gran golpe? De pronto, con la convicción de una revelación del más allá, supo que habría más golpes. Mirando por la ventana, Calesian pensó: «Está ahí afuera, en algún lugar, ahora, robando algo. ¿Dónde demonios estás, Parker?».

Aún en la oscuridad, volvió la cabeza hacia el teléfono que no podía ver. ¿Llamar a alguien? ¿Dar la alarma? ¿A quién? No tenía la menor idea de adónde irían, o incluso si la policía podría hacer algo. Un asalto en el Riviera estaba fuera de la jurisdicción de la ciudad. Y si no había habido heridos o clientes que se hubieran enterado, probablemente no lo denunciarían.

Cincuenta mil. Y sólo era el primero.

Calesian fue a la ventana, miró la ciudad oscura bajo el cielo sin luna. Las luces de las calles daban más relieve a la oscuridad. Calesian sintió a Parker en algún lado, escurriéndose en las sombras con su ejército.

Miró al cielo. ¿Por qué no había luna? Afuera debía de hacer calor, pero aquí dentro funcionaba el aire acondicionado, y sintió un escalofrío. «Una maldita noche para morir», pensó.

XLVI

Antes de reemprender su nueva vida, Ben Pelzer había permanecido preso dos años, experiencia que le sirvió para recuperar el gusto por el orden y la limpieza en todo lo que hacía. El apartamento del tercer piso en la East Tenth Street, donde era conocido como Barry Pearlman, estaba siempre tan limpio como una patena, y lo mismo su casa en Northglen, donde vivía bajo su propio nombre con su esposa y sus mellizas de tres años, Joanne y Joette.

La vida de Pelzer estaba organizada con tanta limpieza como sus casas, y el comienzo de su semana era el viernes, cuando en su casa de Northglen hacía su maleta y cogía un avión; a veces a Baltimore, o a Savannah, o a Nueva Orleans, o, más raramente, a Nueva York. Nunca sabía de antemano adónde iría, y no le importaba. Simplemente pasaba por la oficina de Frank Schroder, recogía los billetes, las instrucciones, la bolsa con el dinero y partía.

En el aeropuerto de esa ciudad, cualquiera que fuese, tenía que hacer una llamada telefónica, aunque de vez en cuando había un encuentro real en el aeropuerto; en Nueva York solía suceder así. Él entregaba el dinero, recibía la mercancía y volvía en el vuelo siguiente a Tyler. Conducía su coche hasta la casa de la East Tenth Street, subía a su apartamento y esperaba la primera llamada en la puerta.

Nunca tardaba mucho. Ben Pelzer era la Madre de las Madres, el mayorista de todos los distribuidores callejeros de Tyler. Frank Schroder disponía de otros para otros territorios, pero la acción centavo a centavo en las calles, por la cajita de píldoras o el sobre de papel que se compra en un portal o en un banco del parque, se realizaba con la mercancía que había pasado por las manos de Ben Pelzer.

Y el fin de semana era de lo más activo. La noche del viernes y la mañana del sábado los minoristas hacían cola en la puerta de Barry Pearlman para proveerse, y la noche del sábado volvían a por más. No podían comprarla toda a la vez, porque la compra se hacía estrictamente en efectivo y ninguno de los minoristas tenía tanto dinero en efectivo el viernes como para comprar la provisión de todo el fin de semana.

En una sesión normal, las mercancías puestas en circulación por Pelzer producían unos cien mil dólares en la calle. El veinte por ciento de esa cifra les correspondía a los minoristas, el resto venía al apartamento de Pelzer. La parte de Pelzer era el dos por ciento del efectivo semanal, lo que hacía una media de unos mil seiscientos dólares, lo que no estaba nada mal por una semana. Los

setenta u ochenta mil restantes eran de Frank Schroder, y con eso se volvía a comprar más a la semana siguiente, se pagaba a la ley y los socios principales recibían su dividendo; durante todo el fin de semana, ese dinero se guardaba en una maleta bajo la cama de Pelzer.

Era demasiado dinero para tenerlo en un solo sitio, especialmente si gente como los clientes de Ben Pelzer lo sabían, pero nunca había habido un intento de robo. En primer lugar, todos los que conocían la existencia del dinero también sabían a quién pertenecía. Y en segundo lugar, Pelzer y el dinero nunca estaban solos en el apartamento; dos de los hombres de Frank Schroder permanecían con él; llegaban el viernes, no más de media hora después que el mismo Ben, y se quedaban con él y con el dinero durante todo el fin de semana. Los dos que habitualmente ocupaban ese puesto, Jerry Trask y Frank Slade, eran grandes y fuertes, un gran contraste con el delgado y meticuloso Ben Pelzer, y durante los tres últimos años los tres habían llenado las horas muertas de los largos fines de semana con una interminable partida de Monopoly. Se prestaban dinero unos a otros, se perdonaban deudas, inventaban nuevas reglas y hacían todo lo posible por mantener viva la partida. Ya los tres eran millonarios en la ficción y usaban los billetes de tres juegos. Ninguno se cansaba nunca del juego, que estaba permanentemente puesto sobre una mesa en el medio de la sala del apartamento.

La semana del trabajo de Pelzer -y su período de ser Barry Pearlman- terminaba la noche del lunes, muy tarde. Como residuo del tráfico del fin de semana, siempre había una última erupción de compras el lunes, cuando los minoristas se proveían para sus operaciones diarias con los clientes serios, muy distintos de los aficionados del fin de semana. A la medianoche del lunes se completaba el negocio, pero Pelzer siempre lo mantenía abierto hasta la una de la mañana. Por último, a la una en punto, abandonaba el juego del Monopoly y se encerraba en el dormitorio mientras Trask y Slade lavaban los platos y limpiaban todo. Si alguien llamaba después de la una, no tenía suerte: nadie respondía.

En el dormitorio, Pelzer colocaba la maleta sobre la cama, sacaba el dinero y lo contaba lentamente. Esta semana el total fue de ochenta y dos mil novecientos dólares. Su dos por ciento ascendía a mil seiscientos cincuenta y cinco dólares y veinticuatro centavos, pero siempre bajaba la cifra a la centena, de modo que esta semana había realizado exactamente su promedio: mil seiscientos dólares. Apartó ese dinero en los billetes más nuevos, casi todo en billetes de veinte y de cinco, y lo guardó bajo su camisa. Sacó otros quinientos dólares, en billetes de diez y veinte, los puso a un lado de la cama y cerró la maleta. Luego abrió la puerta del dormitorio y llevó la maleta y los quinientos extra a la sala.

Los quinientos eran la paga de sus asociados: doscientos cincuenta para cada uno. Nunca hablaba con ellos de su propio salario, de modo que ellos no sabían la disparidad entre sus mil seiscientos dólares y los escasos doscientos cincuenta de ellos; al no saber nada, nunca causarían problemas.

A partir de aquí, la rutina indicaba que saldrían del apartamento e irían en el coche de Pelzer hasta el aparcamiento que había detrás de la oficina de Frank Schroder, donde los estaría esperando otro coche y Pelzer se iría a casa, donde su esposa lo estaría esperando con una cena tardía. Comerían juntos, lavarían los platos y se irían a la cama; a partir de ahí, Pelzer se quedaba en casa, entreteniéndose con su jardín y su trabajo de carpintería hasta el viernes por la mañana y el comienzo de otra semana laboral.

Era un trabajo fácil, sin problemas, sin esfuerzos. Le permitía pasar cuatro noches y tres días enteros con su familia todas las semanas, le ofrecía viajes interesantes y le presentaba una amplia variedad de tipos humanos; la paga era buena y nunca había surgido ningún problema.

Hasta esta noche.

– Aquí vienen -dijo Carlow.

Habían localizado el Oldsmobile Cutlass de Pelzer, casi a una manzana del apartamento, y estaban aparcados detrás, en un coche diferente, pues Carlow había cambiado el Mercury por un American Motors Ambassador. El aire acondicionado funcionaba mejor en este coche, pero no había sitio para los tres delante, especialmente por el tamaño de Dan Wycza. De modo que él se sentaba detrás; Wycza, Devers y Carlow observaban salir a los tres hombres del edificio, a una manzana de distancia, y venir hacia el coche; el hombre más pequeño, entre los otros dos, transportaba una maleta aparentemente pesada, mientras los otros miraban a derecha e izquierda al caminar.

– Los miro -dijo Wycza-, miro a esos tipos y pienso que no son sensatos.

– ¿Te parece que nos darán problemas? -preguntó Devers.

– Creo que tendremos que empezar matándolos.

Devers pareció preocupado.

– No sé -dijo.

– Yo sí sé -repuso Carlow. Señaló con la cabeza a Wycza y le dijo a Devers-: Tiene razón. A esos dos tan grandes los contrataron para cuidar el dinero. Si lo pierden, están muertos de todos modos.

– Yo tengo buena puntería -aseguró Devers-. Dejadme herir a uno y les daremos la oportunidad de ser sensatos.

Carlow se volvió hacia Wycza para conocer su opinión. Estos tres hombres no se conocían entre sí, nunca habían trabajado juntos. Hoy se habían visto por primera vez; Wycza y Devers en el avión, y Carlow, en el apartamento de Parker.

Les era difícil saber cómo repartirse el trabajo, en qué cosas era experto cada uno. Carlow y Wycza, mirándose en la débil iluminación de una calle perpendicular, trataron de llegar silenciosamente a un acuerdo sobre Devers, y al mismo tiempo de medirse entre sí. Wycza bajó los ojos y asintió ligeramente, encogiendo los hombros, como si dijera: «Qué diablos, dejémosle que haga lo que le parezca, tendremos tiempo de cubrirnos». Carlow torció los labios y miró hacia el frente antes de contestar, gestos que para Wycza significaban claramente: «La decisión te corresponde a ti, yo sólo soy el conductor, y si sale mal, no será culpa mía». En voz alta, Carlow le dijo a Devers:

– Como te parezca.

– Vale la pena probar -contestó Devers. Se volvió y dijo a Wycza-: Dime qué te parece. Si a pesar de todo quieren causar problemas, intervienes tú. -De modo que Devers también se mostraba prudente en esta nueva asociación y no aceptaba toda la responsabilidad sobre sus hombros.

Wycza asintió. Devers dispararía contra uno en el hombro, y si no se calmaban Wycza dispararía contra los tres a la cabeza.

– Perfecto -contestó.

El corredor de Bolsa Andrew Leffler no pensó en el cuarto trasero cuando los ladrones aparecieron en su casa a mitad de la noche. Se despertó al encenderse la luz y se sentó, atónito, y vio a dos hombres vestidos de negro, con capuchas negras en la cabeza, en el umbral del dormitorio, apuntándolo con sus pistolas. En esos primeros segundos de vigilia pensó que eran simplemente rateros que venían a apoderarse de cualquier cosa de valor que hubiera en la casa.

Automáticamente su mano derecha tanteó la mesilla de noche en busca de las gafas. En la otra cama, Maureen también se había despertado y su esposo oyó la respiración entrecortada que indicaba que ella también había visto a los hombres y sus armas, pero no gritó, y al pensar en la tranquilidad y presencia de ánimo de Maureen disminuyó también su pánico, causado por la torpeza de sus dedos con las gafas. Al no poder ver correctamente, todo parecía peor.

– Tranquilícese -dijo uno de los hombres-, y no haremos daño a nadie.

Cuando al fin logró ponerse las gafas, cambió de opinión al instante y decidió que estos eran dos secuestradores. «Que sea a mí a quien quieren -pensó- y no a Maureen.»

Con las gafas podía verlos con más claridad. Los dos eran hombres delgados y parecían más delgados aún por las ropas negras. Sostenían con firmeza sus pistolas y se habían separado. Ahora estaban flanqueando el umbral. Y también estaban, notó Leffler, fuera del campo visual de las ventanas.

Uno de ellos dijo:

– Levántense. Los dos. Pónganse una bata y zapatillas. No necesitarán más; afuera hace calor.

«¿Los dos?», pensó Leffler.

– Llévenme a mí -dijo-, sólo me quieren a mí.

– No pierda tiempo -le contestó el hombre. Su voz estaba extrañamente alterada y deshumanizada por el efecto de la capucha negra-. Si tenemos que llevarlos por la fuerza -añadió-, lo lamentará.

Con voz débil pero gestos firmes, como casi siempre, Maureen dijo:

– Hagamos lo que dicen, Art. -Y fue la primera en apartar la manta y salir de la cama.

Leffler se dio prisa para estar a su lado. Le enfurecía que estos dos hombres vieran a su esposa en camisón, aunque el grueso algodón no mostraba nada y el camisón era tan amplio que había que adivinar la forma del cuerpo. Pero su sensación de intrusión personal, de violación de la propiedad, comenzó con Maureen y su camisón. Con la voz más trémula por la ira que por el miedo, dijo abruptamente…

– Ustedes dos pagarán por esto.

Ellos no se molestaron en responder y, en cierto modo, eso fue peor que la respuesta más dura. Oyendo una y otra vez el eco de su estereotipada bravata, Leffler se sintió embarazado y se dio prisa con su bata y sus zapatillas, como si quisiera terminar lo antes posible con esta experiencia tan humillante.

Cuando los dos estuvieron listos, uno de los hombres dijo:

– Ahora apagaremos la luz, pero los alumbraremos con la linterna; y podemos ver muy bien en la oscuridad, de modo que no se pasen de listos. Caminen hasta la puerta de entrada y salgan.

¿Discutir con ellos? ¿Tratar de que explicaran qué plan tenían? Leffler vaciló, pero supo que ninguna discusión serviría de nada, y que sólo terminaría peor de lo que estaba, así que cogió a su esposa del brazo y los dos fueron hacia la sala.

Durante los primeros pasos la luz estaba encendida, pero pronto fue apagada y ocupó su lugar el pequeño rayo de una linterna; apuntaba a sus espaldas y arrojaba grandes sombras hacia delante; apenas si iluminaba las paredes y los muebles a los lados. Siguieron caminando por la casa, por un camino que hubieran podido recorrer con los ojos cerrados. Pero este sistema era peor que caminar con los ojos cerrados; las sombras que se alteraban constantemente transformaban el terreno familiar en un territorio desconocido. Cuando entraron a la sala, Leffler se golpeó la rodilla contra un ángulo del piano.

La mano de Maureen apretó su brazo.

– ¿Estás bien?

– Sí -contestó él y, aunque le dolía terriblemente, se las arregló para seguir como si nada hubiera pasado y para no inclinarse a tocar la rodilla golpeada. No mostraría debilidad frente a estos hombres delante de Maureen aun en estas circunstancias. La palmeó en el brazo y le susurró:

– Lo siento querida.

– No seas tonto. -Ella se apoyó en él y él sintió su sonrisa-. Esto es una aventura, nada más -dijo.

Una aventura. «Tengo cincuenta y siete años -le dijo él con el pensamiento- y tú cincuenta y cuatro. Ya no necesitamos aventuras.»

Pero no dijo nada en voz alta. Y el valor y la calma de su esposa lo ayudaron a seguir adelante hasta la puerta, con los dos pistoleros que los seguían silenciosamente.

Y aún no había pensado en el cuarto trasero.

Nick Rifkin vivía encima del bar. El bar se llamaba Nick’s Place, y todo el edificio estaba a nombre de Nick Rifkin, aunque en realidad él no era el dueño de nada. Como explicaba a veces a sus amigos:

– Sólo soy el administrador de unos tipos.

Nick tenía ya cincuenta y dos años, era un hombre fuerte y alegre a quien le agradaba jugar a «barman» y vivía en un semirretiro. Había sido soldado de confianza de la organización desde su adolescencia, y una vez había sido chivo expiatorio de un homicidio cometido en realidad por uno de los tipos más importantes de la ciudad; había pasado cinco años y tres meses preso, y al salir su premio había sido el Nick’s Place. Abajo, el bar; y arriba, el apartamento y los préstamos no oficiales. Él recibía parte de las dos cosas, le iba muy bien, se divertía y disfrutaba de la vida.

Las operaciones de préstamo se realizaban sin problemas y la mayoría de los que pedían dinero eran gente honrada: comerciantes en apuros, corredores que necesitaban efectivo con urgencia, gente que no conseguía créditos corrientes por falta de avales, o cosas así. Podían pedirle cantidades grandes a Nick, cantidades sorprendentes, y ni a Nick ni a la gente que estaba tras él le importaba si la deuda era pagada alguna vez. Lo que importaba era mantenerse al día con los intereses: dos por ciento mensual, todos los meses. Si no se pagaba un mes, unos tipos iban a visitar al deudor y hablaban con él. Si no se pagaban dos meses, iban esos mismos tipos, pero no a hablar.

Con los préstamos que salían y los intereses que entraban, siempre había mucho en efectivo en Nick’s Place, pero no había de qué preocuparse. Nick estaba suscrito a la compañía de alarmas y el coche de policía de la zona vigilaba

con especial atención el sitio; y, además, ¿a quién se le ocurriría robar dinero que pertenecía a hombres como Ernie Dulare o Adolf Lozini?

A alguien. La luz del dormitorio se encendió y Nick abrió los ojos y vio a dos tíos allí con capuchas y pistolas.

– ¡Dios santo! -exclamó Nick, y trató de sentarse. El brazo de su esposa, Ángela, estaba cruzado sobre su pecho y le impedía erguirse, pero al fin pudo apartarlo y sentarse, parpadeando hacia la luz.

– Arriba, Nick -ordenó uno de los encapuchados-. Levántate y abre el armario.

– Están locos -respondió Nick. Frotándose los ojos, tratando de despertarse más para pensar, añadió-: Tienen que estar locos. ¿Saben de quién es ese dinero?

– Es nuestro. Vamos, Nick, tenemos prisa.

Ángela murmuró, roncó, y se dio la vuelta pesadamente hacia el otro lado. Una cosa podía asegurarse de Angela: cuando estaba dormida, dormía. Nick en un rinconcito de su mente, agradeció que no se despertarse y empezara a gritar, y lentamente sacó las piernas de las sábanas y las bajó al lado de la cama.

– ¡Cristo!, ¿qué hora es?

– Muévete, Nick.

El suelo estaba frío. El aire acondicionado zumbaba bajo la ventana, haciendo circular el aire frío como una niebla invisible sobre el suelo. Nick, sentado con su camisa y sus pantalones cortos de boxeador, miró con el ceño arrugado al que hablaba, tratando de verle la cara a través de la capucha y tratando de reconocer la voz que lo llamaba por su nombre de pila. Dijo:

– ¿Nos conocemos? -Pero en el momento en que hacía la pregunta supo que no quería conocer la respuesta. Si un tipo tenía una capucha y una pistola, eso significaba que no había que verle la cara.

Además, la alarma ya habría sonado. Estos tipos debían de haber roto algo para entrar, de modo que en la compañía ya habrían llamado a la policía. Así que todo lo que tenía que hacer Nick mientras tanto era obedecer órdenes y prepararse para tirarse al suelo.

Perfecto. Se puso en pie y dijo:

– Olvídelo. No quiero saber si lo conozco.

– Muy inteligente. Abre el armario, Nick.

– Sí, sí. -Deseó haberse calzado las zapatillas-. Y la caja fuerte -dijo.

– Exacto -afirmó el hombre de la pistola.

Estos tipos sabían mucho. Sabían que el dinero estaba en la caja fuerte, y sabían que la caja fuerte estaba en el armario del dormitorio. Pensando en eso, preguntándose cómo habrían llegado a saber tanto y cómo es que mostraban tanta calma robando dinero de la organización, Nick abrió la puerta del armario

y se puso en pie para maniobrar el dial de la caja fuerte. Detrás de él los dos tipos esperaban, pistolas en mano. Y Ángela roncaba. Y Nick se preguntaba cuánto tardaría la policía en llegar.

Cuando se encendió la luz y sonó la alarma en el cuarto de guardia de la compañía, lo que indicaba que habían entrado en el Nick's Place, Fred Ducasse la apagó y siguió leyendo el artículo de la revista que tenía entre manos sobre las últimas ideas de control de multitudes; la revista se llamaba *El Jefe de Policía.*

El problema era que con unas cartas de pinacle se podía hacer una cantidad limitada de cosas. Mientras Philly Webb estuvo con ellos habían usado las cartas para su propósito original -el pinacle-y habían jugado los tres, Ducasse, Handy McKay y Webb. Pero Webb se había ido a conducir para Wiss y Elkins, encargados del trabajo con el corredor de bolsa, Leffler, y eso había significado el fin de la utilidad de las cartas. Ducasse y Handy habían probado a jugar al *gin rummy* o a cualquier otro juego, pero ninguno de ellos salía con aquel maldito juego de cartas de pinacle.

Así que finalmente habían buscado algo para leer y en una oficina del interior encontraron un estante lleno de revistas, todas ellas sobre temas policiacos o de seguridad. Pero como no tenían nada que hacer y el tiempo pasaba muy lentamente, Ducasse leía sobre el control de multitudes y Handy sobre sistemas de seguridad con circuitos cerrados de televisión.

Unos cinco minutos después de haber sonado la alarma del Nick's Place, sonó el teléfono. Ducasse y Handy se miraron.

– ¿Parker? -preguntó Ducasse.

– Quizá no. Mejor que conteste el muchacho.

El guardia que tenían sentado en una silla, con los ojos vendados, parecía esperar. Handy fue hacia él y le tocó el hombro.

– A trabajar -le dijo.

El guardia se mojó los labios y no dijo nada. Handy sentía bajo su mano los músculos tensos del hombro. Con voz amable, pero firme, le dijo:

– Recuerde lo que le dijimos. Si nos trae problemas, peor para usted.

– Me acuerdo. -La voz del guardia sonaba ronca, como si hubiera pasado una semana sin hablar.

– Aclárese la garganta.

– Estoy bien.

El teléfono había sonado tres veces; ya era bastante.

– Ya vamos -dijo Handy. Levantó el auricular y lo sostuvo junto a la cabeza del guardia, en ángulo, de manera que el hombre lo sintiera y al mismo tiempo Handy pudiera oír lo que decían.

Hubo una vacilación casi imperceptible, y el guardia dijo:

– Compañía de alarmas.

– Hola, ¿Harry?

– Eh… no, soy Gene.

– ¿Qué tal, Gene? Habla Fred Callochio. ¿Hay movimiento?

– Aquí no. Desde hace un par de horas.

– ¿Todo tranquilo, eh? Mejor así.

– ¿Y vosotros qué tal?

– Nada. Ya sabes, noche de lunes.

– Aquí lo mismo.

– Nos veremos entonces, Gene.

– Está bien, Fred. Hasta luego.

Handy, inclinado sobre el guardia para oír la conversación, esperó el clic del otro lado, luego colgó y preguntó:

– ¿Quién era?

– Es un policía -contestó el guardia-. Un sargento del centro, del Cuartel General.

Ducasse se había acercado.

– ¿Es normal que llame? -preguntó.

No lo era. Lo supieron por la vacilación del guardia. Al fin respondió:

– No todas las noches. A veces llama.

Ducasse y Handy se miraron.

– Saben que algo pasa -dijo Handy-. Están averiguando.

Ducasse le sonrió apenas.

– Esperemos que no descubran nada.

– No lo harán -aseguró Handy. Palmeó el hombro del guardia felicitándolo-. Lo hizo muy bien -dijo.

El guardia no respondió.

Handy y Ducasse se estaban volviendo a acomodar en sus asientos cuando volvió a sonar la alarma. Los dos miraron y Ducasse buscó el número de la luz en la consola que tenía enfrente. Apagó la alarma y se volvió con una sonrisa a Handy.

– Es el corredor de bolsa -dijo.

Cuando Andrew Leffler comprendió que los ladrones lo llevaban a su oficina, supo que no había por qué preocuparse. Los había visto coger las llaves de la cómoda, al parecer con el único propósito de abrir la puerta del frente y entrar, sin darse cuenta de que nadie podía entrar en ese sitio de noche, ni siquiera el mismo Leffler, con una simple llave, sin poner en marcha la alarma en la compañía de seguridad. En pocos minutos, la policía y los guardias de la

compañía estarían aquí, y seguramente estos hombres eran lo bastante profesionales como para ofrecer una resistencia peligrosa. De modo que todo terminaría muy pronto.

Una vez que hubieron salido de la casa, los metieron en el asiento trasero de un automóvil que esperaba en la calle, con un tercer hombre armado al volante. A Leffler y a su esposa se les ordenó echarse en el suelo del coche y quedarse quietos durante todo el viaje, probablemente para impedirles ver las caras de sus secuestradores, que se quitaron las capuchas durante el viaje a través de la ciudad.

La oficina. Los hombres volvieron a ponerse las capuchas, empujaron a los Lefflers en bata y zapatillas por la acera oscura y vacía hacia la entrada de la oficina. Uno de ellos puso la llave en la cerradura y abrió la puerta. Leffler casi sonrió al verlo hacer eso.

Y aún no había pensado en el cuarto trasero. Estaban en la oficina en Tyler de Rubidow, Kancher & Co., una firma de corredores de bolsa de Nueva York, y él era el encargado de la firma en la ciudad; daba por seguro que estos hombres querían seguros negociables, bonos y documentación de ese tipo, y que lo habían traído para abrir la caja, con Maureen presente para asegurarse de su cooperación. Pero en cuanto al cuarto trasero, casi nunca pensaba en él, y había tan poca gente que supiera de su existencia que casi nunca se hablaba de él. Nadie lo mencionaba. De hecho, quizá porque su conciencia no estaba muy tranquila al respecto, Leffler solía hacer un esfuerzo consciente por *no* pensar en el cuarto trasero.

Había empezado doce años atrás, con su hijo menor, Jim. Sus cinco hijos se habían abierto camino, estaban casados y dispersos por todo el país, y ninguno de ellos era ya causa de problemas para Leffler; pero no siempre había sido así. Jim había pasado por una adolescencia azarosa, con drogas y robos y otras cosas de las que Leffler nunca había querido enterarse mucho, y si no hubiera sido por un hombre como Adolf Lozini, su hijo Jim estaría en la cárcel ahora, o, en el mejor de los casos, estaría en libertad provisional, con antecedentes en la policía y un futuro arruinado.

Un abogado llamado Jack Walters fue quien sugirió en aquella mala época que Adolf Lozini podría ayudarlo. Leffler no había querido ponerse en contacto con un hombre que era un criminal reconocido, un gánster, ¿pero qué otra alternativa le quedaba? No podía admitir que Jim fuera a la cárcel, no si había una posibilidad de salvarlo.

Y había aparecido esa posibilidad. Y el precio que había pedido Lozini no era mucho; en el curso de sus negocios con comerciantes honrados, en muchos años, Leffler se había acercado mucho más al margen de lo ilegal. Porque todo lo

que Lozini le había pedido era el uso de su cuarto trasero.

La mayoría de la gente que poseía acciones no guardaba consigo los certificados. Sus agentes lo hacían, tanto por seguridad -pues tenían cámaras de seguridad en sus oficinas, o bien las alquilaban a un banco-como por conveniencia, para cuando llegara el momento de venderlas. Como Rubidow, Kancher & Co. era una firma grande con una sucursal grande y activa en Tyler, el corredor tenía su propia cámara de seguridad, que era una estructura dividida en dos al fondo de la oficina de la compañía, en el primer piso del Edificio Nolan en la London Avenue. La cámara estaba separada por una medianera del banco vecino, pero tenía su propio sistema de seguridad, instalado y mantenido por la compañía de alarmas. El cuarto más amplio de la sección de seguridad era usado para almacenar la mayoría de las acciones y bonos, así como los libros de la compañía. La sección interna que en la oficina llamaban «el cuarto trasero» estaba reservada para papeles que rara vez se necesitaban, para las transacciones más delicadas, para los abonos estatales y otros altamente negociables…, y para Adolf Lozini.

Lozini guardaba dinero allí. Y lo mismo hacían otros socios de Lozini, hombres llamados Buenadella, Schroder, Dulare, Simms, Shevelly y Faran. Y Jack Walters también, el abogado que había puesto en contacto a Leffler con Lozini.

Para estos hombres, el cuarto trasero en la cámara de seguridad de Rubidow y Kancher tenía una gran ventaja sobre una cuenta en un banco extranjero o en una caja de seguridad en un banco americano. A diferencia de un banco extranjero nunca había problemas con el transporte de fondos desde o hasta el cuarto trasero, ni tampoco existía ese sentimiento ligeramente incómodo de estar, después de todo, a merced de los bancos europeos o de los gobiernos europeos, que en cualquier momento podían alterar sus políticas, cambiar sus leyes, redefinir sus prácticas bancarias.

En cuanto a una caja de seguridad local, era bastante segura mientras su titular estuviese vivo; y aun así, era posible que un fiscal de distrito pudiese conseguir una orden judicial y hacerla abrir. Pero la verdadera falla de una caja de seguridad aparecía cuando un hombre moría; como parte de la herencia del muerto, la ley exigía que la caja se abriera en la presencia física del notario ejecutor del testamento y un representante del banco y un agente de impuestos.

En el cuarto trasero de Rubidow, Kancher & Co. esos problemas no existían. Adolf Lozini y sus socios podían meter o sacar dinero cuando quisieran, y si uno de ellos moría, los otros se harían cargo de las cosas. Para Leffler eso no significaba un riesgo, ni siquiera un inconveniente.

Al menos, nunca lo hubo. Pero esta noche, cuando Leffler y su esposa

estaban dentro de la oficina con los dos encapuchados -el tercero se había quedado fuera, en el coche-, uno de los hombres dijo inmediatamente:

– Está bien, señor Leffler, echemos un vistazo al cuarto trasero.

Mucho más tarde, a Leffler se le ocurrió pensar en lo imposible que era que esta gente estuviese familiarizada con ese término usual en la oficina; al principio sólo pensó que ellos querían los bonos del estado. Y su respuesta inmediata fue intentar salvar los bonos, mintiendo:

– No puedo hacerlo. La puerta tiene un mecanismo de apertura retardada.

– Tenía una sola oportunidad de hacerse el estúpido -dijo uno de los hombres-y es ésta. Esta cámara de seguridad no tiene ese mecanismo de apertura retardada que usted dice. Haga su trabajo.

Leffler lo miró. «Lozini», pensó; pero no pudo creerlo. Una luz de la calle entraba por la ventana y llenaba la oficina de luz rosada; bajo esa luz, Leffler trató de leer las capuchas sin rasgos y la esbeltez de los cuerpos. «¿Cuánto sabían esos dos?»

Lo sabían todo. Uno de ellos, dijo:

– Vamos, señor Leffler, lo que queremos es el dinero de la organización.

«Me atraparon», pensó Leffler, hundiéndose en la desesperación, y se dejó llevar sin quejarse cuando uno lo cogió del brazo y lo hizo avanzar por la oficina, más allá del resplandor rosado de la calle, hacia la oscuridad de la cámara de seguridad.

Nick Rifkin deseaba que su esposa no roncase así. Lo humillaba frente a estos bastardos. Se quedó en pie al lado de la cama, descalzo, helado, y miró cómo uno de ellos llenaba una bolsa de cuero con el dinero de la caja fuerte, mientras el otro lo miraba a él y lo apuntaba con la pistola. Y Angela, a quien no le molestaba la luz, la conversación ni nada de nada, seguía allí boca arriba, roncando. Y lo hacía con una fuerza inaudita.

Finalmente, no pudo soportarlo más.

– ¿Le importa si le doy la vuelta? -preguntó el hombre que lo miraba.

– Debería tirarla por la ventana -respondió-. Haga lo que quiera.

– Gracias -dijo Nick, pero se guardó el sarcasmo para sí. Puso una rodilla en la cama, se inclinó y tomó a Ángela por un hombro; tiró hasta que ella suspiró, cambió el ritmo de la respiración y se dio la vuelta hacia un lado. Se calló.

Nick se incorporó y vio que el otro salía del armario, con la bolsa de cuero llena y cerrada. Nick miró la bolsa, lamentando que todo ese dinero se fuera. No importaba lo que sucediera después, a quién le echaran las culpas, algo caería sobre su propia cabeza, y lo sabía.

– Me están causando un gran perjuicio -dijo.

El que lo había estado apuntando dijo:

– Le daré información confidencial. Nadie se ocupará de usted.

Nick lo miró asombrado. Por primera vez se le ocurrió que quizá estaba sucediendo algo más que un simple robo. Había oído rumores la semana anterior, una especie de problema, un tipo al que buscaban… ¿esto tendría algo que ver?

En fin, era algo de lo que tampoco quería enterarse.

– Confío en su palabra -dijo.

El que traía la bolsa comentó:

– Usted es un tipo realmente listo, Nick; es un tipo que vale la pena.

– No se molesten en darme más información -le contestó Nick.

El otro dijo:

– Le daré algo mejor, Nick. Una pequeña sugerencia. -Nick lo miró expectante-. Muy pronto -continuó-usted querrá hacerle una llamada a alguien, para contarle esto.

– Seguro.

– Llame a Dutch Buenadella -le indicó el tipo.

Nick arrugó la frente.

– ¿Por qué?

– Le interesará, Nick.

El que llevaba la bolsa intervino:

– Nick, tendrá que salir a caminar un poco con nosotros.

– ¿Por qué no me quedo aquí sentado y cuento hasta un millón?

– No haga chistes, Nick -dijo el otro-. Hagámoslo a nuestro modo.

Le habían dado un consejo sobre la persona a quien debía llamar, así que no pensarían en matarlo, ni en hacerle daño. Sería sólo un golpe en la cabeza, cosa que podría soportar.

– Está bien -contestó-, ustedes mandan.

Cuando salían del dormitorio volvió a empezar el ronquido. Nick sacudió la cabeza, pero no dijo nada, y bajó la escalera con el tipo que llevaba el dinero delante y el otro detrás.

Una vez abajo cruzaron el bar, y a Nick se le ocurrió pensar en por qué no habría venido la gente de la compañía de alarmas.

De modo que éstos también debían de haber cortado los cables.

Abrieron la puerta de entrada y Nick se hizo a un lado para dejarlos salir.

– Vuelvan pronto -dijo.

– Salga con nosotros, Nick. Despídanos como corresponde.

– Escuchen, muchachos -repuso Nick-, no llevo zapatos.

– Es sólo un minuto. Venga. -Y el tipo lo agarró del brazo y lo llevó fuera.

Hacía más calor fuera que dentro. No obstante, Nick se sintió ridículo al verse descalzo en la acera y con sólo una camiseta y calzones. La luz más cercana estaba a media manzana y no había luna, pero aun así, se sentía como expuesto, como si cientos de personas estuvieran mirándolo.

No había cientos. Sólo tres: los dos ladrones y el conductor del Pontiac frente a la puerta.

El tipo que llevaba el dinero fue directamente al Pontiac y se sentó en el asiento trasero, con la bolsa del dinero. El otro cerró la puerta del bar y probó el pomo para ver si quedaba realmente cerrada.

– Buenas noches, Nick -dijo, y Nick lo vio cruzar la acera y entrar en el coche, que se marchó inmediatamente. Nick volvió a la puerta.

Estaba realmente cerrada. Sacudió el pomo, pero no lograría nada con eso.

– Mierda -murmuró, y caminó hacia el lateral de la casa, donde la luz indicaba la ventana de su dormitorio-. ¡Hey, Ángela! -gritó. Luego buscó unas piedrecitas y las arrojó contra el cristal. Después volvió a gritar.

Al fin buscó una piedra grande y rompió el cristal de la puerta de entrada. Así pudo abrir.

Se llevaron sólo el dinero en efectivo; ninguna acción, ni papeles de bonos, nada más que el efectivo. Leffler lo vio desaparecer todo en dos bolsas de plástico azul, y cuando el primer *shock* hubo pasado, simplemente esperó. Lozini y los otros no podrían echarle la culpa; después de todo él no era un pistolero. No era en absoluto un criminal, sino un corredor de bolsa; ellos no podían esperar de él que defendiese su dinero contra gente armada.

Las luces de la cámara de seguridad estaban encendidas, ya que no se podían ver desde la calle. Los dos hombres con sus ropas negras y sus capuchas actuaban con un silencio, una velocidad y frialdad que los hacía parecer invisibles; nadie podría haber defendido el dinero de esos dos.

Leffler no podía sentirse más miserable. Maureen estaba junto a él, cogiéndolo del brazo, dándole fuerza con su presencia y con su contacto, y él supo que todo esto sucedía por culpa suya. Ponerla en peligro, ponerse a sí mismo en esta situación horrible. Seguramente, doce años atrás, tuvo que existir otra manera de solucionar el problema; de ayudar a Jim sin endeudarse con gente como Adolf Lozini y estos dos tipos.

Y ahora ya tenían el dinero. Llevando las bolsas, se dirigieron hacia la entrada de la cámara y uno de ellos dijo:

– ¿Dejaremos las luces encendidas? ¿O prefieren que las apaguemos?

El interruptor estaba fuera.

– Encendidas -contestó Leffler-. Por favor.

– Está bien. -El hombre pareció vacilar-: No les pasará nada. Alguien vendrá a sacarlos mañana.

La piedad en la voz del hombre enfureció a Leffler más que nada de lo que había sucedido hasta ahora.

– A ustedes sí que les pasará algo -afirmó con voz temblorosa.

El hombre se encogió de hombros; él y su socio salieron y la pesada puerta de la cámara se cerró.

– ¡Gracias a Dios! -exclamó Maureen.

– Estoy acabado -dijo Leffler. Su garganta se cerraba cuando trataba de hablar, las palabras salían como estranguladas-. No me importa, Maureen, no me importa lo que pase. Estoy acabado con Lozini. Se acabó.

– No te preocupes, querido -lo consoló ella, y lo rodeó con sus brazos, inclinando la cara hacia sus cabellos grises-. Ya pasó todo -dijo.

Y como un tonto, como un niño, como un huérfano, él empezó a llorar.

Ben Pelzer se detuvo junto a su automóvil con la llave en la mano. Mientras Jerry Trask y Frank Slade vigilaban la calle, él se inclinó un poco, sin soltar la maleta llena del dinero de Frank Schroder, y metió la llave en la cerradura del coche.

Por el rabillo del ojo vio el movimiento y se incorporó con un súbito presentimiento. Dos hombres salían del coche estacionado detrás, y antes de ver siquiera las pistolas en sus manos, supo que se trataba de un asalto.

Trask y Slade debían defenderlo. Pelzer tenía una pistola bajo su chaqueta, pero en ningún momento pensó en sacarla. Se volvió con movimientos rápidos, como en una película muda, y corrió en diagonal por la acera, alejándose de los hombres que salían del coche.

Trask y Slade los habían visto al mismo tiempo y los dos trataron de sacar las pistolas. Stan Devers hirió a Trask en el hombro y Trask dio media vuelta y cayó de rodillas en el pavimento. Slade estaba sacando una pistola y Dan Wycza esperó dos segundos después del disparo de Devers antes de hundir una bala en la frente de Slade.

Mike Carlow ponía en marcha el motor del Ambassador, ligeramente inclinado sobre el volante, observando la acción, listo para ocultarse si alguno de los otros llegaba a sacar una pistola.

Pero tal cosa no iba a suceder. Trask, de rodillas, seguía tanteando infructuosamente bajo su chaqueta:

– Imbécil -dijo Devers, y le disparó al oído.

Ben Pelzer siguió corriendo, zigzagueando por la acera, sacudiendo la maleta. Si la hubiera soltado, se habría escapado. Wycza y Devers dispararon al

mismo tiempo y Pelzer se desplomó en la acera. La maleta pareció rodar y quedó contra una boca de riego.

Wycza y Devers entraron en el Ambassador y Carlow condujo hasta la boca de riego.

– Yo bajo a buscarla -dijo Devers, consciente de que se había equivocado. Bajó, cogió la maleta, se la dio a Wycza en el asiento trasero y subió junto a Carlow.

XLVII

Parker observó lo excitados y contentos que estaban todos por el resultado de la operación, y escuchaba los comentarios que hacían al respecto. «Fue tan fácil», decían todos.

Los primeros en regresar fueron Wiss y Elkins, que portaban el mayor botín de la noche: 146.487 dólares, el dinero de la cámara de seguridad del corredor de bolsa.

– Lo estaban guardando para un día de lluvia -dijo Elkins.

Philly Webb, que había sido el conductor del vehículo en el que habían venido Wiss y Elkins, había vuelto inmediatamente a la oficina de la compañía de alarmas a recoger a Handy McKay y a Fred Ducasse. Antes de que llegaran, Carlow, Wycza y Devers se presentaron con la maleta del traficante de drogas, con 80.800 dólares.

– Tendríamos que tener una noche así una vez por año -dijo Wycza.

Devers se sentía tan feliz que parecía borracho:

– Qué diablos -decía-, ¿por qué no una vez al mes?

Dalesia, Hurley y Mackey llegaron después con el botín más pequeño de la noche: 7.625 dólares de la operación con el prestamista. Era menos de lo que Faran había supuesto, pero para entonces ya no le importaba a nadie. Además, Mackey venía cargado de anécdotas simpáticas sobre Nick y su esposa, que durmió durante todo el robo.

– Él la despertará mañana por la mañana -decía Mackey-, y le dirá: «Querida, anoche nos asaltaron»; y ella le responderá: «Querido, deja la bebida para los clientes».

Parker no decía nada. Miraba y escuchaba, y los dejaba expresar su satisfacción y su excitación nerviosa; todavía no eran las tres, quedaba bastante tiempo para hacer su propio trabajo.

Webb llegó con Handy y Ducasse, y entonces ya estuvieron al completo. Reunieron todo el dinero y volvieron a contarlo. La suma total llegaba a 276.287 dólares. El dinero estaba apilado en la mesa del comedor.

– Muchachos, es más de un cuarto de millón de dólares -dijo Mackey.

– Lápiz y papel -pidió Hurley-. Quiero saber cuánto es mi parte.

Resultó ser 25.117 dólares. Nadie podía creer que resultara una cifra tan grande, aun después de dividir por once, de modo que tres de ellos volvieron a hacer la división. Y siguió dando lo mismo. Veinticinco mil ciento diecisiete dólares por cabeza.

– Una hermosa noche de trabajo -afirmó Elkins, sonriendo.

– Ahora haremos el otro trabajo de la noche -dijo Parker.

Todos lo miraron y él percibió que en el placer del éxito se habían olvidado de él y de lo que se suponía que tendrían que hacer a continuación. Su voz los bajó a la tierra de golpe. Parker esperó hasta que las sonrisas se borraron de sus rostros, hasta que los ojos volvieron a mostrarse duros e impenetrables, esperó hasta que estuvieron listos de nuevo para el trabajo.

– Está bien -dijo.

XLVIII

Calesian sentía cómo todo se le escurría de las manos. Había tenido las riendas en sus manos el tiempo suficiente como para sentir el sabor del poder, y ahora todo se le escapaba.

Ese hijoputa de Parker. Lo cogerían, por supuesto, terminarían con él, si no era esta noche sería mañana o algún día de la semana, pero sería demasiado tarde para Calesian. El poder que se había deslizado de las manos de Buenadella a las de Calesian ya se le había escapado, se había ido como arena por el agujero de una bolsa. Y no podía hacer nada para remediarlo.

La casa de Buenadella se había convertido en una auténtica fortaleza. Era defendida, al menos, por cuarenta hombres armados, sin contar al propio Dutch y a Ernie Dulare. También estaba un tipo llamado Quittner, enviado por Frank Schroder. Quittner era un tipo frío, alto y flaco, pálido y silencioso como la muerte. No era miembro regular de nada. Pertenecía a Frank Schroder como un caballo pertenecía a un policía montado. La mayor parte del tiempo Quittner no parecía existir; de vez en cuando Frank Schroder quería un representante en algún sitio, en algo que consideraba muy importante, y allí estaba Quittner, con plenos poderes, para tomar decisiones por Schroder y después desaparecer de la escena.

De modo que ahora el poder estaba entre Ernie Dulare y Quittner. Y cuando la crisis fuera superada y Quittner desapareciese, Dulare quedaría al mando de todo.

El poder era algo extraño. Al Lozini lo había tenido en sus manos durante mucho, mucho tiempo, sin que nadie lo cuestionase, pero Dutch Buenadella había podido ir desangrándoselo poco a poco, a lo largo de tres años, sin que Lozini lo notase: robándole dinero, robándole hombres, tomando centímetro a centímetro el control de la situación.

Si no hubieran aparecido las armas, el cambio de mando habría sido simple e indoloro, tan automático como un movimiento mecánico. Pero cuando Parker y Green aparecieron en la ciudad, el equilibrio se rompió; una vez que la violencia se había vuelto el único modo de hacer funcionar las cosas, Buenadella había perdido el ritmo, había dejado de funcionar y era inevitable que el poder huyese de sus manos.

Pero no volvería a Lozini. Una vez que un hombre había perdido su poder, parecía perder también la seguridad que lo sustentaba. Lozini, con su dominio intacto, nunca hubiera ido a casa de Calesian con una pistola, ni Calesian se

habría atrevido nunca a dispararle si Lozini siguiera al mando; de modo que, en cierta forma, había sido la conciencia de su falta de poder la que había matado a Lozini más que ninguna otra cosa.

Algo así le sucedía también a Buenadella. Durante un momento Calesian se había visto como el socio silencioso, el poder detrás del trono, con Dutch Buenadella nominalmente a su cargo. Pero entonces Parker había traído un ejército de quién sabe dónde, había atacado y herido a mucha gente, de un modo que ni Calesian ni Buenadella podían controlar, y la pérdida de control de Buenadella se había vuelto evidente para gente inadecuada: Frank Schroder y Ernie Dulare.

De manera que ahí es donde estaba ahora el poder: en las manos de Ernie Dulare y del hombre de Schroder, Quittner, sentados juntos en el escritorio del estudio de Buenadella, haciendo sus llamadas telefónicas, tomando decisiones sin consultar a Buenadella, con las riendas en la mano para todo. Mañana, cuando Quittner diera su paso atrás y desapareciese, Ernie Dulare sería el sustituto de Al Lozini, con Schroder como aliado y Buenadella como satélite.

¿Y Calesian? Dulare había expresado con toda claridad, cuando llegó esa noche, con unas pocas frases cortantes, que este problema era provocado, más que nada, por la incompetencia de Calesian. Había hecho las paces con Buenadella y, al parecer, había decidido hacer de Calesian el chivo expiatorio, el tipo cuyo mal juicio había puesto boca abajo toda la ciudad.

Lo cual no era justo. Había sido Buenadella quien había abierto la lucha por el poder, había sido Buenadella quien se había guardado el dinero de Parker y Green y había sido Buenadella quien había ordenado a Mike Abadandi que los matara. Lo único que se recordaba ahora era que Calesian había matado a Al Lozini y que Calesian había disparado contra Parker y Green una vez que Buenadella había logrado un acuerdo con ellos. Nadie lo culpaba en voz alta, pero los reproches flotaban en el aire. Calesian estaba fuera. Todavía no, pero muy pronto Farrell sería elegido alcalde y nombraría a su propio jefe de policía y sería natural que el nuevo jefe hiciera reordenación de las fuerzas. Calesian perdería su puesto en el Escuadrón del Crimen Organizado, sería trasladado a un puesto de oficina, y eso sería su fin. Terminaría peor de lo que había empezado; con menos poder que nunca y después de haber saboreado durante un solo día el máximo poder al que había aspirado.

¿Existía una forma de sobreponerse? Por ahora no, al menos no la veía, pero aun así, no se rendiría. Tenía que mantenerse al margen, observando y esperando, esperando que se produjera un hueco en alguna parte; sentado en el estudio de Buenadella, oscuro e ignorado en un rincón, observaba a Quittner y a Dulare en el escritorio como dos comandantes en un cuartel preparando una

batalla decisiva. Observaba y escuchaba y esperaba que se abriese un nuevo hueco, algún camino que lo devolviera al poder.

Dulare estaba al teléfono, hablando con Farrell. Hasta ese momento, una comunicación entre Farrell y alguien de este lado de la barrera habría sido impensable; pero ahora estaban en una situación de crisis, y la seguridad había sido arrojada por la borda. Además, con las elecciones mañana mismo, era demasiado tarde para que nadie se aprovechara de la propaganda adversa que podían significar los contactos de Farrell; y una vez elegido, ¿qué podrían hacer?

– George -decía Dulare-, estate tranquilo. Estás rodeado de hombres capaces y… Ya sé que lo hicieron. Y por esa misma razón ahora tu seguridad es mayor. Quédate donde estás, quédate al margen, por encima. Mañana temprano irás a votar, y después ocúltate hasta que todo termine. Nosotros nos ocultaremos… También tiene su utilidad, George, quedarse quieto y esperar… Ya lo sé. Si yo hubiera estado antes en esto, no habría sucedido nada… Es cierto, George, eso es lo que va a suceder… Por supuesto, George, te lo haré saber antes que a nadie… Está bien. Adiós, George.

Dulare colgó y se volvió hacia Quittner:

– Este tipo es más imbécil que el pobre Wain.

– Se sobrepondrá -contestó Quittner. Tenía una voz suave, sin fuerza; a veces era difícil de oír-. Está asustado, eso es todo.

Dulare gruñó y miró la hoja de papel con la que había estado jugueteando.

– Sigo pensando -dijo-que caerán sobre otros lugares. El Riviera, Nick Rifkin, ese hombre vuestro, Pelzer.

– Saben mucho -comentó Quittner-. Saben más que yo. Nick Rifkin, por ejemplo; yo no sabía nada de él.

– Pequeñas operaciones de préstamo. -Dulare se encogió de hombros y cambió de tema-. Lo que importa es a quién robarán ahora.

– ¿Cómo se habrán enterado?

– Es ese maldito Faran -contestó Dulare-. Es uno de esos payasos sociables, siempre invitando a la gente a tomar un trago. Te sientas con él, comienzas a charlar y en unos pocos minutos se ha enterado de toda tu vida.

– Resulta demasiado caro -afirmó Quittner.

– Frank tiene cantidad de amigos -dijo Dulare-. Cantaradas, todos querrán perdonarlo, dejarlo pasar, no hacer ruido.

– Resulta demasiado caro. -Quittner tenía un modo suave, sin énfasis, de repetirse, que lo hacía mucho más impresionante que un grito o que una relación de argumentos variados.

Dulare se encogió de hombros.

– Veremos si vuelve con vida -dijo-. Entonces hablaremos.

Hubo un silencio. Calesian observó cómo Quittner pensaba, lo observó decidir no repetir su comentario y dejar la cuestión por el momento. Supo que Quittner decidió que Faran muriese. Calesian lo consideró un hecho, la muerte próxima de Frank Faran.

¿Qué quería Quittner? Mientras él y Dulare hablaban sobre los otros lugares en los que podía robar Parker, Calesian estudiaba a Quittner, tratando de comprenderlo. ¿Se haría cargo él cuando Frank Schroder muriese o se retirase? Schroder ya tenía más de sesenta, de modo que existía esa posibilidad, y Quittner tenía el aspecto de ser un hombre con la suficiente paciencia como para esperar que las cosas se desarrollaran por sí mismas. ¿Pero querría más? Era difícil ver a Quittner, por ejemplo, en el puesto de Al Lozini; el hombre que tomara ese cargo tenía que tener, al menos potencialmente, la disponibilidad de cierto contacto humano con la gente que estuviera bajo sus órdenes, y Quittner parecía demasiado frío y desligado, parecía vivir demasiado para sí mismo. Era imposible pensar en Quittner cocinando para sus invitados como lo hacía Al Lozini una o dos veces por semana.

De pronto, Calesian sintió una súbita nostalgia por el orden antiguo. Antes, cuatro o cinco años atrás, cuando Lozini estaba en la plenitud de su poder, antes de que Dutch hiciera su aparición, antes de que todo esto empezara. Qué sencillo y bueno parecía todo aquello ahora.

No. Con el sentimiento de quien aparta lentamente y con fuerza una visión, Calesian apartó de sí su debilidad. Había estado pensando en Quittner, preguntándose qué clase de hombre sería, preguntándose si habría algún modo de que Quittner resultara útil a su propia rehabilitación. Debía de existir algún modo de impedir que lo archivaran para siempre: ¿sería Quittner ese modo?

Dulare estaba de nuevo al teléfono, hablando con Artie Pulsone, de los Transportes Tres Hermanos. Allí tenían doce camionetas equipadas con radio, y Dulare les pedía que saliesen a patrullar la ciudad; se mantendrían en contacto constante con Artie, quien le transmitiría a Dulare cualquier novedad.

Quittner se había puesto de pie y estaba junto a los ventanales, mirando al jardín iluminado por los faroles. Simulando distracción pero sintiendo la necesidad de hablarle, Calesian se levantó y fue hacia él.

– Una cosa es segura -dijo, mirando también el jardín-. Aquí no va a venir.

– Vendrá a por su amigo -contestó Quittner.

Calesian lo miró sorprendido por la tranquila seguridad del hombre. ¿Cómo podía estar tan seguro de lo que haría Parker?

– Creo que llamará -repuso Calesian-. Mañana. Lo hará como con Al Lozini.

– Vendrá á por su amigo.

Pese a la situación en la que se encontraba, Calesian sintió irritación y no pudo evitar mostrarla.

– ¿Por qué estás tan seguro?

Quittner miró a Calesian. Sus ojos eran azul celeste, casi parecían los de un ciego. Sin ninguna expresión, contestó:

– No debiste mandarle el dedo. No es de la clase de hombres a los que se les puede hacer eso.

No valía la pena tratar de defenderse, pero Calesian no pudo impedirlo:

– Es más fácil verlo ahora -dijo-. En su momento parecía lo indicado.

– No es esa clase de hombre. Nunca lo fue.

Quittner apartó la mirada, volvió a fijarse en el jardín. Calesian trató de encontrar algo que decir en su defensa, pero lo distrajo el ruido de la puerta del estudio. Era Buenadella.

Tenía un aspecto terrible. Era increíble lo que había cambiado en el transcurso de unas horas. Dentro de su gran cuerpo parecía macilento y trémulo. Su rostro estaba surcado de profundas arrugas dirigidas hacia abajo, como la máscara de la tragedia. Había enviado a su familia fuera de la ciudad y él debería haberse ido con ellos, pero había insistido en quedarse. No porque sirviera de nada; se había transformado en una vieja histérica y asustada.

Dulare en ese momento colgaba el teléfono. Lo miró y le preguntó:

– ¿Qué pasa, Dutch?

– ¿Hay novedades? ¿Lo atraparon? -En la voz de Buenadella había un débil jadeo; era la peor de sus nuevas características.

– Todavía no -contestó Dulare-. ¿Qué tal por arriba?

– El doctor dice que Green se despertó un momento.

– Por fin -comentó Dulare.

Quittner volvió la cabeza, atento. Calesian seguía mirando a Quittner.

– Unos pocos minutos -dijo Buenadella.

– ¿Le habló alguien? -preguntó Quittner dirigiéndose hacia el escritorio.

– No estuvo tan despierto como para poder hablar. Sólo abrió un poco los ojos.

– Si realmente se despierta -le dijo Quittner a Dulare-, tendremos que hablar con él.

Calesian, que estaba junto a los ventanales, tocó con la palma uno de los cristales. Estaba caliente, más caliente que el aire de la habitación, de modo que debía hacer calor afuera, aun cuando las luces de los faroles daban un aspecto frío a la vegetación.

– No sé por qué razón no lo matamos -dijo Buenadella-. Es la única razón que tendría Parker para venir aquí, ¿no es cierto? Matémoslo, dejémoslo en una

calle como hizo Parker con Shevelly.

Dulare, hablando con impaciencia incontrolada, dijo:

– Es una carta que mantenemos. Mientras lo tengamos, Parker se mostrará dispuesto a negociar.

– ¿Y si trata de irrumpir aquí?

– Me encantaría -contestó Dulare.

Calesian se volvió y miró otra vez por las ventanas. Buenadella decía algo con su jadeo, pero Calesian no escuchaba. Trataba de pensar en cómo caerle simpático a Quittner.

¿Hubo un movimiento allí, del otro lado del jardín, entre los arbustos?

No. Eran sus nervios. Calesian cerró los ojos, los abrió y volvió a mirar. Nada. Tendría que hacerle ver a Quittner cuánta gente en la policía lo seguía, cuántos le debían favores. En ese momento se apagaron las luces.

XLIX

Wiss pensaba utilizar la bomba que él mismo había fabricado valiéndose de una botella de gaseosa vacía y de otras materias que escondía en el maletín que solía llevar consigo. Elkins conducía, y cuando llegaron a la central eléctrica se limitó a aminorar la marcha y acercarse a la acera, mientras Wiss se asomaba por la ventanilla del coche y arrojaba la botella a lo alto. Voló por encima de la valla; cuando Elkins ya aceleraba, cayó en medio de la estructura de alto voltaje y estalló al contacto con el suelo. Hubo una gran explosión, no muy sonora, pero que cortó el servicio eléctrico en todo ese sector de la ciudad. Conduciendo por un mundo súbitamente desprovisto de luces, rodeado de la más negra oscuridad, Wiss y Elkins se dirigieron de nuevo al centro de la ciudad; tenían otro trabajo que hacer esta noche.

Cuando las luces se apagaron, la oscuridad fue la más completa que hubieran experimentado los habitantes de la ciudad. Las estrellas en lo alto apenas si marcaban la posición del cielo sin luna, pero la tierra era el fondo de un pozo donde los hombres tropezaban y movían sus brazos como antenas. Los defensores de la casa de Buenadella miraron de pronto la nada, apretaron las pistolas, se inmovilizaron, trataron de ver con los oídos, aunque no oían nada más que su propia respiración y los débiles ruidos del hombre que estaba en la ventana contigua.

– ¡Silencio! -se susurraban unos a otros-. Me parece oír algo.

Dos de ellos vieron un resplandor frente a sus ojos, dispararon hacia la oscuridad y los relámpagos de luz roja producidos por sus armas los deslumbraron y los volvieron aún más ciegos.

Los dos hombres ocultos en la furgoneta de reparación de televisiones del otro lado de la calle, detectives de la CID estatal, no creyeron, al principio, que nada anduviese mal. Tenían su propio generador eléctrico en la furgoneta y la cámara con la que miraban el mundo externo estaba equipada con infrarrojos. Pero en ese momento, cuando comprendieron que sucedía algo, se abrieron las puertas traseras de la furgoneta, una linterna iluminó sus caras y una voz dijo:

– No intenten nada.

De todos modos hubieran intentado empuñar las armas, a pesar de que los cegaba el resplandor de la linterna apuntada a sus ojos, si no hubieran oído simultáneamente el ruido de disparos en la casa de Buenadella, cosa que les recordó que, ante todo, ellos eran técnicos. Desconcertados, aunque comprendían instintivamente que éste era un asunto en el que no les convenía

inmiscuirse, levantaron las manos.

Tom Hurley sostenía la linterna, mientras que Ed Mackey, con la capucha en la cara, subía a la furgoneta, desarmaba a los dos hombres y los ataba juntos, espalda contra espalda, con sus propios cinturones.

– Asegúrate de que no esté funcionando la cámara -dijo Hurley.

Mackey vio la cámara y la golpeó tres veces con el cañón de la pistola.

– No está funcionando -contestó, y él y Hurley bajaron de la furgoneta y fueron hacia la casa.

Stan Devers había trepado a un poste telefónico a media manzana de distancia, poco antes de que se apagaran las luces. Iba preparado con guantes aislantes y un par de pesadas tenazas, y mientras hubo luz, se aseguró de reconocer el grupo de cables que iban en dirección a la casa de Buenadella. Cuando se apagaron las luces trabajó sirviéndose del tacto, cortando una por una las líneas y escuchando los sonidos musicales que hacían al cortarse. Cuando terminó, arrojó las tenazas a la oscuridad oceánica que había a sus pies y bajó lentamente, buscando los escalones metálicos. No tenía sentido de la altura en esa oscuridad y le pareció que tardaba mucho en llegar al suelo; ya debería haber llegado. Un pánico estúpido trató de aflorar en su pecho, y sintió la urgencia idiota de saltar, de sortear el resto del descenso, por largo que fuese, terminar de una vez. Sin embargo, siguió pulgada a pulgada. Cuando al fin su pie tocó tierra, lo sintió como una sorpresa.

Los tres conductores, Mike Carlow, Philly Webb y Nick Dalesia, habían estado esperando en tres coches estacionados a una manzana de distancia. Cuando llegó la oscuridad, avanzaron usando sólo las luces de posición. Delante podían ver la luz donde Mackey y Hurley se ocupaban de los hombres de la furgoneta de reparaciones. Fueron hacia allí y dirigieron los coches hacia la propiedad de Buenadella, las luces largas, cuatro cada uno.

Los hombres del piso habían visto las débiles luces de los automóviles que se acercaban. Se habían preparado para disparar, pero el repentino resplandor de las luces largas los cegó.

Los tres coches omitieron la avenida circular. Se dispersaron por el césped, pasaron junto al reloj de sol y se detuvieron a menos de diez metros de la casa, en una hilera separada, todos dirigidos en línea recta a la puerta principal. En medio de la negrura que la rodeaba, la fachada de la casa de Buenadella parecía un bajorrelieve pintado.

Los tres conductores salieron de sus coches y se ocultaron rápidamente tras ellos. Tenían pistolas en las manos, y usaron los coches como escudos cuando apuntaron a las ventanas del frente de la casa. Cualquiera que intentase disparar hacia los faros, tendría que hacerse visible en una ventana, y ellos tres abrirían

fuego. Los faros seguirían allí.

En la parte trasera, Handy McKay, Dan Wycza y Fred Ducasse habían esperado la oscuridad, ocultos en los arbustos en el extremo del jardín. En las ventanas iluminadas de la casa podían ver hombres que iban y venían, hablando o mirando, y cada uno de ellos escogió un blanco. Parker, apoyado en una rodilla y con la pistola en la mano, vio la figura que miraba por los ventanales del estudio de Buenadella. Era Calesian, y estaba preparado para matarlo. Los roles se habían invertido.

Cuando las luces se apagaron, Parker disparó dos veces. Oyó que los tres que lo rodeaban también dispararon. Después llegó una furiosa respuesta desde la casa.

– Esperad -dijo hablando en la oscuridad.

La voz de Dan Wycza sonó a su izquierda:

– Creo que fallé en el mío.

Eso fue todo lo que dijeron hasta que vieron el repentino fulgor de los faros de los coches en el otro lado de la casa. Apareció la silueta negra del edificio; era como un eclipse de luna.

Parker se puso de pie.

– Está bien -dijo, y él y los otros tres se dirigieron hacia la casa.

L

Nada más apagarse las luces, Buenadella supo que era hombre muerto. Un leve susurro asomó a sus labios sin que él se diera cuenta. Sus ojos se abrieron al máximo, tratando de descubrir en la oscuridad a la persona que venía a asesinarlo.

Oyó los disparos. Y el ruido de los cristales rotos, y oyó que alguien decía:

– Uhhh. ¿Quién ha sido? ¿Calesian?

Ernie Dulare maldecía, tranquilo, metódico, con una furia fría, como un hombre que contara hasta diez. Quittner, en voz baja pero hablando rápido, dijo:

– Tírense al suelo. Están disparando.

– ¡Oh, Dios! -Buenadella se sentía atrapado. No podía seguir dentro, tenía que salir. La oscuridad aproximaba hasta él las paredes y el techo, los apretaba contra su cuerpo. Con familiaridad inconsciente caminó a través del cuarto hacia los ventanales, ignorando lo que había dicho Quittner sobre la gente que disparaba desde afuera.

Detrás de él pudo oír a Dulare, que intentaba en vano establecer comunicación telefónica.

– Hola, hola -decía Dulare, colérico; luego soltó el auricular-. Cortaron la línea.

Por supuesto, Buenadella ya lo sabía. Se acercó a los ventanales y alguien lo agarró del brazo. Alguien que respiraba profundamente por la boca, como si tuviera un grave problema de nariz.

Buenadella ya no podía estar más asustado. Aceptó con la calma de la parálisis y preguntó:

– ¿Sí? ¿Sí?

– Dutch. -Era Calesian, con la voz ahogada-. Dutch. Es… -La mano le apretaba el brazo; Calesian quería que se acercara más, aparentemente quería susurrarle algo.

Buenadella se inclinó hacia adelante, sin idea de lo que hacía. Sintió el cálido aliento de Calesian en su mejilla y volvió la cabeza. De la boca de Calesian brotó un chorro de sangre. La sangre olía mal; Buenadella se apartó, con la cabeza llena de imágenes confusas de vómitos y mataderos, y su movimiento brusco destruyó el equilibrio de Calesian. Calesian cayó contra el costado de Buenadella y casi lo hizo caer. Buenadella lo abrazó, buscando con un brazo el apoyo del escritorio, o de algo sólido, y Calesian se deslizó a lo largo de su cuerpo y cayó al suelo.

Dulare decía algo. Buenadella sabía que debía estar escuchando, pero toda su atención estaba centrada en el hecho de que alguna parte blanda del cuerpo de Calesian seguía apretada contra su pie.

Una mano -otra vez-sobre su brazo; ésta era más ruda, más urgente, lo sacudía. La voz furiosa de Dulare:

– ¿Dutch? Maldito seas, hombre, ¿eres tú?

– ¿Qué? ¿Qué?

– Escúchame, por Dios.

– Calesian -dijo Buenadella. Con su mano libre buscaba a Dulare-. Le dieron. No, no lo pises, está ahí…

– ¡A la mierda Calesian! ¿Hay un generador de emergencia en la casa o no?

– ¿Generador?

– Generador eléctrico, ¡maldita sea!

Quittner había ido a la puerta, la había abierto; el sonido de los disparos era más fuerte en aquella dirección.

– Algo pasa en la parte delantera -dijo Quittner con la suavidad de siempre.

Buenadella trataba de concentrarse en la pregunta.

– Generador. No, nunca fue necesario.

– Ahora sí lo es -contestó Dulare-. ¿Tienes una linterna a mano?

– Eh… no. En la cocina hay una, en un cajón.

– Bueno, si no podemos ver -dijo Dulare-, ellos tampoco.

– Hay luz en la parte delantera -dijo Quittner.

– ¿Sí? -contestó Dulare-. Ven, Dutch.

– Calesian -dijo implorante Buenadella-. Está tendido sobre mi pie.

– Oh, por… -Hubo sonidos de patadas y la presión abandonó el pie de Buenadella. La mano de Dulare lo buscó, lo tocó, lo agarró por el hombro-. ¡Vamos! -ordenó.

Buenadella fue con él. En la sala había una luz débil que permitía ver la puerta que daba al comedor.

– ¿Qué diablos es eso? -preguntó Dulare.

– Habrá que ir a ver -contestó Quittner.

Los tres hombres se movieron cautelosamente hacia el comedor y chocaron con un hombre que venía en dirección opuesta: Rigno, uno de los hombres de Dulare.

– Señor Dulare -dijo-. ¿Es usted? -Parecía tenso, sin aliento.

– ¿Qué pasa allí?

– Trajeron coches -contestó Rigno-. Los estacionaron en el jardín en dirección a la casa, con las luces encendidas. Si sacamos un brazo por alguna ventana, dispararán.

– ¿Para qué diablos han hecho eso? -exclamó Dulare.

– Porque van a entrar por atrás -aseguró Quittner.

– ¿Quieres decir que tratan de entretenernos? -preguntó Dulare, al parecer no muy convencido.

– No -contestó Quittner-. La única fuente de luz está en la parte delantera. Ellos vienen por detrás. Quedaremos entre ellos y la luz, de manera que podrán vernos, y nosotros a ellos no.

– ¡Hijo de puta! -exclamó Dulare-. Hay que apagar esos malditos focos.

– Señor Dulare -dijo Rigno, sin aliento-, es imposible asomar un pelo por la ventana sin que le acierten.

– Vamos -indicó Dulare. Él, Quittner y Rigno fueron deprisa hacia la parte frontal de la casa.

Buenadella había ido hasta allí sólo porque Dulare lo había arrastrado. Ahora Dulare se había distraído con un problema más urgente, y Buenadella quedó solo a su libre albedrío. Durante medio minuto se quedó donde estaba, mirando la oscuridad, escuchando los sonidos que lo rodeaban: disparos esporádicos, hombres que corrían, llamadas.

Gradualmente fue dándose cuenta de lo que sucedía. Ésta era su casa, la casa de un hombre tic negocios. Estaba llena de hombres armados que disparaban y de muertos. Sentía la sangre de Calesian en la camisa y en el cuello, ya medio seca, molesta, con su mal olor. Su familia se había ido, él pronto estaría muerto.

Por dos hombres: Parker y Green. Parker, y Green.

Miró hacia el techo, hacia donde estaba Green ahora. Deberían haberlo matado ayer por la tarde. Ya debería estar muerto.

Buenadella se volvió y se dirigió a tientas hacia la escalera. Lo rodeaba el silencio interrumpido por accesos de ruido, disparos o voces. Luego otra vez el silencio. Lo ignoró todo, subió al piso de arriba y caminó por el pasillo hacia el cuarto de huéspedes, donde yacía Green. Su cuerpo grande siempre había dado la impresión de fuerza controlada, pero ahora sus movimientos eran vagos y torpes, como si su cerebro ya no estuviese en pleno contacto con el cuerpo.

Llegó hasta la puerta cerrada del cuarto de huéspedes. Era una zona oscura de la casa, lejos de las ventanas. Tocó con sus manos la puerta y sintió el frío; luego lentamente hizo girar el pomo y la abrió.

Todo lo que pudo ver fue el rectángulo de la ventana. Dio un paso hacia dentro y una figura se movió en el rectángulo más iluminado. Buenadella se detuvo, helado por el miedo.

Una voz le habló desde la ventana:

– ¿Quién es?

Al principio pensó en no decir nada, en simular que no había nadie; luego reconoció al que había hablado: el doctor Beiny. Suspirando de alivio, apoyó el hombro contra el marco de la puerta y contestó:

– Soy yo.

El médico, cuyo temor se mostraba en la voz que pretendía ser firme, dijo:

– Yo no debería estar aquí. Esto no es correcto, señor Buenadella; no tengo nada que ver con esto, no debería estar aquí de ninguna manera.

– Puede irse -le dijo Buenadella-. Puede irse cuando lo desee.

– ¿Cómo voy a irme con todo este tiroteo?

Buenadella entró en el cuarto.

– Váyase ahora -contestó.

Sentía una especie de placer salvaje al hablar así, una necesidad de herir a alguien.

– Explíqueles que no tiene nada que ver -añadió-. Dígales que es un médico.

– Señor Buenadella, no puedo…

– ¡Váyase de aquí!

– Es imposible…

Buenadella se acercó a él, siguiendo el sonido de su voz. Estiró la mano, sus dedos tocaron una cara, una boca que hablaba. Bajó la mano, agarró el cuello y gritó:

– ¡He dicho que se vaya de aquí! -En presencia del médico se sentía extraño, más fuerte; su propia debilidad parecía disolverse en presencia de la mayor debilidad de este otro hombre-. ¡Váyase o lo mato yo mismo!

– Usted… usted… -Las manos del médico buscaron la que le apretaba el cuello-. ¡Por Dios, me está estrangulando!

Buenadella lo sacudió y lo soltó. Habló en la oscuridad, dejando que cualquier expresión le cruzase el rostro, porque ninguna podría verse.

– Ahora. Váyase ahora -volvió a insistir Buenadella con una amplia sonrisa.

El médico no discutió. Se alejó, tropezando con Buenadella y los muebles, tanteando la pared, y salió por el pasillo. Buenadella lo siguió, precavido, aun cuando se sentía seguro caminando por la casa, y encontró la puerta que el médico había abierto al salir. La cerró, buscó una llave, no la encontró. No importaba.

Se volvió, caminó lentamente cruzando el cuarto, las manos adelantadas a la altura del pecho, tanteando el aire. Al fin encontró lo que buscaba: la barra de metal a los pies de la cama. Siguiéndola fue hacia la izquierda, y en ese momento oyó otro disparo, esta vez mucho más cercano. Se detuvo, pero no oyó nada más.

Buscó una caja de cerillas en sus bolsillos. La encontró, encendió una y vio a Green tendido en la cama. Tenía la cabeza sobre dos almohadas y los ojos abiertos, mirándolo.

– ¡Uh! -Buenadella soltó la cerilla y se apagó. Aún sentía los ojos mirándolo.

¿Podría moverse Green? ¿Estaría arrastrándose por la cama ahora, estirando hacia él sus grandes manos? Casi jadeando, Buenadella encendió otra cerilla y vio que Green seguía exactamente como antes.

Demasiado exactamente. Buenadella se movió a la izquierda, pero los ojos no lo siguieron.

¿Estaba muerto? Buenadella miró y lentamente los ojos de Green parpadearon. Cuando volvieron a abrirse, Buenadella vio que no miraban nada.

– Nunca volverá a ver nada -le dijo Buenadella, y se abrió la puerta del dormitorio.

Volvió la cabeza y no se sorprendió de que fuera Parker, de pie en el umbral, con una pistola en la mano. Buenadella arrojó la cerilla y dio dos pasos rápidos hacia atrás, tratando de ocultarse en la oscuridad. Quedó en medio del rectángulo más claro de la ventana, detrás de él, pero no lo sabía.

– Adiós, Buenadella -dijo Parker, y Buenadella hizo un movimiento con las manos, como si quisiera detener la bala.

LI

Parker adoptó todas las precauciones posibles al acercarse a la casa. Sabía que Handy, Dan Wycza y Fred Ducasse lo observaban, pero él no podía ni verlos ni oírlos. La casa parecía muerta, invisible; cuanto más se acercaba, menos alumbraban las luces de los coches del otro lado.

El resplandor de los faros no iluminaba toda la casa; había demasiadas habitaciones, demasiadas paredes entre la parte frontal y la parte de atrás. Ni siquiera se veía dónde estaban las ventanas, aunque, ocasionalmente, una ventana del piso de arriba se iluminaba un instante por un disparo de alguien que apuntaba a las sombras. Parker avanzaba, como habían acordado, hacia los ventanales, aunque a veces tropezaba con plantas. Aún así, eran los ventanales lo que quería; Calesian y Dulare habían estado allí, con otro hombre.

De pronto, de la derecha vino una repentina irrupción de disparos, cinco o seis, y el ruido de cristales rotos; Parker siguió su marcha, obligándose a no correr. La casa ya estaba muy cerca. La alcanzó y lo primero que tocó fue madera. El marco de algo. Su mano se movió a la izquierda, tocó un muro; a la derecha, un pequeño panel de cristal. Más cristal; los grandes ventanales.

Se abrían hacia adentro. Empujó ligeramente y la hoja cedió sin ruido. El frío del aire acondicionado le dio en el rostro. Parado a un lado del marco para no dibujar su silueta, Parker escuchó el interior de la estancia.

Nada. Al parecer había una puerta abierta al fondo y a través de ella llegaban ruidos de movimientos, voces, carreras, disparos; pero de esta habitación no venía nada.

Parker caminó sobre sus manos y sus rodillas. Tenía una pistola en la mano derecha, y en la izquierda, una pequeña linterna. Entró en el despacho, manteniéndose lo más al ras del suelo que podía, tanteando con la mano izquierda el suelo al avanzar. Una vez que atravesó el umbral, se dirigió a la izquierda, siempre a cuatro patas.

Su mano había tocado algo: ropa, una pierna. Siguió la longitud del cuerpo, consciente ahora del olor de la sangre, y cuando llegó a la cara encendió y apagó la linterna, produciendo un milisegundo de luz. Estudió el recuerdo de lo que había visto y reconoció la cara: Calesian. De modo que le había dado.

Y los otros habían salido. Se habían movido sin reflexionar y habían dejado esta entrada sin vigilancia.

No sería así por mucho tiempo. Dulare pensaría en ello y mandaría a alguien aquí. Parker se puso en pie, cruzó la estancia hacia el sitio de donde

venían los ruidos y encontró la puerta. Una vez que la hubo cruzado, oyó los ruidos a la izquierda. En esa dirección vio un vago resplandor blanco azulado: los faros. Y dos cuerpos pesados venían corriendo y tropezando: eran los vigilantes de esa parte de la casa.

Las formas se detuvieron. Parker pudo verlos contra la luz pálida, pero para ellos él seguía oculto en la oscuridad total. Uno de ellos dijo en voz baja:

– No veo nada. ¿Dónde está ese maldito despacho?

– Espera un minuto. Encenderé una cerilla.

Parker les disparó a los dos, antes de que pudieran encender la cerilla y alterar su visión nocturna. Luego dio la vuelta hacia el otro lado, a lo largo de un corredor oscuro. En una casa de este tamaño, tenía que haber una escalera posterior; y si Grofield estaba vivo aún, Parker sabía que lo encontraría más arriba.

Una puerta. La abrió, dio un paso; por el suelo le pareció que era la cocina. Se detuvo y escuchó. ¿Una respiración? Con voz tranquila y confiada, Parker dijo:

– ¿Dónde estás?

– ¿Eh? Aquí, junto a la ventana.

Parker se movió en diagonal hacia la voz, hasta que vio el rectángulo de la ventana y la forma oscura contra él. La forma preguntó:

– ¿Te parece que vendrán también por este lado?

– Sí -contestó Parker, y disparó. Luego siguió a lo largo de la pared, encontró una puerta giratoria, no la cruzó, siguió por otra pared hasta encontrar otra puerta. Ésta se abría hacia la cocina, y del otro lado subía una estrecha escalera.

Estaba a medio camino cuando lo detuvo una respiración agitada y asustada. Parker esperó y sintió el roce de un maletín de cuero antes de tocar al hombre. Se había guardado la linterna en el bolsillo, y con la mano libre aferró la garganta del hombre.

– ¡Aaah!

Parker le hizo sentir la pistola. Le preguntó:

– ¿Dónde está Green? ¿Dónde está el rehén?

– Yo… ¡por Dios…! No tengo nada que ver con esto, soy un médico.

Parker lo apretó con más fuerza contra la pared.

– ¿Se ocupa de los dedos?

El hombre se estremeció. Su garganta se movía bajo los dedos de Parker, pero no dijo nada.

– ¿Dónde está Green? ¡Rápido!

– Arriba. La segunda puerta a la izquierda. Tiene que entender mi posición,

no pude…

Parker apartó unos centímetros la pistola y disparó. Dejó caer el cuerpo por la escalera y siguió avanzando.

Arriba la oscuridad era completa. No había modo de definir el espacio, pero probablemente se encontraba en una especie de pasillo. Parker avanzó junto a la pared izquierda hasta una puerta abierta y después hasta otra cerrada. La abrió y vio el dormitorio iluminado por la luz de una cerilla que sostenía Buenadella; Grofield estaba en una cama, muerto o inconsciente.

Buenadella lo vio y arrojó la cerilla, tratando de ocultarse en la oscuridad. Pero caminó hasta quedar entre Parker y la ventana, ofreciendo una silueta tan visible como si estuviera bajo la luz del mediodía.

– ¡Adiós, Buenadella! -dijo Parker.

LII

El corte de suministro eléctrico se había producido a las tres y veintidós. Cinco años antes, después de un verano de continuos apagones, se había instalado en Tyler una red de emergencia que se suministraba con energía de otras partes de la red nacional. Pero el sistema de emergencia usaba el mismo equipo de distribución que la red local, y este equipo era el que ahora había quedado fuera de acción. Llevaría casi seis horas poner en marcha un equipo alternativo de distribución y devolver la electricidad a la región oeste de Tyler.

Cuando la luz se apagó, la policía y el departamento de bomberos del área afectada pusieron en marcha de inmediato el procedimiento de emergencia; se llamó a personal extra, se puso más gente para atender las llamadas telefónicas, salieron más coches a patrullar las calles y furgonetas de bomberos con equipos de radio salieron a recorrer la zona. Dos calles comerciales quedaron dentro de la zona a oscuras, y allí se concentró la atención principal de la policía y los bomberos. Las calles residenciales quedaron sin vigilancia especial, excepto en los casos en los que había llamadas.

Cuando empezó el tiroteo en la casa de Buenadella, los vecinos en un radio de una manzana se despertaron. Nueve familias salieron de sus camas y fue para todos ellos una experiencia terrible y desconcertante. Incluso pensaron que podía tratarse de una invasión o una revolución. Primero fue el tiroteo y muy poco después la comprobación de que no había electricidad. Y cuando trataban de llamar a la policía, cosa que casi todos intentaron, tampoco los teléfonos funcionaban. Un hombre reunió a su familia y sacó de un armario un fusil que había traído de la guerra, en 1953; lleno de un sentimiento exultante de violencia, cargó el arma, se apostó en la ventana y se preparó para derribar al primer vecino que se pusiera a tiro. Otros dos hombres de la vecindad también cargaron sus armas y salieron a hacer guardia a la puerta. Casi todas las otras familias encendieron lámparas de keroseno, o los fogones de la cocina, que desprendían una luz azulada, y hablaban a media voz; nadie sabía qué convenía hacer. Pasaron veinticinco minutos antes de que a un hombre se le ocurriera vestirse y salir sigilosamente en su coche en busca de la policía o de un teléfono que funcionase, o, al menos, de una explicación de lo que estaba sucediendo; y para ese entonces el tiroteo ya casi había terminado.

En la casa de Buenadella, Handy McKay, Dan Wycza y Fred Ducasse recorrían todas las habitaciones del primer piso liquidando a los hombres de Dulare, asegurándose de que no quedaba uno solo vivo. Parker permanecía en la

puerta de la habitación de Grofield, esperando y escuchando. Mike Carlow y Philly Webb estaban fuera, en la parte delantera, utilizando los coches como escudo y disparando a cualquiera que osase asomarse. Los de dentro habían logrado apagar dos de los faros, pero aún quedaban diez encendidos. Nick Dalesia se había unido a Stan Devers en el lateral derecho de la casa. Ayudados por el resplandor que venía de la parte delantera, cuidaban de que nadie saliera por ese lado. Ed Mackey y Tom Hurley hacían lo mismo en el lado de la izquierda.

Los hombres de Dulare estaban desanimados y sin dirección. La mitad estaban muertos o malheridos, y el resto no tenía ni idea de lo que convenía hacer. Dulare y Quittner seguían tratando de organizar la defensa, pero en la oscuridad y la confusión no había manera alguna de mantener comunicación entre ellos. Los defensores eran como pájaros posados en una valla a quienes los de fuera usaban como blancos.

En el segundo piso se habían agrupado seis hombres en la oscuridad del vestíbulo y susurraban tratando de decidir qué hacer. Dos de ellos estaban a favor de bajar la escalera y unirse a la lucha, pero los demás no querían saber nada. Uno sugirió que trataran de salir por las ventanas y bajar hasta el jardín, pero otro dijo:

– Hay tipos a ambos lados de la casa. Si nos asomamos, nos liquidan.

– ¡Dios santo!, ¿pero cuántos son?

– Creo que deben de ser cien.

Siguieron discutiéndolo. Eran los que quedaban de los hombres de Dulare arriba y no les agradaba la idea de quedar aislados en el segundo piso. Alguno sugirió que bajasen por la escalera de atrás hasta la cocina y huyesen por la puerta trasera, pero los otros pensaron que tampoco eso serviría; cualquiera que escapase esta vez tarde o temprano tendría que vérselas con Ernie Dulare. Uno dijo:

– Bajemos por la escalera de atrás y ataquemos a esos hijos de puta por la espalda. Hagámosles lo mismo que nos hicieron a nosotros.

Parker, desde la puerta de Grofield, oyó toda la conversación. Si hubieran decidido huir, los habría dejado marcharse, pero como finalmente decidieron bajar a la cocina y atacarlos por atrás eso no podía permitirlo. Parker sacó la linterna del bolsillo y los siguió hasta la escalera. Esperó hasta estar seguro de que todos estuvieran en la estrecha caja de la escalera, se paró en el último escalón, encendió la linterna y comenzó a dispararles.

Abajo, en el vestíbulo de la entrada, frente a la escalera delantera, Dulare y Quittner se sentaron en el suelo lejos de las ventanas, y al reflejo pálido de los faros trataron de pensar en una defensa sensata. Rigno, el hombre de Dulare,

había ido a recorrer la casa, reuniendo al resto de los hombres para traerlos aquí. Quittner decía:

– No tienen mucho tiempo. Saben que tienen que actuar y huir antes de que llegue la policía.

– Pero están actuando, ¡maldita sea! -decía Dulare-. Creo que elegí el bando equivocado en esta guerra.

– No -contestó Quittner-. Tenías que respaldar a Buenadella. Y Frank también, por eso estoy aquí. Por más destrucción que provoque este tipo aquí esta noche, no deja de ser un ave de paso; igual que vino se irá. La organización tiene que seguir unida.

– Pero nos está destrozando -exclamó Dulare.

En la parte delantera, Fred Ducasse entró lentamente en el comedor. No había nadie allí para detenerlo, pero no sabía que había un hombre en el suelo a su derecha. Durante un segundo, Ducasse quedó enmarcado contra una ventana; una bala le alcanzó en el lado izquierdo de la cabeza y lo hizo caer sobre un mueble lleno de porcelanas.

Entraron más hombres en el vestíbulo, todos agachados para no sobresalir por encima de las ventanas. Rigno entró el último, y le dijo a Dulare:

– Éstos son todos; grité arriba y no respondió nadie.

Dulare contó a diecisiete hombres en la sala, incluyendo a Quittner y a sí mismo.

– Tendremos que resistir -dijo-. La policía vendrá pronto y esta gente tendrá que irse. Todo lo que tenemos que hacer ahora es sentarnos aquí y esperar.

En ese momento, Handy McKay arrojó la bomba por la puerta de la parte delantera.

LIII

Frank Elkins aparcó su coche junto al hospital y apagó las luces. El y Richard Wiss esperaron un minuto para habituarse a la oscuridad.

Las luces del hospital, al otro lado de la calle, eran las únicas del barrio. Contaba con generadores de electricidad suficientes para mantener en funcionamiento los quirófanos, los equipos, la refrigeración y algunas luces internas, pero no para iluminar el aparcamiento y otras áreas externas, así que desde donde estaban los enfermos sólo era una estructura de ventanas claras que parecían colgadas de las tinieblas.

– Parece una calabaza de Halloween -comentó Wiss.

– No veo ninguna cara -respondió Elkins, que carecía de sentido del humor.

– No, una calabaza hecha como un edificio. ¿Te das cuenta? En lugar de una cara.

Elkins no comprendía; arrugó la frente en la oscuridad.

– ¿Una calabaza hecha como un edificio?

– Olvídalo -dijo Elkins-. Vamos.

Salieron del coche -el interior fue una oasis de cálida luz amarilla cuando abrieron las puertas-y caminaron hacia el hospital. El rótulo luminoso de la entrada de urgencias estaba apagado, pero podían ver la calle oscura que llegaba hasta allí. La siguieron hasta ver el resplandor de unos focos sobre las puertas de cristal que conducían a la sección de urgencias. Bajo las luces amarillentas, junto a la entrada, estaban aparcadas dos ambulancias.

Wiss y Elkins evitaron las luces y rodearon el edificio, dirigiéndose hacia la parte trasera. La débil luz de las ventanas sobre sus cabezas les bastaba para ver lo que hacían.

Dentro de un patio rodeado por una valla de metal estaba el parque motorizado del hospital; otras cuatro ambulancias, una unidad de quirófano móvil y dos vehículos especiales más. Wiss corrió el simple cerrojo que mantenía cerrada la entrada y la abrió. Se quedó allí mientras Elkins elegía la ambulancia que quería, la puso en marcha haciendo una conexión en los cables y salió sin encender las luces. Wiss volvió a correr el cerrojo, subió a la ambulancia junto a Elkins y salieron a la calle. Elkins se detuvo junto a su coche y Wiss dijo:

– Te seguiré. No conozco el camino.

– Está bien.

Wiss se pasó al coche. Elkins encendió las luces, y los dos vehículos

partieron a toda velocidad.

LIV

Parker sostenía la linterna mientras Handy trabajaba con la caja fuerte en el estudio de Buenadella. Toda la operación había durado menos de media hora. Fred Ducasse estaba muerto. Tom Hurley había sido herido levemente en un brazo y Nick Dalesia se lo había llevado. Dan Wycza, Ed Mackey y Stan Devers estaban arriba acomodando a Grofield en un colchón para transportarlo y sacarlo de la casa. Philly Webb y Mike Carlow habían salido a conseguir otros coches, para sustituirlos por los del parque, agujereados por las balas.

En el momento en que Handy abría la caja, entró Devers, precedido por su linterna.

– Acaba de llegar la ambulancia -informó.

– Bien.

Handy sacaba fajos de billetes de la caja.

– Parece haber bastante -dijo.

– Toma -le dijo Parker entregándole la linterna-. Enseguida vuelvo.

Parker y Devers se dirigieron a la entrada y salieron. Los coches seguían en el jardín, pero sus luces habían sido apagadas, de manera que la única iluminación ahora provenía de la ambulancia. La habían detenido precisamente junto a la puerta. Frank Elkins salió corriendo y dijo:

– Parece que os las arreglasteis sin mí.

– Pasamos como un viento frío -le contestó Devers.

Elkins había dejado el motor en marcha y las luces encendidas. Dio la vuelta, señaló a la ambulancia y dijo:

– ¿No es hermosa?

– Perfecta -aseguró Parker. Era un Cadillac, un automóvil largo y bajo, de los usados por las clínicas de pago; le había dicho específicamente a Elkins que no quería una de esas ambulancias grandes y altas de tipo oficial. Esta llamaría menos la atención en la carretera. Estaba pintada de blanco y el nombre del hospital estaba pintado en las puertas en letras azules.

– Tendré que hacer algo con el nombre -dijo Parker.

– ¿Cuánto te llevará llegar al sitio a donde lo llevas?

– Doce, catorce horas.

– ¡Mierda!, eso puede hacerse fácilmente. Al amanecer estarás fuera del límite del estado.

– Veré si encuentro algo de pintura -dijo Devers-. Tienen muebles de jardín, así que es probable que en algún lado de la casa haya un *spray* con pintura

blanca. -Volvió a la casa.

– Fue divertido, Parker. Ralph me está esperando. Nos vemos.

– Está bien.

Elkins volvió a la calle, donde Wiss lo aguardaba en el coche. Parker abrió la puerta trasera de la ambulancia, vio que estaba bien equipada y levantó la vista al ver que venían Ed Mackey y Dan Wycza transportando a Grofield entre los dos. Habían sacado el colchón de una cama y sobre él había rescatado a Grofield. Así lo habían bajado. Parker ayudó a pasar a Grofield a la camilla de la ambulancia y a envolverlo, y en ese momento volvieron Carlow y Webb con los coches nuevos. Mackey y Wycza subieron en uno con Carlow y se fueron.

– ¿Falta alguien? -preguntó Webb.

– Devers y McKay.

– Es mejor que se den prisa. Empiezo a ponerme nervioso.

Webb tenía razón. Media hora era mucho tiempo. En cualquier momento podía aparecer la policía. Parker se volvió hacia la casa y Devers y Handy salieron juntos. Devers traía puesto un delantal blanco y había encontrado un *spray* con pintura blanca. Comenzó a tapar el nombre del hospital en la puerta, mientras Handy le daba a Parker una pequeña y ligera maleta azul.

– La encontré en un armario y metí el dinero dentro.

– ¿Lo contaste?

– Cincuenta y ocho mil.

Parker miró a su alrededor. Todo en sombra, excepto las linternas que ellos mismos sostenían.

– No es bastante -dijo.

– ¿Cuánto te debían? -preguntó Handy.

– Setenta y tres. -Parker miró hacia la casa. La explosión en la sala había hecho saltar todas las ventanas. Se encogió de hombros y dijo:

– Me las arreglaré.

Handy se rió.

– Escuchad -dijo Philly Webb-, ¿alguien quiere irse? No veo el momento de irme.

– Está bien -convino Handy-. Voy contigo.

Devers estaba dando la vuelta a la ambulancia para borrar las palabras escritas en la puerta trasera.

– ¿Vienes? -le preguntó Webb.

– ¿Puedo ir contigo? -le preguntó Devers a Parker.

Parker no veía la necesidad de tal cosa.

– ¿Para qué?

– ¿Te gusta mi delantal nuevo? Si hay algún problema, tú serás el conductor

idiota y yo el médico brillante -dijo Devers sonriendo-. Tengo ganas de dar un paseo -dijo-. Nunca fui a ninguna parte en ambulancia.

– Entonces, ven -contestó Parker.

LV

Vibración.

Grofield abrió los ojos y nada de lo que vio tenía sentido para él. Un techo bajo, curvo, barras cromadas. Sintió una vibración bajo su espalda. Trató de mover la cabeza, pero le pesaba demasiado; cada parte de su cuerpo permanecía inmóvil y apenas podía moverse. Lentamente giró la cabeza a la izquierda y vio una ventana a menos de veinte centímetros. Era de día. El campo. «Estoy en un tren», pensó, y trató de recordar a dónde iba. Luego el vehículo en que viajaba adelantó a un coche más lento y comprendió que estaba en una carretera, en un camión, o una caravana, algo con una cama.

Volvió a girar la cabeza. Un techo metálico bajo. Barras cromadas. Un sonido vidrioso que se repetía.

¡Una maldita ambulancia!

«¿Y ahora qué?», pensó, y volvió a desvanecerse.

Cuando volvió en sí, la luz había cambiado, debía de ser por la tarde. La vibración seguía siendo la misma. Esta vez recordaba el despertar anterior, y entonces empezó a recordar más cosas: su nombre y que era dueño de un teatro de verano. Estaba en las últimas, como siempre, y el teatro, para su desesperación, iba nada más que normal. Había ido con Parker a un lugar llamado…

¿Por qué no se acordaba del nombre?

Casi volvió a desvanecerse tratando de recordar el nombre de la ciudad cuando, de pronto, recordó que había sido herido. Buenadella, los ventanales, el hombre oculto en el parque.

– El hijo de puta no me mató -murmuró.

– ¿Hola?

Una voz. Grofield miró a su alrededor, moviendo lentamente la cabeza, y el sujeto rubio y sonriente con delantal blanco apareció junto a él.

– Juraría que está despierto -dijo.

– Una sorpresa distinta para cada uno -susurró Grofield. Trataba de formar sonidos con la garganta, pero sus órganos estaban demasiado débiles.

– ¿Usted es médico?

El tipo se rió. Realmente parecía contento; pero a él no lo habían herido. Dijo:

– ¿Le gusta mi delantal? Me da un aspecto serio.

– Me hirieron una vez -murmuró Grofield-. Cuando me desperté, había una

chica hermosa trepando por la ventana.

– Ah -dijo el sujeto-. Se siente desilusionado.

– Así fue como me desperté. El nombre de la chica era Elly.

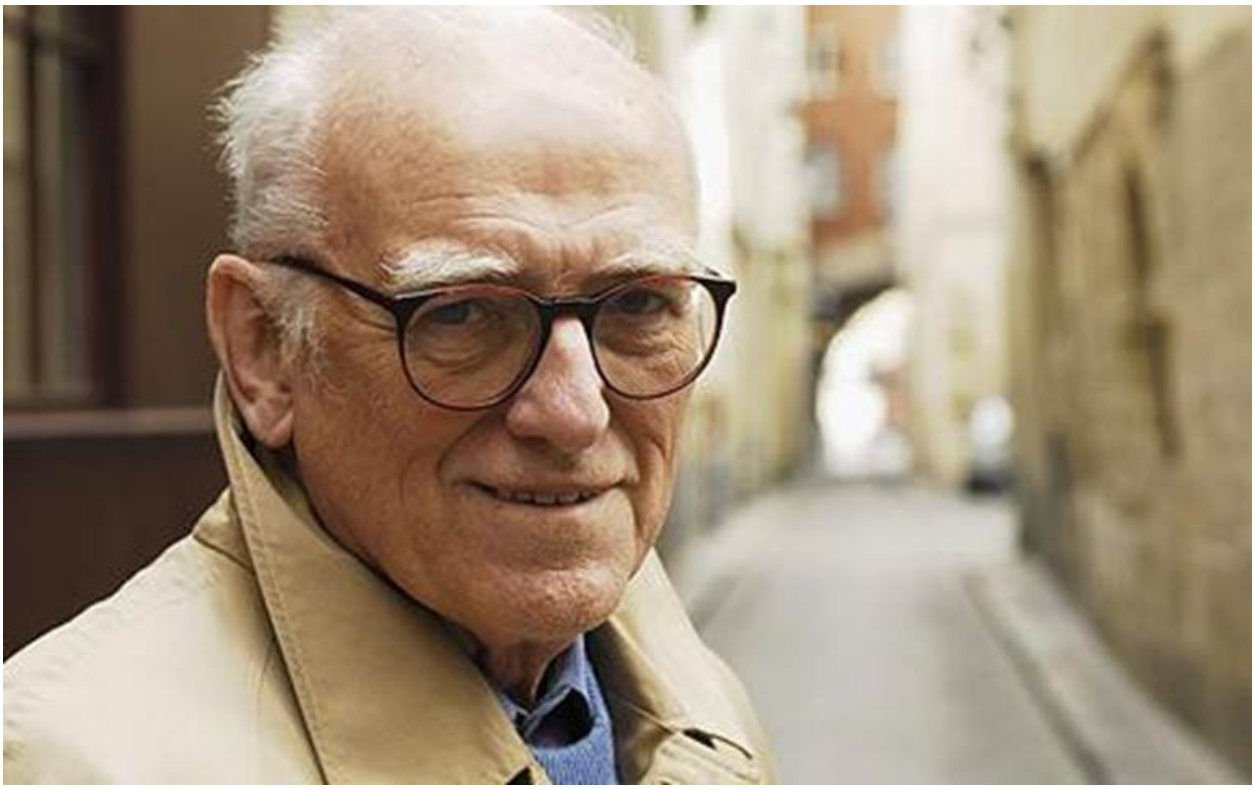
– Exacto. Soy Stan Devers. Su amigo Parker conduce esta cosa.

Grofield trató de mirar hacia atrás; era imposible. ¿Parker conducía la ambulancia?

– ¿Qué diablos ha pasado? -susurró.

– Bueno -contestó Stan Devers-, es una larga historia.

Donald E. Westlake



***

